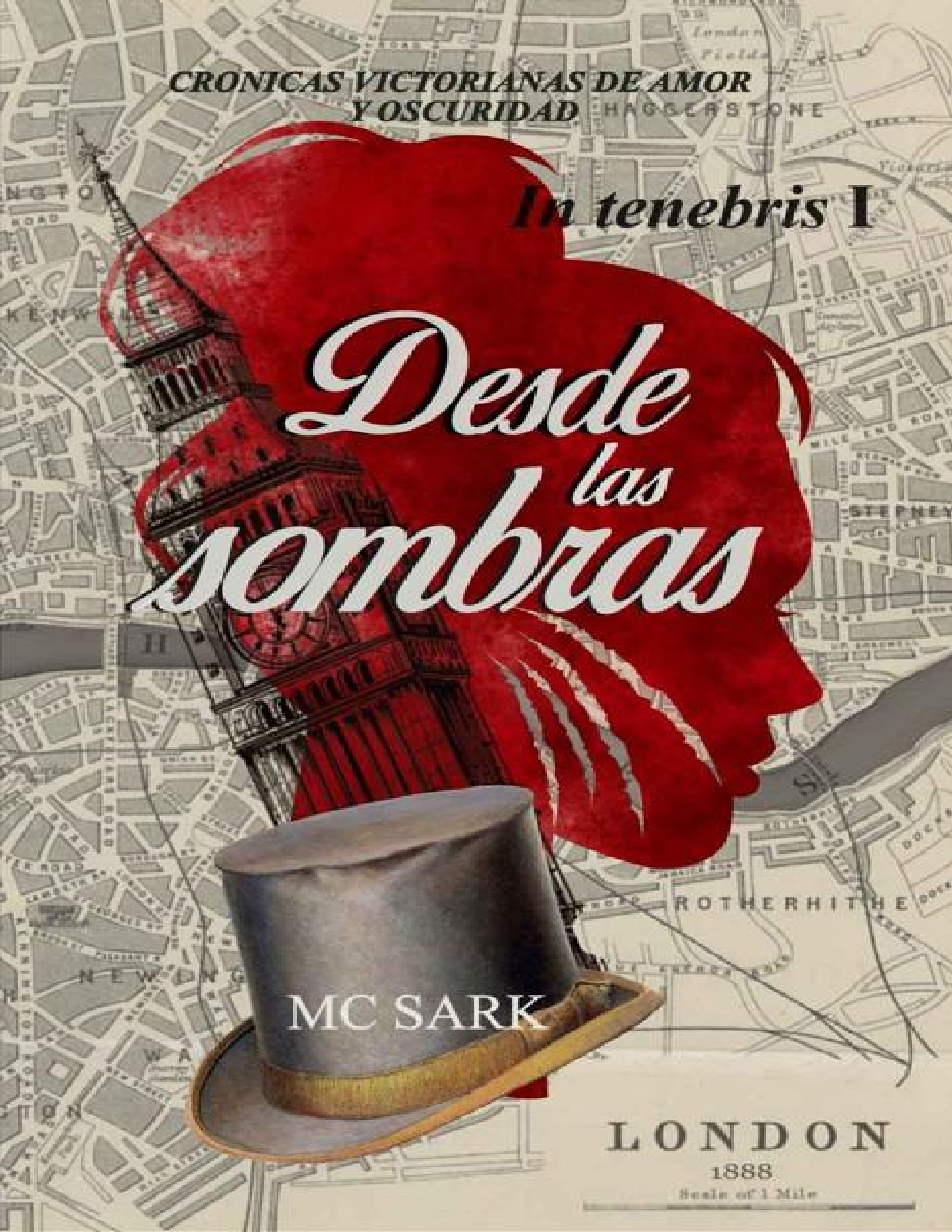
CRONICAS VICTORIANAS DE AMOR Y OSCURIDAD

In tenebris I

Desde las sombras



MC SARK



M.C. Sark

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los márgenes establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: Desde las sombras
2.º Edición
Serie: In tenebris #1
Diseño de portada MC Sark.
Contacto: mcsark.wordpress.com // mcsark.novelas@gmail.com

Índice



M.C. Sark

Índice

-1-

Me llamo Arabella Blunt

-2-

La vida está llena de sorpresas

-3-

Mi refugio

- 4-

Lucille

-5-

Hermosa y destructiva

-6-

11 de enero

-7-

25 de enero. Mi aniversario

-8-

Hay cosas que es mejor no saber

-9-

¿Por qué tuve que ir esa noche a Brimstone Hall?

-10-

Mi corazón está roto

-11-

La primera vez que vi a Arabella

-12-

Mi nuevo refugio: el muro de Lingmoor Fell

-13-

Maldito viaje a Inverness

-14-

Atenerse a las consecuencias

-15-

Los títulos y el dinero no lo son todo

-16-

Debilidades

-17-

Necesito ver de nuevo su sonrisa

-18-

Un descubrimiento inesperado

-19-

La de vueltas que da la vida

-20-

Necesito aclarar unas cuantas cosas

-21-

Toda la noche sin dormir

-22-

¿Es un abrazo suficiente protección contra el mundo?

— 22 —

No soy nadie, no soy nada

— 23 —

No siempre vencen los sentimientos

— 24—

Las luces de septiembre

— 25 —

Corazón triste

— 26 —

Alicia cae por el túnel

— 27 —

No quiero quedarme solo de nuevo

— 28 —

Creí que tendría más tiempo

— 29 —

Un viaje muy largo

— 30 —

No puedo soportar estar más tiempo lejos de él.

—31—

Noviembre

— 32 —

¿Amor? ¿Qué es el amor?

—33—

La calma en el ojo del huracán

— 34 —

Epílogo

Notas de la autora y agradecimientos.

Otras novelas de la autora.

-1-

Y dicen que fue la curiosidad quien mató al gato.

Londres, finales de agosto de 1888.

Residencia de María de Confranc, Kensington.

Una habitación con la puerta cerrada es el santuario del dueño o la dueña de la casa y para el servicio no hay excusas: ni se debe mirar por el ojo de la cerradura ni escuchar lo que sucede detrás. Un buen criado siempre ha de esperar a cierta distancia en el pasillo a que lo llamen o le den permiso para entrar.

Si por el contrario esa puerta está abierta de par en par, la privacidad desaparece y, aunque las normas dictan que se debe ignorar lo que hacen los señores, con discreción y naturalidad es posible estar al tanto de todo lo que ocurre en las partes nobles de la casa.

Los criados han nacido para servir, los amos para ser servidos.

Arabella conocía perfectamente esas normas. Para cualquier integrante del servicio de una buena casa, una puerta era una puerta y daba igual que estuviera cerrada, abierta o entreabierta, no estaba bien visto aprovecharse de la invisibilidad —la que les proporcionaba ser los ocupantes del piso de *abajo*— para enterarse de lo que no era de su incumbencia.

Pero ella no era una criada sino la hija de un coronel. Una dama escondida bajo un delantal blanco impecable. Y aunque para las jóvenes bien educadas las restricciones eran parecidas a las del servicio, ella estaba dispuesta a olvidarse de todo lo que había aprendido sobre buenos modales si con ello podía encontrar a su hermano James.

Y siendo prácticos, aquella puerta al final del corredor no estaba cerrada del todo, y si no lo estaba, ¿qué le impedía averiguar lo que estaba ocurriendo al otro lado? En su excursión nocturna ya había registrado toda la planta baja y en el único lugar en el que había algo de actividad era allí. ¿Y si en aquella salita estaba la pista que la conduciría hasta James?

Arabella caminó de puntillas hacia las luces hasta que escuchó una risotada masculina.

Se le paró el corazón.

Pensó una docena de excusas para justificar su inoportuna presencia.

No las encontró y palideció.

No ocurrió nada. Tan solo fue necesario que contara hasta treinta respirando despacio para recuperar un soplo de cordura.

Cuando se hubo calmado (y reprendido por no saber controlarse), prestó atención. Desde su posición entre las sombras esa pequeña y tentadora abertura no solo permitía salir la luz

dorada, tenue y titubeante de las velas —aquella que la señora de la casa decía que era tan favorecedora para la piel de una dama—, también permitía que escapasen risas bajas y confidentes envueltas en suaves murmullos. Algo que de seguro sería comprometido, pero que distaba mucho de parecer peligroso.

Arabella suspiró. Ni siquiera distinguía las voces. Si quería saber quiénes eran tendría que aproximarse un poco más.

Cuando lo hizo reconoció enseguida la voz seductora y aterciopelada de la baronesa. «Su señora». Por su tono, ronco y sensual, no parecía que le estuviera ocurriendo algo terrorífico, sino todo lo contrario. ¿Sería la identidad de su acompañante la que impedía que los criados tuvieran libertad para moverse y pasaran las noches encerrados en la buhardilla? ¿Quién podría ser el misterioso invitado?

Un escalofrío le recorrió la espada. ¿Y si era James?

Negó. Su hermano solo supondría un insignificante cotilleo que se olvidaría en cuanto la baronesa actuase en su próxima opereta y cientos de admiradores llenasen la casa de flores.

Prestó atención, pero a esa distancia no conseguía entender sus palabras. Para saber de qué estaban hablando tendría que arriesgarse y acercarse hasta casi acariciar el picaporte.

Qué distinto habría sido el desenlace de aquella aventura nocturna si la puerta hubiera estado cerrada y Arabella se hubiera quedado en la penumbra del pasillo. De ese modo, la joven solo habría escuchado gemidos y susurros placenteros. Y si se hubiera atrevido a mirar por el ojo de la cerradura, desde su perspectiva solo habría visto las nalgas desnudas de la baronesa sobre las rodillas de un hombre. Pero cuando se acercó de puntillas a las débiles luces entró en juego un gran espejo que estaba colgado sobre la chimenea y, sin tener la necesidad de meter la cabeza por la abertura, se vio en medio de una impactante escena entre amantes.

El espejo enmarcaba —como si fuera un cuadro— parte de la espalda de María de Confranc sentada a horcajadas sobre un caballero desconocido; el cuerpo de la baronesa escondía su rostro.

Salvo por un corsé desgarrado que aún se mantenía firme en su lugar gracias a las rígidas varillas de acero, la dueña de la casa estaba gloriosamente desnuda. Al tener la cabeza levantada —como si estuviera admirando los frescos del techo—, su largo y ondulado cabello rubio, pecaminosamente suelto, se sacudía en oleadas al ritmo de los embates de sus caderas. Jadeaba. Y de su boca brotaban palabras inconexas, una especie de canción desentonada y repetitiva cuya letra era: *más fuerte, más, más duro… Así, sigue así…* O algo parecido.

¿*Ese* era el *gran* secreto de la baronesa?

Arabella ignoraba qué pensaría el resto del servicio, pero viendo la cantidad de admiradores que pasaba por aquella casa, no le pareció que algo así fuera un hecho sorprendente.

Alguien con la acotada educación de Arabella debería haberse escandalizado ante un

descubrimiento de esa índole, pero a ella no era la primera vez que su curiosidad la ponía en una situación semejante. Y, si a sus doce años sí lo vivió como algo espantoso, en ese momento solo se sintió intrigada: María de Confranc se veía poderosa y sensual. Desinhibida. Lujuriosa, provocadora y libertina. Y estaba disfrutando.

Arabella estaba a punto de fundirse entre las sombras y deshacer el camino que la había llevado hasta allí, ya que aquello que había esperado no era sino una falsa alarma, pero la visión de una de las manos de la baronesa aferrándose al hombro de aquel desconocido hizo que entrase en pánico. Sus preciosos y delicados dedos estaban transformados en una especie de garra larga y huesuda de uñas aceradas que se clavaban sobre la piel del joven como si quisiera arrancarle el brazo.

¡¿Una garra?!

Necesitó taparse la boca para acallar un grito, pero no llegó a tiempo de contenerlo del todo. Y la pareja, que hasta ese instante había estado tan entregada que no se había dado cuenta de su presencia, se giró de manera sincronizada hacia la puerta.

En ese instante, Arabella creyó que se desmayaba. Los rostros de los dos estaban deformados y no precisamente debido al frenesí del momento, sino porque sus bocas, abiertas hasta casi desencajarse, dejaban al descubierto unos colmillos prominentes y ensangrentados.

La falsa criada miró con estupor a la baronesa y después al hombre que la acompañaba. No era James, ni tampoco algún político influyente o un envarado aristócrata. Se trataba de *monsieur* Chevigné, un joven poeta que desde hacía poco vivía en aquella casa. Y todo lo contrario a María, que parecía enfadadísima, el rostro de Chevigné mostraba una perversa diversión. Gesto que se acrecentó cuando se relamió los colmillos mientras le aguantaba la mirada.

¡Por la reina Victoria!

—¡Tú… —empezó a gritar la baronesa.

A Arabella le subió la bilis por la garganta y le sobrevino una arcada; pero logró tragar saliva y que su estómago contuviese lo poco que había ingerido durante la cena.

«¿Y ahora qué?».

No tenía que esperar a que la señora de la casa pusiera uno de sus hermosos pies sobre la alfombra para «descabalgar» de su amante. Estaba viendo algo que no debía y, si quería seguir viva al día siguiente, lo importante, lo verdaderamente acuciante, era salir de allí como fuera. Y no supo cómo lo logró —si fue un acto reflejo o un milagro—, pero se levantó las faldas, despegó sus pies del suelo y echó a correr con desesperación.

¡¿En qué maldito momento habría decidido meterse a detective?!

Cuando Arabella cambió de dirección tras el primer recodo del pasillo, la luz se extinguió de todo y tuvo que frenar su carrera; tendría que esperar unos segundos a que su vista

se acostumbrara a la oscuridad. Pero escuchar voces a sus espaldas la obligó a continuar. Levantó los brazos y, con las manos por delante, buscó a tientas la puerta que separaba aquel corredor del pasillo principal.

Casi lloró en el momento en el que sus dedos temblorosos tropezaron con el picaporte. Y, cuando tras varios torpes intentos consiguió abrir la puerta, tuvo que darle las gracias a la vanidad de la baronesa; al otro lado, junto a la entrada a la biblioteca, siempre había una vela encendida iluminando un retrato suyo. Fue su débil luz lo que la ayudó a llegar sin más tropiezos hasta el vestíbulo.

Cuando pisó la magnífica rosa de los vientos del *hall* de aquella casa, Arabella se topó con Melquisedec, —un criado personal de la baronesa ajeno al resto del servicio—, que en esos momentos estaba de espaldas cerrando la puerta que daba a los sótanos. Al verlo frenó y trató de no hacer ruido, pero el revuelo de sus faldas fue tal que él se giró de súbito antes de echar la llave.

Durante un instante el hombre la miró con sorpresa, como si fuera un fantasma. —En realidad, ella tendría que estar encerrada en la buhardilla con el resto de criados y no deambulando en libertad, de ahí su desconcierto—. Y Arabella aprovechó para agachar la cabeza y apretar el paso. Pero al ver que él reaccionaba señalándola con el dedo echó correr de nuevo.

No creyó que pudiera conseguir su objetivo antes de que él la interceptase, pero la fortuna le tendió una mano: la voz de la baronesa lo llamó a lo lejos y eso distrajo al asistente durante unos segundos preciosos: el tiempo justo para que ella pudiera salir a la calle.

Era finales de verano y aún no hacía demasiado frío, pero llovía a cántaros y apenas había luz —la farola que estaba frente a la vivienda solo era un pequeño borrón brillante—. Sin embargo, Arabella no miró atrás. Bajó las escaleras del porche, cruzó el pequeño jardín y avanzó hacia el centro de la calle. Pensó en gritar para que algún vecino la auxiliase, pero cuando escuchó el sonido de los cascos de unos caballos y el traqueteo de un carruaje que se aproximaba decidió dirigirse hacia él. En mitad de la niebla, cualquiera, incluso el dueño de aquella negra y lujosa berlina, podría convertirse en su ángel salvador. Y aún a riesgo de espantar a las bestias y sufrir un accidente, se levantó las faldas y corrió como nunca sobre los charcos y el barro.

El carruaje iba despacio. La realidad era que había decelerado al entrar en la calle y al conductor no le fue difícil controlar el tiro cuando la vio correr en su dirección.

—¡Socorro! ¡Necesito ayuda! —Arabella se subió a la acera para evitar a los caballos, obvió al cochero, que sabía que solo frenaría del todo si así se lo indicaba su señor, y se dirigió hacia la cabina. Cuando llegó a altura de la puerta la golpeó con las palmas de las manos—. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Deténgase!

El carruaje frenó bruscamente y la portezuela se abrió. Pero como nadie asomó por ella, Arabella, sin pensárselo dos veces, metió la cabeza en el interior.

—¡Necesito su ayuda!

Nadie contestó, pero desde las sombras surgió una mano enguantada que la sujetó sin miramientos por el brazo y la metió a rastras dentro de la cabina. Allí Arabella distinguió la silueta de un único ocupante; por la fuerza con la que la había sujetado podía afirmar que se trataba de un hombre, por su rudeza, sin embargo, estimó que no era un caballero.

—¡Tenemos que irnos! ¡Corremos peligro! —insistió ante su silencio.

A través de la portezuela entreabierta, Melquisedec reclamó un instante su atención. A resguardo de la lluvia —apoyado de manera despreocupada en una de las columnas griegas de la entrada—, el hombre del parche observaba el vehículo desde la distancia con cara de pocos amigos.

La puerta del carruaje se cerró y el dueño del coche dio un golpe con la empuñadura del bastón en el techo de la cabina. Los caballos arrancaron y Arabella cayó sentada sobre la banqueta forrada de cuero.

Se quedó rígida. ¡¿Cómo había acabado dentro del carruaje?!

Aspirar aire profundamente la ayudó a templar el ánimo lo suficiente como para que su cerebro, que hasta ahora había sido relegado a un segundo plano porque en los últimos minutos se había dejado llevar por el instinto, comenzase a tomar el mando de la situación. Y lo que le gritó aquel órgano no fue para nada alentador: «¡Tonta! ¡Este hombre venía a visitar a la baronesa, por eso has podido interceptar su coche!».

La joven abrió mucho los ojos. ¿Y si la baronesa lo estaba esperando? ¿Y si era un…? —en su pensamiento la lengua se le trabó, pero la palabra vampiro rebotó en el interior de su cabeza como cuando gritas delante de una montaña y el eco te devuelve tus palabras—. ¿Todos los amigos secretos de María serían como ella?

No quería saberlo. No quería saber nada de aquellos seres. Tenía que ponerse a salvo y abandonar aquel carruaje de inmediato, aunque al hacerlo tuviera que enfrentarse a la persecución de Melquisedec.

Intentó abrir la portezuela muy dispuesta a tirarse en marcha, pero la detuvieron. Esta vez de forma menos brusca aunque con igual determinación. Más exasperada que asustada forcejeó hasta que una voz masculina, grave y no del todo desconocida, la dejó claveteada al asiento.

—¡Por todos los santos, Huesos! No te había reconocido. ¡Cómo has crecido! ¿Qué haces a estas horas en la calle? ¿Por qué sales de casa de la baronesa vestida de criada?

Todavía confusa, Arabella balbuceó unas cuantas incoherencias. Había escuchado todas y cada una de aquellas palabras, pero su capacidad de comprensión se redujo a dos únicas sílabas: *Huesos*.

Solo había una persona en el mundo que había tenido el descaro de llamarla así y hacía

más de diez años que estaba en paradero desconocido.

Me llamo Arabella Blunt

La primera vez que vi a lord Brahn Rheged, yo no lo sabía, —solo tenía doce años—, pero estaba ante un vestigio de otro tiempo. Ni su atuendo pasado de moda (aquella gran lazada en el cuello alto de su blanca camisa; las grandes solapas de su chaqueta; sus pantalones ajustados y sus botas de montar relucientes) ni su pelo largo atado en una coleta baja, me hicieron pensar que aquel hombre con aires de mundo no era lo que aparentaba.
Solo lo miré y me deslumbró.

Cumbria, primavera de 1878.
Langdale House.

Para una niña de doce años, un primer viaje debería suponer embarcarse en toda una aventura, pero aquel traslado al norte no significó nada de eso para mí. Alejarme de lo que quedaba de mi familia dejaba un gran vacío en mi joven corazón.

Mi madre había muerto a causa de unas fiebres y mi padre, que estaba a punto de partir hacia Kabul, tuvo que decidir con rapidez qué hacer con sus hijos: con James y conmigo. Ahora sé que no tenía —ni tiene— idea de cómo tratarnos y que lo único que quería era continuar sin obstáculos su carrera militar, pero en aquel momento la decisión que tomó pareció ser la más adecuada: tanto mi hermano como yo íbamos a obtener los beneficios de una buena educación. Yo viajaría a Cumbria para recibirla de tía Adelaida, la gemela de mi padre —a quien no conocía —, y James, mi hermano mayor, se quedaría en Londres a cargo de mi otro tío, lord Horace Blunt, e ingresaría en la escuela John Lyon para varones. A él le había tocado la mejor parte, no solo permanecía en la ciudad que nos había visto nacer, sino que quedaba bajo la tutela de tío Horace, un hombre vivaracho de ideas progresistas que en nada se parecía a su hermano, y su esposa, tía Harriet, una mujer admirable.

Separarme de mi padre me entristeció, aunque era un hombre esquivo y severo al que apenas conocía, pero ver como mi hermano se despedía de mí con cierta alegría hizo sangrar mi

corazón.

Me quiere, o al menos creo que lo hace, pero disfruta fingiendo que no.

Días antes de mi partida convencí a James para que me llevara a escondidas al cementerio Kensal Green, a ver la tumba de nuestra madre. Si el coronel se hubiera enterado nos habría castigado a los dos —teníamos prohibido ir—, pero eso no ocurrió, y el hecho de ir juntos a poner flores en su lápida me hizo pensar que mi compañía, al menos en aquel día, le resultó un poco menos odiosa; él adoraba a mi madre tanto o más que yo.

Le pedí que no dejase de escribirme. Lo prometió.

A pesar de atravesar el país con cierta rapidez gracias al gran entramado de vías férreas que se habían construido en los últimos años, tuve la sensación de que había recorrido a pie todas y cada una de las trescientas millas que me separaban de mi destino. Acompañada por una criada que estaba tan asustada por todo lo que veía a su alrededor que apenas me dirigía la palabra, tuve que entretenerme observando el paisaje que pasaba veloz ante mis ojos y elucubrando mil historias que, en mi aún infantil imaginación, sucedían entre los pasajeros. Para distraerme, inventaba profesiones y parentescos y los ubicaba en otros lugares y situaciones.

El último tramo del recorrido fue en carruaje y también tuvo su encanto. Las extensas y verdes praderas rodeadas de montañas escarpadas consiguieron que pegase la nariz al cristal y no dejase de mirar e imaginar mil y una aventuras. Quizá, después de todo, no iba a ser tan malo dejar Londres, aunque estaba segura de que, a pesar de nuestras eternas discusiones, iba a echar mucho de menos a mi hermano.

Durante el viaje me sacudí parte de la tristeza; hacer algo que no fuera vagar por la casa como un fantasma era un cambio notable. No es que me sintiera feliz, no era eso, —mi madre había fallecido, ¿cómo iba a sentirme feliz?—, pero había vertido tantas lágrimas que ya no me quedaba nada dentro. En mi interior había un agujero. Un enorme vacío imposible de llenar. Sin embargo, las distracciones eran bienvenidas. Contemplar a la gente en su ir y venir le daba a mi alma un pequeño y dulce empujón.

Todo parecía sugerir que mi estancia en Langdale House iba a transcurrir con placidez, el tranquilo paisaje campestre así parecía indicarlo. Pero cuando el carruaje pasó por el camino próximo a las canteras de pizarra, a pocas millas ya de mi destino, me embargó un sentimiento sombrío. La visión de aquella enorme mina a cielo abierto que había devorado parte del monte dejando a la vista la tierra desnuda; el riachuelo de aguas grises y ferruginosas que discurría paralelo al camino, y el ambiente lleno de polvo, me llenaron de una extraña ansiedad. Cualquier casa, vía, huerta o árbol que abarcaba mi vista mostraba una pátina de suciedad. Tampoco se escuchaba nada propio de una zona de montaña: no había pájaros ni animales, salvajes o domésticos, ni siquiera insectos. La tierra estaba muerta. Nos rodeaba una falsa calma, un

enorme vacío, roto por el ininterrumpido sonido de los golpes del metal contra la piedra.

Al abandonar la cantera el paisaje mejoró, pero yo ya me había contagiado de la desolación del lugar y ni los verdes árboles ni el trinar de las aves consiguieron despejar las nubes que habían ensombrecido mi espíritu. ¿Podría ser aquello una premonición sobre mi futuro?

Ojalá no.

A lo largo del trayecto había tenido tiempo para imaginar cómo sería mi encuentro con tía Adelaida. Cómo reaccionaría ella, cómo me sentiría yo. Me equivoqué en todas y cada una de mis predicciones. Yo esperaba —ansiaba, más bien— recibir parte del calor humano que me faltaba desde la muerte de mi madre, pero en aquella bienvenida no lo encontré. El recibimiento de la hermana de mi padre fue tan frío como la despedida de este. Me miró de arriba abajo, murmuró algo parecido a que allí me convertiría en una verdadera señorita, me informó de la hora a la que se servía la cena y me envió a mi habitación.

Además de alta, enjuta y de aspecto severo, tía Adelaida iba vestida de luto riguroso —su marido, Arnold Carr, propietario de la cantera que habíamos atravesado, había fallecido pocos días después de que lo hiciera mi madre—, y su ceño fruncido me recordó demasiado al del coronel.

Deseé que hasta ahí llegase el parecido y, mientras me aseaba y vestía para la cena, me repetí una y mil veces que haría todo lo posible para que tía Adelaida me aceptase en su hogar.

Conocí a Florence, la hermana del difunto tío Arnold, a la hora de la cena. Y si en un primer momento creí que con ella todo sería más fácil, pronto me di cuenta de mi error. La señorita Florence —tía Florence a petición suya—, era una mujer entrada en años que se comportaba como una exasperante niña pequeña: constantes cambios de humor, risitas nerviosas reprendidas inmediatamente por tía Adelaida, comentarios fuera de lugar y rabietas sin motivo. Bajita y regordeta, llevaba un vestido pasado de moda con grandes volantes de tul color rosa y un peinado muy recargado lleno de rizos. Su indumentaria me dejó atónita, pero cuando sin pensar le pregunté a tía Adelaida por qué no llevaba luto, no me hizo falta una respuesta verbal, su gélida mirada lo dijo todo. Aquel era un tema tabú que yo no debía volver a mencionar.

Tras la cena, ya en mi cuarto, me senté frente al espejo y traté de analizar desde el prisma de mis jóvenes doce años la situación. Mi conclusión fue bastante simple: perseveraría. Lograría su aprecio y terminaría por sacar algo bueno de todo aquello.

Ese pensamiento me llevó a otro de manera directa: qué suerte había tenido mi hermano. En general, los hombres, solo por el mero hecho de serlo, tenían siempre ventajas. Él había ido a parar a un colegio y eso, desde mi punto de vista, era infinitamente mejor: vería mundo, conocería a gente de su edad, aprendería cosas y maduraría pronto.

Pronto me di cuenta de que la vida en Langdale House era monótona y tremendamente gris y que cada día que transcurría era una burda copia del anterior. Tía Adelaida empleaba las mañanas en pulir mis modales y darme clases sobre la perfecta administración del hogar, y también me enseñaba a zurcir y a bordar. Las tardes las pasaba sola sin nada qué hacer.

Mientras duró la primavera, fría y lluviosa, no me importó demasiado. Es cierto que algunas tardes eran aburridísimas, pero otras la cocinera me permitía ayudarla a preparar pastelillos, galletas y dulces. Sin embargo, cuando la primavera dejó paso al verano y los días se hicieron más largos y luminosos, esa rutina pronto empezó a agobiarme y empecé a desear libertad.

Para una niña educada, hija de un coronel, era impensable hacer algo tan simple como ir de paseo sola, pero como nunca obtendría el permiso ni una escolta apropiada decidí que si era discreta nadie notaría mi ausencia.

Así comenzaron mis escapadas.

Por supuesto, tomaba precauciones. Después de la comida, en el momento en el que mis tías se retiraban a descansar a sus habitaciones, me encerraba en el antiguo despacho de mi tío, colocaba unas hojas de papel para evitar que la ventana se cerrase del todo, sacaba de detrás de las cortinas un chal por si hacía fresco y un viejo sombrero de paja que había encontrado en el granero y, utilizando como escalera una celosía por la que comenzaba a trepar una joven hiedra, saltaba al exterior. Me pegaba a la pared del edificio para evitar que alguien me viera a través de alguna de las ventanas y caminaba hasta la cerca. Una vez allí, tomaba un camino, el que fuera, y comenzaba mi paseo.

Aquello era lo más parecido a ser libre y lo único que me podía permitir.

Un día de finales de julio, furiosa por una recriminación que a mi juicio no merecía, escapé y comencé a caminar sin pensar en una ruta concreta, sin mirar qué bifurcaciones tomaba y sin marcar los lugares por donde pasaba. Me dejé llevar por un impulso y seguí un camino, remonté una fuerte subida, tomé después una senda pedregosa, crucé un puente y subí hasta lo más alto de una colina. Anduve más de una hora sin detenerme y cuando me topé con aquel muro de piedra seca que serpenteaba a lo largo de las suaves crestas como si fuera una columna vertebral, lo recorrí durante un trecho acariciando con las puntas de los dedos aquellas lajas irregulares apiladas sin argamasa. Eran viejas, estaban llenas de musgo y parecían a punto de desmoronarse. Sin embargo, allí estaban, aguantando el azote del viento, la lluvia continua y los

duros inviernos.

La emoción de encontrar aquella especie de frontera, me hizo distraerme y no pensar en que, si me alejaba de la senda principal, corría el riesgo de perderme. Pero inmersa en las increíbles vistas no me lo pensé dos veces. Continué caminando a su lado durante un buen rato, hasta llegar a una zona semiderruida. Allí me levanté las faldas de forma indecorosa y trepé. Y sobre aquella improvisada atalaya, me detuve a descansar y contemplar el vasto espacio que se extendía al otro lado.

Fue excitante, maravilloso. Aquel era un paisaje áspero y agreste; apabullante para una señorita de ciudad como yo que había crecido entre paredes de ladrillo y nunca había visto nada igual. Los picos que tenía frente a mí eran impresionantes moles escarpadas que llevaban viendo el mundo desde que era mundo; el pasto se salpicaba de cientos de tonos de verde imposibles de contabilizar y aquella pared de lajas de pizarra parecía una gran serpiente de escamas grises y rugosas tumbada sobre la hierba. Días más tarde averiguaría, haciendo preguntas discretas al servicio, que mi serpiente dormida era conocida como el muro de Lingmoor Fell y había sido construido por los habitantes de los valles Great Langdale y Little Langdale para evitar que el ganado se desperdigase.

Cuando el sol comenzó a bajar y el frío hizo acto de presencia, supe que había llegado el momento de regresar a casa.

Asustada ante el castigo que tía Adelaida iba a infligirme si se daba cuenta de que había desaparecido me precipité y acabé perdiéndome del todo, aunque no fui consciente de que no tenía ni idea de dónde estaba hasta que pasé junto a un cercado que se me antojó familiar.

Y tanto. Ya había pasado por allí. ¿Y ahora qué?

Continué caminando.

La noche y una fina llovizna se me echaron encima y al ver una mansión a lo lejos no dudé en acercarme para que alguien del lugar me indicara qué dirección debía tomar. No sabía quién vivía allí y yo era una niña sola (y un poco asustada), pero no me quedaba otro remedio. Era eso o pasarme toda la noche dando vueltas por el valle.

Me abrió la puerta un mayordomo entrado en años que se me quedó mirando como si jamás hubiera visto a una niña con el pelo pegado a la cara, el vestido completamente mojado y los zapatos encharcados y llenos de barro.

—Buenas noches, señor. ¿Le importaría indicarme el camino hacia Langdale House?

El hombre parpadeó un par de veces antes de responder.

—Señorita, ¿qué hace deambulando por ahí a estas horas?

Parecía sorprendido a la vez que preocupado, pero yo me abstuve de confesar que estaba

perdida. Tan solo sonreí con amabilidad, me ceñí un poco más el chal mojado y repetí la pregunta:

—No quisiera molestar, solo necesito que me indique hacía donde debo dirigirme para llegar a Langdale House.

Otra voz masculina más joven y enérgica se escuchó desde el interior. Recuerdo que suspiré al oírla, era elegante, distinguida y cautivadora.

—¡Charles! ¿Quién llama a nuestra puerta?

El mayordomo respondió con un tono inexpresivo:

—Nadie, señor, un muchacho perdido. —Se giró con rapidez y me dijo entre susurros—: ¿Ve aquella cima que destaca sobre las estrellas? —Asentí—. Diríjase hacia allí. No está lejos, pronto encontrará la casa. Rápido, ¡váyase!

Estaba de espaldas, todavía concentrada en el camino que me había indicado el mayordomo, cuando aquella segunda voz sonó mucho, muchísimo más cerca.

—¡Charles! ¡Charles! —regañó el desconocido con dulzura—. ¡Estás mal de la vista! No es un muchacho sino una señorita, y está empapada. —Haciendo un gesto me invitó a entrar—. Si es tan amable, pase conmigo al salón. La chimenea está encendida.

La casa estaba prácticamente a oscuras, tan solo un candelabro pequeño de bronce de tres velas permitía que uno no tropezara con los muebles del gran vestíbulo, pero si dudé entre si debía aceptar o no, fue solo un segundo. Estaba helada, calada hasta los huesos y hambrienta. Mi cerebro no procesó si era o no apropiado ni si existía algún peligro, tan solo me pregunté —aunque una parte en mi interior me decía que no era oportuno siquiera pensarlo—, si los inquilinos de aquella mansión serían tan amables como para prepararme un té.

Ya en el salón corrí como si me persiguiera un león hasta llegar a la chimenea y cuando me detuve me recriminé por haberlo hecho: una señorita nunca mostraba tanta efusividad, cualquier movimiento debía ser comedido y refinado, bla, bla, bla. Pero yo tenía frío y el fuego danzaba ante mis ojos… así que dejé caer el chal y mi destrozado sombrero y acerqué mis manos al calor del hogar.

Una tenue luz de gas se encendió a mi espalda e, inmediatamente, me giré hacia ella. A mis espaldas estaba el dueño de la mansión: alto, apuesto, gallardo y sonriente. Solo era una niña estúpida, pero hasta yo me di cuenta de que la voz no podía quedarle mejor.

Suspiré.

No estaba acostumbrada a tratar con hombres, salvo con mi padre y mi hermano, y aquella presencia me impactó más de lo que cualquiera habría podido imaginar.

Él se acercó despacio —me recordó a un gato que caza un ratón— y su sonrisa franca cambió a una más estudiada. Sujetó mi brazo por la tela de la manga y lo levantó.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Santo Dios! Eres un saco de huesos.

Tiré de mi brazo para recuperarlo al mismo tiempo que mi estómago emitía un crujido de proporciones gigantescas. Me abochornó más mi involuntaria reacción que el descaro de aquel hombre, pero levanté el mentón, tal y como habría aprobado mi tía, recogí mi chal del suelo y mi sombrero, y me apresté a salir por la puerta.

No llegué a rebasarla. El mayordomo estaba allí parado y sus manos sostenían una bandeja con una taza humeante y un plato de galletas.

—Me he tomado la libertad de preparar una taza de té, señor.

—Muy bien, Charles, no hay duda de que a la señorita le hace falta. Por cierto, ¿señorita…? —No contesté en un intento absurdo de manifestar mi indignación—. Está bien, si no tienes nombre te llamaré como quiera. Señorita Huesos me parece de lo más apropiado.

Intenté que mi mirada fuera incendiaria, pero eso le hizo reír aún más. Tanto que tuvo que comunicarse con su lacayo por señas para que dejase la bandeja sobre una mesa. Cuando logró sobreponerse lo despidió, acercó un sillón a la chimenea y ronroneó con un tono que me sonó en aquel instante desconocido, pero que hoy sé que era un vil intento de manipulación.

—Por favor, señorita, acepte mi hospitalidad.

Miré hacia la puerta, miré la chimenea…

Me senté, me tomé la taza de té, comí galletas y esperé a que se me secara el vestido. Y no me acordé de mi tía hasta que él comprobó la hora en su reloj de bolsillo y se ofreció a llevarme a casa.

-2-

Londres, 29 de agosto de 1888.

Carruaje de lord Brahn Rheged.

Huesos…

Aquella palabra continuaba haciendo eco en la cabeza de Arabella. Sus sílabas se repetían una y otra vez traqueteando al mismo compás que el carruaje en el que estaba metida. *Huesos, huesos, huesos.…*

Se esforzó en obtener alguna referencia que confirmase sus sospechas, pero aquel interior estaba demasiado oscuro; las dos cortinillas estaban cerradas y no había ninguna luz. Sin embargo, era él, estaba segura. No podía ser otro.

Aspiró todo el aire que pudo para alejar de sí el ahogo que sentía. Recuerdos, malditos recuerdos.

Huesos.

—Te pido disculpas. —La voz de su acompañante se volvió caramelo. Aún más seductora de lo que ella recordaba—. Ya no eres una niña y no debo llamarte así por más que me guste hacerlo. Pero sí me vas a permitir que siga tuteándote. Al fin y al cabo, soy un viejo amigo... —Antes de que Arabella pudiera abrir la boca para objetar algo a eso, una manta de pelo largo cubrió sus rodillas y una chaqueta, que aún mantenía calor humano, fue colocada sobre sus hombros—. Mi querida señorita Blunt, me alegra que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Vas a tener que ponerme al día, ahora que te tengo delante quiero saberlo todo, pero antes debemos aclarar estas circunstancias. Necesito que me digas qué hacías en casa de María de Confranc. ¿Acaso la conoces?

Arabella boqueó al regresar de sopetón al presente. El reencuentro con su amigo de la infancia había sido un duro golpe a su capacidad humana, esa que comprendía y razonaba, y los motivos que la habían llevado hasta la casa de la baronesa habían quedado, durante unos segundos, relegados a un segundo plano. Pero escuchar de nuevo su nombre le trajo a la cabeza: la sangre, los colmillos, las garras, las bocas ensangrentadas de los amantes… No había corsé bajo su sencillo disfraz de criada, pero la sensación de opresión fue la misma que si lo llevara puesto.

Abrió la boca y la volvió a cerrar. Tenía que pensar y rápido antes de contestar a eso. La vida le había enseñado a no creer en las casualidades. ¿Qué hacía él a aquellas horas frente a la

casa de María de Confranc?

—Al parecer, no menos que usted, milord. —Arabella se mordió la lengua nada más decir aquellas palabras. No quería mostrarle que seguía resentida con él después del todo el tiempo que había pasado. Había pretendido contestar con una evasiva que diera pie a que él continuara hablando, pero el tono ácido la había delatado.

Él captó el mensaje porque su respuesta fue hecha en voz baja y cautelosa.

—María y yo somos viejos conocidos.

Arabella se pellizcó el labio con los dientes y se arrebujó entre las prendas. La oscuridad de alrededor comenzaba a pesarle demasiado.

—¿Conoce *mucho* a la baronesa?

—Arabella… —reprendió él con un tono mucho más grave—, no podemos andar con jueguecitos, es importante que me cuentes por qué has salido corriendo de allí vestida como una criada. Melquisedec no tardará en seguirnos el rastro y si quiero protegerte, he de saber a qué me enfrento.

Arabella lo sintió acercarse y se tensó aún más.

«¿Protegerme?».

—¿Usted…? —Le tembló la voz—. ¿Usted es como ella? ¿También bebe sangre?

Esas dos preguntas lo desarmaron por completo. Había esperado en lo más profundo que Arabella hubiera salido corriendo de allí por otros motivos: una disputa doméstica, un malentendido, incluso que hubiera huido porque una plaga de ratas hubiera infestado la casa. Pero no, Arabella parecía haber descubierto la verdad.

Algo le empujó a no seguir esa línea de conversación.

—¿Por qué trabajas para ella?

—Mi hermano ha desaparecido —balbuceó Arabella como respuesta.

Él tardó en continuar con el interrogatorio, intentaba atar cabos.

—¿Y tú lo buscabas en casa de María? ¿Por qué? ¿Crees que se conocían?

—Su diario… —La voz se le apagó.

Él era consciente de que la estaba presionando, pero necesitaba respuestas.

—Arabella, ¿qué te hizo salir corriendo de allí?

Ella tardó en encontrar la manera de contarlo. Lo que había visto era demasiado retorcido para decirlo en voz alta; estaba segura de que él no iba a creerla.

—Yo la vi a través del espejo, ella… Había sangre en su boca y el hombre… —la lengua se le trabó y su voz volvió a extinguirse.

Por un instante, él abandonó la etiqueta y la sujetó por los hombros.

—Arabella, dime: ¿qué has visto?

Ella abrió la boca para responder, pero de sus labios no salió ningún sonido. En su

cabeza continuaba viendo cómo la miraba Chevigné, con la arrogancia y la prepotencia de un ser superior.

Cuando regresó al momento presente, lo sintió tan cerca que se asustó e intentó liberarse de su agarre de forma exagerada: revolviéndose y dando manotazos al aire. En ese instante, Rheged habría querido darle el consuelo de un abrazo, decirle que todo iba a salir bien, pero tuvo que retirarse para no empeorar la situación. Al verse libre, Arabella pegó su espalda al respaldo para poner el máximo espacio entre los dos. A él le disgustó aquella reacción. Habían sido amigos, y aunque ella en ese instante no lo viera de ese modo, aún lo eran.

Pero la joven, lejos de achantarse, volvía a sorprenderlo.

—¿Eres como ella? —El tuteo le salió sin querer.

«Maldición».

Él volvió a arrellanarse en su asiento con el fin de mantener una distancia que no la incomodase e intentó reconfortarla suavizando el tono de su voz.

—No más secretos, Arabella. En memoria de nuestra amistad seré franco contigo. Sí, soy *como ella*, el mismo tipo de monstruo infame, pero también lo era cuando nos vimos por primera vez y creo recordar que entonces llegamos a ser muy buenos amigos. Así que tranquilízate y cuéntamelo todo, estoy aquí y te protegeré, si fuera necesario, con mi vida.

No pudo añadir nada más. La oscuridad que envolvía a Arabella comenzó a girar a su alrededor hasta que la engulló y cayó desplomada sobre el asiento.

La vida está llena de sorpresas

«Amigos. Llegamos a ser muy buenos amigos».
Aquellas palabras querían quedarse y llevarse mi miedo,
pero el mundo que yo conocía se estaba desmoronando por momentos.

Cumbria, verano de 1878.
Langdale House.

A pesar de que le pedí a mi acompañante que detuviera el *gig* lo suficientemente lejos de Langdale House como para que mis tías no se dieran cuenta de mi regreso, no tuve esa suerte. Florence se había retirado a su habitación, pero tía Adelaida estaba sentada frente a la ventana por la que había escapado. Me esperaba.

No tuve más remedio que explicarle el porqué de mi ausencia, aunque juzgué oportuno omitir la última parte. Si tía Adelaida se enteraba de que había invadido la casa de un vecino y que había estado sola, sin acompañante, en compañía de un hombre, me habría atado a una silla hasta cumplir los dieciséis.

No me sentí orgullosa por mentir, odio las mentiras, pero sabía que de un modo u otro tendría mi castigo por escapar sin permiso, así que resolví contar una verdad a medias para minimizarlo. Solo dije que había salido a dar un paseo y me había perdido.

Mi tía es una mujer tremendamente comedida y no hubo ningún reproche, tan solo me indicó que pondría al corriente a mi padre y que yo tendría que reflexionar sobre lo intolerable de mi comportamiento. Y ese fue mi castigo: tiempo para pensar. Me pidió que la siguiera escaleras arriba hasta una habitación del último piso que apenas tenía muebles —tan solo una silla, una manta y un viejo colchón de lana que había vivido tiempos mejores—, me indicó que al día siguiente me traerían el desayuno y cerró la puerta.

Sin libros, sin costura, sin ningún compañero de juegos o alguien que me diera conversación… Nada. Acerqué la silla a la pared para ver si podía, al menos, alcanzar la ventana y contemplar el paisaje. Imposible, mi celda había sido elegida a la perfección.

Tres días pasé en aquella habitación. Tres días contando los desconchones de la pared e imaginando que eran siluetas de objetos o de animales: un gato, una tetera, una flor… Los miraba fijamente y les daba forma hasta transformarlos en aquello que yo quería ver en ellos.

Tres días pensando en aquel muro de piedra y soñando con las agrestes montañas. Pero, sobre todo, tres días imaginando qué estaría haciendo aquel caballero en su mansión. ¿Leería el periódico junto a la chimenea? ¿Tomaría el té en una taza de porcelana con dibujos azules como la que ella había tenido en sus manos? ¿Recibiría visitas y llamaría a sus invitados por motes ridículos?

No sé cuánto tiempo más habría esperado mi tía para sacarme de allí si no hubiera pasado algo del todo inusual: Langdale House tenía una visita. Un tal lord Brahn Rheged, pariente lejano del Conde de Westmorland y undécimo barón de Ravenstonedale, que se había instalado en Brimstone Hall, una finca cercana, pasaría a tomar el té de la tarde.

Tía Adelaida no parecía del todo convencida. La escuché comentar con Florence que además de parecerle inapropiada la visita por estar de luto, ella no recordaba a ninguna familia con ese nombre en la región. Pero su cuñada no prestó atención. Estaba como loca, excitada como una adolescente por la inminente llegada de un desconocido. Su procedencia y el motivo de su visita eran lo de menos, ¡aquel hombre era un barón!

Para mí lo único importante fue que aquello puso fin a mi castigo. Me sacaron del encierro, me obligaron a tomar un baño —en realidad no fue una obligación, lo tomé de buen grado después de mi forzada reclusión— y, aunque no tenía edad para llevarlo, me colocaron un viejo vestido de luto blanco con adornos negros, que no sé a quién pertenecía y que, por cierto, me venía bastante grande.

Las instrucciones fueron claras: levantarse al entrar milord, inclinar la cabeza y flexionar un poco las rodillas para hacer una reverencia, sentarme mirando al suelo y esperar a que el invitado se marchara para despedirme del mismo modo. Todo eso en el más absoluto silencio.

Recuerdo que le juré a mi tía que sería capaz de hacerlo.

Ensayé hasta que a ella le pareció que lo hacía de manera apropiada y se olvidó de mi hasta la hora del té. No podía salir, lo tenía prohibido, pero sí me dieron permiso para moverme libremente. Así que aproveché y me acerqué a la ventana para pasar el tiempo contemplando el paisaje. No disfruté mucho; la niebla impedía ver lo que ocurría alrededor de la casa. El jardín estaba tan desdibujado y gris como si alguien lo hubiera dibujado a carboncillo y después hubiese pasado la mano por encima para emborronarlo.

Menuda tarde para una visita.

Creo que mi tía hubiera querido matarme cuando trastabillé delante del invitado, pero es que yo no podía creerlo: lord Rheged, el «nosecuántos» barón de Ravenstonedale, era el hombre que me había llamado saco de huesos, que me había ofrecido su chimenea y un té, y que después me había traído a casa.

Conseguí hacer mi papel —reverencia y saludo formal—, aunque por dentro estaba

temblando; una palabra suya y yo pasaría el resto de mis días en aquel ático.

Pero él no dijo nada. ¿Acaso no me había reconocido? Aspiré profundamente, lo que me valió una reprimenda visual de tía Adelaida que habría congelado a cualquier mortal. No me importó, yo tenía que recomponerme de alguna manera y sacar fuerzas para comprobarlo.

Cuando se acomodaron frente a la ventana, dejándome abandonada en aquel sillón que mi tía había colocado para mí al fondo de la sala, me envalentoné al creer que me ignoraban y, con el corazón latiendo fuerte, lo miré —de reojo y sin mover la cabeza para que mi tía no se percatara de mi indiscreción—, y al descubrir que él tenía los ojos fijos en mí, un escalofrío me erizó la piel. Él sabía quién era yo, aunque se convirtió en mi cómplice por algún motivo que no comprendí.

Fue encantador a pesar de las circunstancias. La fría cortesía de tía Adelaida dejó mucho que desear y Florence —tía Florence— no dejaba de ponerle ojitos y forzar de forma dramática un flirteo del todo indecoroso.

Yo estuve atenta a la conversación —que, por cierto, salvo algunos comentarios del todo azarosos hechos por tía Florence, fue educada y trivial, como correspondía entre vecinos—, pero, aunque me mantuve lo más quieta posible para que siguieran ignorándome, desde mi rincón los observé todo cuanto pude; la curiosidad me estaba matando. Él me pilló muchas veces, por no decir todas, y siempre me regaló una encantadora sonrisa.

El día de mi visita a Brimstone Hall, así se llamaba aquella casa, estaba tan superada por la situación que no me fijé en su altura y su atlética constitución. Ni siquiera, aunque lo había intentado después en mi encierro, había podido recordar bien su rostro.

Y era muy atractivo. Mucho.

De cabello oscuro y largo hasta los hombros, un tanto pasado de moda, pero que le daba el aspecto de un joven poeta, lord Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, tenía movimientos pausados, aunque algo teatrales. Todo estaba muy medido en él, sin embargo, no parecía afectado. Era elegante y de carácter reposado. Un caballero de alta cuna, no cabía duda.

Cuando llegó el momento de marcharse, lord Rheged se plantó ante mi e inclinó la cabeza a modo de despedida. Le miré a la cara, aun a riesgo de tener que quedarme encerrada unos días más, y obtuve mi recompensa: me guiñó un ojo. Solo entonces pude respirar tranquila; él no me había delatado ni pensaba hacerlo.

Nada más salir por la puerta, Florence se abalanzó sobre la ventana para continuar contemplándolo en la lejanía. Aunque lo más seguro era que no viera nada, la niebla había tomado posiciones y acorralado la casa.

—Me encantaría que volviera a visitarnos —murmuró la mujer mientras observaba el borrón en el que se había convertido el barón subir al coche, fustigar a su caballo y perderse entre la niebla—. Es tan apuesto… —suspiró.

Tía Florence era digna de ver. Tenía la mirada soñadora, las mejillas arreboladas de una debutante en su gran noche y actuaba de forma, incluso, más dramática, que si estuviera declamando sobre el escenario una obra de Shakespeare.

—¿Habré llamado su atención? —le preguntó a su cuñada.

Tía Adelaida la fulminó con la mirada antes de hablar.

—Florence, compórtate. Menudo ejemplo le estás dando a la niña.

Florence no escuchaba, en ese instante no estaba allí sino veinte años atrás. Ladeó la cabeza y la apoyó en la palma de su mano mientras entornaba los ojos y se concentraba en el dulce momento que, seguro, estaba viviendo en su interior.

—Daría cualquier cosa por dar un paseo con él en su coche —murmuró.

Si hubiera sabido que tres días antes yo iba sentada en aquel pescante… Pensar que mi cara podía delatarme me hizo bajar la cabeza.

De repente, todo cambió. Y fue tan explosivo que tía Adelaida, que era fría como un témpano, cuadró un poco más los hombros y arqueó una ceja con sorpresa al contemplar la transformación de su cuñada. Su tono almibarado y la expresión risueña desaparecieron, su rostro se desencajó y la hostilidad llegó como cuando de improviso te sorprende un chaparrón. Algo se había fraguado en ese su mundo adolescente interior que la había perturbado sobremanera.

—Si vuelve, tendremos que esconder a Arabella —murmuró destilando odio mientras miraba en mi dirección.

Ese desajuste en sus pensamientos dio un nuevo giro de tuerca, de nuevo para peor. Con cuatro zancadas poco elegantes se plantó ante mí y, por lo brusco de sus movimientos, por un momento pensé que iba a cruzarme la cara. Incluso debió pensarlo tía Adelaida, porque se levantó con cierta alarma.

—No creas que no me he dado cuenta, niña. —Cuánto veneno—. Lord Rheged no ha dejado de mirarte y tú también a él.

Tía Adelaida intervino suavizando la voz, como si con ello pudiera calmar a la fiera que se había despertado en su cuñada.

—Déjala, Florence. Arabella es aún muy niña.

—Pronto será casadera —respondió ella con rabia.

Y el mazazo. Tía Adelaida siempre tan certera.

—Arabella nunca se casará. Su destino es quedarse aquí y cuidar de nosotras. Así lo pacté con mi hermano.

Me importó bien poco que mi tía Adelaida me llamara o que intentase interponerse en mi camino. Me zafé de entre los brazos de Florence —tía Florence—, corrí por el pasillo, entré al despacho de mi tío y coloqué una silla contra el picaporte para detener a cualquiera que intentara

abrir aquella puerta.

El aire de la tarde era húmedo y los árboles del jardín se mostraban como fantasmas al estar envueltos por la niebla, pero aun así salté por la ventana en busca de un soplo de libertad. Precisaba de un lugar tranquilo donde nadie pudiera encontrarme, necesitaba sacar de dentro ese peso que me impedía respirar.

Así que aquella iba a ser mi responsabilidad, quedarme en aquel lugar perdido del mundo a cuidar de dos viejas hasta que murieran. ¿Cómo había cedido mi padre a semejante despropósito? ¿Acaso yo no tenía derecho a una vida propia por miserable que fuera? Maldita mi condición de mujer, maldito coronel, maldito destino.

Corrí sin saber hacia dónde dejándome abrazar por la niebla lanosa y húmeda, hasta que una figura surgió entre las espirales brumosas que me rodeaban y se interpuso en mi camino. Me asusté.

—Buenas tardes, señorita Huesos. —La aparición se inclinó con gran ceremonia—. ¿O debo llamarte Arabella Blunt?

Me recompuse como pude, aunque mi aspecto debía ser deplorable con aquel horrible vestido y los grandes lagrimones bañando mi rostro. Lo saludé correspondiéndole con una de mis estúpidas y ensayadas reverencias.

—Milord…

Él hizo un gesto de la mano como quitándole importancia a la vehemencia de mi saludo.

—Me tenías preocupado, Huesos. —Había humor en sus palabras—. Te invité a que volvieras a mi casa cuando quisieras, pero, aunque no esperaba que fuera de inmediato, al no verte durante tres días seguidos me temí que hubieran descubierto tu escapada… —Cortó de golpe su discurso y su voz sonó preocupada de veras—. Arabella, ¿por qué lloras?

Hizo ademán de acercarse a mí.

Yo di un paso atrás, en ese momento lo que no quería era que me compadecieran. La rabia me recorría las venas.

Cerré los puños. No iba a contarle que me había convertido en prisionera de mi destino, eso todavía no lo había digerido. Pero necesitaba encontrar una excusa y tenía que hacerlo pronto.

La que le di no pareció convencerlo.

—No podré volver a su casa, milord, me han prohibido salir a dar paseos. Es malo para mi salud.

Sentí que me observaba como si pudiera valorar cuánta verdad había en mis palabras.

—No veo que pueda ser nocivo. Un poco de sol —carraspeó— no puede matar a nadie. ¿A ti te gusta pasear?

—Sí, milord, me gusta, y no es por el sol, lo que ocurre es que mi constitución me

impide hacer grandes esfuerzos.

Seguía allí, frente a mí, desnudando mi alma con su mirada. Los ojos volvieron a llenárseme de lágrimas y tuve bajar la cabeza y fijarme en mis pies para que no lo viera.

—Entiendo, Arabella—claudicó tras unos segundos—. En cualquier caso, mi casa continúa con las puertas abiertas para ti.

—Gracias, milord. Me encantaría volver, pero va a resultarme imposible hacerlo, yo…

Levanté la vista. Había desaparecido.

Tres días más tarde comprendí que, aunque yo me había rendido, otros no lo habían hecho. Tía Adelaida me llamó a su saloncito de costura y me dijo que lord Rheged había solicitado mi presencia en su casa. Al parecer, su sobrina iba a pasar allí una temporada, tenía mi edad y nadie con quien pasar las tardes.

Incluso a mi ingenuidad infantil aquel hecho le sonó un tanto inverosímil, pero era un soplo de libertad que no estaba dispuesta a rechazar.

-3-

Londres, 29 de agosto de 1888.

Domicilio de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Cuando Arabella abrió los ojos se encontró en un lugar desconocido. Parpadeó y echó un vistazo a su alrededor, pero la única luz provenía de la chimenea y no le permitió ver mucho más allá; excepto el espacio más inmediato al fuego, todo estaba en sombras.

Se encontraba confortablemente tumbada frente al hogar y, aunque aún no había terminado el verano y no hacía tanto frío como para que una chimenea encendida fuera necesaria, lo agradeció porque su vestido y su pelo aún estaban húmedos. Aquellas llamas calentaron también su ánimo; propagaban un calor agradable y hogareño que hizo que se sintiera un poco más como en casa.

Sin moverse hizo un chequeo de la situación. Tenía la boca seca y se sentía algo mareada, por lo demás estaba bien. Entera al menos. Con un ligero movimiento de los dedos acarició la manta de pelo que la cubría de cintura para abajo y su tacto le hizo recordar el momento en el que le habían puesto una parecida sobre las rodillas.

«El carruaje».

Sintió una opresión en el pecho cuando todo lo ocurrido regresó de golpe.

«¡Lord Rheged! ¡María! ¡Los monstruos!».

No tenía ni idea de en qué parte de Londres se encontraba, pero lo más sensato era salir de aquella casa antes de que el dueño —presumiblemente lord Rheged— regresase. Debía huir, aunque…, ¿en qué dirección? ¿Sería prudente quedarse en la ciudad? El hombre del parche también la estaría buscando.

Cerró los ojos para concentrarse y escuchar con atención, pero solo encontró el silencio agradable de la leña crepitando en el hogar.

Estaba sola.

Se incorporó sobre los codos y estiró el cuello, pero por mucho que entrecerró los ojos, aún no se había acostumbrado a la penumbra y no pudo más que ver el espacio más próximo a la chimenea.

—No tan rápido —murmuró una voz masculina surgida de entre las sombras— o volverás a desmayarte. ¿Necesitas ayuda?

—No —respondió ella titubeante mientras bajaba los pies hasta el suelo y envaraba su espalda para sentarse de una manera más decorosa. Con disimulo miró a derecha e izquierda. No había estado atenta, ¿desde dónde habría hablado el barón? —. ¿Dónde estoy?

—En mi casa.

Por un momento se relajó. Aquel tono socarrón le recordó sin remedio al lord Rheged que ella conoció en Cumbria. Al hombre que se enfundaba en una coraza corrosiva, pero que era el mejor de los amigos.

Le siguió el juego.

—¿Y eso está en…?

—Un callejón tranquilo situado a una manzana de Whitechapel Road.

—¿Estamos en el barrio de Whitechapel? —Hubo alarma en la voz de Arabella. Whitechapel era un lugar popular por su mala fama, incluso para ella que apenas llevaba unos meses en la capital.

Brahn siguió hablando con esos aires de superioridad fingida con las que tantas y tantas veces la había embaucado.

—¡Oh, sí! En un lóbrego callejón. Una solitaria y oscura calle en la que ni las ratas se atreven a internarse. —Al ver el espanto en la cara de Arabella, abandonó inmediatamente el tono dramático—. Whitechapel es un lugar donde nadie hace preguntas, Arabella. Aquí a nadie le importa quién es su vecino, solo se preocupa por sobrevivir.

Lo que decía tenía sentido. Le habían advertido de que aquel lugar era una zona marginal y peligrosa donde se comerciaba con la carne de las mujeres y se mataba por unos pocos peniques, y en el que la policía se negaba a entrar a menos que fueran en grupo. Tenía que admitir que era un escondite perfecto para un monstruo como él.

Un monstruo.

Si lord Rheged era como María también tendría colmillos y garras, y sus ojos serían dos pozos sin fondo capaces de hacerte caer en su interior.

Negó y se centró en el crepitar de las llamas. Tenía que marcharse de aquella casa lo antes posible.

—¿Puedo acercarme, Arabella? Sé que ahora mismo me quieres lejos, pero creo que sería mejor que me colocase en un lugar donde pudieras verme.

El corazón de Arabella empezó a agitarse antes incluso de que él se levantara. Se aferró a la manta —era lo único que tenía a mano— y la subió para cubrirse hasta la nariz.

Cuando él se sentó en un sillón cercano y la miró tuvo que sonreír. Por encima de aquella manta solo se veía una masa de cabellos despeinados —de su moño pulcro y bajo solo quedaba una trenza de la que escapaban guedejas por todas partes— y unos ojos enormes y asustados. Parecía un ratón que ve sobrevolar un halcón y sabe que está a punto de ser atrapado.

Él no buscaba eso, ahora que se habían reencontrado deseaba recuperar su confianza.

—¿Y bien? —preguntó con un tono pícaro que hizo que a Arabella se le erizase la piel —. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Ella lo fulminó con la mirada.

Menudo truhan. En eso lord Rheged no había cambiado; siempre había sabido qué decir para hacerla saltar. Se mordió la lengua para no replicar y aprovechó la cálida luz de las llamas para examinarlo con detenimiento. Era alto, aunque no tanto como lo recordaba. Quizá porque ella aún lo veía desde la altura de sus doce años y entonces la perspectiva había sido muy diferente. Pero lo demás… su cabello negro, la mandíbula cuadrada y masculina, las mejillas rasuradas alejadas de las modas, el porte y la elegancia… Todo un caballero londinense. Igual que cuando lo conoció.

No había duda alguna, aquel era el hombre que ella había conocido de niña. Sin embargo, al mismo tiempo no lo era — Arabella arrugó la frente esforzándose por ver qué había distinto en él—. ¿Por qué?

En realidad, quien lo contemplaba de forma distinta era ella. Con doce años no se había dado cuenta, pero ahora veía en sus ojos la sabiduría que da una larga vida; el aplomo de un hombre maduro que tiene una gran seguridad en sí mismo; la serenidad y paz que trasmitía con todos sus movimientos… Y algo más. ¿Había sido lord Rheged siempre tan atractivo?

Tragó saliva y apartó la mirada.

—No ha cambiado usted nada, milord —respondió por fin Arabella en voz baja.

Solo fue un instante, pero Arabella se dio cuenta de que algo le había molestado. Su postura —acomodado en aquel sillón de forma despreocupada— era la misma y la sonrisa que barría su cara continuaba siendo más artificial que la de gato de Cheshire, sin embargo, ella había visto durante una milésima de segundo como su rostro traslucía incomodidad.

Supo muy pronto qué era lo que le había irritado. El barón continuó hablando con voz tranquila y suave, pero la petición que hizo a continuación le dio a entender a la joven que lo que le había molestado era que ella mantuviera las distancias.

—¿Arabella, sería muy complicado que me llamases por mi nombre de pila? Somos dos adultos y nos conocemos desde hace años. Creo que podrías usarlo. ¿Lo recuerdas? Me llamo Brahn.

—No sería apropiado, *señor*. Usted es barón.

Él cerró los ojos un instante. De nuevo aquella irritación. Arabella no sabía si asustarse o sentirse orgullosa.

—*No sería apropiado* —repitió él con voz cansada—. Está bien, dejaremos eso para más adelante. Ahora, cuéntame, ¿qué hacías en casa de María?

María de Confranc.

Recordar lo sucedido hizo que Arabella se obligase a respirar despacio. Estaba metida en un buen lío. Uno enorme.

Miró a su alrededor. Se había habituado a la penumbra y pudo hacerse una idea de la distancia hasta la puerta y de los obstáculos que tendría que sortear para llegar a ella. La idea de salir de aquella casa no se le iba de la cabeza.

Sentir como un dedo la empujaba a girar la cabeza hacia delante puso sus nervios a flor de piel. ¿Cómo de rápido se había levantado lord Rheged?

—Arabella, no eres mi prisionera. Si intentas salir por esa puerta no te detendré, pero antes de hacerlo has de sopesar los riesgos. Ellos te encontraran…

Arabella se puso rígida y retrocedió hasta dejar su mano en el aire. Se miraron durante un largo minuto y después, Rheged volvió a su asiento. ¿Le daba vía libre para marcharse?

No tenía dónde ir.

Sin estar muy segura de nada, y con la extraña sensación de que tenía que ganar tiempo como fuera, empezó a contar su historia.

—No sé si recordará que mi hermano James y yo nos carteábamos —dijo con voz trémula. Lo vio asentir y prosiguió—, pues hace cuatro meses sus cartas dejaron de llegar y, preocupada, contacté con una vieja criada de mis padres que, cuando el coronel cerró la casa para irse a Afganistán pasó a formar parte del servicio de mi tío lord Horace, el tutor de mi hermano. Su respuesta me alarmó; en Londres tampoco sabían nada de sus andanzas.

—¿En sus últimas cartas notaste algo extraño? —La calidez de su voz y una sensación indefinida que relajó sus músculos y serenó sus pensamientos (ella lo ignoraba, pero él estaba usando sus poderes de vampiro) hicieron que Arabella respondiera con más tranquilidad.

—No, realmente, no. Pero mi hermano nunca me contaba cosas personales, se limitaba a informarme de los cotilleos de sus amigos, de las exposiciones que visitaba, de los grandes acontecimientos a los que era invitado… De su vida en la ciudad.

—¿No os llevabais bien?

—Sí, no. James siempre fue el primogénito, el favorito de mi padre, y para él yo no era más que una chiquilla. Pero me prometió que me escribiría y lo hacía, aunque la mayor parte de las veces le supusiera un esfuerzo.

—Sigue, por favor.

Una nueva sonrisa, otra mirada afectuosa y, de nuevo, la calma. Y la extraña sensación de que podía respirar tranquila, de que estaba a salvo.

—Como iba diciendo, me alarmé. Pensé que lo más sensato, a falta de la presencia de mi padre, era poner estos hechos en conocimiento de su hermana, mi tía Adelaida. Ella le quitó importancia. A sus ojos James es un hombre adulto y tiene libertad para ir y venir, y hacer lo que le venga en gana. Pero James era el único de mi familia que no me había abandonado del todo y

yo… —Arabella se sonrojó. A punto había estado de confesar que su hermano era la última baza que tenía para salir de Langdale House. Que, como hombre adulto que ya era, podría hablar a su favor y cambiar su destino. Carraspeó—… yo insistí. Le rogué que averiguara algo más poniéndose en contacto con su hermano Horace. Ella se negó y, ante su pasividad, le pedí permiso para viajar a la capital. Discutimos, hice las maletas y cogí el primer tren en dirección hacia Londres.

—¿Discutisteis?

Arabella dudó sí debía responder con la verdad. Notaba que su corazón estaba recuperando un ritmo normal, —el calor del fuego y el ambiente tranquilo habían conseguido relajarla— y lord Rheged parecía genuinamente preocupado, pero… no tenía por qué saber que su tía le había dicho que, si salía por aquella puerta no se le ocurriera regresar.

Iba a contestar con una evasiva cuando él la sorprendió preguntándole a bocajarro:

—¿Cuántos años tienes, Arabella?

—Veintidós.

Lo vio asentir de nuevo.

—Nueve años… ¡Cómo pasa el tiempo! Sigue por favor, disculpa la interrupción.

Ella aprovechó para dar un salto en el relato y omitir la conversación con su tía.

—Al llegar a las habitaciones que mi hermano tenía alquiladas en Londres me encontré a una casera muy malhumorada porque se le debían dos meses de arriendo. Le pagué las deudas y subí a su cuarto. Registré todo el piso en busca de algo que me diera alguna pista, pero no di con ninguna hasta que encontré su diario.

—¿Por qué no acudiste a tu tío Horace?

Las mejillas de Arabella se encendieron. De nuevo una pregunta que no esperaba, aunque esta vez ella respondió sin pensar en una excusa que no evidenciara cuál era su verdadera situación.

—Tía Adelaida me advirtió que le escribiría para que no me diera cobijo en su casa. Así me daría cuenta de lo desagradecida que había sido con ella.

Tras decir aquello agachó la cabeza. Tendría que haberse mordido la lengua. Si seguía así, él terminaría por averiguar que estaba sola en la capital, y no era eso lo que buscaba.

—¿Y tu padre, el coronel?

Ahora no podía mentir. Lord Rheged ya sabía que el coronel había abandonado a su hija al morir su esposa. Convertirlo en un padre preocupado habría sido una fantasía.

—Cuando terminó la ocupación de Afganistán, se enroló en la guerra anglo-egipcia. Ahora es consejero militar en El Cairo.

—Perdona la interrupción, no es mi intención que tengamos dos conversaciones a la vez, pero hace tanto que no te veo que no puedo evitar querer saberlo todo. Has dicho que encontraste

un diario, ¿lo leíste? —Arabella asintió y su cara se descompuso de tal forma que él se inclinó hacia delante con el semblante preocupado—. ¿Qué había en él?

—Sospechas, incoherencias, delirios y fantasías. —Al ver que lord Rheged arqueaba una de sus perfectas cejas, añadió—: Apuntes sobre… —tuvo que tragar saliva para terminar la frase — el vampirismo.

Él no pareció extrañarse lo más mínimo. ¿Cómo iba a hacerlo? Era uno de ellos.

—¿Podría verlo?

—Está en el apartamento de mi hermano. Pero sí, por qué no.

En ese momento un ruido de pasos hizo que Arabella se volviera hacia la puerta. Una jovencita con pinta de estar recién levantada, entraba con una bandeja en el salón.

Lord Rheged se levantó enseguida a ayudarla. La pobre no debía de tener mucha práctica, parecía que la tetera y las tazas iban a salir volando en cualquier momento.

—Suke, ¿qué haces levantada? —protestó lord Rheged con suavidad cuando hubo afianzado la bandeja.

—Escuché que tenía usted una invitada y pensé que les vendría bien una taza de té.

—¡Vaya! —murmuró sorprendido—. ¡Qué falta de modales la mía! Pero lo cierto es que no había caído. Gracias, Suke, un té calentito será muy reconfortante para mi amiga.

Al quedar sus manos libres, la joven estiró de las faldas de su vestido e hizo una reverencia poco ortodoxa. No dejó ni por un momento de observar a Arabella. Llevaba ropas de criada, pero estaba sentada con el temple de una dama.

—¿Señora…? —saludó con dudas. En seguida se volvió hacia su patrón con una gran sonrisa en sus labios—. ¿La mujer se queda a dormir?

Él negó por su forma de expresarse, pero al contestarle lo hizo con una cálida sonrisa.

—Sí, Suke, se queda.

Ella titubeó antes de preguntar entre susurros.

—¿En su cuarto? —Y bajó un poco más la voz—. Es muy guapa.

Él sonrió complacido.

—No seas descarada, Suke —la regañó con cariño—, la señorita Blunt es una vieja amiga, además de una dama. La instalaremos en la habitación del fondo. La del papel pintado de color azul.

—Iré a prepararla.

—Deberías estar durmiendo, es muy tarde. Yo lo haré.

—No, milord. Eso es cosa mía. Le avisaré cuando esté lista.

Al cerrarse la puerta a sus espaldas, Arabella se puso en pie.

—No voy a quedarme.

Él hizo caso omiso de sus palabras y se dispuso a servir dos tazas de té con una pasmosa

tranquilidad. No le hizo falta preguntar si quería azúcar o leche, sabía con exactitud cómo le gustaba.

—¿Me ha escuchado? —Con valentía Arabella dio un par de pasos en su dirección—. No voy a quedarme.

La mirada que le dedicó Rheged mientras ponía una taza humeante en sus manos, le trajo muchos recuerdos.

—Antes no te importaba pasar tiempo conmigo. Es más, diría que hasta lo disfrutabas.

Mi refugio

Pues claro que lo disfrutaba.

Sin buscarlo, lord Rheged se convirtió en mi vía de escape y, aunque no podía contarle todo aquello que pasaba por mi cabeza, empecé a considerarlo mi único amigo.

Cumbria, verano de 1878.
Brimstone Hall, residencia de lord Rheged.

—Buenas tardes, pequeña Huesos. ¿Qué te trae por aquí?

La pregunta fue hecha con despreocupación, como si a lord Rheged le sorprendiera el hecho de verme plantada en mitad de su salón a pesar de que había usado su posición para que me presentara en su casa.

Intenté decir algo y mi voz no quiso salir, tan solo boqueé como un pez. Tía Adelaida me había dado más de una docena de instrucciones sobre qué debía responder y cómo comportarme, pero conforme me había ido acercando a la gran casa las había olvidado todas.

Cuando salí de Langdale House me sentí eufórica por poder abandonar, al menos durante unas horas, aquella habitación gris donde yo pasaba las tardes dando unas puntadas que al día siguiente serían criticadas por mi tía. Penélope tejía de día y destejía de noche mientras esperaba a Ulises, yo bordaba pequeños monogramas para después deshacerlos porque nunca estaban a la altura. Pero, por fin, tras la nota de lord Rheged, se abrió una puerta para escapar a mi monotonía y deseé con ilusión fugarme a través de ella. Solo recé porque su sobrina no fuera tan insufrible que me arrepintiera en cada escapada y tuviera que buscar cualquier excusa para regresar a mis patéticos bordados.

Sin embargo, cuando vi los muros de Brimstone Hall entre los árboles tuve la impresión de que el invierno había invadido cada rincón, y eso me frenó. La primera y única vez que había pisado aquella propiedad fue bien entrada la noche y únicamente pude ver una silueta enorme, negra y rotunda. Yo estaba mojada y cansada, y solo pensé que era una vieja casa. Pero en pleno día, sus paredes me intimidaron hasta el punto de desear darme la vuelta.

Aquel inhóspito lugar me puso en guardia.

El jardín, descuidado por la falta de unas manos que dirigieran su caótico crecimiento,

era una explosión de tonos verdes, de árboles, arbustos y matojos, que invadían cada rincón. Yo no tenía demasiados conocimientos para diferenciar las distintas variedades, pero había tilos, ciruelos y hasta un membrillo, y también una tupida muralla de ortigas que disuadían a cualquiera que quisiera salirse del camino. En mitad de ese derroche de vegetación estaba la casa, un viejo monolito de piedra gris con tejado a dos aguas salpicado con ventanas de marcos blancos y cristales emplomados cubierto parcialmente por el esqueleto gigante de una hiedra que no volvería a brotar jamás.

Un jardín con tanta vida, una casa que parecía un mausoleo.

Me estremecí.

Aquella soleada tarde de junio se transformó de repente en un desapacible día de otoño, y no mejoró cuando me abrieron la puerta del caserón. El vestíbulo estaba oscuro y frío, y el mayordomo, Charles, aunque correcto, volvió a mostrar cierta reserva ante mi presencia. Solo al decir que lord Rheged me había hecho llamar, se apartó y me dejó pasar.

La ilusión de hacía media hora, al abandonar la casa de mi tía, había desaparecido. Ahora que estaba allí, lo único que quería era correr en otra dirección.

—¿No respondes? —insistió.

Miré a mi alrededor. La chimenea estaba apagada y la única luz de aquella tarde estival era un pequeño rayo de sol muy débil que se filtraba entre las cortinas. El resto de la sala estaba sumido en las sombras y solo acerté a ver los contornos de los muebles. Aunque conforme me fui acostumbrando a la penumbra logré distinguirlo en un rincón. Estaba de pie, apoyado en el respaldo de un sillón como si posara para un cuadro. Sonreía.

—Usted le dijo a mi tía que una sobrina suya requería de mi compañía.

Lo vi relajarse un poco más.

—Fue una pequeña mentirijilla, Huesos, solo te compré ratos de libertad. No hay ninguna sobrina ni tampoco la necesidad de que pases las tardes aquí metida.

—Ah, ¿no? —La decepción en mi voz se escuchó muy real, desde que él visitara a mis tías me había hecho ilusiones de volver a verlo. Sentía curiosidad hacia su persona. Me tenía fascinada su gallardía, su educación y aquel porte aristocrático que tienen quienes han visto mucho mundo. Pero, al mismo tiempo, me llamaba la atención cómo alguien como él, tan brillante, podía vivir solo en aquel lugar apartado. ¿Por qué permanecía recluido en aquel caserón?

Tras saber que iba a visitar la mansión había preguntado a los sirvientes de tía Adelaida —no había nadie que tuviera más información que los criados de una casa— y salvo aquella escapada a Langdale House parecía que el barón no salía de su residencia para nada.

—No, Arabella. Puedes usar tu tiempo como quieras.

—¿No quiere que venga?

Debí parecerle boba porque se rio con ganas.

—No es eso, Huesos, me pareciste tan triste la otra tarde que le estuve dando vueltas a la forma de arreglarlo. Si te apetece pasear por los prados ya no tendrás que dar explicaciones, yo te cubriré las espaldas. Aunque, por otra parte, quiero que sepas que me encantaría recibir de vez en cuando tus visitas. Esta casa está muy vacía, como ves, y yo disfruto con tu compañía.

Parecía estar tomándome el pelo y me enojé.

—No sea ridículo, ¿por qué iba usted a disfrutar de la compañía de alguien como yo?

—¿Y por qué no?

Pisé con la punta del pie derecho y empecé a hacer girar el talón. Mi tía me habría fulminado en el acto por hacer ese gesto de impaciencia.

—Porque usted debe estar acostumbrado a la compañía de damas ingeniosas e irresistibles que sigan su conversación, y yo solo soy una niña.

En aquel momento no fui consciente de esos pequeños detalles, pero ahora que pienso en ello me doy cuenta de cómo evitaba el sol. Cuando el pequeño rayo de luz que partía en dos la habitación desapareció tras una nube y se oscureció de forma repentina la sala, se derribó aquella barrera invisible que nos separaba y se acercó a mí. Tanto que tuve que levantar la cabeza.

—Así que crees que no eres una compañía interesante.

—Solo soy una niña —repetí— y no tengo nada qué contar. Tía Adelaida dice que soy una gran decepción, que no parezco hija de su hermano.

Vi como su rostro se tornaba sombrío. No parecía gustarle el giro que estaba tomando la conversación.

—¿Crees que ella es una persona atractiva? ¿Qué tiene una conversación interesante? —Negué efusivamente y su sonrisa regresó—. Uno se vuelve ingenioso e irresistible cuando enriquece su vida interior, cuando tiene una mente fascinante que compartir.

Torcí la boca. Yo no era una de esas personas. Y ahora que sabía que mi destino estaba escrito como dama de compañía hasta el fin de mis días, no dejaba de pensar en que mi vida iba a ser de lo más triste y gris. Todo a mi alrededor auguraba que mi juventud y mi curiosidad se marchitarían junto a mis tías con el paso de los años.

Aquellos pensamientos me hacían rebelarme.

—¿Y cómo haré yo eso? Mi tía solo me enseña lo que no debo pensar, decir o sentir. Si al menos me permitiera tocar los libros del antiguo despacho de tío Arnold para que pudiera aprender algo por mi cuenta…

Él pareció sorprenderse.

—Así que no se te permite ni siquiera leer. ¿Y en que empleas tus tardes, Huesos? ¿Qué haces para matar el tiempo?

—Aprender a bordar.

La poca efusividad de mi respuesta hizo que lord Rheged me mirase con pena.

Se quedó pensativo y tamborileó sobre su pierna unos segundos antes de decir con ánimo:

—Sígueme.

Tuve que correr para alcanzarle; una de sus zancadas era tres de mis pasos.

Cruzó el vestíbulo y abrió la puerta que estaba justo enfrente de la del salón.

—*Procura ser lo que quieras ser.*

—¿Qué?

—*Nunca te imagines que eres distinta de lo que a los demás pareciera que lo fueras o pudieras haber sido. No sería distinto de lo que habrías sido si hubieras parecido a los demás que eres distinta…* o algo así, quizá me haya saltado alguna parte.

Arabella puso cara de no entender nada.

—¿No has leído a Alicia? —preguntó sin disimular su asombro.

—No, milord.

Torció la boca y se quedó pensativo unos pocos segundos.

—¿*La sirenita*?

—No.

Se agachó hasta ponerse a la altura de mis ojos.

—¿*Los tres mosqueteros*?

No me atreví a negar en voz alta por tercera vez y simplemente moví la cabeza.

El undécimo barón de Ravenstonedale se irguió en toda su altura y me miró con curiosidad. Me acarició la cabeza y murmuró en voz muy baja: —«Tendremos que arreglar este desaguisado».

Volvió a sonreír y con un gesto me invitó a entrar.

—¿Quieres cultivarte? Puedes usar mi biblioteca.

Después rio más aún al verme con la boca abierta mientras admiraba aquella sala. Había libros por todas partes.

—¿Me orientaría usted? —pregunté todavía conmocionada. Había tanto que no sabía por dónde empezar.

—Con mucho gusto. Es más, dispongo de bastante tiempo libre y me pongo a tu disposición para incluso hacer de preceptor. Si me aceptas, claro.

No pensé en aquel momento qué podía depararme aquello, pero me sonó a música celestial. Así que respondí asintiendo con efusión, lo que le hizo reír, y ofreciéndole mi mano para sellar el trato como si fuera un muchacho.

Él la tomó, no podía ser de otro modo, era un caballero y no iba a dejarme con la mano en el aire, pero se la llevó a los labios consiguiendo que casi se me parara el corazón.

—¿Qué quieres aprender primero?

Una idea se abrió paso en mi cerebro. Si conseguía algo más que modales y una cierta idea de la gestión doméstica, tal vez, sí, solo tal vez, pudiera acceder a más opciones que la de cuidar de mis tías en su vejez. Ya que no iba a tener la ocasión de encontrar marido en un lugar como aquel, ¿por qué no buscar un empleo de institutriz o de maestra de escuela?

Aún así mi espíritu aventurero me traicionó y no me pensé dos veces mi petición —maldita juventud que te llena la cabeza de fantasías—. Siempre había sentido celos de la libertad de la que disfrutaba mi hermano, pero desde que me contó en una de sus cartas que había usado las influencias de lord Horace para entrar en el exclusivo London Thames Fencing Club, en el número siete de Cleveland Road frente al Palacio St. James, mi envidia había subido un peldaño más. En realidad, me preocupaba bien poco que fuera a codearse con el VIII duque de Malborought, con el marqués de Worcester o el capitán Alfred Hutton, lo que yo deseaba realmente era otra cosa.

—Esgrima.

Me sorprendí a mí misma al pedir aquello. No me iba a servir mucho para ser ama de llaves o maestra de escuela, pero lo ansiaba de verdad. Aunque, una vez dicho en voz alta, sonaba bastante descabellado.

Esperé sus carcajadas, consciente de lo que debía significar para él que una mujer quisiera aprender el noble arte de la espada, pero estas no llegaron. En su lugar, aparte de esa sonrisa misteriosa que siempre llegaba a sus ojos, comprobé que esa vez, aquellos iris del color de una tormenta me contemplaron con renovado interés.

—¿Esgrima?

Mi determinación dio un paso atrás.

—Yo, yo, lo siento…

Él me detuvo con un gesto de la mano.

—Me parece bien, aunque además quiero que leas a los clásicos. —Sonreí ante la expectativa de haberme salido con la mía y lord Rheged, el undécimo barón de Ravenstonedale, me correspondió—. Estaré encantado de orientarte en tu educación e instruirte en el arte de la esgrima, Huesos —dijo mientras ejecutaba una elaborada reverencia—. Será todo un placer.

—¿También a bailar?

Lord Rheged se tapó la boca con la mano para ocultar una carcajada.

Cuando se repuso, se disculpó.

—Poco a poco, querida niña. Presiento que nuestra amistad va a ser de lo más entretenida —y seguro que, porque me vio balancear mi peso de un pie a otro expectante, se apresuró a añadir—: y sí, te enseñaré también a bailar.

- 4-

Londres, 29 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whithechapel.

Arabella necesitó mirar unos segundos la taza que él había puesto en sus manos antes de levantar la cabeza y enfrentarlo. Lord Rheged estaba tan cerca que era capaz de distinguir las motitas grises de sus ojos color tormenta. Solo necesitaría adelantar un poco el brazo para tocarle el rostro.

Le costaba respirar, pero no desvió la mirada.

—Milord, no es apropiado que me quede en su casa. No es decente.

—Arabella, ¿de verdad consideras que mi compañía *no es apropiada*? ¿Cuántas veces estuviste en mi casa sin carabina? ¿Pasó algo que te hiciera recelar de mí?

Ella se sonrojó ligeramente. No era justo que él se aprovechase de su antigua amistad.

—Muchas y nunca. Pero entonces yo era una niña y no conocía las reglas de decoro. Ahora sé que no era lo apropiado.

Lord Rheged negó y rio al mismo tiempo.

—*Apropiado* terminará siendo la palabra del día. ¡Ay, Arabella! —Que él le pellizcase con suavidad la mejilla hizo que ella volviera a pensar cuánto lo había echado de menos—. ¿Al final tía Adelaida se salió con la suya y consiguió lavarte el cerebro? Dime, y sé sincera, por favor, ¿acaso no te sientes una persona decente ahora mismo?

La pregunta quedó en el aire, Suke abrió la puerta con un buen empujón.

—Milord, tiene visita.

Él se separó despacio de Arabella. No dejó de mirarla ni cuando le respondió a la joven.

—Lo sé, Suke. He oído como alguien llamaba a la puerta, como le abrías, a pesar de que te indiqué que debías de ser prudente con los desconocidos, y también cómo se la cerrabas en las narices.

La joven criada se mordió el labio y agachó la cabeza.

—Iba a preguntarle a usted primero, no sabía si querría recibirle. Es…

—Tranquila, no pasa nada. Ya sé quién es. Le estábamos esperando. Anda, hazle pasar.

Lord Rheged se sentó con una pasmosa tranquilidad en uno de los sillones que estaban junto a la chimenea.

«¿Esperando?», se preguntó Arabella. «¿A quién podían estar esperando a esas horas?».

No acertó a imaginar quién era hasta que lo tuvo delante.

—Has tardado mucho, Mel —saludó el barón—. ¿Estás desentrenado?

Melquisedec hizo caso omiso al comentario sarcástico, se quitó el sombrero y los guantes y los dejó sobre una consola. No dio ni las buenas noches.

—María quiere a la chica.

—Directo al grano, como siempre. ¿Te apetece un brandy?

El recién llegado inspeccionó con su único ojo la habitación y tras el barrido se detuvo en Arabella que había dejado la taza humeante sobre la mesa y recuperado la manta para esconderse tras ella.

—¿Por qué no? Aunque eche a correr no irá muy lejos.

—Sírvete tú mismo.

No se hizo de rogar. Como si estuviera en su propia casa se acercó hasta un mueble de madera oscura sobre el que había varias botellas y vasos, eligió un bonito decantador y, tras quitarle el tapón disfrutó del aroma del licor. Se puso un dedo en uno de los vasos tallados.

Antes de beber, lo miró al trasluz.

—Bonita cristalería. ¿Penrose? —El barón asintió—. ¿No cerraron la fábrica?

—La tengo desde hace años.

Se mojó los labios.

—Reconozco, Rheged —murmuró mientras daba otra mirada a su alrededor—, que has elegido un magnífico escondite. La casa por fuera parece que está a punto de caerse, nadie te encontrará aquí, aunque… es un poco pobre para el estilo al que nos tienes acostumbrados.

Con calma, como si estuviera midiendo sus movimientos, dejó el vaso sobre una mesa auxiliar y se sentó en el sofá donde minutos antes había estado tumbada Arabella. Se recostó y estiró las piernas.

Nunca lo había visto alterado —y con el servicio, en casa de la baronesa, siempre se había comportado con rectitud—, pero Arabella estaba tan asustada que pensó que cuanto más lejos lo tuviera mejor. Con disimulo dio dos pasos atrás y lo observó desde la protección que le brindaba la distancia. Si no conocía la ubicación de la casa de lord Rheged… ¿cómo había podido encontrarla?

Estaba tan absorta en sus cavilaciones que, a pesar de estar atenta a todos sus movimientos, no le dio tiempo a reaccionar cuando lo vio levantarse y saltar sobre ella.

Solo gritó.

Pero el hombre del parche no la atacó, sino que empezó a palmearle con brío la tela de la falda. Lord Rheged también llegó a su lado en menos de un segundo, aunque él se limitó a quitarle la manta que sostenía y tirar de su brazo para separarla de la chimenea.

La reacción de los dos fue tan brusca que Arabella no tuvo tiempo de revolverse; estaba paralizada por el horror, pero el olor a chamuscado le dio una pista importante de lo que había

pasado. Huyendo de Melquisedec se había acercado tanto al fuego de la chimenea, que se le habían prendido los bajos del vestido.

Habría deseado desmayarse para no sufrir el escarnio posterior.

Cuando Rheged y Melquisedec tuvieron la situación bajo control, la hicieron girar sobre sus pies para comprobar si estaba ilesa.

—Deberías tener más cuidado, niña —se burló el visitante—, unos segundos más y habrías ardido como Juana de Arco.

—Mel, déjalo —protestó Rheged.

Arabella creyó morir de vergüenza. No solo la sobrefalda había quedado inservible, también se había estropeado la enagua que llevaba debajo y se le veían los tobillos y las pantorrillas por entre los jirones de la tela. Los temblores sacudían su cuerpo y apenas podía tenerse en pie, pero tiró de la tela con brío para cubrirse cuanto pudiera.

El tono duro que lord Rheged había empleado para silenciar a Melquisedec cambió de manera drástica cuando se dirigió a ella:

—Arabella, mírame. ¿Estás bien?

Ella no levantó la vista, todavía estaba temblando por el susto, pero asintió despacio. Gracias a que habían actuado con una velocidad sobrehumana no había sufrido quemaduras. Y aunque el comentario había sido grosero, Melquisedec estaba en lo cierto: si hubieran tardado unos segundos más en reaccionar, ella se habría inmolado allí mismo.

—Gracias —dijo con un hilillo de voz.

Para que ella lo mirase, Lord Rheged empujó hacia arriba su mentón con suavidad usando únicamente un dedo. Arabella no rehusó el contacto —continuaba estando demasiado alterada como para darse cuenta de que la estaba tocando—, pero fue consciente de lo inapropiado que resultaba todo aquello cuando sus ojos se encontraron y retrocedió hasta que volvió a dejar su mano suspendida en el aire.

Pese a lo embarazoso de la situación, Arabella se quedó de nuevo hechizada por sus iris gris tormenta. Miró hacia otro lado en un intento de evitar lo embarazoso de la situación, pero su elección fue aún peor: posó su mirada sobre la suave y carnosa piel de sus labios.

Cerró los ojos y respiró hondo.

Sintió como sus mejillas enrojecían, las manos se le helaban y la piel de todo el cuerpo se le erizaba por completo. Durante un instante, aquella visión consiguió que Arabella olvidase lo asustada que estaba; que en la estancia había un invitado que la observaba con un solo ojo pero que no se perdía detalle de nada; que en el ambiente aún flotaba el olor a tela quemada y que, unos segundos antes, había estado a punto de abrasarse. Aquella boca hizo que se olvidase hasta de respirar.

Una vocecita en su cabeza la sacó de aquel sueño: «Es un monstruo».

Otra vocecita distinta, más como de niña, respondió: «Fue tu mejor amigo».

Melquisedec carraspeó a sus espaldas y, aunque lord Rheged no se apartó ni dejó de mirarla —y su figura se interponía entre el hombre del parche y ella—, Arabella deseó que el suelo se la tragara.

—A este paso, María no tendrá que hacer nada —profetizó el visitante—. Ella sola se basta. Cuando hace unas horas salió corriendo de la casa y se lanzó contra el carruaje solo pensé lo que me iba a suponer tener que cambiar el cadáver de sitio para que no nos investigaran. Aún me sorprende cómo consiguió no ser pisoteada por los caballos.

—Mel, ya. —Rheged se giró y acortó las distancias con el hombre del parche—. La señorita Blunt es cosa mía, ni tú ni María vais a entrometeros.

Melquisedec retomó el vaso de la mesita donde lo había dejado y apuró de un trago su bebida. Su tono de voz dejó a un lado la mordacidad.

—Brahn, ya sabes que solo soy una mascota para María. Mi opinión no cuenta. Pero ella… —miró hacia Arabella por encima del hombro de lord Rheged— …ella vio algo que la baronesa precisa esconder. Imagina lo que ocurriría si los humanos supieran que hay una vampira en la ciudad que convive con la flor y nata del Imperio y que se ha metido en la cama con más de un aristócrata. —Hizo una pausa—. Imagina que se supiera que existimos…

Lord Rheged soltó una carcajada amarga ante la mirada escéptica de su invitado.

—Perdona, amigo mío, pero es muy gracioso eso que dices. María no deja de tentar a la suerte y, si es descubierta, no será porque alguien crea a una criada. Si tanto desea ocultarse, ¿por qué actúa en el Savoy? —A continuación señaló a Arabella para enfatizar sus palabras—. ¿Por qué tiene una casa llena de sirvientes humanos a los que apenas conoce? ¿Por qué acude a los bailes y presume ante los aristócratas? ¿Por qué cada día tiene un nuevo amante? Podría seguir, Mel. María es un escándalo y no tardarán en señalarla con el dedo. No permitas que te arrastre con ella.

Melquisedec se encogió de hombros.

—¿Crees que no lo sé? Pero a mí no me escucha.

—Quizá sí le preste atención a esto.

Lord Rheged metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta, la misma que en el carruaje había colocado sobre los hombros de Arabella, y sacó un sobre del interior.

—Es del Consejo, dáselo.

El asistente de María sujetó el sobre lacado como si quemase.

—¿Este mensaje era lo que te traía a Kensington?

—¡Muy suspicaz! Sí, Mel, tal y como imaginas, la mía no era una visita de cortesía; María y yo no somos lo que se dice amigos. Pero eso tú ya lo sabes.

El asistente de María arrugó el entrecejo.

—¿Has dicho que era del Consejo?

—Sí. Ya está constituido, es oficial, y tiene ojos en todas partes.

El hombre del parche pareció valorar una respuesta, pero tras guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta solo murmuró:

—Se lo daré.

Dejó el vaso que aún tenía entre los dedos, recuperó su sombrero y los guantes y, con una leve inclinación de cabeza para despedirse de Arabella, salió por la puerta.

Ella se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración durante toda la conversación de los dos hombres y soltó todo el aire de golpe. Aún no sabía qué la había alterado más: que por una torpeza se le quemara su vestido y tuvieran que salvarla como a la princesa de un cuento —cómo odiaba eso—; que él rozara con suavidad la piel de su barbilla para llamar su atención y se hubiera quedado paralizada como una estúpida adolescente; que hubiera escuchado por boca de su lacayo que María quería hacerla «desaparecer», o que lord Rheged hubiera dicho que ella era asunto suyo.

Si no fuera porque estaba bloqueada, gritaría de pura frustración.

—¿Arabella? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondió como un autómata.

Él la miró con dulzura.

—La habitación ya debe de estar lista y necesitas descansar. Mañana lo verás todo con otros ojos.

—¿Usted cree?

—No solo lo creo, sino que estoy seguro de ello. —Le ofreció el brazo—. ¿Vamos?

—¡No soy una inválida!

El tono fue grosero, pero el barón lo encajó sin parpadear. Ni siquiera hizo un mal gesto como arquear una ceja o fruncir los labios. Solo esperó a que ella estuviera preparada.

La joven se tomó su tiempo en alisar las malogradas faldas y, tras calmarse, enderezó la espalda y con la barbilla muy alta, colocó la mano con suavidad sobre el antebrazo que le ofrecían.

A lord Rheged toda aquella puesta en escena consiguió enternecerlo. Era muy evidente que Arabella estaba asustada, pero seguía teniendo los arrestos y la determinación de la chiquilla que él conoció en Cumbria. Y eso le traía muy buenos recuerdos.

Sonrió para tranquilizarla.

—¡Vamos!

Arabella hizo lo posible por parecer calmada, pero lo cierto era que se sentía sobrepasada por lo que acababa de descubrir. María de Confranc era una vampira, Brahn también, y Melquisedec… No estaba segura de qué tipo de sobrenatural era él, pero después de que se

presentara en aquella casa tan solo un par de horas después de que ella huyera, también era alguien a tener en cuenta.

«¿Brahn?». Cerró los ojos. «No podía llamarlo Brahn».

Era necesario que incluso su subconsciente tomara distancias. Para ella era lord Rheged, el undécimo barón de Ravenstonedale.

Lo miró de reojo y tuvo que admitir algo: continuaba siendo todo un caballero. No solo la había ayudado a huir de la casa de su señora —a pesar de que no reconocerla hasta que estuvo dentro del carruaje—, sino que, además, la había defendido frente a Melquisedec y acogido en su casa.

Recordó la ternura con la que él le había tocado la cara.

Aquello no había sido correcto, pero no podía recriminarle nada porque ella no se había retirado ni abierto la boca para protestar.

—Es por aquí.

Esa voz… Intensa como un té negro, espesa como el chocolate, dulce como el caramelo. Esa voz calmaba su espíritu como un baño caliente es capaz de relajar el cuerpo.

Todos los sobrenaturales que conocía —María de Confranc, *monsieur* Chevigné, lord Rheged y Melquisedec— tenían algo de lo que carecían los humanos: eran magnéticos, fascinantes y seductores. Sus voces, su forma de mirar, sus gestos, su porte y todo aquello que los envolvía los hacía atractivos a su manera.

Frunció el ceño.

¿Y si hubiera sido *eso* lo que la había fascinado cuando era pequeña?

Se cuadró de hombros y caminó con más determinación. Ahora ya no era una niña y por lo tanto iba a ser más complicado engatusarla.

Lord Rheged, con galantería, la condujo con delicadeza hacia las escaleras y ella se dejó llevar sin rebelarse.

Frenaron ante el primer peldaño.

—¿Cómo te sientes?

—Estupendamente.

El barón le dejó espacio para que ella pudiera usar el pasamanos. Pero antes de que Arabella levantara el pie para pisar el primer escalón la rodeó con su brazo colocándole la mano abierta sobre la espalda.

La joven se sobresaltó.

—Milord, no…

—¡Oh, vamos! No hay nada de malo en asegurarme de que no te caigas por la escalera. —La cara que puso ella le hizo exclamar—: ¡Estoy comportándome como si fueras una anciana artrítica a la que hubiera que auxiliar!

Arabella lo miró entrecerrando los ojos y él la enfrentó con una sonrisa juguetona.

«¡Maldito!».

Pero mientras subía las palabras que el barón le había dicho minutos antes volvieron a estar presentes en su cabeza: *Dime, y sé sincera, ¿acaso no te sientes una persona decente cuando estás conmigo?*

Bajó la cabeza. Realmente no había nada censurable en su comportamiento.

Cuando llegaron al pasillo del piso superior él continuó caminando despacio a su lado guiándola en aquella oscuridad y Arabella fue cada vez más y más consciente de su proximidad; el calor de aquellos dedos sobre su espalda no paraba de recordárselo.

Al ver un destello de luz por una puerta entreabierta al final del pasillo y escuchar a Suke canturreando una cancioncilla de taberna, apretó el paso. Él podía estar comportándose como si ella fuese su anciana madre, pero su proximidad era tan abrumadora que necesitaba alejarse.

Ya en el dormitorio vio cómo la joven criada estaba terminando de hacer la cama.

La voz de lord Rheged se escuchó a sus espaldas. Otra vez demasiado cerca.

—Suke, ¿podrías ayudar a Arabella a ponerse un camisón? Me temo que está agotada.

—¿Uno de los de la señorita Lucille?

—Cualquiera servirá.

Cuando Arabella escuchó ese nombre se le paró el corazón y se olvidó de golpe de la ansiedad que le habían producido los acontecimientos de las últimas horas.

Los fantasmas de sus recuerdos regresaban: Lucille la había seguido hasta allí.

Lucille

Nunca percibí que hubiera algo extraño en aquella relación y, probablemente, no lo hice porque quise creer lo que me habían dicho: que Lucille era su hermana. Pero ella siempre estaba demasiado cerca, demasiado anhelante. Había roces innecesarios, susurros y confidencias, sonrisas sugerentes y una mirada que yo, desde mi ingenuidad, no supe cómo clasificar.

Ahora ya lo sé, ella lo miraba con lujuria.

Cumbria, unos días antes de la Navidad de 1878.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

En principio, aquella mentira sobre la visita de su sobrina iba a mantenerse únicamente durante el verano —el pretexto inicial era que yo pudiera disfrutar de los caminos, el paisaje y el sol—, pero cuando él accedió a compartir su tiempo y su sabiduría conmigo fue tal mi entusiasmo, que estiré la excusa como pude y me aproveché de su hospitalidad.

En el fondo sabía que llegado el momento, el engaño se volvería contra mí —el fantasma de mi tía estaba siempre al acecho—, pero yo no podía desaprovechar aquella oportunidad; no se me presentarían muchas más.

Por las mañanas, cuando tía Adelaida requería mi presencia para enseñarme algún nuevo tipo de bordado o para mostrarme las cuentas de las compras y que yo detectara algún despilfarro, yo me comportaba a las mil maravillas y le hacía ver que además de comprender sus enseñanzas, las ponía en práctica. Pero, más que transformarme con rapidez en una pequeña dama experta en lo doméstico, lo que ocurrió fue que me convertí en una gran actriz.

Desconozco si alguna vez mi tía sospechó que la sobrina de lord Rheged no existía, creo que para la mujer era un descanso que yo no la molestara por las tardes cuando se encerraba en su cuarto hasta la hora de la cena o se reunía con el capataz de la cantera, el negocio del fallecido tío Arnold. El caso es que, entre el luto riguroso que a alguien de su posición le obligaba a quedarse en casa y mi comportamiento ejemplar, tuve la oportunidad de prolongar mis visitas a Brimstone Hall hasta el invierno.

Lord Rheged no solo había comenzado a instruirme en el arte de la esgrima —aunque hasta ese momento lo único que hacía era poner los ojos en blanco y corregir mis movimientos ante aquel gran espejo, mientras que yo sudaba lo indecible por ir ataviada con unas ropas masculinas reforzadas con protectores con las que me veía increíblemente ridícula—, también me proponía lecturas y teníamos grandes conversaciones.

Y, a petición mía, alguna que otra tarde me llevaba a montar.

Casi nunca salíamos de la mansión y, cuando lo hacíamos, lord Rheged siempre elegía —cosa que en aquel momento ni siquiera llamó mi atención— días nublados y desapacibles. Yo nunca fui consciente de aquello. ¿Cómo iba a pensar que una caminata bajo el sol implacable era imposible para él?

Ahora que sé quién es me doy cuenta de que jamás lo vi en el exterior con la calidez de la luz diurna bañando sus cabellos; jamás paseó conmigo hasta el muro para ver a lo lejos las montañas en aquellos largos y bonitos días de verano; jamás me acompañó más allá del oscuro vestíbulo, jamás, jamás… Pero, aun así, a pesar de aquel enclaustramiento, de aquella autoimpuesta soledad que yo no entendía, poco a poco visitarle se me hizo imprescindible. Él era el escape de mi vida aburrida y gris, y de mi futuro aún más gris.

Por eso es por lo que recuerdo con todo lujo de detalles cómo fue la primera vez que vi a Lucille. Lo que pensé, lo que sentí… También lo que quise creer.

Cuando Charles abrió la puerta de la biblioteca para darle paso, una brisa gélida que me envolvió interrumpió mi lectura y me hizo girar la cabeza. A mí, que una vez que descubría todo lo que un libro me podía ofrecer, metía la nariz entre sus páginas y tenían que gritarme al oído para sacarme de él. Recuerdo que la miré de arriba abajo. Morena, pálida, refinada. Una hermosa mujer que parada en el vano de la puerta, tenía los ojos fijos en él.

La intensidad de su mirada hizo que me volviera hacia lord Rheged. Estaba de espaldas, aparentemente ajeno a todo, contemplando el jardín helado bajo aquellas nubes que amenazaban tormenta.

El tiempo se detuvo. Ella parecía esperar a que él se volviera para hacer su entrada triunfal. Él, aunque yo estaba segura de que, desde esa ventana, habría visto llegar el carruaje y por lo tanto sabía de su llegada, parecía estar posponiendo el encuentro.

Por fin se giró y con voz controlada dijo:

—Hola, Lucille.

La mujer entró y el salón se llenó del frufrú de sus ropas al andar. Envuelta en una capa rojo sangre salpicada por el blanco de la nieve, se adentró en la sala sorteando los muebles con pasos suaves; como si apenas tocara el suelo con los pies. Dejó el manguito de piel y el sombrero en manos de Charles, que había entrado tras ella y que esperaba galante para quitarle la capa y,

sin más dilación, se dirigió hacia lord Rheged con una sonrisa de lo más seductora. Una sonrisa de serpiente.

Iba toda vestida de rojo: el vestido, el delicado sombrero y los guantes —no pude ver sus zapatos, pero tal era la elección de todos los detalles que no podrían haber sido de otro color—, y el efecto era magnético. Su cabello negro y brillante como la obsidiana, la piel de su rostro y manos nívea y perfecta, y aunque me pareció fingido, el punto exacto de rubor en sus mejillas que requería la compostura a la que estaba obligada la alta sociedad.

Su visión era hipnótica. No podías despegar la vista de su persona. Pero, además de todo eso, en ella había algo más, algo inquietante. Bajo toda aquella apostura traslucía la fiereza y la hermosura de un animal salvaje. Atrayente pero también letal.

¿Por qué tendrían que existir seres tan perfectos en el universo? La respuesta es muy sencilla: para hacerles ver a los demás sus imperfecciones. La seguridad que yo había ido ganando en los últimos meses empezó a licuarse como el hielo en primavera para inmediatamente traspasar mi piel y evaporarse en el aire.

«Así que ese es el hechizo que produce una verdadera dama», pensé. «¿Sufriré yo alguna vez esa transformación? ¿Me convertiré algún día yo también en cisne?».

Mi primera reacción al ver la elegancia de su puesta en escena fue la de contemplar mi absurdo y enorme vestido. Aquellos trapos grises y anodinos que tía Adelaida insistía que me pusiera. A su lado yo era un adefesio. Ella era el tipo de mujer que yo imaginaba como acompañante perfecta de lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale: una dama absolutamente encantadora. Una de esas mujeres interesantes a las que cualquier caballero que se preciase de serlo cortejaría sin dudar.

No vi la cara de lord Rheged, en ese instante me daba la espalda, pero cuando él avanzó hacia ella para besar su mano, me sentí aún más insignificante. Después se giró y me presentó, y mi corazón dio un suspiro de alivio —que en aquel momento no entendí—: él dijo que aquella fabulosa mujer era su hermana.

Aquel día en el que Lucille entró en nuestras rutinas, supe que mis aspiraciones en la relación con lord Rheged no eran únicamente adquirir conocimientos que pudiera usar para marcharme de Langdale House. Yo acudía a su mansión porque me gustaba estar con él. Y al verlos hablar con la soltura y la familiaridad de los adultos sentí como mi estómago se encogía con dolor dentro de mi cuerpo. Descubrí —por las malas— que yo no iba a Brimstone Hall todas las tardes solo para que él me seleccionase alguna lectura o para llegar a casa con el brazo molido por haber estado horas en una posición absurda empuñando una espada. Iba a la mansión porque quería su compañía. Porque era la única persona que me hablaba como a un igual. Porque empezaba a considerarlo mi amigo.

Los celos, ese monstruo de ojos verdes.

La competencia con Lucille iba a romperme el corazón, aunque en aquellos momentos aún no lo supiera.

-5-

Londres, 29 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whithechapel.

Ella parpadeó y, al contemplarlo, se dio cuenta de que los recuerdos debían de haberla mantenido durante demasiado tiempo en una especie de trance. Lord Rheged la estaba observando con preocupación.

—¿Arabella, te has quedado dormida de pie?

—Estoy bien, milord, solo cansada.

—De acuerdo, te dejo en manos de Suke, si necesitas algo solo tienes que decir mi nombre. Tengo un oído muy fino, así que no hará falta que grites, solo con que lo digas en voz alta será suficiente.

Ella asintió y lord Rheged, con una inclinación de cabeza, se despidió y salió de la habitación. Cuando la puerta se cerró y Arabella miró a Suke, vio que la muchacha se retorcía las manos con ansiedad.

—Nunca he sido la doncella de una dama —aclaró.

—No te preocupes, tengo dos manos y dos pies, como todo el mundo, y solo necesito que me des algo que ponerme, el resto puedo hacerlo yo.

—Ni hablar, milord dice que tengo que ayudarla y lo haré. Además, no creo que pudiera hacerlo sola, parece que se vaya a desplomar de un momento a otro.

—No soy frágil… —protestó débilmente Arabella—, aunque he de reconocer que estoy agotada.

—Pues démonos prisa —respondió Suke mientras se dirigía a una cómoda y abría cajones al azar buscando una prenda que Arabella se pudiera poner.

—Suke.

—¿Sí, señorita Blunt?

—Llámame Arabella.

—No creo que al señor le guste que lo haga.

—Hazlo al menos mientras estemos solas.

El rostro se le iluminó.

—De acuerdo, señorita Arabella, lo que usted diga.

—¿Llevas mucho tiempo al servicio de lord Rheged?

—Poco —se mordió el labio—, unos dos meses.

—¿Te trata bien? ¿Confías en él?

La vio asentir con vigor.

—Si lo que usted se está preguntando es si estoy al tanto de su… naturaleza, le diré que sí, que sé que es y confío en él. —Se detuvo a pensar las palabras, si en un primer momento parecía muy dispuesta a hablar, en ese instante daba la impresión de no querer contar de más—. Él me ayudó en un momento muy malo de mi vida y le estaré agradecida por siempre.

El semblante de la joven se ensombreció. Sus pensamientos la habían llevado a un lugar lejano, y Arabella, al verla afectada, no quiso preguntar más al respecto. Le puso la mano en el hombro con delicadeza y cambió de tema. Había otras cosas que también quería saber.

—¿Toda esta ropa es de Lucille?

La pregunta hizo que Suke recobrase la compostura.

—¿La conoce usted?

—Sí. —No pudo evitarlo, aquel «sí» le salió como un siseo al tener la boca casi cerrada y los dientes apretados.

Por fin, Suke pareció encontrar algo apropiado para Arabella y lo sacó del cajón. Lo miró complacida y lo colocó sobre la cama. La rodeó, comenzó a desabrocharle el vestido, le ayudó a quitárselo y, con destreza, como si hubiera hecho aquello más veces, le colocó la larga camisola.

—Yo nunca la he visto, —confesó mientras Arabella metía los brazos en la bata que ella mantenía en alto—, al menos desde que estoy aquí no ha pisado la casa, pero debe de ser una dama muy elegante, tiene unos vestidos maravillosos.

Suke se quedó mirando la reliquia que Arabella llevaba colgada del cuello y también como de forma instintiva, la protegía de su mirada encerrándola entre sus dedos.

—Era de mi madre —murmuró al ver que la joven criada se quedaba mirando el medallón.

Y si momentos antes había sido Arabella la que cambió de tema al ver la reacción de Suke, ahora fue ella la que no quiso seguir indagando; aquella respuesta había entristecido su mirada. Se apresto a ceñir la bata a su cintura con lo que a ella le pareció un bonito lazo y pensó en qué podría hacer para animarla. Los recuerdos eran a menudo malos compañeros, Suke lo sabía demasiado bien.

—¿Podría cepillarle el pelo, señorita Arabella?

—No es necesario, Suke, puedo hacerlo sola. Es tarde y tú también deberías irte a dormir.

—Tiene un pelo precioso, señorita, y esta noche soy su doncella. Venga, siéntese frente al espejo, no tardaré nada.

En aquel instante Arabella tomó consciencia del espacio en el que se encontraba. La sala tenía unas dimensiones modestas, pero la cama se veía cómoda y los cortinajes que la cubrían bastante nuevos y libres de polvo. Alguien se había tomado las molestias de hacer de aquella habitación un lugar confortable.

El nombre de «dormitorio azul» se debía a que las paredes estaban enteladas con un azul del color de la tinta —con aquella luz se veía negro—, repleto de pequeñas estrellas doradas. El mueble que le señalaba Suke no era lo que se dice un tocador, sino un escritorio sobre el que descansaba un pequeño espejo de sobremesa. Sobre el tablero, en una bandeja, había un par de cepillos con mango de marfil que, con toda probabilidad, también serían de Lucille.

Sin darse cuenta de que Suke la estaba esperando, Arabella continuó con su examen. De joven había pasado muchos detalles por alto —detalles que ahora cobraban un siniestro sentido —, pero desde que había leído el diario de su hermano y conocía la existencia de aquellos seres, buscaba pequeñas cosas que confirmaran lo que James había descrito. Aún le costaba creer que existían, a pesar de haberlo visto con sus propios ojos.

Las cortinas. Ese era el elemento discordante de la habitación.

No era extraño que estuvieran echadas, pero sí que eran demasiado extravagantes en comparación con el resto del mobiliario. El tejido, además de rico y ostentoso, era grueso y pesado, igual que todas las que cubrían las ventanas en Brimstone Hall. Tenía su lógica: era fundamental que, de día, para que el barón pudiera moverse con libertad, ni un solo rayo de sol bañara el interior de la casa.

Suspiró.

¿En qué lío se había metido?

Suke insistió al ver que Arabella volvía a quedarse como un lienzo en blanco y, en respuesta, la joven intentó tranquilizarla con una sonrisa y sentándose dócilmente frente al espejo. Cuando vio en él su reflejo tuvo que admitir que lo que había dicho Suke sobre la ropa de Lucille era cierto. Aunque el diseño de aquella camisola era sencillo, el tejido, en un dulce rosa palo, era fino, muy ligero y algo transparente, y de una superficie satinada y suave que daban ganas de acariciar. Sin querer, llevó los dedos hasta el pequeño volante rematado con un lazo que bordeaba el cuello y se imaginó a Lucille con él puesto. Sin duda, aquella pálida y exquisita piel, su cabello negro y brillante y sus grandes y expresivos ojos quedarían realzados por el contraste con la finura y la tonalidad de la prenda.

Era un camisón confeccionado para resaltar su belleza, no había duda alguna.

En ese momento, Suke, que ya había terminado de deshacer su maltrecha trenza, esparció su abundante cabello por los hombros y Arabella se sorprendió al ver el efecto. Ella también tenía el cabello muy negro, y sus gruesas ondas, dispuestas de aquel modo sobre el tejido, bien pudieran parecerse a las de la amante de lord Rheged. Pero su tez no tenía un blanco

tan puro. Ella era una chica de campo, y su piel, al contacto con el sol, en seguida se salpicaba con pecas. Además, sus ojos eran mucho más claros y, a menos que se ruborizase por algo, hacían que su rostro se viera un tanto descolorido.

Suspiró. *La amante de lord Rheged*.

Entre las dos no había comparación. Lucille era sofisticación pura y ella solo una mujer normal y corriente con un bonito camisón.

—Está guapísima, le favorece mucho este color —murmuró Suke.

Arabella se sonrojó. No se sentía cómoda al saber que era de Lucille, pero a ella también le gustaba cómo le sentaba y, de algún modo, verse con él puesto era una forma tranquilizadora de terminar aquella extraña noche.

En un momento en el que el agotamiento podía con ella y casi le resultaba imposible pensar con claridad, llevar un camisón prestado era el menor de sus problemas.

Hermosa y destructiva

Lucille, Lucille. La hermosa Lucille. La suave, etérea y maravillosa; la destructiva, dañina y venenosa. La rosa llena de espinas.

Cumbria, enero de 1879.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Tras el paréntesis de la Navidad, tiempo en el que no pude visitar a mis vecinos —el luto de tía Adelaida nos hizo permanecer enclaustradas durante las fiestas como si celebrar algo fuera un horroroso pecado—, el clima empeoró, pero eso no me detuvo. En cuanto tuve oportunidad, regresé a mi rutina. Regresé a Brimstone Hall.

Hacerlo me puso de muy buen humor. Estaba contenta, pero que muy contenta, y a la vez bastante confusa. Iba a volver a ver a lord Rheged y mi estómago parecía no poder estarse quieto dentro de mi cuerpo. Tan pronto brincaba de felicidad como me hacía doblarme del dolor.

Charles también se alegró al verme, cosa extraña porque siempre parecía recelar de que el señor pasara horas conmigo, y eso me hizo sentirme optimista. Tomó mi capa y me dijo que avisaría al barón de mi visita y, aunque primero me indicó que esperase en el salón, después rectificó y me envió a la biblioteca.

El fuego estaba casi apagado y lo primero que me vino a la mente fue que Charles no se había alegrado tanto como parecía y que, lo que quería en realidad era congelarme en una habitación vacía y helada (yo no lo sabía, pero en el salón estaba Lucille y él tenía órdenes de que no fuera ella quien me diera la bienvenida), pero eso no mermó ni un ápice mi entusiasmo. Sujeté el atizador, hice una finta inventada y algo defectuosa, y reí al imaginar al barón con los ojos en blanco horrorizado ante mi falta de sincronización. Me arrodillé y, con el ánimo por las nubes, me dispuse a avivar las brasas.

Más que oírla, la sentí.

Me giré despacio. Esta vez su vestido era del color del cielo en plena noche, un azul tan oscuro que parecía una variante del negro azulado. Lo primero que vi fueron sus abultadas faldas de seda, después mi mirada la examinó en sentido ascendente hasta llegar a su cintura, sus brazos cruzados sobre el talle, su busto y por fin su rostro.

—¡Has vuelto! —sonrió—. Tienes coraje.

Me estremecí. ¿Coraje? ¿Por qué decía eso?

Me miraba con los ojos entornados y en ellos vi una autosuficiencia que consiguió amedrentarme. Desde el suelo la vi tan segura, tan gigantesca, que me sentí insignificante y diminuta. Lucille era un lobo mostrando los dientes —o al menos eso pensé—, y un escalofrío recorrió mi espalda cuando amplió su sonrisa sin abrir la boca. Fue como si le produjera placer ver el miedo en mi cara y estuviera frotándose las manos pensando cómo iba a devorarme.

Intenté incorporarme, pero me pisé el vestido, caí hacia atrás y di con mi trasero en el suelo.

Se carcajeó y, con voz afectada (y mucho teatro), dijo algo que me dejó sin habla porque no lo llegué a comprender del todo.

—Niños… Tan frágiles, tan tiernos… Entiendo que él te vea apetecible; la sangre de los niños debe de ser muy dulce.

Con la ayuda de los talones y apoyando las manos en el suelo me desplacé hacia atrás de forma poco elegante —sí, deslizando mis posaderas sobre la alfombra—, intentando poner una distancia entre las dos que me hiciera sentir un poco más segura. Aunque no me habría sentido protegida ni al abrigo del muro de Lingmoor Fell que estaba, por lo menos, a cuatro millas de aquella casa.

Ella dio un paso en mi dirección, se acuclilló a mi lado, y estaba deslizando su frío índice por mi mejilla en una caricia siniestra y de lo más inquietante, cuando el barón entró en la sala.

Se incorporó rápido, como si un resorte la hubiera hecho saltar, aunque lo que en realidad había ocurrido era que la habían pillado infraganti.

—Buenas tardes, señorita Blunt —él nunca me llamaba Huesos cuando había otra persona delante—, qué placer volver a verla.

En tres zancadas se plantó a mi lado, se inclinó, colocó sus manos bajo mis axilas y me puso en pie de una forma limpia, aunque un tanto bochornosa.

Yo me alisé la falda con mis manos, más que nada porque no sabía qué hacer mientras lord Brahn me examinaba. Parecía un médico buscando alguna contusión. Una vez convencido de que todo estaba en su sitio se volvió hacia Lucille. Su tono duro me sorprendió; jamás le había oído hablar así.

—La señorita Blunt es mi invitada, ¿lo entiendes? Y te mantendrás alejada de ella cuando venga a visitarme.

Por toda respuesta, Lucille arqueó una ceja y se dirigió hacia la puerta con sus andares elegantes y sinuosos. Cuando llegó, se giró a mirarme y me lanzó un beso al aire.

Nunca antes se me había erizado la piel de todo el cuerpo como en aquel momento. No entendía nada, pero la alarma se extendió por todo mi ser.

Cuando ella desapareció, él me tocó ligeramente la mandíbula con su mano desnuda en un intento de que me girase a mirarlo, y me preguntó con un susurro de lo más dulce si estaba bien.

Que si estaba bien… No realmente. No había entendido nada de la actuación de Lucille. ¿Los niños tenemos la sangre dulce? ¿Somos apetecibles? Me sentí mareada. Tuve la horrible sensación de estar a punto de caer dentro del caldero del cuento de Hansel y Gretel.

La amabilidad de mi amigo me hizo olvidarme de aquello en un periquete. Además, estaba en Brimstone Hall y volvía a encontrarme rodeada de libros.

-6-

Londres, 30 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Dos minutos después de que Arabella despertase y fuera consciente de dónde estaba, Suke entró en tromba en su cuarto con una bandeja, a la que solo un milagro salvó que acabara en el suelo.

—Buenos días, señorita Arabella. ¿Ha dormido bien?

Arabella se frotó los ojos al mismo tiempo que se incorporaba para sentarse en la cama, sentía que había dormido una eternidad.

—Extrañamente bien, la verdad. No creí que pudiera conciliar el sueño después del día de ayer.

—¡Ah, bueno! Tiene su explicación. El señor tiene un oído muy fino y la escuchó murmurar entre sueños. Vino a mi dormitorio y me pidió que le acompañase y entrase con él a su cuarto. Usted estaba dormida, pero parecía muy agitada y el señor le acarició los párpados con el pulgar, la relajó y apartó sus malos sueños.

—¡¿Cómo?! ¿Que hizo qué?

—No se asuste, es algo que también hacía conmigo —carraspeó— al principio de estar a su servicio. Son parte de sus poderes. Es capaz de relajar y hacer dormir a la gente con solo un toque.

Arabella abrió la boca para decir algo, pero estaba tan confusa que la volvió a cerrar porque pensó que no iba a expresarse de forma coherente. Su estómago, en cambio, sí tomó la palabra y rugió de hambre.

Suke sonrió.

—Tómese este té. Solo es un tentempié, cuando esté lista y baje al salón, podrá comer lo que desee. Llevo toda la mañana cocinando para usted.

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¡¿De la tarde?!

—Sí. El señor ordenó que no se la molestase.

Se levantó de un salto, se acercó hasta un sillón donde había dejado su vestido negro de criada, miró sus faldas destrozadas y se giró hacia Suke.

—¿Podrías prestarme algo de ropa?

—El señor dijo que usase uno de los vestidos de Lucille.

—Preferiría no hacerlo.

Suke contestó como si tuviera la lección muy aprendida.

—El señor ordenó…

Con un bufido, Arabella se acercó al armario para buscar algo que le sirviera. Solo había que mirar a Suke para saber que no podría ponerse nada suyo, aparentaba tener como mucho quince años y su cuerpo era aún el de una niña adolescente. Para colmo, estaba escuálida, mucho más que ella a su edad.

Sonrió un poco, ella seguía siendo menuda y delgada, pero ya no podían llamarla *saco de huesos*.

Al abrir el armario se quedó muda. El impresionante vestido rojo que Lucille había llevado puesto el día que llegó a Brimstone Hall estaba colgado allí. Lo acarició y el suave tacto de la seda le hizo cerrar los ojos. Cuántos recuerdos.

—Yo también estaba pensando en ese, señorita Arabella, con su pelo oscuro quedará muy bien.

Cuando Arabella salió de su cuarto para bajar al salón volvió a enfrentarse a la penumbra.

«Igual que en Brimstone Hall», pensó.

Guiada por las débiles luces de las velas recorrió el pasillo hasta llegar a la escalera, pero justo cuando fue a bajar el primer peldaño se detuvo. Inclinó la cabeza y contempló durante un largo minuto las faldas de su vestido. El rojo intenso se veía burdeos con aquella luz. ¿Habría hecho lo correcto al pedirle a Suke que la ayudara a ponérselo? El deseo de aparentar una mínima parte de la seguridad que aquel día mostró Lucille la había cegado y sacó la prenda del armario sin dudar lo más mínimo. Pero en ese instante se sentía disfrazada.

¿Y si daba media vuelta y se cambiaba? ¿Sería demasiado grosero hacer esperar un poco más al barón?

Suke pasó por su lado como una exhalación, le sonrió y corrió escaleras abajo.

Arabella suspiró. Ya no había vuelta atrás. Sola podría quitárselo, pero no ponerse otro sin ayuda.

La escalera estaba lo suficientemente iluminada como para no tropezar, pero, aun así, Arabella se levantó las faldas y se inclinó hacia delante todo lo que le permitió el corsé para mirar dónde ponía los pies. La voz de tía Adelaida le gritó al oído que aquellas formas no eran las adecuadas, que una dama jamás bajaría así. Pero era eso o llegar al primer piso rodando como una pelota.

—¡Bonitos tobillos!

Las manos de Arabella se abrieron y el vestido cubrió su indecencia. Se atragantó.

—Buenos dí…, buenas tardes, lord Rheged.

—No hace falta tanta ceremonia, Arabella. «Buenas tardes, Brahn», es más que suficiente —respondió al mismo tiempo que le ofrecía la mano para bajar los tres últimos peldaños.

Arabella miró su mano desnuda de elegantes y largos dedos, enorme en comparación con la suya, y a punto estuvo de aceptarla, pero en el último momento levantó la barbilla, se sujetó la falda con una sola mano —lo correcto— y con la espalda muy recta bajó hasta el rellano.

—¿No te servían los zapatos de Lucille?

—No, milord, me venían demasiado grandes —dijo sin mirarlo.

—El resto veo que sí —repuso él admirado—. Arabella, estás preciosa con ese vestido.

—Gracias, milord.

En su rostro debían ser muy visibles el miedo y la desconfianza, pero lord Rheged actuó con naturalidad. Como si la situación fuera de lo más normal. Y con una sonrisa cálida la invitó a pasar al comedor.

—Suke está emocionada de tener a alguien en casa que sepa apreciar su comida, alardea de cocinar bien.

—¿Usted no come?

—No pongas esa cara de espanto. Ya sabes que no.

»Siéntate yo te serviré.

—Puedo hacerlo yo.

—Como quieras.

La comida no era nada sofisticada. Sobre la mesa había panecillos recién hechos, un cuenco de sopa de calabaza calentita y humeante, beicon y pescado ahumado. Pero Arabella estaba acostumbrada a platos sencillos —en Langdale House la cocinera era una mujer del pueblo que tenía un repertorio de lo más limitado—, y no echó nada de menos. Olía bien, tenía buen aspecto… Para ella, perfecto.

Sentada al borde de la silla —otra cosa no le permitía aquel pequeño polisón que llevaba bajo las faldas—, Arabella se dispuso a comer. Mientras Suke la había ayudado a vestirse se había sentido hambrienta, pero en ese instante, la situación se sentía tan extraña que se dedicó más a marear la comida en el plato que a ingerirla. Tenía muchas preguntas y demasiadas dudas sobre lo que estaba haciendo —sobre todo, al hecho de confiar en lord Rheged ahora que sabía lo que era— y, aunque quizá, la ropa ceñida que llevaba puesta también tuviera parte de culpa para que sintiera el estómago cerrado, ella achacó su repentina falta de apetito a la situación.

No quiso disgustar a Suke y se esforzó por acabarse la sopa acompañándola con un poco

de pan, pero no fue capaz de tocar el resto.

—¿Has terminado? —preguntó lord Brahn en cuanto ella dejó la cuchara junto al plato y se limpió la boca con la servilleta. Arabella asintió—. En cuanto caiga el sol iremos al apartamento de tu hermano para ver qué podemos averiguar, pero ahora vayamos al salón y hablemos con calma.

Arabella obedeció sin rechistar. No solo le urgía un plan de acción para localizar a James —cada día que pasaba sentía que sus esperanzas de encontrarlo iban mermando—, también quería saber en qué estaba metida.

Aunque no se sentó en el sofá, donde el barón había palmeado, sino frente a él. Tuvo que hacerlo un tanto de lado —de nuevo aquella maldita cosa que llevaba bajo la falda le impedía sentarse con comodidad— y una vez más envidió la ropa cómoda que llevaban los hombres. Su acompañante, a pesar de ir vestido de punta en blanco, estaba repantigado y con las largas piernas extendidas.

Le ofreció una sonrisa de compromiso, sonrisa que él correspondió.

—Solo se ven en las fiestas y en las reuniones muy formales —dijo él—, me refiero al polisón —aclaró al ver la incertidumbre en el rostro de Arabella—. De todos modos, ya te lo he dicho y me reafirmo, estás preciosa.

Arabella fue directa al grano, en parte por las prisas, en parte porque no se sentía cómoda cuando él decía esas cosas.

—¿Va a ayudarme a encontrar a James?

El barón unió las yemas de sus dedos unas contra otras.

—Mi preocupación principal ahora mismo es que María te deje en paz, Arabella, pero somos amigos y por supuesto que te ayudaré a buscar a tu hermano. Solo espero que esas notas de su diario sobre el vampirismo no signifiquen que se ha metido en un lío. Quiero pensar que se ha visto envuelto en una aventura y que aparecerá sano y salvo en cualquier momento.

Arabella frunció el ceño por todo lo que le afectó que él usase la palabra amigos. Quizá hubieran podido serlo en otros tiempos, desde luego ella ahora no lo sentía así.

—Hace ya tres meses que nadie lo ha visto.

Rheged no quiso preocuparla, también creía que era demasiado tiempo, pero a veces los jóvenes hacían esas cosas. Esperaría a ir a su apartamento y buscaría alguna pista que a ella se le hubiera pasado por alto.

Contestó con otra pregunta, no quería angustiarla más de lo necesario.

—Arabella, ¿por qué no acudiste a la policía?

—¿Cree que de haberlo hecho me hubieran tomado en serio? Si al menos tuviera un título, pero solo soy una mujer de clase media. Y… —no servía de nada callárselo, él acabaría averiguándolo— …además, tampoco quiero que mi tío sepa dónde estoy.

Él observó como ella escondía la cara y volvió a cambiar de tema.

—Hablemos de otras cosas. Supongo que debes de tener miles de preguntas sobre mí… mi raza. Adelante, te contestaré a todo. Ya no hay secretos entre tú y yo.

Arabella pensó que el corazón se le había transformado en plomo por lo pesado que lo sintió en el interior de su cuerpo. ¿Ya no había secretos? Mentira. Había secretos enormes, insalvables. Pero para su sorpresa, la pregunta que se había hecho una y otra vez a lo largo de los últimos años regresó a su mente con fuerza.

«¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me ofreciste tu amistad y después me dejaste sola?».

Escondió un poco más el rostro, lo último que quería era que él pudiera de algún modo leer sus pensamientos. Pero tenerlo dispuesto a confesar era una ocasión que no pensaba desperdiciar. Empezaría por algo sencillo: aclarar quién era quién.

—María es una vampira, ¿qué es Melquisedec? Lo he visto salir de casa a plena luz del día.

Rheged se apresuró a contestar. Quería que ella viera que estaba dispuesto a dejar de ser un misterio.

—A Melquisedec lo crearon alrededor del año 1655 y su transición es algo confusa. Que yo sepa era capitán de una fragata de la Royal Navy destinada en el Mar Caribe. ¿Has leído algo sobre aquella zona? —Arabella negó—. Pues las tormentas en el mar se convierten fácilmente en huracanes, y cuando hay mala mar, lo más sensato es buscar un lugar resguardado.

—¿Era un pirata como el capitán Flint? —interrumpió Arabella.

Su curiosidad hizo sonreír al barón. En ese instante, era Huesos quien escuchaba su historia.

—¿Has leído *La isla del tesoro*?

—El libro apareció *misteriosamente* en su biblioteca de Brimstone Hall.

Él rio con ganas. Nunca había dejado de enviar libros a su casa de Cumbria. Él no estaba allí para ponerlos en los estantes, pero Bernie iba de vez en cuando para comprobar el estado de la casa.

—¿Me va a negar que con ese parche no parece un pirata? —insistió Arabella.

—Cuando estás rodeado de cañones, Arabella, y te disparan a dar, las astillas de tu propio barco son como metralla.

Ella se llevó la mano a la garganta.

—Eso debe doler…

Rheged retomó la explicación.

—A causa de una tormenta, su barco se vio obligado a guarecerse en una pequeña isla deshabitada cerca de la península de Yucatán, donde fueron atacados por una bandada de murciélagos en mitad de la noche. Cientos, miles de murciélagos. Aunque no eran animales

corrientes, eran Camazotz: dioses murciélago de la cultura maya. Fue una masacre, él fue el único que sobrevivió, pero estaba tan gravemente herido que pensó que estaba cerca su final. El caso es que el destino a veces tiene extraños caprichos y Melquisedec acabó al cuidado de un hombre jaguar que lo curó con su propia sangre. Por esa extraña mezcla no se convirtió ni en una raza ni en otra. Es único. Apenas necesita sangre o carne fresca para mantenerse activo, lo que le hace parecer menos sobrenatural y, además, tiene la gran ventaja de que puede exponerse al sol. Le molesta, pero no le quema.

»Algún día le preguntaré cómo acabó al servicio de María.

Arabella estaba encandilada, escucharle hablar era como volver al pasado. Pero de algún modo logró imponer la sensatez a los recuerdos.

—¿Y usted? ¿Qué es usted?

Lord Brahn se inclinó hacia adelante apoyando los codos en las rodillas y la miró fijamente.

—Soy lo que soy, ya te lo dije.

—Un vampiro.

—Sí.

Aquel sí y la intensidad de su mirada hicieron que ahora la que tuviera que cambiar de tema fuese ella.

—¿Por qué me hizo dormir? —Al ver que él elevaba una ceja con sorpresa, Arabella añadió—: Suke me lo contó.

—Solo intentaba ayudarte, estabas muy inquieta.

—¿Tiene más poderes escondidos?

—Algunos —murmuró divertido.

—Hace un momento dijo que «sin secretos».

Él sonrió con amplitud, aunque se cuidó mucho de enseñar su dentadura.

—Tienes razón y así será, Arabella, pero no quiero que de primeras mi naturaleza se interponga entre los dos.

—La verdad es una buena base para la confianza.

—Arabella, ya me conoces, creo que sabes que puedes confiar en mí.

Ella se dio cuenta demasiado tarde de que estaba diciendo en voz alta lo que pensaba.

—Confiaba —suspiró—. No solo confiaba, le apreciaba, le admiraba y me esforzaba por ser digna de su amistad, pero cuando se marchó sin dar explicaciones dejé de creer en usted.

Él desvió el rostro y se quedó absorto mirando los rescoldos de la chimenea. Arabella pensaba que ya no iba a responder cuando, con una voz cargada de pena, murmuró:

—Me vi obligado a hacerlo.

La conversación se cortó. Encorvado por el peso de los años, arrastrando los pies y

caminando con lentitud, Charles entró en el salón. A Arabella le hizo tanta ilusión el reencuentro con el viejo mayordomo que, olvidando su posición social, se levantó y se acercó a saludarle.

—¡Charles! Está usted aquí. —Dudó entre darle un abrazo o tomar su mano. Al final, la azorada expresión del hombre hizo que se decantara por lo último—. Me alegro tanto de verlo.

Lord Rheged también se puso en pie y se acercó hasta ellos.

—Cómo ha crecido, señorita Arabella. —El criado estaba emocionado—. Es usted toda una mujer.

—¿Necesitas algo, Charles? —En la voz del barón se escuchó un deje de preocupación.

—No, milord, solo venía a decirle que mi nieto ya tiene preparado el coche y que hay suficiente «puré de guisantes» como para que usted pueda salir.

Al ver la cara de Arabella, lord Rheged sonrió.

—Niebla, Arabella, mucha niebla, muy espesa. —Dirigiéndose de nuevo a Charles, añadió: —Podría haber venido Suke a informarme, no era necesario que te levantases.

—Señor, aunque me haya relevado de mis funciones, no puedo pasarme todo el día sentado sin hacer nada.

—De acuerdo, de acuerdo, pero necesito que te quede claro que ya no eres mi criado, sino mi invitado.

—Preferiría pensar que soy su amigo, señor.

Rheged se llevó la mano al corazón.

—Eres más que eso, Charles, en realidad, eres una especie de padre para mí. —Al hombre se le emborronaron los ojos—. Siéntate aquí, le diré a Suke que encienda la chimenea. Arabella y yo vamos a salir.

11 de enero

Los amigos están para darse apoyo y ayudarse,
además de para darte seguridad. Así me hacía sentir él
hasta que decidió poner fin a nuestra amistad.

Cumbria, 11 de enero de 1879.
Langdale House.

Brahn —sí, Brahn, en mis recuerdos hablo con él de tú a tú—, ¿por qué te marchaste? No puedo encontrar un motivo por mucho que lo intente. No me sirve que me digas que te viste obligado a hacerlo. Ahora ya no.

A mi memoria vienen los momentos en los que lo sentí como a un amigo de verdad. Y entre todos ellos, recuerdo con especial devoción aquel día que se presentó a hurtadillas en Langdale House colándose por mi ventana. Lo recuerdo como si estuviera sucediendo en este instante y, al hacerlo, se remueve en mí el desasosiego que todos y cada uno de los once de enero me deja vacía y sola.

El de aquel año en concreto amaneció ventoso, gélido y tan gris como mi corazón. A nadie le importó que dijera que estaba indispuesta y que no bajase a desayunar ni a la hora del almuerzo. Nadie tocó a mi puerta para comprobar si era cierto.

Miento. Gladys, la mujer que preparaba las comidas, sí lo hizo, aunque no por orden de tía Adelaida, sino porque se extrañó de no verme merodear por su cocina. Me subió té y panecillos, me tocó la frente para saber si estaba realmente enferma y se marchó.

A eso de las dos del mediodía, yo continuaba sentada frente a la ventana contemplando el frío paisaje invernal. Había estado nevando a lo largo de la mañana, pero en ese instante el viento había arreciado y los copos habían dejado de caer. El cielo era un amasijo de nubes en mil tonos de gris.

Tardé en reaccionar, tan absorta estaba en mis pensamientos, pero cuando me di cuenta de que había una cara al otro lado del cristal, casi grité por el susto. Era ridículo, disparatado, imposible, ¿qué hacía lord Rheged ahí afuera? Cuando vio mi sorpresa, puso el índice sobre sus labios para hacerme callar y, con un gesto elegante de su mano, me pidió que abriese la ventana.

Se sacudió un poco la nieve antes de entrar y con un movimiento fluido se deslizó en el interior de mi habitación. Ni un ladrón habría hecho menos ruido. Se quitó el sombrero, lo dejó sobre mi cama y esperó a que dijese algo. Pero yo estaba tan aturdida que, en vez de hacerlo, me asomé y miré hacia abajo como si no creyera que hubiera podido trepar hasta mi dormitorio.

Pero allí estaba la prueba: sus huellas. Había trepado hasta el segundo piso saltando de tejadillo en tejadillo, sujetándose a cornisas y a saledizos.

Mi cara de sorpresa debió darle pie para hablar. O eso o, quizá, pensó que iba a envejecer allí plantado antes de que yo replicase.

—No quería que pasaras el día sola y hoy el tiempo no está como para que salgas a pasear.

Aquella frase me dejó paralizada. ¿Acaso sabía él…?

Me tomó la mano entre las suyas enguantadas.

—Recuerdo que dijiste que tu madre murió el once de enero y hoy hace un año exacto. Por eso estoy aquí.

Mi corazón se detuvo, mi pena se mezcló con una buena dosis de agradecimiento y otra aún mayor de adoración, y juntas recorrieron mi pequeño cuerpo. Lo tenía delante de mí. Había salido de su casa en un día infernal para hacerme sobrellevar mi tristeza, mientras que tía Adelaida, mi pariente más próximo, había sido incapaz de subir las escaleras.

¡Al cuerno (¡ay, si me escuchara mi tía!) la etiqueta! Le abracé y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba helado. Qué falta de hospitalidad la mía. Tiré de él hasta la pequeña estufa de carbón y le obligué a sentarse delante.

No podía dejar de mirarlo. Tenía el pelo húmedo y estaba pálido de más, pero tan apuesto, elegante y sonriente como siempre, aunque estuviera sentado en una silla pequeña para él y pareciera absurdamente encogido.

Me miraba con gran cariño.

—Te he traído esto —murmuró mientras buscaba algo en el bolsillo interior de su abrigo.

—¿Un libro? —pregunté emocionada mientras rompía el papel que lo envolvía—. *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* —leí el título de la portada.

—Creo que te gustará.

Lo hojeé deteniéndome en las ilustraciones y las lágrimas inundaron mis ojos.

Me sentó sobre su regazo y me abrazó, me meció como a un bebé, me susurró palabras al oído en un idioma que no entendí y trató de calmar mi corazón. Como un padre. Como un amigo querido. Él no podía saber que, aunque yo continuaba llorando, la felicidad y una bienvenida esperanza llenaban todos y cada uno de los poros de mi piel.

Aquel regalo —el libro de Alicia— se convirtió en mi biblia particular. Lo leía y releía a todas horas. A escondidas, claro. Aun en la ingenuidad propia de mi juventud era muy consciente de que, si mi tía lo encontraba, me lo arrebataría sin dudar. Y no solo fue el mejor regalo de mi vida porque me lo había traído él, también por lo que se escondía entre sus páginas. Al igual que Alicia, yo vivía entre dos mundos, uno el real: triste, gris y solitario, y otro, mucho más excitante y oculto a todos, en el que mi imaginación tomaba alas. Y aunque mis compañeros de viaje no

eran un conejo blanco, una Reina de Corazones, un gato sonriente o un sombrerero loco, sino un barón y su mayordomo, aquel universo era mío y no estaba dispuesta a compartirlo con nadie.

-7-

Londres, 30 de agosto de 1888.

Montagu Square. Residencia de James Blunt.

El rítmico traqueteo del carruaje había conseguido que Arabella viajase unos cuantos años atrás. Durante unos minutos había estado en otro lugar, en otro tiempo. ¡Añorado tiempo!

—¿Soñando despierta? Llevas bastante rato callada —preguntó Rheged.

Los recuerdos la habían distraído.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó ella a su vez. No pensaba contarle hacía donde habían ido sus pensamientos.

Rheged entreabrió la pesada cortina azul. Al vislumbrar entre la niebla el arco de triunfo de mármol blanco, antigua puerta de entrada al palacio de Buckingham, supo que ya estaban en Oxford Street.

—No. Ya casi estamos.

Arabella asintió. Esperaba que él encontrase alguna pista en su diario o en las habitaciones de James que a ella se le hubiera escapado.

Habían salido de la residencia de lord Rheged en Whitechapel por una puerta del vestíbulo que daba a un estrecho túnel que, a su vez, desembocaba en otra construcción: un viejo granero convertido en establo y cochera. Por allí, sin necesidad de salir al exterior, el barón podía subirse a su coche y abandonar el domicilio sin ser visto. La puerta de esa cochera daba a la calle de atrás. Nadie relacionaría un lugar con otro.

Había dos vehículos en aquel garaje: un tílburi esbelto y ligero pintado de un atrevido color amarillo y la berlina negra y lujosa que ella había interceptado la noche anterior. También estaba Bernie, el nieto de Charles y su antiguo proveedor de ropas masculinas para practicar esgrima, que la saludó con una inclinación de cabeza a la que Arabella correspondió con una cálida sonrisa, antes de tomar su mano para subirse al coche.

Por un instante se sintió bien, entre amigos, pero cuando se encontró frente a frente a solas con lord Rheged en el interior del carruaje, cerró los ojos y se perdió en sus pensamientos. Y, aunque no lo quiso así, su mente traicionera regresó de nuevo a Cumbria. A sus doce años. A él.

¡Cuántos recuerdos!

Ella los había enterrado en un lugar seguro —tal y como un pirata haría con su botín de

oro y piedras preciosas—, guardándolos para recuperarlos algún día, quizás en su vejez. Pero ese reencuentro inesperado se había convertido en un mapa del tesoro que, sin remedio, conducía sus pasos hacia ellos.

El coche se detuvo por fin y el barón bajó primero. Y con cierto desafío en la mirada, le ofreció de nuevo su mano. Esta vez, ella no la rechazó. Ni siquiera hizo el amago de retirarla cuando un escalofrío recorrió su cuerpo. Tan solo intentó convencerse de que era el frío, la humedad y el aspecto fantasmagórico de la ciudad debido a la niebla lo que la había estremecido de la cabeza a los pies, y no el sentir el calor de una mano masculina y una ligera presión en sus dedos.

No podía permitirse el lujo de pensar en eso. No podía distraerse.

—Ahora cuando toquemos a la puerta, no digas nada, deja que sea yo quien hable con tu casera. No recordará nada cuando nos vayamos.

Ella asintió impresionada: estaba ante otro de sus poderes vampíricos. ¿Qué más guardaría bajo la chistera?

Inmediatamente se sorprendió pensando en que, si en realidad era capaz de hacerlo que lo hiciera. No podía aprobarlo —eso de manipular las mentes de las personas estaba mal—, pero tampoco luchar contra ello. Desde que había salido de Langdale House no había hecho otra cosa que actuar de un modo poco decente. (Decir *poco* era el eufemismo del año, en realidad, todo lo que había hecho era indecoroso, imprudente e impensable para alguien con su educación). Había viajado sola; había estado viviendo como si fuera una mujer independiente en el apartamento de su hermano; se había empleado en casa de una actriz que después resultó ser una vampira y se había subido en un coche sin saber quién estaba dentro.

Sí, que lo hiciera. Que sumiera en un trance a la señora Davis para que no se enterara de que subía con un desconocido a su apartamento. Mejor. Menos explicaciones tendría que dar después.

Entraron sin problemas, acompañados por la casera y sus almibaradas sonrisas. Solo un par de frases, una mirada intensa, y la señora Davis se había deshecho por dentro. Increíble. Arabella estaba alucinada, aunque admitió sin reservas que si él la hubiera mirado así y sonreído de ese modo, ella le habría dado hasta la llave de su habitación.

¿La llave de su habitación? Qué tontería. Lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, podía entrar donde quisiera, no le hacía falta ninguna llave. Acababa de ser testigo de ello.

Si había una palabra que pudiera definir el apartamento de James, esta era «abigarrado».

Los colores chillones —como el del entelado amarillo canario de la pared que sorprendía al verse combinado con la tapicería verde guacamayo de los sillones— competían con los muebles, las pilas de libros amontonadas en cualquier rincón, y un anárquico desorden que se extendía por toda la sala y que mostraba una colección de objetos digna de alguien con el alma de un loco.

Los que más llamaba la atención era la gran colección de libros de terror y ciencias esotéricas, un cráneo bien pulido que servía como pisapapeles, estacas —sí, estacas de madera con uno de los extremos muy afilado—, crucifijos, una exagerada acumulación de libretas abiertas llenas de anotaciones y un gran mapa de la ciudad, extendido y claveteado en la pared, que tenía varios lugares remarcados con círculos de tinta temblorosos.

—Nada de esto es mío —quiso aclarar Arabella mientras encendía una de las lámparas de gas—, lo poco que traje lo coloqué en un pequeño dormitorio que hay al fondo y que estaba extrañamente vacío.

—Lo sé —contestó lord Rheged en un murmullo—, nada de lo que hay aquí huele a ti.

Arabella dio un paso atrás involuntario. ¿Cómo podía él distinguir…?

Lo observó mientras deambulaba entre los muebles. Impecable, vestido con aquel traje a medida que le quedaba de maravilla a pesar de su figura corpulenta, atlética y vigorosa. Altivo y aristocrático, con ese mentón cuadrado y masculino ligeramente alzado hacia arriba. Juguetón. Esa media sonrisa... ¿Habría alguien libre de caer ante esa sonrisa?

Se dio cuenta de que él la estaba mirando y disimuló prestando atención a una pila de libros. Tomo uno y lo abrió. Cuando le escuchó reír fue consciente de que el ejemplar que tenía entre las manos y simulaba leer estaba boca abajo.

Puso los ojos en blanco. Él aún tenía ese poder sobre ella, ese que la atolondraba y confundía.

El barón volvió a su registro y se paseó entre los muebles con las manos a la espalda. No tocaba nada, pero lo inspeccionaba todo con atención. Dio una vuelta completa hasta que localizó un pequeño papel doblado que asomaba bajo un sillón. Se agachó para recogerlo.

—Una entrada del Savoy.

Arabella se acercó y se puso de puntillas a su lado para verla mejor.

—Sus visitas al teatro están registradas en su diario. De ese modo conoció a María.

—¿Por eso acabaste tú en su casa?

—Sí. Pensé que allí podría encontrar alguna pista.

Él negó.

—No sé si eres una descerebrada o una mujer valiente.

Arabella entrecerró los ojos. Sabía que estaba diciéndoselo para molestarla.

—Es mi hermano, haría cualquier cosa por él.

—¡Tienes que ser más prudente! —saltó Rheged—. Si acabas muriendo no le servirás

para nada.

—Bueno, ahora está usted aquí. El caballero andante dispuesto a ocuparse de todo.

Su tono mordaz debió de sorprenderlo porque tardó unos segundos en responder.

—Yo no voy a inmiscuirme en tu vida, Arabella —dijo por fin—, solo quiero ayudarte, pero a partir de ahora consúltame antes de lanzarte a la desesperada. A lo mejor entre los dos encontramos alguna opción menos arriesgada que alojar a una humana curiosa al servicio de una vampira.

Rheged dio media vuelta y fingió revisar una pila de libros. ¿Por qué le había dicho eso? Arabella era cualquier cosa menos una descerebrada. Inocente, sí, pero no estúpida. Tendría que disculparse. Lo último que quería era que ella lo viera solo como *un caballero andante*.

Todo sería más fácil si volvieran a ser un equipo. Fueron amigos —bajo su punto de vista aún lo eran—, y él deseaba que regresara esa complicidad que compartieron al conocerse. Sin embargo, también era necesario que Arabella se diera cuenta de que estaba metida en algo desconocido y peligroso, y que no debía de actuar por su cuenta.

La miró de reojo y la vio envarada, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en la pared. No supo qué decir para suavizar su ceño fruncido y a regañadientes se limitó a continuar con el registro. Se detuvo frente a unos estantes abarrotados de revistas y libros.

—Parece que tu hermano tiene una buena colección: *Lord Ruthwen VI; ou les vampires; Fantasmagoriana;*; *The Vampyre; Frankenstein o el moderno Prometeo*; *Histoire de la Dame pâle*; *Tales of the Death*, *La familia del Vurdalak*, *Berenice*… Humm, ¡*The Feast of Blood*!, Este sí es bueno —murmuró tomándolo con las dos manos y sentándose cómodamente con las piernas cruzadas como si estuviera en su salón.

—¿Va a ponerse a leer ahora? —Ella no daba crédito.

Rheged sonrió para sí mismo. Aquel podía ser un buen cambio de tema que le hiciera olvidar su impertinencia.

—Son las aventuras de Sir Frances Varney, un vampiro. —Arabella lo miró con furia. A él le encantó ver que su maniobra había causado la distracción que necesitaba—. ¿Puedo llevármelo?

—¿No decía que había venido a ayudarme?

Él se levantó, dejó el mamotreto sobre la mesa y se aproximó a Arabella con la parsimonia de un depredador hasta que estuvo tan cerca que, para mirarlo a la cara, ella tuvo que levantar la cabeza.

—Quiero muchas cosas, Arabella. Y una de ellas es sacarte de este embrollo.

A Arabella se le erizó la piel de los brazos. No sabía cómo actuar con este nuevo lord Rheged. Tan pronto le parecía el amigo que fue, como un animal salvaje a punto de saltar sobre

ella. ¿Siempre había sido así y no lo recordaba?

Dio un par de pasos atrás un tanto aturdida; el tono juguetón de su respuesta —ese *quiero muchas cosas*— había sacudido su espalda con un cosquilleo indescriptible. Evitó retorcerse las manos en el regazo, pero su voz denotó un leve tartamudeo.

—Me llevé el diario a mi cuarto, voy a por él.

Salió de su radio de influencia como alma que lleva el diablo y no respiró con normalidad hasta llegar a su dormitorio.

No podía quedarse cerca, esa nueva versión de lord Rheged era demasiado perturbadora. Tampoco ayudaba que los recuerdos que ella había creído encerrados bajo siete llaves regresaran en oleadas. Eso era casi peor. Si no lograba controlarse, acabaría ahogada en ellos.

—¿Estás bien?

Su voz la sobresaltó. Se giró y lo vio ocupando el vano de la puerta.

—Sí, milord. Estoy bien.

No, no estaba bien. Con Rheged en la entrada de aquella pequeña habitación se sentía encerrada.

Tomó el diario que estaba sobre la mesita de noche y se lo ofreció alargando lo que pudo el brazo. Necesitaba conservar con él la mayor distancia posible.

Rheged la miró de arriba abajo antes de tomar el libro de entre sus dedos.

Estaba oxidado. Ninguna de sus tácticas funcionaba con Arabella. Si buscaba ser el amigo que quiere ayudarla, aparecía una vena autoritaria que nunca había tenido con ella. Si por el contrario intentaba flirtear y parecer un hombre despreocupado, solo conseguía asustarla.

¿Por qué se sentía tan perdido? Más que derribar solo conseguía levantar barreras.

«No puedo tratarla como si fuera su padre», pensó. «Ni tampoco fingir que soy tan frívolo que no me importa nada».

Carraspeó.

—¡Nos lo llevamos! ¿Te parece que lo examinemos mientras tomamos un té frente a la chimenea?

—¿Ya ha terminado, milord?

—De momento, creo que sí.

—Espere un momento, por favor, solo será un minuto. —Arabella se apresuró a sacar una bolsa de viaje de debajo de la cama y a abrirla sobre el colchón—. Cogeré algún vestido.

—¿Son todos de color gris? —preguntó él cuando ella hubo abierto el armario.

—Florence se cayó por la escalera y murió hace algo más de un año, milord. Mi tía Adelaida declaró un nuevo luto para todos.

El tono de voz del barón se tornó envolvente. La abrazó sin acercarse lo más mínimo.

—Lo siento mucho, Arabella. No lo sabía. Llévate solo lo necesario, eres muy joven y no

deberías llevar luto. Iremos a modista y encargaremos ropa normal.

Ella tomó aire y bajó la voz porque decir aquello la avergonzaba:

—No puedo permitírmelo, milord.

—Pero yo sí —respondió él con sequedad. Aunque inmediatamente después volvió a su tono suave y relajado—. ¿Me permitirás que te haga nuevos regalos? Antes me dejabas.

Arabella puso los ojos en blanco.

—Creo que lo hará, aunque yo me niegue.

Lord Rheged no dijo nada más, pero sonrió. Ir de compras con ella era una nueva oportunidad de acercamiento.

La joven se dio prisa en hacer la maleta. Sentía que aquellos ojos de color verde grisáceo que tenía clavados en su espalda ejercían un poder enorme sobre ella, y estaba deseando salir de allí para librarse de ellos.

25 de enero. Mi aniversario

Regalos. ¿Cómo resistirme a los regalos de lord Rheged? El barón parecía saber que estaba pensando en cada momento y me sorprendía con las cosas más curiosas y estrafalarias. Me mimaba demasiado y yo se lo permitía porque no sabía decirle que no.

¿Quién con doce años puede resistirse a las sorpresas?

Cumbria, 25 de enero de 1879.
Brimstone Hall.

Aquel día hacía frío, como en todos los de aquel enero, pero no me sorprendió que Charles apareciera con el *gig* a la hora a la que siempre solía venir a recogerme. Era mi cumpleaños, nadie en Langdale House se había percatado de ello, pero yo tenía la esperanza de que él sí lo recordaría.

Y así fue.

Lord Rheged me esperaba en el vestíbulo de Brimstone Hall con una sonrisa en los labios. Y tan pronto como me quité el sombrero y el abrigo, tomó mi mano y me llevó, casi en volandas, escaleras arriba. En la galería de los cuadros, —el lugar que, desde que él vio que la esgrima no era lo que se dice *mi deporte*, me instruía en el tiro con arco—, había algo para mí.

Me detuvo delante de las puertas cerradas y me tapó los ojos con sus dedos elegantes. Abrió y me empujó despacio para obligarme a entrar.

Retiró su mano.

Apoyado en la pared, había un artefacto de hierro y madera con dos ruedas. Me fijé en que era como si hubieran recortado el dibujo del perfil de un carro.

—¿Qué es eso, milord?

—¿Cómo que qué es, Arabella? —Se echó teatralmente las manos a la cabeza. Yo reí, ya me había acostumbrado a sus dramáticas reacciones. Después se puso muy serio—. Verás —me dijo—, se llama velocípedo y sirve para ir de un sitio a otro. Lo encargué para ti a un constructor de carruajes escocés. En la taberna escuché que en Dumfries se habían vuelto locos y que estaban realizando unos prototipos de bicicletas más avanzados que los de los franceses. El tema me interesó y, como solo está a un día de camino, envié a Charles a que indagara. El resto puedes

imaginarlo ya que tienes uno delante. Lo han fabricado para ti.

Yo lo escuchaba embobada, concentrada en sus ojos tormentosos. Hablaba tan convencido, tan convincente, que le creí hasta la última coma. Ni siquiera me pregunté por qué lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, que casi nunca salía de su casa, había ido a una taberna del pueblo.

Lo vi caminar hacia aquel artilugio, separarlo de la pared hasta dejarlo apoyado únicamente sobre las dos ruedas y, sin soltarlo, pasar una de sus largas piernas por encima para subirse con gracia. Era pequeño para él, pero aún así se las ingenió para sujetarse al manillar, poner los pies en los pedales y llegar hasta el fondo del corredor. No podía dar la vuelta —el pasillo era demasiado estrecho para eso—, así que se bajó, colocó el artefacto en dirección opuesta para iniciar el viaje de vuelta y regresó a toda velocidad hasta donde yo estaba. Frenó con los pies a escasas pulgadas de mis piernas.

Aplaudí.

—¿En serio es para mí?

—Todo tuyo. Feliz décimo tercer cumpleaños, pequeña y huesuda amiga.

Me sonrojé.

—No puedo llevármelo, tía Adelaida no me dejaría tenerlo.

—Podrás guardarlo aquí. Y para cuando llegue la primavera y los caminos estén libres de nieve, espero que ya sepas manejarlo con soltura. Si te cayeras de cabeza no pasaría nada, la tienes muy dura, pero tienes que aprender bien porque no quisiera que te rompieras una pierna.

Sonreí, me sentía muy feliz.

—¿Podré ir con él al muro de Lingmoor Fell?

—¿Al muro de Lingmoor Fell?

—Es un sitio precioso. Lo descubrí el día que me perdí y acabé aquí.

En ese momento, Lucille asomó la cabeza y el gesto de lord Rheged se tornó serio.

—La estás malcriando —dijo ella con acidez.

—No es algo que a ti deba importarte, *hermana*.

—Lo sé —rio—, pero me gusta ver lo bobo que pareces en este momento. Un príncipe de la noche preocupado en satisfacer a una mocosa. ¡Es del todo ridículo!

Él se irguió en toda su altura antes de dar un paso en su dirección. Ella fue sabia y se esfumó. El frío invadió el corredor.

¿Lo había llamado *príncipe de la noche*? ¿Qué clase de título era ese? Lord Rheged no era príncipe, sino barón. ¿Acaso era algún tipo de broma entre los dos? Decidí ignorarlo y tiré de su manga para llamar su atención; no quería que esa interrupción nos amargara la tarde.

—Voy a necesitar ayuda, señor.

Me miró con cariño y me alborotó el cabello. Yo empezaba a conocerlo y sabía que

había rabia tras aquella pose apacible, pero le sonreí y algo en su interior se aflojó.

—¿Qué tal si te pones los pantalones que usabas para esgrima? Podrás moverte mejor que con ese vestido.

Lo contemplé embelesada. Era el mejor de los hombres y yo estaba rendida a sus pies, a sus encantos, a sus atenciones. Dije que sí y corrí hacia el dormitorio donde guardaba todas las cosas que tenía en su casa.

No podía contarle nada de esto a tía Adelaida, pero me importaba poco convertirme en una mentirosa con tal de guardar aquel bonito secreto. Seguro que montar en uno de esos artilugios estaba vedado a las damas, pero él iba a enseñarme a hacerlo y eso se sentía de lo más excitante.

-8-

Londres, 30 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Al regresar a la residencia de lord Brahn, Arabella subió a su cuarto para cambiarse el vestido. Andaba como loca por quitárselo. No solo no había experimentado ninguna seguridad con él puesto, sino que además el corsé la estaba matando; cada vez que respiraba tenía que llenar sus pulmones a un tercio de su capacidad. Era estrecho y tremendamente rígido. ¿Acaso Lucille no necesitaba respirar?

Esa pregunta la dejó parada en mitad de la habitación pensando en sus propias palabras como si hubieran sido una epifanía. ¿Sería su propietaria una vampira? Otra serie de detalles acudieron a su memoria: la palidez, que nunca la hubiera visto a la luz del sol… Aunque eso podía deberse a que siempre fuera la sombra de Rheged. Pero era una posibilidad. La rigidez de aquella prenda bien podía ser porque Lucille fuera una muerta en vida y no necesitase aire para llenar sus pulmones.

Suke corrió en su ayuda y la sacó del trance en el que se había visto sumida.

—¿Ha tenido una buena tarde, señorita Arabella?

—Sí, gracias por preguntar Suke.

—Parece cansada.

—En cuanto me quite esta coraza me sentiré mejor.

Vio a la joven mirarla con deleite a través del espejo mientras la ayudaba a desabrocharse el corpiño.

—Usted y lord Rheged hacen muy buena pareja.

Arabella intentó esforzarse en ofrecerle a su joven criada una bonita sonrisa, pero se quedó a mitad de camino.

—Solo somos *amigos*.

—Por algo se empieza. Lord Rheged es muy atractivo —murmuró la joven—, y no solo eso, también es un buen hombre.

—No sabría qué decirte, Suke. Cuando lo conocí solía pensar que era el mejor, pero ahora…

El rostro de la criada se contrajo en una mueca de desacuerdo.

—¿Le ha dicho algo que le haga pensar que ha cambiado?

—No. Eso es lo peor, sigue comportándose tan encantador como siempre.

—¿Y entonces?

—Cuesta confiar en alguien que te dio su palabra para no cumplirla después.

—Es un buen hombre —insistió Suke.

—A lo mejor contigo se portó bien, pero deberías tener cuidado. ¿Quién sabe lo que se esconde tras esa cara bonita?

—No diga eso, señorita, mire a Charles. El anciano le ha cuidado durante toda su vida y ahora que es viejo y que le cuesta hacer las cosas, milord se preocupa por él. No lo ha echado a la calle como hacen otros señores.

Arabella se encogió de hombros, en eso Suke tenía razón.

La imprecación que gritó su criada la alarmó.

—No irá a ponerse *esto*, ¿verdad? —dijo Suke escandalizada mientras sacaba un vestido de un gris anodino de la bolsa de viaje—. En el armario de la señorita Lucille hay vestidos preciosos, recuerdo uno verde agua que haría resaltar su bonita melena negra y seguro que, con él, sus ojos se asemejarían a las esmeraldas. ¿No quiere estar guapa para el señor? —añadió la joven con tono meloso.

Arabella se colocó frente a ella y la miró directamente a los ojos.

—Suke, no volveré a ponerme un vestido de *esa* mujer. Prefiero no hacerlo.

—Pero ¿por qué? Ella no está aquí y usted no va a destrozarlo si solo lo utiliza para sentarse a cenar.

—No quiero que él me mire y la vea a ella. —Se tapó la boca al soltar aquello. Lo había dicho sin pensar.

—Yo no lo creo, la mira a usted con mucho interés.

—Solo es por el vestido. Con él puesto debo recordarle mucho a su amante.

—¿Cómo dice?

—Que lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, y Lucille son amantes —bajó la voz— o al menos lo eran.

Tras esas palabras, el silencio. Suke calló porque se quedó realmente impactada y Arabella, porque, nada más soltarlo se arrepintió de haberlo dicho. Lo había hecho por despecho, como si con ello pudiera sacarse esa espina que desde hacía mucho tiempo tenía clavada en su interior. No, no era justo que ella fuera con impertinencias a espaldas del barón.

Como si el mundo se conjurase en su contra se escucharon dos golpes en la puerta.

—¿Arabella? ¿Puedo pasar?

El corazón de Arabella se detuvo durante un instante.

—No estoy visible.

—De acuerdo, tampoco es urgente. Me gustaría que cuando terminases de cambiarte bajaras al salón. Hay cosas del diario que quiero comentarte.

Ella sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. ¿Qué parte de la conversación habría escuchado? El suelo se hundió bajo sus pies; acababa de hacer un comentario de lo más desafortunado.

…lord Brahn Rheged y Lucille son amantes.

—Saldré enseguida, milord.

—Te esperaré abajo.

Le quitó de las manos el vestido gris a una Suke que continuaba pasmada en mitad del cuarto y procedió a colocárselo.

—¿Y dice usted que el señor es barón?

Arabella se relajó. Suke no parecía haberse dado cuenta de su infortunado comentario.

—¿No te lo ha dicho?

—No. ¡Dios santo! ¡Un barón! ¡Estoy sirviendo en la residencia de un barón!

Arabella puso los ojos en blanco ante su reacción, pero no esperó a que la ayudase a vestirse. Tendría que afrontar aquel desliz cuanto antes.

Se colocó el vestido con prisas, no era oportuno hacerlo esperar.

Cuando Arabella entró al salón, lord Rheged se levantó con educación y esperó a que ella se sentara frente a la chimenea para volver a ocupar su sitio. Estaba serio. Y eso era bastante indicativo.

Retorciendo las manos de un modo que tía Adelaida hubiera recriminado, Arabella comenzó a disculparse.

—Milord, yo…

Él la detuvo con un gesto de la mano.

—Arabella, hace ya mucho tiempo que Lucille salió de mi vida.

Parecía triste, decepcionado.

Arabella se levantó como si uno de los muelles del asiento la hubiera propulsado hacia delante. Él se incorporó también.

—Milord, lo siento, lo siento muchísimo. No tiene usted que darme explicaciones. Yo no tenía, no tengo, ningún derecho a hacer ese tipo de comentarios y menos con la servidumbre. Le pido que me disculpe y entenderé si se siente incómodo con mi presencia. Solo dígalo y recogeré mis cosas.

—Arabella, mírame.

Ella no sabía dónde meterse, pero tuvo que enfrentarse a él y terminó por levantar la cabeza.

—¿Dónde irías?

—Al apartamento de James.

Él se acercó demasiado.

—Allí serás un blanco fácil.

—Aparte de que no conocen la dirección tampoco creo que María se tome la molestia de buscarme. Nadie creería a una criada.

—¿Te olvidas de que Melquisedec nos siguió hasta aquí? ¿Qué crees que tardaría en encontrarte?

Ella tomó todo el aire que sus pulmones eran capaces de albergar. Era consciente de sus pocas opciones. La sensación de que las paredes de aquella habitación se derrumbaban sobre ella humedeció sus ojos.

Inclinó la cabeza. No quería que él se diera cuenta de que estaba a punto de ponerse a llorar.

Pero pocas cosas se le pueden escapar a un vampiro.

—Siéntate, Arabella, y, por favor, no llores. No estoy enfadado, entiendo perfectamente tus conjeturas, pero intenta no juzgarme sin conocer mi parte de la historia. Yo también debo pedirte disculpas por lo que pasó, por lo que viste… No fue mi intención hacerte daño.

Arabella se secó las lágrimas de un manotazo. Había creído que podía contenerlas, pero llenaron su rostro sin que ella pudiera hacer nada por evitarlas. Avergonzada, inclinó aún más la cabeza. Cuando habló lo hizo sin mirarlo a la cara.

—Usted no tuvo la culpa. Yo entré por la puerta de atrás porque era tarde y no quise llamar. Invadí su casa y su intimidad.

Rheged hizo el ademán de rodearla con sus brazos, pero debió arrepentirse en el último segundo porque con fluidez dio un paso atrás y entrelazó las manos a la espalda. Ella no se movió. Únicamente cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos. Ojalá fuera todavía Huesos y tuviera doce años, porque, si aún lo fuera, él la habría abrazado. Como ese padre que nunca tuvo. Como el amigo que fue durante aquel año excepcional.

La voz del barón se escuchó gutural.

—Arabella, ¿qué te parece si por el momento lo dejamos en tablas y hablamos del diario?

—Se lo agradecería, milord.

—No. No me des las gracias. Tendremos que enfrentarnos a esa conversación, pero, por mucho que yo aún te vea como a mi pequeña Huesos, ya no lo eres, y primero necesitaré volver a ganarme tu confianza. ¿Te parece bien? ¿Te sientas y charlamos?

Arabella asintió y por un momento los recuerdos se agolparon en su mente.

Mi pequeña Huesos.… Aquel ridículo mote significaba tanto para ella.

Tardó unos segundos en moverse. Y, cuando lo hizo, necesitó echar la mano hacia atrás

y tantear hasta encontrar el sillón que estaba a su espalda como si fuera una anciana. Todavía estaba sofocada y mantuvo la vista fija en los dibujos de la alfombra, sin embargo, como él permaneció de pie y en silencio, al final tuvo que armarse de valor y levantar su mirada.

Le sorprendió verlo sonreír con ternura y, durante un segundo, se sintió como si aún estuvieran en la biblioteca de Brimstone Hall. Ella sentada con un libro entre manos. Él haciéndole preguntas sobre la lectura para obligarla a pensar.

—¿Sabes? No me recuerdas nada a ella. —Arabella parpadeó. ¿De qué estaba hablando ahora?—. Por supuesto, me refiero a Lucille —aclaró—, y he de decir que tampoco te pareces a aquella chiquilla esquelética que deambulaba por mi casa…, aunque esos ojos verdes serían para mí reconocibles incluso después de cien años.

Arabella continuaba contemplando su cara y se dio perfecta cuenta del cambio. Su mirada ya no era tierna y dulce, se había transformado en otra cosa difícil de definir. ¿Por qué se sentía como si él le estuviera acariciando los labios? ¿Sería porque no apartaba la vista de ellos?

Tosió y, después de tragar saliva para conseguir que le saliera algo de voz, preguntó sin sutilezas si había encontrado algo en el diario de su hermano.

La sonrisa de lord Rheged se volvió pícara. Sin embargo, le siguió el juego y permitió que ella cambiara el tema de conversación.

—Cuéntame, Arabella, ¿cómo se te ocurrió entrar al servicio de María?

Ese interés en el contorno de su boca la estaba poniendo muy nerviosa.

—James la nombraba en el diario. Maldecía su belleza, su porte aristocrático, su dinero… Él la describió como una mujer de otro mundo. Irreal, fantástica, magnética, divina y no sé cuántos adjetivos más. No me quedó claro si intentó cortejarla, pero sí que lo alejaron de ella. Se dedicó a espiarla, pero aparte de que sus matones lo echaran del teatro varias veces, no sacó nada en claro.

Rheged se interesó en la conversación.

—Y si él desistió, ¿por qué seguiste esa pista?

—No podía eliminarla sin más de mi lista de personas a interrogar, así que fui al teatro una noche a ver la opereta. Si de verdad María tenía algún tipo de relación con James, yo quería saber… —Se mordió el labio. No podía evitar que lord Brahn le inspirara confianza. Volvía a ser la niña que escapaba de Langdale House y él su querido amigo—. También quería confirmar si tenía algo tan especial como para arrastrar a mi hermano a sus pies. Cuando la tuve delante no pude sino coincidir con él. Era una especie de diosa, tan bella, tan divina y exquisita como James la describía. —De nuevo miró al suelo al decir—: Me recordó a Lucille. María es también el sueño de cualquier hombre.

Él no quiso que la conversación siguiera esos derroteros. Lucille, María… eran mujeres hermosas, pero Arabella no se quedaba a la zaga. Incluso con aquel vestido anodino tenía una luz

de la que las otras carecían. Ahora no iba a creerlo, pensaría que intentaba burlarse o flirtear con ella, pero cuando volviera a confiar en él iba a dejarle un par de cosas muy claras.

—¿Por qué decidiste espiarla tan de cerca?

La pregunta directa hizo que ella volviera a mirarlo a los ojos.

—No soy una *descerebrada* —se excusó—. Yo solo…

Rheged levantó una mano para detenerla.

—Debes disculparme. Cuando lo dije estaba enfadado porque tomaste muchos riesgos, pero nunca he pensado que lo seas.

—En aquel momento no sabía que era peligrosa.

—Lo sé. Continúa, por favor.

—En cierto modo, me fascinó. —Se sonrojó al admitirlo—. Sí, yo también caí rendida a sus pies. Su seguridad, la forma con la que se movía entre la alta sociedad, que no necesite sentirse al amparo de una figura masculina… Imagino que a muchas mujeres nos gustaría parecernos a ella y creí que no pasaría nada malo si la observaba de cerca. Cuando me enteré de que tenía muchos problemas para mantener el servicio, me presenté en su casa con un nombre falso y una carta de credenciales escrita de mi puño y letra. Y así empezó todo.

—¿A qué te refieres?

—A que una vez en su casa me di cuenta de que sí había algo extraño en ella y que las notas de mi hermano referentes a otras cosas tenían relación con lo que veía allí. Su aversión al sol, por ejemplo. Durante el día, las pocas veces que salía de su cuarto llevaba siempre lentes con cristales tintados. Su dieta casi nula. Solo tomaba té y más té, y dejaba el resto de platos intacto. María ocultaba algo. Los criados no paraban de hacer comentarios sobre sus excentricidades y sobre las extrañas orgías que algunas noches se sucedían en la casa. ¿Sabía que por las noches nos encerraba en la buhardilla? Supongo que era para que no viéramos algo comprometedor como… sus colmillos.

—Pero tú sí la viste.

—Metí unas almohadas bajo las mantas para simular que estaba dormida y calentita, y me descolgué por la ventana.

—¿Por la ventana? —la voz de Rheged se escuchó aguda de más—. ¿Otra vez? ¿El accidente no te hizo consciente de lo peligroso que puede ser?

Arabella se mordió el labio. Ignoraba cómo él sabía aquello, pero en los años que habían trascurrido desde la última vez que se vieron, ella se había obligado a enfrentarse a sus miedos.

—Sí. —Se cuadró de hombros y revistió su coraje de una falsa seguridad—. Dejé mal cerrada la puerta del servicio para volver a entrar y… El resto de la historia no es necesario que se la cuente; ya la conoce.

Se quedaron un rato mirándose cada uno perdido en sus pensamientos. Pero mientras que

lord Rheged le daba vueltas a lo que había madurado la valiente mujer que tenía enfrente, Arabella tenía algo en mente que para ella empezaba a ser imprescindible saber.

—¿Mata muy a menudo?

La cara de sorpresa de lord Rheged fue genuina.

—¡¿Qué?!

—Quiero decir que si come todos los días o si, por el contrario, lo hace de forma espaciada.

Él se pasó la mano por el cabello. Arabella volvía a sorprenderlo, aunque por otro lado era lógico que ella quisiera saber con quién se la estaba jugando.

Decidió ser franco.

—Dos o tres noches a la semana salgo de caza. Frecuento tabernas, fumaderos de opio, burdeles, tugurios donde se celebran peleas clandestinas… Lugares donde se congrega mucha gente y yo puedo pasar desapercibido. Pero no mato a nadie. Siempre hay alguien necesitado de unas monedas y les pago por el servicio. No es un acto noble; no pido permiso, eso es cierto, pero no es como que puedas ir por ahí preguntando: «¿Un soberano si me permite drenarle las venas?». Después emborrono sus recuerdos para que no vayan contando por ahí que hay vampiros en la ciudad. ¿Responde eso a tu pregunta, Arabella? —La vio sonrojarse, también asentir—. Mírame. —Cuando obtuvo su atención dijo con seriedad—: Hace mucho tiempo que no mato por placer. El *placer* lo obtengo de otras formas.

Hay cosas que es mejor no saber

«El placer lo obtengo de otras formas». Me dijo esa frase con toda la intención; sabía perfectamente hacia dónde iban a dirigirse mis recuerdos. Lo que no llego a comprender del todo es por qué lo hizo. ¿Acaso busca que lo vea como a un hombre y no como a un monstruo?

Cumbria, madrugada del 16 de febrero de 1879.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Recuerdo que ni siquiera sentí el frío de la nieve bajo mis pies, simplemente corrí y corrí hasta llegar a la mansión. De algún modo, aquella lóbrega construcción se había convertido en mi refugio; la sentía como mi verdadera casa y, en ese momento, la necesitaba.

Tía Adelaida había irrumpido en mi cuarto en mitad de la noche llevando en su mano el ejemplar de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* que yo me había dejado sin querer bajo uno de los cojines del sofá. Estaba enfadada. Para ser exactos, más que enfadada, estaba furiosa.

Yo (y mi despistada inmadurez) desconocía que ella padecía de insomnio y que muchas noches se sentaba frente a la chimenea con una copa de brandy y dejaba pasar las horas maldiciendo como un leñador porque la muerte de su esposo la había hecho cargar con una cuñada que estaba chiflada y con una niña torpe y poco avispada.

Tía Adelaida tenía un sillón preferido —justo al lado del hogar— que nadie usaba más que ella, pero esa noche, quizá porque quiso recostarse, por ver la habitación desde otro ángulo o porque llevaba demasiado brandy en el cuerpo como para llegar hasta él, debió de sentarse en el sofá, justo encima de mi libro.

Ella sabía de sobra que yo no había podido comprármelo, pero, aunque mentí y le dije que lord Rheged había comprado dos —uno para su sobrina y otro para mí—, me dolió que rechazara mi explicación y, sin pensárselo dos veces, dedujera que lo había robado.

Discutimos y, además de aprovechar para recordarme mi lugar en aquella casa, amenazó con quemarlo. Supliqué sin ningún resultado. Lloré hasta que no pude más y, tan pronto como la oí bajar por la escalera, me puse el abrigo sobre el camisón, un gorro de lana y unos guantes, y escapé por la ventana.

No recuerdo cómo llegué hasta el suelo, solo sé que, cuando lo hice, mis manos y piernas temblaban por el esfuerzo. Pero necesitaba mi refugio. Necesitaba un abrazo. Necesitaba que alguien me soplara sobre las lágrimas y me dijera que todo estaba bien. Lo necesitaba a él.

Llegué a la mansión con los pulmones helados, pero acalorada y sudando por la carrera, y la silueta de la gran mole gris me pareció menos imponente que otras veces. La gente del pueblo seguía opinando que aquel era un lugar alejado de la mano de Dios, yo sabía que no era cierto. Para mí, lord Rheged, Charles y Bernie se habían convertido en mi familia. No eran demonios ni fantasmas, eran personas con buen corazón.

Me acerqué a la puerta principal recorriendo el serpenteante y estrecho camino que atravesaba el jardín. Debían de haberlo limpiado de nieve aquella misma tarde porque el color oscuro de la tierra, incluso en plena noche, contrastaba con fuerza con el blanco inmaculado que había a mi alrededor.

Di las gracias porque eso me sirvió de guía para llegar hasta los escalones de la entrada; de no haber estado tan claro el camino, me habría clavado en la nieve hasta las rodillas.

Una vez allí, me quedé mirando aquel llamador de bronce —un león con una bola entre las fauces— que tantas veces había levantado y dejado caer los últimos meses. Sin embargo, en el último momento me arrepentí y no toqué. Era tarde. Charles estaría durmiendo y yo no quería molestarlo obligándolo a levantarse. A quien yo buscaba era al propietario de la mansión, a mi barón, al que imaginaba leyendo a solas en la biblioteca como me decía que pasaba casi todas las noches.

¿Podría trepar hasta la ventana?

Miré hacia el muro de piedra de la casa. El piso principal no estaba muy alto —apenas cuatro escalones por encima del suelo de tierra—, pero no había zócalo saliente donde apoyarse ni tampoco ningún árbol tan cerca como para descolgarme por él hasta el primer saledizo.

Una idea me llegó como si fuera una iluminación. La puerta trasera que daba a la cocina nunca tenía echada la llave. ¿Estaría abierta también a esas horas?

Recé porque así fuera, no tenía intenciones de volver a Langdale House. Esa noche no.

Rodeé la mansión sin dejar de tocar las paredes con mi mano. Los árboles estaban desnudos por el invierno y, además de verse fantasmagóricos, permitían que la luz de las estrellas bañase el jardín, pero aquella noche era tremendamente oscura, y lo último que quería era desorientarme y perderme entre las sombras.

Tuve mucho cuidado al pisar sobre la nieve, pero cuando llegué a mi destino ya tenía las botas, las calzas y el bajo de mi camisón completamente chorreando.

La suerte me sonrió, la puerta no estaba cerrada.

Me quité las botas y las calzas y me dirigí descalza a la biblioteca, pero el barón no estaba allí. Presté atención y escuché; la casa estaba en silencio. ¿Estaría leyendo en su

dormitorio?

Aún había rescoldos en la chimenea y me esforcé por avivarlos para secarme un poco. Pero después pasado un buen rato, aunque conseguí entrar en calor, no logré acallar el runrún de la voz que escuchaba en mis pensamientos. Mi tía me había acusado de ser una ladrona. También había repetido que nunca saldría de Langdale House. Y, la verdad, no me importaba. Pero que me hubiera amenazado con quemar mi más preciado tesoro, había conseguido que hirviese de rabia e impotencia.

Necesitaba a lord Rheged. Tenía que hablar con él.

Si no estaba despierto no lo molestaría, simplemente me acurrucaría frente al fuego que acababa de avivar hasta el amanecer.

Me puse las calzas y los zapatos que gracias al rato que había pasado junto al fuego ya estaban casi secos, y me dirigí hacia las escaleras.

Subí con sigilo y un poco a tientas —aquel interior estaba tan a oscuras como siempre, pero yo llevaba ocho meses visitándola y los bultos de los muebles que distinguía entre las sombras ya me eran familiares— y cuando llegué al primer piso la oí: la cantarina y sensual risa de Lucille. No era usual escucharla, parecía vivir en un estado de eterno enfado, pero en mitad del silencio reconocí aquellas afinadas notas al instante.

Cuando la encontrabas de buen humor era tan dulce.

Seguí caminando de puntillas y me acerqué. La puerta del dormitorio no estaba del todo cerrada y desde mi posición en el pasillo, la luz trémula de las velas que se escapaba a través del marco entreabierto se me antojó como un faro que avisa a los barcos de su cercanía a la costa.

No metí la cabeza por el hueco —una señorita bien educada no hace esas cosas—, pero me quedé quieta durante un buen rato en el pasillo y presté atención. Como la casa estaba tan silenciosa, escuché sin problemas las palabras en voz baja, el tintinar de una copa de cristal antes de hacerse añicos al caer al suelo, las risas, los gemidos reprimidos… Todos esos sonidos finalmente me embrujaron y obligaron a mis pies a dirigirse hacia allí, igual que si alguien con autoridad hubiera reclamado mi presencia y yo, obediente, acudiera sin dilación a la llamada.

Está visto que las puertas entreabiertas son mi perdición. Me atraen como si fueran una fuerza de la naturaleza que no soy capaz de evitar.

La risa de Lucille se transformó en un gemido gutural, áspero y delirante que me detuvo el corazón. No necesitaba saber qué pasaba allí dentro, algo en mi interior me decía que no era necesario conocer ese secreto, pero la curiosidad pudo conmigo; el mundo de los adultos me llamaba con una tenacidad hipnotizante y casi sin darme cuenta di un paso más. Por el hueco que dejaba la puerta entreabierta, acerté a vislumbrar su larga y negra cabellera desparramada sobre los pies de la cama. Adelanté mi otro pie y mis ojos descubrieron la parte superior de su cabeza que, echada hacia atrás hasta estar casi apoyada en la coronilla, se bamboleaba a un ritmo

frenético. Estiré el cuello y pude ver sus ojos parcialmente en blanco, su rostro desencajado, su boca abierta gimiendo de forma entrecortada… La curiosidad me pudo y di un último paso: el que hizo que lord Rheged entrara en mi campo de visión.

Todo lo que me rodeaba dio un extraño giro a mi alrededor. Creí que me iba a caer al suelo, pero solo grité.

La reacción de él fue inmediata. Se incorporó, tomó una bata y se cubrió como pudo mientras salía de aquella cama con torpeza al estar liado con las sábanas. Me llamó por mi nombre en un intento de detenerme. Yo no me quedé para escucharle, salí por donde había entrado y corrí sin dirección.

-9-

Londres, 30 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Cuando Arabella volvió al presente se dio cuenta de lord Rheged ya no estaba sentado frente a ella. Se giró para buscarlo y, a través de la doble puerta que separaba el salón del comedor, lo vio de pie frente a la mesa del comedor. Había retirado las sillas de alrededor y había esparcido sobre ella un buen puñado de recortes de periódico.

Arabella intentó incorporarse, pero todavía estaba muy agitada por los recuerdos. La imagen de Rheged y Lucille había sido tan vívida como casi siempre que regresaba a aquella noche. Y aún la perturbaba e incomodaba a partes iguales.

Respiró lentamente para darse ánimos y se levantó.

El barón estaba de espaldas y, antes de colocarse a su lado, tuvo la oportunidad de admirar su estatura, la anchura de sus hombros y la perfección con la que se le ceñía la chaqueta del traje. Sus recuerdos regresaron de nuevo. La panorámica de aquel cuerpo desnudo había durado apenas unos segundos, pero su imagen se le había grabado a fuego en la mente y llevaba diez años acompañándola a todas partes. Y, visto lo que tenía delante, no parecía haberlo idealizado ni lo más mínimo.

Hizo lo posible por desconectar su cerebro. No quería continuar pensando en lo que sabía que había debajo de ese traje.

Carraspeó para llamar su atención.

—¿Son los papeles que tenía James en el interior del diario? —preguntó mientras se colocaba a su lado para estudiar los recortes de periódico esparcidos sobre la mesa.

Lord Rheged la miró desde su altura y sonrió. Arabella se había situado junto a él sin pensar, de una forma totalmente natural. La confianza regresaba poco a poco. Pero estaban solos y ya no eran una niña y su tutor, sino dos adultos muy conscientes de a quién tenían al lado. La proximidad era excitante, también indecente a los ojos de cualquiera que pudiera entrar por la puerta. Sin embargo, él no se movió.

—Sí, son los recortes de tu hermano.

Esa respuesta fue dicha en voz baja, pero, al mismo tiempo que sonó contenida, también tuvo un regusto áspero, rasposo. Un poco como si las palabras hubieran luchado contra un gruñido por salir de su garganta. Fue su ronquera la que agitó los sentidos de Arabella y los puso

en estado de alarma. Aquella aspereza, atrevida y erótica, hizo que fuera consciente de dónde y con quién estaba.

El instinto le hizo dar un paso atrás y, despacio, como si temiera desatar a una fiera, rodear la mesa y colocarse del otro lado. Ahora veía todos los recortes del revés, pero se sentía más cómoda al mantener una distancia menos peligrosa y, a la vez, también más respetable.

El barón contó hasta diez para no saltar y decir una obscenidad, pero, aun así, no fue capaz de contenerse, las palabras llegaron a su boca sin que pudiera evitarlo.

—Daría cualquier cosa porque Huesos estuviera aquí. —Arabella levantó la vista de la mesa extrañada por el comentario. No acertaba a comprender por qué, de repente, había ese sarcasmo en su voz—. Lo digo en serio, la echo de menos una barbaridad —añadió en seguida dulcificando el tono—. ¿Sabes qué fue lo que me más gustaba de ella? ¿Lo que consiguió que todas las tardes, a la misma hora, yo esperase impaciente su llegada? —Arabella quería bajar la vista, pero no podía dejar de mirarlo—: su espontaneidad. Que no me tratase como a un noble ridículo que vivía solo en mitad del campo, y que no tuviera miedo de expresar su afecto, su enfado o la adoración que sentía por mí. —Sus ojos brillaron exaltados, pero la voz de su monólogo fue bajando de intensidad hasta convertirse en un susurro. Mientras hablaba, giró alrededor de la mesa hasta colocarse frente a ella—. Contigo, es decir, con la nueva Huesos, me siento descolocado: has cambiado algo de ti que me parecía indomable. Soy perfectamente consciente de que la naturalidad es un rasgo propio de los niños y que, con la edad, la educación recibida nos moldea y nos convierte en lo que la sociedad quiere que seamos. Pero yo siempre pensé que tú no cambiarías. Creí que nadie doblegaría tu carácter.

»Me equivoqué.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuró ella sin saber qué decir mientras casi enterraba la barbilla en su pecho.

Lord Rheged se acercó un poco más y, aun a riesgo de ser de nuevo rechazado, colocó el índice bajo el mentón y la obligó a mirarlo.

—Lo sé, Arabella, me doy cuenta. Pero espero, de todo corazón, que el espíritu libre de aquella chiquilla siga ahí dentro y que aparezca más pronto que tarde. Me gustaría mucho tenerlo de vuelta.

Arabella abrió la boca para conseguir un poco más de aire y lord Rheged, al ver el gesto, no pudo reprimirse y se inclinó hasta llegar a sus labios. Dejó sobre ellos un beso casto y ligero. Un beso que se sintió paternal, aunque hubiera sido dado en un lugar tan íntimo. Fue tan suave que Arabella no supo si de verdad había ocurrido o había sido un sueño.

Acto seguido, él se incorporó en toda su altura y dio un paso atrás. ¿Estaba sonrojado?

—¿Qué crees que tienen todos ellos en común?

Arabella tardó en responder; ese giro inesperado la pilló por sorpresa. Estaba claro que él

había cambiado de tema y ahora le preguntaba por los recortes, pero ella no fue capaz de pasar tan rápido de una cosa a otra. La piel de su boca aún hormigueaba y su cerebro daba vueltas en otra dirección. Se sentía tan aturullada que solo acertaba a parpadear con pesadez.

¿Ese beso había sido real?

Necesitaba controlarse y tomar las riendas de la situación.

Finalmente, se giró hacia la mesa, apoyó las dos manos sobre el tablero y, tras serenarse, respondió:

—Son asesinatos a sangre fría perpetrados en la oscuridad de un callejón. Algunos disfrazados de robos, otros de venganza. No hay un patrón con respecto a la víctima: hombres jóvenes, viejos, mujeres… La única cosa en común es que todos fueron degollados. Mi hermano debió de creer que habían sido perpetrados por la misma persona.

—Hay algo más por lo que tu hermano los eligió. —Arabella, tras mirarlo un instante, dio la vuelta alrededor de la mesa para ver los recortes del derecho y se concentró en ellos—. Al menos eso creo —añadió.

Pasaron unos segundos hasta que Arabella habló:

—No consigo ver la relación.

—En todos ellos se dice que en el escenario del crimen había poca sangre —aclaró el barón.

Arabella volvió a mirarlo a los ojos y, sin que fuera necesario que añadiera nada más, creyó adivinar lo qué estaba insinuado. Aquel pensamiento le hizo llevarse la mano al pecho.

—¿Quiere decir que a todos ellos los mató un…?

—No —interrumpió Rheged—. Dudo mucho que sea uno de los nuestros, pero James solo tiene información sobre nuestra raza a través de la imaginación de otros, así que es muy posible que creyera ver un patrón.

—Pero sí no había sangre…

—No es significativo. Puede que los matasen en otro lugar y que trasladaran los cuerpos; que el individuo en cuestión llevase puesto algún tipo de tejido más grueso que empapara la sangre derramada o, también, que estuvieran muertos antes de ser degollados y que por eso la sangre se acumulase sin escándalo —al ver la incredulidad en sus ojos, aclaró—: el corazón ya no bombea y, al cortar la garganta, la sangre no sale con presión. —Se detuvo cuando ella palideció—. Pero estoy convencido de que tu hermano pensó que ahí había una clave.

—El mapa de Londres que tenía en la pared… —murmuró Arabella tras unos instantes como si aquella imagen hubiera aparecido de repente en su cabeza.

—Sí, el mapa. Tenía diez círculos en tinta roja. La misma cantidad de recortes de periódico que James guardó en el diario. Los lugares donde ocurrieron los crímenes.

Ella empezó a leer con atención.

—Tranquila, ya lo hice yo. Todos han ocurrido en el triángulo que forman Regent´s Park, Kensal Green y Highgate.

—Es una zona bastante grande.

—Si te sirve de algo no creo que tengan relación unos con otros. Si te alejas de los barrios elegantes, Londres es una ciudad dura. Probablemente han ocurrido muchos más asesinatos en esos meses, pero, por lo que fuera, él se quedó solo con estos.

Aunque él había sido tajante, la imaginación de Arabella comenzó a concebir la idea de que el autor de esos crímenes pudieran ser uno o varios vampiros.

—¿Hay… muchos? ¿Muchos como usted?

Rheged no quería asustarla, pero había prometido que no habría más secretos entre ellos.

—Londres en estos momentos es un lugar ideal para vivir. Está atestada de humanos y hay tanta contaminación que la niebla nos permite salir a la calle en pleno día. Sí, la comunidad de vampiros que habita en Londres es grande. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad. —Como él se agachó hasta entrar en su línea de visión, Arabella añadió —: Solo quería confirmar si esto podría ser obra de… su raza.

La mirada de él se enterneció.

—Mi querida niña, ya te he dicho que no lo creo y es la verdad. Sabemos que tenemos que pasar desapercibidos para sobrevivir y una ciudad grande es fantástica para eso. Nada más. Repito, estoy casi seguro de que estos crímenes no son de un vampiro, son demasiado dramáticos. Y aunque en mi raza somos capaces de matar incluso de manera más brutal, pero no podemos salir a la luz. Si se supiera de nuestra existencia empezaría una caza de brujas y tendríamos que abandonar nuestras casas y nuestros negocios.

—Pero, por eso mismo, porque Londres es una ciudad grande y atestada, podrían tener impunidad para actuar a su antojo.

—Sí pero no. Además de que, por eso mismo, es casi imposible que no haya testigos del delito, tenemos leyes y debemos cumplirlas. No podemos ir matando humanos por el mero placer de hacerlo; se persigue y se castiga.

—¿También lo hace María?

—María no va degollando a sus amantes por las calles, pero sí es cierto que está fuera de control: se muestra demasiado. Aunque a partir de ahora tendrá que comportarse. ¿Recuerdas la carta que le di a Melquisedec? Es el primer aviso.

—Del Consejo.

—Veo que escuchar se te da bien.

—¡No se escondieron para hablar!

Él sonrió complacido. El espíritu de la antigua Huesos estaba más cerca de la superficie de lo que uno, a primera vista, pudiera creer. La tenía ante él con los puños cerrados, el pecho

inclinado hacia delante y concentrada en la conversación.

Y era una visión magnífica.

¿Por qué tuve que ir esa noche a Brimstone Hall?

Uno no puede cerrar del todo la caja de los recuerdos una vez la ha abierto. Es imposible. Las imágenes aprovechan cualquier mínimo resquicio para escapar y atormentarte.

Cumbria, madrugada del 16 de febrero de 1879.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Recuerdo que llegué hasta el jardín de la mansión sin saber bien cómo. También recuerdo que estaba aturdida, con la respiración agitada y el corazón latiendo fuerte y acelerado. ¿Qué era exactamente aquello que había visto? Cerré los ojos y las imágenes regresaron tan reales que tuve que apoyarme en el tronco de un árbol. Estaban en la cama, yaciendo como esposos, pero eran… ¡hermanos!

Después me vino a la cabeza el rostro del barón. Su mirada contrita, su gesto suplicante, su voz cálida: «Huesos, déjame explicarte…».

Sentí como las lágrimas se helaban al surcarme las mejillas.

Cuando abandoné los muros de Brimstone Hall y me adentré en la fría noche, pensé en ir hasta el muro de Lingmoor Fell, cruzarlo y correr hasta Escocia para no volver jamás; ya no me quedaba nada que me retuviera en Cumbria. ¿Cómo iba a ser capaz de mirar a lord Brahn a la cara después de lo que había visto? Estaba segura de que cada vez que me enfrentaste a él lo vería desnudo y sudoroso besando el cuello de Lucille.

Pero después de avanzar unos pocos pasos en aquella dirección, una pizca de sensatez me disuadió de hacerlo. Tenía que aceptarlo. Aunque no me resultaría fácil borrarlo de mi memoria; donde fuera me seguiría el recuerdo de los amantes.

¿Qué me quedaba entonces?

En mitad de la noche oscura y fría no podía hacer otra cosa que regresar a Langdale House. No tardé demasiado en decidirme, el vaho que exhalaba mi boca amenazaba con congelarse sobre mi piel, pero lo hice a mi ritmo, caminando despacio, cabizbaja, deseando no haber salido nunca de allí. Con un poco de suerte nadie me habría echado de menos y podría tumbarme sobre la cama para mirar el techo hasta que mi corazón se secase y se lo llevara el

viento, arrastrado igual que las hojas que caen de los árboles en otoño.

Llegué helada, entumecida, y con un desasosiego indescriptible inundando todo mi ser. Sin embargo, cuando levanté la cabeza y vi la ventana de mi habitación a lo lejos, todo lo que había sucedido quedó en un segundo plano. No tenía trazada una ruta de vuelta porque no había planeado regresar, pero no podía quedarme en el jardín; corría el riesgo de congelarme. Resoplé con fuerza y mi respiración hizo volutas en el aire. Esa ventana abierta era la única forma de entrar en la casa sin llamar.

Revisé con la vista los tejadillos e imaginé cómo debía ser el ascenso. Un pie aquí, una mano allá. Sí. Esa era la mejor opción. Respiré hondo y me insuflé ánimos: «Vamos, Arabella, subir tiene que ser más sencillo que bajar».

Me equivocaba.

La temperatura había bajado y la nieve que se acumulaba en los saledizos se había endurecido hasta transformarse en hielo, lo que convertía cualquier superficie dónde ponía manos y pies en algo resbaladizo. Me quité los guantes a mordiscos a mitad de camino por ver si con el tacto de los dedos conseguía no resbalar a cada momento, pero lo único que logré fue que se me entumecieran hasta el punto de solo sentir dolor.

Sin embargo, mi determinación pudo más que la nieve y el frío y despacio fui llegando a mi objetivo. El optimismo al ver que estaba a punto de lograrlo me dio alas y me hizo llegar más arriba, pero, cuando ya rozaba con la punta de los dedos el marco de mi ventana, uno de mis pies pisó en falso y, aunque intenté aferrarme a la cornisa con todas mis fuerzas, no logré detener lo inevitable: el peso del cuerpo tiró de mí y caí de espaldas.

Todo sucedió muy rápido, pero yo lo viví de otro modo. Al sentir que me precipitaba al vacío pensé en el descenso de Alicia por la madriguera y, de manera inconsciente, abrí los brazos para planear como un albatros que cruza el océano. No sirvió de nada. Ojalá mi cuento particular se hubiera hecho realidad y yo hubiese descendido despacio contemplando todo lo que sucedía a mi alrededor; ojalá el viento me hubiera acunado en sus brazos; ojalá la nieve caída en el jardín se hubiera transformado en algodón para frenar mi caída; ojalá…, pero no fue así. Antes de que pudiera siquiera gritar, di con mis huesos en el suelo.

En mitad del dolor, mi mundo se fundió en negro.

Desperté en el salón a causa de los alaridos de Florence que parecía una madre en mitad de un parto. Abrí los ojos, ignoré a tía Adelaida y me centré en la cara de doctor. Lo había visto un par de veces. Era amable y afectuoso y, en ese momento, yo necesitaba una comprensión que no iba a tener en ninguna parte. Tentada estuve en darle un abrazo y no recuerdo si llegué a hacerlo. Y, a pesar de que a mí me dolía todo el cuerpo, como si me hubiera pasado por encima

una locomotora, me dijo que había tenido mucha suerte. Que la fractura de mi pierna era limpia y que me repondría sin secuelas.

Cuando se fue el buen doctor, fingí quedarme amodorrada para no sufrir el interrogatorio de tía Adelaida. Mi cabeza estaba todavía demasiado alterada como para pensar en una mentira que fuera convincente, pero algo debió ocurrir que yo no recuerdo, porque esa misma tarde, mi tía rompió su duelo, algo inaudito en ella, salió de la casa y, según me dijo Gladys, la cocinera, se dirigió a Brimstone Hall.

Mi única certeza ante todo aquello fue la de que jamás volvería a ver a lord Rheged.

Se cumplió religiosamente hasta el día de ayer.

-10-

Londres, 31 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

A la mañana siguiente, Arabella bajó a desayunar temprano. Tanto que encontró la casa silenciosa y vacía. Se aventuró a entrar a la cocina y allí descubrió a Charles, el anciano mayordomo, sentado frente a la ventana. Había abierto la pesada cortina —incluso allí había gruesos cortinajes— y estaba muy quieto, con los ojos cerrados disfrutando del tímido sol de la mañana.

La ventana tenía los cristales bastante sucios —según Suke, el señor se negaba a que ella los mantuviera brillantes por dos razones: además de que servían para que la casa mostrara un exterior de abandono, esa mugre se convertía en una segunda capa de protección contra el sol—, pero con la cortina descorrida, los tímidos rayos mañaneros bañaban la cara de Charles provocándole una sonrisa placentera en aquel rostro surcado de señales de vida, de arrugas.

Al oírla, Charles se apresuró a levantarse para prepararle el desayuno, pero Arabella, pese a sus protestas, lo obligó a sentarse y se encargó ella misma.

Después, se sentó a su lado porque le apetecía su compañía, pero también para disfrutar del ritual del sol. Y mientras mordisqueaba una galleta pensó en Langdale House. En todas aquellas veces que se había sentado a la mesa en silencio con la espalda envarada y bebiendo su té a pequeños sorbos, mientras que, desde el otro lado de la mesa, tía Adelaida reprendía y censuraba cada uno de sus movimientos. En todos aquellos años, ni una sola vez el desayuno fue del agrado de su tía y, sin embargo, esa mañana era todo tan simple y perfecto que dolía.

Como tenía la cabeza en las nubes, Arabella se asustó al escuchar un portazo y el caer de un cuerpo al suelo, pero se sujetó fuerte las faldas para no tropezar y salió corriendo.

Era Suke. Había caído de bruces nada más rebasar la puerta y estaba inclinada hacia adelante tapándose la cara con las manos. La cesta que debía llevar colgada en el brazo estaba tirada a su lado y la fruta recién comprada rodaba en todas direcciones sobre las tablas de madera.

—Suke, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—La han matado, señorita, la han matado.

Arabella se agachó y la rodeó en un abrazo.

—¿A quién?

Los sollozos le impedían hablar con claridad.

—La han matado.

—¿Pero a quién?

—A Polly, señorita Arabella, a Polly.

—¿Quién es Polly?

—Suke. —La voz masculina y profunda hizo que las dos levantasen la cabeza. En el corredor, bloqueado por un rayo de sol que entraba desde la cocina, lord Rheged estaba de pie con el pálido y hermoso rostro desencajado. Parecía enfermo.

Charles cerró la puerta para cortar el acceso a la luz y, solo entonces, él se permitió avanzar hasta acuclillarse frente a la joven criada. Ella había dejado de hablar, los lloros le imposibilitaban hacerlo.

Él la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio en el último piso. Arabella los siguió. Charles también, pero se fatigaba al subir las escaleras y tardó más en llegar arriba.

Una vez sobre la cama, lord Rheged le sujetó la cara para que Suke lo mirase a los ojos. Y sin palabras, solo con aquella mirada llena de ternura (y probablemente, algún que otro retazo de poder), consiguió calmarla. Por iniciativa propia, la joven, todavía temblorosa, les contó entre hipidos y con la voz entrecortada, que habían asesinado durante la noche, tan solo dos calles más abajo, a una conocida. La mujer se llamaba Mary Ann Nichols, pero todos la conocían por Polly.

Después de que Suke se quedara dormida y de que lord Rheged enviase a Bernie a averiguar algo más, el barón se disculpó y se dirigió de nuevo a sus habitaciones.

—Milord, ¿se encuentra bien?

Él se volvió para mirar a Arabella antes de responder.

—¿Recuerdas las migrañas que me impedían salir contigo al jardín? —ella asintió—, pues no eran migrañas, sino un terrible sopor y fatiga debido al sol. A más intensidad, más cansancio. Gracias por preocuparte, Arabella, pero estoy bien.

Al verla como un pasmarote sin saber qué hacer, lord Rheged, antes de retirarse, le preguntó si le apetecía pasar un rato en su compañía.

—Como en los viejos tiempos.

—¿En su dormitorio? —En la voz de Arabella hubo una extraña mezcla de horror, sorpresa, rechazo y curiosidad.

Él tuvo que sonreír. Arabella tenía las mejillas sonrojadas y se había envarado hasta crecer un par de pulgadas más, pero la conocía lo suficiente como para saber que estaba buscando algún pretexto para seguirlo.

—Allí estaré.

Lord Rheged no se sorprendió cuando, minutos más tarde, Arabella tocó a su puerta. Tampoco que lo hiciera cargada con un servicio de té en una bandeja. Aquel «pensé que le

agradaría tomar una taza para desayunar» sonó como la excusa perfecta para hacer su aparición.

Cuando entró, Arabella miró a un lado y a otro. Había esperado encontrar una gran cama con gruesos barrotes sustentando un dosel cubierto de pesados cortinajes, pero allí no había nada de eso. Aquella era una habitación pequeña y sin ventanas en la que solo había dos sillones, una mesita auxiliar y una pared cubierta de libros. ¿Dónde dormía el barón? Quizá ni siquiera lo hacía.

La visión de aquella repleta biblioteca le hizo sonreír. Libros. Lord Rheged siempre aparecía en sus sueños rodeado de libros.

Estaba depositando la bandeja sobre una mesa auxiliar cuando el nieto de Charles regresó con noticias. El barón se acercó hasta la puerta, pero preguntó desde allí, no llegó a salir al corredor. Era como si aquel marco fuera para él como una muralla impenetrable.

—Dime, Bernie, ¿qué has averiguado?

El joven se acercó retorciendo el sombrero entre sus manos.

—El cuerpo de policía aún no ha dado un comunicado oficial y todo son especulaciones y rumores de la gente del barrio. Están asustados, no hace mucho hubo otro asesi… —Bernie calló al ver a Arabella ponerse de puntillas para mirar por encima del hombro de su señor.

—Creo que podré soportar lo que tengas que decir —protestó ella al darse cuenta de que su presencia era el motivo por el que él se había detenido.

—No es agradable, señorita.

—Te digo que podré con ello.

Él bajó la cabeza y apretó aún más el sombrero.

—Hace poco mataron también a otra mujer aquí en Whitechapel, en plena calle, y empieza a sentirse el miedo. No han hallado al culpable.

—¿La policía ha identificado el cadáver? —preguntó lord Rheged.

—No de forma oficial, milord, pero todo apunta a que se trata de Polly Nichols. —Bernie miró a Lord Rheged como si pidiera permiso para continuar. Él asintió, aunque le hizo un gesto como para que atenuara lo que tenía que decir. Pero no había una forma suave de contar aquello. Ni siquiera, aunque bajase el volumen hasta transformar su voz en un susurro—: La mataron a eso de las tres de la madrugada. Tenía golpes en la cara y le faltaban varios dientes, la degollaron le abrieron el estómago y sus intestinos…

—Basta —ordenó lord Rheged al ver como palidecía Arabella.

—La mujer de la que habló Suke —murmuro ella mientras que con disimulo se apoyaba sobre la pared.

—Sí —afirmó el muchacho.

—Puedes retirarte, Bernie, gracias.

Cuando la puerta se hubo cerrado, lord Rheged la rodeó con sus brazos, aunque no llegó

a tocarla. Parecía estar a punto de desplomarse.

—Acompáñame. Siéntate aquí.

Ella se dejó conducir hasta un pequeño sillón.

—¿Cree que tendrá relación con los recortes de mi hermano? Bernie dijo que la habían degollado.

Intentando no mostrar su horror, Arabella se esforzó en sonreír, pero fue en vano, su rostro no engañaba a nadie. Además de que la sonrisa era de lo más rígida y forzada, su cara se había quedado lívida.

—No lo sé, Arabella. Hasta que no sepamos algo más…

Más que sentarse, Arabella se dejó caer sobre uno de los sillones. La noticia le había producido un gran impacto. En su vida tranquila en Langdale House jamás, que ella supiera, había sucedido nada igual. Londres se había convertido en una ciudad terrible, llevaba apenas unos pocos meses allí y no veía el momento de marcharse.

—¿Qué podía hacer una mujer a esas horas en la calle? —Arabella preguntaba por inercia, pero estaba como ida.

Lord Rheged carraspeó.

—Hay mujeres que trabajan por las noches.

Arabella se sonrojó al atar cabos. Él debía de estar pensando que era una estúpida e ingenua ignorante.

—Entiendo —dijo agachando la cabeza y mirando sus manos entrelazadas en el regazo. A continuación, frunció el ceño como si algo si algo se hubiera iluminado en su cerebro—. ¿Por qué la conocía Suke? ¿Eran familia? ¿Vecinas?

—Se conocían porque tenían el mismo tipo de trabajo. Las dos… se ganaban unas monedas ofreciendo sus servicios a caballeros y no tan caballeros.

Los ojos de Arabella se abrieron con sorpresa.

—Arabella, no voy a contarte esto para que sientas pena por Suke, es solo que no quiero más secretos entre tú y yo. —Carraspeó—. A Suke la encontré una noche escondida en un portal, de esto hará unos dos meses. Estaba sentada, apoyada contra la pared y tenía un bebé en sus brazos. Yo buscaba a alguien para alimentarme y al verla sola en la oscuridad, me acerqué. Ella me miró y dijo: «Sí, por favor, acabemos con esto de una vez».

—¿Creyó que iba a matarla?

—Probablemente tú habrías pensado lo mismo si te hubieras encontrado con un vampiro que pretende beber de ti.

—¿Por qué quería morir?

—A causa de su embarazo, Suke llevaba algún tiempo sin poder trabajar y, al carecer de ingresos, acabó con sus huesos en la calle. —Su suspiro le indicó a Arabella que había algo aún

más terrible—. El bebé, su bebé, llevaba muerto un día entero; ella ya no tenía nada por lo que vivir.

—Y usted la ayudó.

—¿Cómo no hacerlo? La traje a casa y le di a su hijo una sepultura digna. Cuidé de ella, estaba muy débil, y la ayudé a salir de la calle. La contraté. Es valiente y dura, y ha sido una gran ayuda para Charles, él ya no está para hacer de mayordomo.

Al ver que Arabella se quedaba pensativa y triste intentó distraerla cambiando el tema de conversación.

—Cuando baje el sol iremos a encargarte algunos vestidos.

Eso hizo que ella lo mirase a la cara.

—Ahora mismo es lo último que necesito.

—No quieres usar los de Lucille y los que tienes son demasiado grises y están viejos. Vamos, no pretendo hacerte una colección como para presentarte en sociedad, solo que tengas un poco de ropa adecuada. Empieza septiembre y los días van acortando y son más húmedos. Si lo que metiste en tu maleta es lo único que tienes, necesitarás ropa de abrigo.

—¿Y por qué no en una de esas nuevas tiendas donde hay de todo?

—No voy a meterme en una tienda grande abarrotada de gente. Prefiero algo menos tumultuoso. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Solo lo necesario?

—Solo lo necesario.

—De acuerdo, iré con usted. Pero no quiero distraerme, encontrar a James es mi prioridad.

—Había pensado que después podríamos ir al club de esgrima que frecuentaba tu hermano.

Lord Rheged sonrió al ver que a Arabella se le iluminaba la mirada.

—Qué hiciera usted eso por mí sería estupendo. A mí no me permitieron pasar de la puerta cuando me presenté allí.

Mi corazón está roto

Fue agradable pasar el día a su lado y comprobar que aquella complicidad que teníamos no había desaparecido. Quizás estaba latente y yo no había sabido darme cuenta, pero el caso era que continuaba allí.

Lo peor de aquello fue que, aunque yo aún no era consciente, estaba empezando a transformar la admiración de una niña de doce años en un sentimiento cálido que comenzaba a llenar el corazón de una joven de veintidós.

Lo tenía sentado en el sillón que había frente al mío con el rostro iluminado por la trémula luz de las velas. Aún tenía aspecto de estar cansado, pero una sonrisa tierna mal disimulada afloraba en sus labios. Yo también me sentía así, aunque esperaba que él no lo notase. Era como si el tiempo sin vernos no hubiera tenido lugar, como si tan solo hubiera pasado un día desde que estuviéramos sentados frente a una chimenea, pero no aquí en Londres, sino en Brimstone Hall, y habláramos de tal periodo histórico o de que empezaba a refrescar.

Cuando le pregunté por qué se marchó ni siquiera intentó excusarse, solo dijo que no pudo evitarlo. ¿Por qué evita tocar ese tema?

Vuelven a mí aquellos días, vuelven, aunque yo no quiera.

Cumbria, un día de mayo de 1879.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Por culpa de mi pierna rota tardé en salir de aquel agujero que era mi habitación. Mi tía fue inflexible, no me permitía siquiera bajar las escaleras. No sé si de verdad era porque se preocupaba por mi salud o porque no quería ni verme, pero el caso es que estuve demasiados días entre aquellas cuatro paredes. Tuve tiempo de muchas cosas, especialmente de grabar en mi mente aquellas imágenes de los dos, pero también de reflexionar sobre mis emociones.

Sabía, porque a escondidas había husmeado en la biblioteca de lord Rheged, como se realizaba la cópula entre animales, pero verlos a ellos yaciendo juntos fue algo que tardé en asimilar. En la retina se me habían grabado aquellas grandes manos del barón acariciando los pechos de Lucille, y su boca recorriendo la piel desnuda… Y Lucille no parecía odiarlo por manejarla a su antojo, sino que lo aceptaba de buena gana. Estaba allí, tumbada en la cama, con

los ojos desorbitados por el placer.

No entendía nada.

Pero lo peor era que ¡eran hermanos! Y eso era un pecado horroroso.

Con esas cavilaciones pasé aquellos días. Meditando sobre algo que no terminaba de comprender (y que no podía preguntar sin descubrirme) y elaborando teorías sobre lo que en realidad era la vida.

El tiempo de reposo fue tan largo que cuando me dieron el alta tuve que andar con bastones porque me flaqueaban las piernas, pero, en el momento en el que me sentí lo bastante fuerte, fui a Brimstone Hall. Finalmente había decidido que lo que hiciera Lord Rheged con Lucille era asunto suyo y no me incumbía. Yo necesitaba verlo, pedirle perdón por irrumpir de aquel modo en su intimidad y continuar bajo su ala de protección y sabiduría.

Pero la casa estaba cerrada. Las ventanas, la puerta principal, la trasera… Todo parecía indicar que nadie vivía allí. Como si lo que había transcurrido a lo largo del año anterior hubiera sido solo un sueño.

Me senté en los escalones de piedra de la entrada y quise llorar, pero tal era el nudo de pena que atenazaba mi corazón que no pude hacerlo. No conseguí desahogarme, no al menos en ese momento. Contemplé el jardín —o, más bien, esa parcela salvaje que lord Rheged llamaba jardín— y soñé despierta que las ortigas avanzaban lentamente hacia mí y sepultaban mi cuerpo consiguiendo que formara parte del terreno. Eso estaría bien, me libraría de tía Adelaida y viviría por siempre en aquella casa.

Ojalá hubiera ocurrido.

Al fin las lágrimas inundaron a mis ojos y pude sacar todo aquello que me comía por dentro. Y, al hacerlo, sentí que algo en mi interior se deshacía hasta licuarse: mi determinación. No. No podía ser verdad, no quería creer que aquello acabara allí y de aquel modo, pero era real; él había desaparecido. Y con él mi verdadera vida y mi libertad.

Ya me marchaba cuando una voz conocida me llamó desde lejos. Era Bernie, el nieto de Charles.

Me detuve y él llegó corriendo a mi lado jadeante y sudoroso.

—Señorita, milord se ha mudado, pero me pidió que le diera esta llave para que usted tuviera acceso a la casa y pudiera seguir usando su biblioteca.

No le pregunté nada, no era capaz de hablar, y tomé la llave de sus manos por inercia, aunque ya no me servía como refugio. Brimstone Hall no era nada sin mi tutor.

Le di las gracias y regresé a casa de mi tía ayudándome con el bastón.

Cuando llegué a mi habitación estaba agotada. La caminata había sido larga y la pierna me daba unos pinchazos horribles, pero el doctor me había dicho que, si quería volver a andar con normalidad, no podía rendirme al dolor. Sin embargo, ya había tenido suficiente para el día de hoy y, como si en vez de trece años fuera una anciana de ochenta y dos, me tumbé en la cama. Dejé la llave a mi lado, sobre la almohada, y su simple visión me hizo perderme entre recuerdos, recuerdos de días felices. Volví a llorar en soledad. Y solo horas más tarde, cuando me rehíce del impacto que me había causado ver que milord ya no estaba, me lamentaría de no haber interrogado al muchacho. ¡Qué tonta fui! Pero cuando Bernie llegó a mi lado, estaba tan aturdida por como estaban sucediendo las cosas, que no fui capaz de reaccionar. Debí haberle preguntado qué hacía él allí si los demás se habían marchado, debí haber luchado por recuperar mi vida anterior, pero no había encajado aún aquel desenlace e inexplicablemente lo dejé pasar.

He de dar gracias a aquel acto reflejo que me movió a aceptar la llave de sus manos. Meses más tarde me habituaría a recorrer las habitaciones, a usar la biblioteca, a encender la chimenea del salón y a pasar allí muchas horas. En definitiva, a soñar que tenía otra vida.

Prefería mil veces aquella casona silenciosa y vacía a Langdale House. En casa de mi tía el fuego del hogar no calentaba mi corazón.

-11-

Londres, 31 de agosto de 1888.

Taller de costura de *madame* Gaucher.

La tarde era de lo más desapacible —llovía copiosamente—, pero lord Rheged insistió en salir a pesar de que Arabella remoloneó amparándose en el mal tiempo. No era la lluvia lo que perturbaba su espíritu sino la idea de pasar por el taller de costura.

Una vez allí tuvo que admitir que no era tan terrible; el lugar distaba mucho de lo que Arabella había pensado que sería. Si creyó que se vería rodeada de opulencia, de damas de la aristocracia y modistas u oficialas prestas a contentarlas, no fue así. El taller que había elegido lord Rheged era un salón pequeño y elegante y, sobre todo, discreto.

Ubicado en la primera planta de un bonito edificio, el local no tenía apariencia de tienda, todo lo contrario, era más bien como el salón de una vivienda a la moda. Muchos muebles: sofás, cuadros, lámparas, mesitas… Todos ellos en tonos de madera oscuros y con tapicerías suntuosas que sumados al papel pintado del tono verde esmeralda de la pared —que recordaba lo que hacía unos cuantos años se había llamado *el verde mortal*, el pigmento verde Scheele, conseguido a base de teñir los tejidos con arsénico— lo convertían en un espacio un tanto recargado.

Lo que lo diferenciaba de una casa particular era una pequeña tarima de un solo escalón y tres espejos colocados de tal modo que uno podía verse de frente y perfil al mismo tiempo, y los sonidos de fondo. Tras una puerta en un lateral, se escuchaba el repiqueteo continuo de una máquina de coser y los susurros de varías mujeres. Allí debía de estar el corazón de aquel lugar: el taller.

La propietaria era una mujer esbelta y elegante, muy sofisticada y también con cierto aire afectado. Iba vestida sobria y cómoda y llevaba un curioso broche unido a su cinturón, una *châtelaine*, solo que, en vez de llaves, de él que colgaban todas las herramientas necesarias para su trabajo: tijeras, dedal, alfiletero, punzón… Tras tratarla unos minutos, si algo le quedó claro a Arabella fue que el título de *madame* era puramente comercial: la señora Gaucher no era francesa.

Probablemente ni siquiera ese sería su verdadero nombre.

El trato fue competente. Mientras *madame* le ayudaba a elegir las telas y le mostraba bocetos de publicaciones traídas de Francia, una oficiala se apresuraba a tomarle medidas y apuntar todo lo que Arabella le respondía a la dueña. En pocos minutos tuvo encargado todo cuando creía que iba a necesitar. Mentalmente Arabella iba haciendo sus cuentas para no pasarse;

estaba decidida a devolverle al barón hasta el último penique.

Todo iba sobre ruedas hasta que pilló a lord Rheged señalando una seda carmesí y haciéndole señas a la dueña del taller.

—¡Milord!

—¿Qué? —preguntó él con fingida inocencia, simulando no haberse dado cuenta de que acababan de interceptar su disimulada comunicación con la modista.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso?

—¿El qué?

—¡Le he visto eligiendo una tela y dibujando sobre su pecho la forma de un escote! ¿Acaso va a negarlo?

Él la miró directamente a los ojos y dijo con despreocupación:

—¿No puedo elegir un vestido para mí?

Arabella saltó.

—¿Ahora va a travestirse?

Lord Rheged no pudo reprimir una carcajada. Se tapó la boca con la mano y se dio la vuelta, pero el comentario afilado lo pilló tan de improviso que no lo hizo a tiempo y Arabella llegó a ver como en su mandíbula superior destacaban unos pequeños colmillos. La joven se giró hacia la dueña del taller para confirmar si ella también los había visto, pero la modista, muy profesional, estaba pendiente de sus notas y hacía caso omiso a la conversación.

Cuando él se recompuso, se giró hacia *madame* Gaucher y ya, sin ocultarse, le dijo con gesto serio:

—También querré uno de color turquesa.

Ella sonrió complacida —a más vestidos, más ingresos—, y con gesto cómplice y coqueto respondió:

—Tendré que tomarle medidas, milord.

Arabella tuvo que reprimir la necesidad de poner los ojos en blanco. ¡Aquello era el colmo! Los dos se confabulaban contra ella.

Miro a uno y a otro. Él estaba exultante —se había salido con la suya—, ella sonreía con placer cómplice. No, no había estado tan ajena a la conversación como aparentaba.

Por un momento Arabella se preguntó qué pensaría la mujer acerca de que lord Rheged la hubiera presentado como a su sobrina.

Tuvo que girarse para que no vieran su sonrojo, aunque seguro que *madame* estaba más que acostumbrada a que sus clientes mintieran.

Londres, 31 de agosto de 1888.

Una hora más tarde.

7 Cleveland Row. London Thames Fencing Club.

De camino al club de esgrima la lluvia continuó cayendo, aunque con menos intensidad, pero el clima era del todo desapacible: se había levantado una brisa molesta que hizo que bajara la temperatura hasta parecer que el otoño estaba a punto de hacer acto de presencia. Arabella casi se alegró de cobijarse en el carruaje, sentada frente al barón podía mostrar su enfado sin decir ni una sola palabra; él no había respetado su decisión y había gastado más de lo que ella podría devolverle.

Rheged, zalamero, se esforzó por quitarle importancia y hacerla reír.

Discutían sin discutir hasta que ella cometió un desliz; se sentía tan cómoda que usó su nombre de pila.

—Pero no es justo, lord Brahn, no ha cumplido su palabra.

Un sonido de satisfacción brotó de la garganta del barón. No dejó pasar aquella nueva y sutil proximidad.

—Me has llamado lord Brahn.

Arabella se sonrojó y desvió la mirada.

—Lo siento.

—No digas eso, me gusta que uses mi nombre. Ahora ya solo me queda conseguir que elimines el «lord». —Ella continuaba avergonzada por la metedura de pata y se contemplaba las manos como si fuera lo más interesante del interior de aquel coche—. Vamos, Arabella, te lo estoy pidiendo. Quiero que me llames Brahn o, si te parece demasiado íntimo y no es tu deseo, Rheged, pero por favor, nada de lord, milord o barón.

—¿Tampoco barón? Ahora me dirá que usted no es el undécimo barón de Ravenstonedale.

Ella se dio cuenta de que en algo había acertado cuando en la penumbra distinguió cómo las comisuras de sus labios se arqueaban con picardía.

—Lo soy a medias. —Ante la mirada atónita de Arabella se vio obligado a aclarar—: ¡Alto! No he falsificado un título, si es lo que estás pensando. Se lo compré a un hombre desesperado. Aunque el que yo adquirí era el de segundo barón de Ravenstonedale, y después he tenido que morir varias veces y recuperarlo como si yo fuera mi propio heredero.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Arabella con curiosidad.

Lord Rheged fingió sonrojarse. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se medio cubrió el rostro haciendo un poco de teatro.

Siempre lo conseguía. Al verlo hacer el payaso, Arabella tuvo que reír.

—Luché en Fulford contra Harald III de Noruega cuando los normandos invadieron Inglaterra. ¿Responde eso a tu pregunta? —A ella, la risa se le cortó de golpe. Aquello había sucedido hace mucho, muchísimo. Recordaba que habían hablado sobre ello una tarde al hojear un libro de historia de la biblioteca de Brimstone Hall. ¿Siglo XI? No estaba del todo segura—. ¿Qué sucede, Arabella? ¿Soy demasiado viejo para ti? —La pregunta se hizo en un tono informal, desenfadado, pero la mirada del barón estaba pendiente de cualquier reacción. Si hasta ese momento había rehuido contarle sobre su pasado era porque temía que aquel salto en la historia les separase aún más.

—No.

—No, ¿qué?

—No, Rheged, no lo es.

La sonrisa fue espléndida a pesar de que sus labios permanecieron cerrados. Ese detalle le hizo pensar a Arabella en su carcajada en el taller, en la visión de aquellos pequeños colmillos, y en la de veces que había sonreído ante ella. Nunca se había percatado de que los tuviera, se molestaba mucho por ocultarlos.

Que el carruaje se detuviera impidió que Arabella le preguntase por ellos. Después lo agradeció, aún no estaba preparada para hablar con él de ese tema. A veces quería saberlo todo, sentía mucha curiosidad, pero otras… solo intentaba comprender quién era la persona que tenía delante. Ese ser, aparentemente normal, que sobrevivía en un cuerpo que estaba muerto.

Su mente hizo una nueva conjetura. Las pocas veces que él la había tocado sin guantes no le había dado sensación de frialdad. ¿Acaso no estaba muerto del todo?

—Hemos llegado al club. —Lord Rheged la sacó de sus pensamientos—. Si no te importa iré yo solo. No admiten mujeres, ya lo sabes, y tu presencia será más un inconveniente que otra cosa. —Le pellizcó la mejilla antes de bajar—. No admiten mujeres —repitió con sorna —, ellos se lo pierden, con lo divertido que es ver lo torpes que son algunas frente al espejo.

—Pero, ¡qué maleducado!

—Es broma, Huesos, ya lo sabes. La esgrima no era para ti, tienes que reconocerlo, pero el tiro con arco sí se te daba bastante bien.

Arabella sabía que a lord Rheged le gustaba que ella sacara su genio —cuando era una niña lo hacía a menudo, la pinchaba hasta hacerla saltar— e iba a aprovechar cualquier ocasión para hacerlo. Según él, era la única forma de sacarla de su ostracismo pueblerino.

Ostracismo pueblerino. Menudo idiota.

No, no estaba enfadada, pero tenía que mostrar su indignación como haría cualquier dama. Era lo apropiado. Aunque en lo más profundo de su ser se sentía feliz; había sido tan fácil volver a una rutina con el barón que parecía como si los años no hubieran pasado.

Lord Rheged cruzó la calle y ella lo observó. Se tocó la mejilla. Incluso con su mano

cubierta con el guante, esa carantoña le había cortado la respiración. Pero antes de que ese toque en su piel dejara de sentirse, alguien se coló en el carruaje por la otra puerta y se sentó frente a ella.

Arabella se puso en pie en un intento de golpear el techo para alertar a Bernie, pero aquel individuo fue rápido y se lo impidió sujetándola por las muñecas.

—¡Melquisedec! —exclamó ella al distinguir el parche que ocultaba uno de sus ojos.

—Shhh, tranquila. No he venido para hacerte daño ni secuestrarte ni nada parecido, solo traigo un mensaje. Y no te esfuerces en golpear para llamar la atención de tu cochero, se ha apeado del pescante y ha cruzado la calle para fumarse un cigarro. ¡Qué feas costumbres tienen los jóvenes de hoy en día!

Como él la soltó cuando dejó de forcejear, Arabella se sentó de nuevo, aunque pegó su espalda al respaldo para que la distancia entre los dos fuera máxima. Melquisedec parecía relajado y poco peligroso, pero ella ya no se fiaba de nadie.

—Deje su mensaje y márchese.

—¡Qué grosero sería no esperar a Brahn! —protestó él en un tono de afectación de lo más exagerado—. Pero mientras regresa tú y yo podemos charlar y conocernos un poco. Siento curiosidad, niña. ¿Qué hizo que alguien de tu posición entrara al servicio de María?

—¿Posición?

—No eres realmente una criada.

«Si usted supiera…».

—Eso no es de su incumbencia.

—Vamos, Arabella, no seas descortés; mi amistad podría traerte beneficios. Recuerda que yo siempre estoy ahí.

Ella lo pensó unos segundos. Tenía razón: él siempre estaba ahí. Seguía a la baronesa como un perro faldero. ¿Y sí había visto algo?

Se lanzó a la desesperada.

—Busco a mi hermano. Sé que fue a ver a María al teatro varias veces, pero desconozco hasta qué punto se implicó con ella.

—¿Y tu hermano se llama…? —Aunque no podía distinguir más que su silueta, se lo imaginó elevando una ceja.

—Blunt, James Blunt.

—¿Ricitos de oro? ¿Ese impertinente es tu hermano?

Ella cerró los puños. ¿Era Melquisedec un caballero? No, no debía de serlo. Un hombre bien educado no habría contestado eso.

Se obligó a abrir las manos y estirar los dedos. De buena gana le habría dado un bofetón, pero como no era un caballero él podría devolvérselo y romperle algún hueso. En ese momento

recordó lo que le había contado Rheged sobre que Melquisedec era medio animal, medio vampiro y eso hizo que pegara más la espalda al respaldo.

El coche se hizo muy pequeño para ella.

Melquisedec se quedó mirándola y, como si ver su rostro asustado le afectara de alguna manera, cambió de forma radical su actitud y su tono de voz.

—Tu hermano empezó enviando flores al camerino de María. Muy formal y educado, como debe de ser. Pero tras el rechazo de la baronesa, quiso entrar por la fuerza. —Al ver la expresión de desconcierto en la cara de Arabella, el asistente de la baronesa hizo un inciso—: Lo que un hombre aparenta no siempre es lo que es, niña. Vivimos en una sociedad que a menudo juega con doblez. Tu hermano podría parecer un hombre noble y amable, pero tenía muy mal carácter y no aceptó la negativa de María. —Tras esa observación, prosiguió—: Ella le dio largas, delante de la gente ya sabes que es encantadora, pero a escondidas me ordenó que me deshiciera de él.

—¿Usted lo ha matado?

—No, Arabella, claro que no. Es más, él me empujó en el teatro delante de algunos de los admiradores de María y yo no entré en su juego. Puede que no me creas, pero odio la violencia innecesaria. Solo le dije que se marchara y nos dejara en paz. No lo hizo y me vi obligado a usar la fuerza, pero acabó tirado en el callejón de atrás, nada más. Volvió, claro, tu hermano no parece de los que se rinde… Debe de ser de familia —añadió refiriéndose a ella y riendo al ver que Arabella cazaba la indirecta y arrugaba la nariz—. Por supuesto, acabó del mismo modo.

»Esa última vez que lo vi no estaba en muy buena forma… Si de verdad quieres encontrarlo yo buscaría en los fumaderos de opio que hay cerca del muelle. Parecía un tanto ido y sus ropas apestaban a pescado.

La puerta del carruaje se abrió de repente y Melquisedec cruzó las piernas, se recostó en el asiento y volvió a su tono burlón y a su afectación.

—¡Aquí tenemos al barón! —Se preparó para bajar del coche con parsimonia—. Gracias por la compañía, Arabella, nuestra conversación ha sido de lo más edificante —inclinó la cabeza a modo de saludo y se dirigió a él—. Lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, tengo el honor de invitarle en persona a un té mañana por la tarde, si el clima lo permite, en casa de la baronesa. Ella ha insistido en que también asista su joven protegida.

No esperó respuesta. Salió del vehículo por delante de lord Rheged, hizo una reverencia de lo más elegante y desapareció entre la bruma.

Él no dejó de mirarlo hasta que su figura fue un borrón. Tenía los puños apretados, la espalda tensa. Había tardado unos pocos minutos porque en seguida supo que nadie sabía nada de James en el club, pero había sido descuidado dejarla esperando.

—Arabella, ¿estás bien? —dijo sin volverse.

Arabella acusó un escalofrío. Había sentido esa palabra como una caricia sobre su espalda. Necesitó cuadrarse de hombros antes de responder:

—Perfectamente. Y, además, creo que tenemos una buena pista.

La primera vez que vi a Arabella

«No volveré a separarme de ella».

Ese pensamiento no me descubre nada nuevo; Arabella me importa desde hace mucho. Y aunque hace nueve años me viera obligado a alejarme de su lado, ese sentimiento continúa latente en mi corazón.

Volver a tenerla en mi vida es un regalo del destino. Uno que no voy a desaprovechar.

Cumbria, verano de 1878.
Brimstone Hall. Residencia de lord Brahn Rheged.

Recuerdo, como si estuviera ocurriendo ahora mismo, la primera vez que vi a la joven Arabella. Mojada, encogida por el frío, acobardada. Un pequeño saquillo de huesos que tocaba a mi puerta.

Charles intentó que se marchara. Pobre hombre. Yo llevaba varios días sin alimentarme: taciturno, aburrido, hastiado de todo y sin más cosa que hacer que estar sentado frente al fuego del salón. Y cuando me vio tan ansioso por hacerla pasar, creyó que pretendía darme un festín a su costa.

¡Pobre Huesos! Si hubiera decidido atacarla, no me habría durado nada.

Arabella podía tener doce años, ella me lo confesó coqueta en cuanto cogió algo de confianza, pero la verdad era que no aparentaba más de nueve. Estaba escuálida y parecía mal alimentada, aunque tenía un vigor y un desparpajo que me hicieron sonreír por primera vez en muchos meses.

¡Qué divertida era! Aquella noche, cuando salió de mi salón, reparó en un retrato mío que me hicieron hace algo más de dos siglos. Mi indumentaria —se me veía de medio cuerpo— era de lo más sofisticada, la peluca también. Ella se detuvo y ladeó la cabeza. Me reconoció, sin duda alguna.

—¿Vuestro *tátara tátara*…?

Charles me miró, primero con estupefacción cuando me empecé a reír a carcajadas y después con verdadero enojo, cuando le contesté que en realidad el hombre apuesto del cuadro era yo. Su respuesta nos dejó descolocados a los dos.

—¡Qué curioso! Os retrataron listo para asistir a una fiesta de disfraces.

Asunto zanjado. Nunca miró la fecha debajo de la firma del pintor y si alguna vez lo hizo no dijo nada. Probablemente pensaría que era una parte más de la broma.

Bendita inocencia infantil.

Me divirtió acompañarla a su casa y ver cómo iba sentada a mi lado erguida y orgullosa como una dama en miniatura. La mayoría de la gente que conozco de por aquí, sobre todo los de la alta sociedad, son fríos y están muy condicionados por la etiqueta social, pero Arabella, a pesar de intentar con todas sus fuerzas contener el torbellino que habitaba en su interior, era todo lo contrario; no reprimía sus sentimientos, al revés, los mostraba con pasión. Y fue gratificante observarla gesticular y hablar con entusiasmo de sus excursiones y de los verdes rincones de mi tierra.

Me pidió que la dejase un tanto lejos porque no quería que el ruido pudiera alertar a sus tías —fue entonces cuando me confesó que había escapado por una ventana— y yo, era tal la frescura de su compañía, que me bajé del pescante y la seguí por apurar unos minutos más a su lado.

Días más tarde, me sorprendí pensando en ella y me preocupó que hubiera sido descubierta llegando a escondidas a unas horas nada apropiadas. Y para sorpresa de Charles, me atavié con mis mejores (y anticuadas) galas y, usando mi título, me presenté en Langdale House. Solo pretendía comprobar si estaba bien, nada más, pero descubrir cómo era el lugar dónde vivía (y la compañía de aquellas dos mujeres) me hizo darme cuenta de su triste realidad.

Algo en mi se rebeló cuando la vi con aquel horroroso vestido de luto y sentada sin moverse con la cabeza gacha. ¿Dónde estaba la chiquilla que había conocido días antes? Yo sabía que, aunque a simple vista Arabella pudiera parecer una muchacha gris y anodina estaba llena del calor de la primavera, y me dolió verla cabizbaja y sumisa.

¡Santo Dios! Era una niña.

Y se supone que las niñas juegan, saltan y se pasan todo el tiempo haciendo preguntas. ¿Cómo podían retener su espíritu libre de ese modo?

No pude hacer nada durante aquella visita salvo ser encantador, ganarme a la estirada de su tía Adelaida y esquivar los avances de Florence, la señorona disfrazada de adolescente alocada; pero un par de días más tarde tuve una idea. Una idea fantástica. Basada en una mentirijilla, claro, pero ¿quién no iba a creer a un barón?

Gracias a una sobrina ficticia conseguí un salvoconducto para Huesos y ella me lo agradeció obsequiándome su presencia. Sus apariciones por mi casa fueron graduales, si en las primeras semanas venía de vez en cuando y sin extenderse demasiado, como si fuera la visita del médico local, poco a poco su compañía empezó a ser diaria y comprendía la tarde entera. Y era de lo más estimulante.

Sí, yo estaba encantado, para qué negarlo. Aquel pequeño terremoto agitó los cimientos de mi soledad y me regaló una de las mejores épocas de mi vida.

Charles dice que en el fondo soy un filántropo, yo lo dudo. Me parece que lo que realmente soy es un ser de lo más egoísta que se limita a rodearse de aquellas cosas o personas que me hacen sentir bien.

-12-

Londres, 31 de agosto de 1888.

De regreso a la residencia de lord Rheged en Whitechapel.

Lord Rheged y Arabella se sentaron en las butacas dispuestas frente a la chimenea bastante animados, por fin tenían un rastro que seguir. Era demasiado ambiguo, demasiado amplio, pero era *algo* con lo que empezar.

—Mañana por la noche, después de la visita a María, comenzaré a buscarlo.

Arabella respiró profundamente y cerró los ojos unos segundos. Aquello que iba a decirle necesitaba de una voz firme y decidida.

—Iré con usted.

—Ni hablar. —Rheged se dio cuenta de que su voz había sonado demasiado dura y cambió el tono rápidamente—. Arabella, has vivido en una burbuja buena parte de tu vida y no puedes ni imaginar lo peligroso que puede ser deambular por algunas zonas del East End.

—¿Tan peligroso como estar viviendo en la casa de un vampiro?

En la cara del barón se vio con claridad que aquel comentario le había molestado.

—No sigas ese camino, sabes que conmigo no corres ningún peligro.

Ella cambió de táctica, si era necesario suplicar, suplicaría, pero no podía quedarse al margen. En eso no.

—He de ir, Rheged, si nadie ha sabido de mi hermano durante todo este tiempo es porque está usando un nombre falso, ¿cómo sabrá quién es? ¿Preguntará por *ricitos de oro*?

—¿Ricitos de oro?

—Así lo describió Melquisedec. Y sí, antes de que haga una broma de todo esto: James tiene el cabello rubio y rizado, de pequeño era como un querubín.

—No estoy bromeando, al contrario, este es un asunto muy serio. —Se pasó las manos por el pelo mostrando con ese gesto cierta ansiedad—. Arabella, no sé cómo daré con él, pero lo que tengo muy claro es que no me acompañarás. Los muelles no son el lugar apropiado para alguien que como tú no ha visto casi nada.

»Hablemos de otra cosa, no quiero discutir contigo y este asunto está zanjado para mí.

Ella no disimuló su enfado y mientras miraba las llamas y el color incandescente de las brasas se sintió decidida a no quedarse en aquella casa. Sabía que lord Rheged solo buscaba protegerla, pero estaban perdiendo un tiempo precioso. Hallaría la forma de investigar, aunque fuera por su cuenta y riesgo.

—¿Te has parado a pensar por qué es probable que tu hermano consuma opio?

Esa pregunta captó de nuevo la atención de Arabella.

—¿No pudo equivocarse Melquisedec?

—No, los síntomas son bastante evidentes si sabes qué buscar y, además, no olvides que es medio animal, tiene un olfato portentoso. ¿En sus cartas te habló de alguna dolencia? Quizás empezase a tomarlo como tónico.

—No, James siempre fue un hombre bastante sano.

Él meditó durante un rato. En realidad, los dos lo hicieron.

—¿Podría haberlo probado para «fomentar la creatividad»? ¿Es artista?

—Lo más cerca que ha estado mi hermano de un cuadro ha sido en la galería de los retratos de los antepasados de lord Horace Blunt, mi tío. No, no le gusta el arte. —Arabella se detuvo un instante antes de preguntar—: ¿Qué efectos produce?

—Lo llaman la droga del olvido. Provoca delirios, sueños, visiones… Es un alucinógeno. Hay quien lo toma porque está de moda, otros lo hacen para paliar el dolor o porque necesitan evadirse de lo que les rodea. Te deja como… en suspensión. Es una sensación muy adictiva y, por ello, peligrosa. Normalmente acaba con la degeneración moral del consumidor.

—¿Lo ha probado?

—Sí, pero para alguien como yo es distinto. Los efectos están muy minimizados.

Otro manto de silencio les envolvió. Por el momento aquellas incógnitas no tenían respuesta.

Las siguientes preguntas vinieron de parte de Arabella.

—¿Por qué se encararía James con la baronesa? En las primeras anotaciones de su diario había incluso cierta fascinación, pero después se tornó en odio. ¿Y por qué busca un vampiro tan desesperadamente? Porque con los recortes está muy claro quiere encontrar a uno o a varios.

—Buenas preguntas. Está claro que algo ocurrió entre ellos, quizás eso lo podamos averiguar mañana en ese dichoso té. Y respecto a lo del vampiro… Es extraño, según el diario surge de repente. Después del último encuentro con María, en la página siguiente, pasa a analizar los recortes de periódico y a intentar con ellos localizar una especie de patrón. Ese es otro dato que no encaja. Él ya debía tener en su poder los recortes; todos son de fechas anteriores. Abarcan un periodo de año y medio antes de que conociera a la baronesa.

Lord Rheged se levantó, tomó el diario que estaba sobre la mesa junto a los recortes que de nuevo cubrían el tablero, y volvió a su asiento. Comenzó a ojearlo como si quisiera corroborar sus palabras.

—Hay algo que nos falta…

Pasó sus hojas sin buscar nada en concreto y antes de cerrarlo y dar por finalizado su repentino interés, percibió algo raro y se sintió tonto por no haberse dado cuenta antes. En la

guarda de la tapa trasera había un fallo, aunque era imperceptible al ojo si no lo estabas buscando.

Pese a su perfecta visión, el barón se levantó de nuevo y se acercó a la lámpara de gas para comprobar que no estaba equivocado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arabella al verlo examinar de esa forma el diario.

—Aquí hay algo escondido, en la última hoja que está pegada a la tapa. Está muy bien hecho, apenas se nota.

Ese nuevo dato hizo que ella se levantara y que casi le quitase el diario de entre las manos.

Él sonrió. El espíritu de Huesos, el que tenía la niña que él había conocido, regresaba cada vez más a menudo.

—¡Es verdad!

Arabella miró en todas direcciones buscando algo que pudiera ayudarla a rasgar el papel, pero Rheged se anticipó sacando un sencillo abrecartas de un cajón.

Se lo dio. Y ella lo miró detenidamente antes de devolvérselo para que él, que era quién lo había encontrado, hiciera los honores.

Con pulso de cirujano, Rheged despegó las dos últimas hojas sin romperlas. Allí había un papel doblado. Lo sacó y se lo ofreció a Arabella que estaba cambiando el peso de un pie a otro sin poder contenerse.

—Ábrelo tú. Es tu hermano.

—Pero usted lo ha descubierto.

Él tuvo que reír.

—¿Lo miramos a la vez?

La sonrisa de Arabella le dio de nuevo la vida. ¿Cómo era posible que tuviera ese poder sobre él?

Lo abrió junto a la lámpara para leerlo con claridad, pero se desentendió totalmente. Arabella colocó la cabeza junto a su hombro y eso acaparó toda su atención. Aquella guedeja suave y ondulada que le rozó las ropas y que deseó alcanzar con sus dedos; el aroma a violetas del jabón que había usado para lavar su cabello; el calor que despedía su cuerpo... Perdió el control y sintió cómo le apretaban las encías y el hambre de sangre se extendía por todos los poros de su piel.

Cerró los ojos, llenó sus pulmones de aire, aunque no lo necesitase, y lo expulsó lentamente. Y cuando ella lo miró a la cara todo ese cúmulo de sensaciones había sido controlado y estaba cerrado bajo siete llaves.

—Alguien le partió el corazón.

Él miró por fin la nota y leyó en voz alta.

«No quiero que sigamos distanciados, James. Algún día entenderás por qué no te elegí. Quiero que sepas que, aunque ya no vivamos juntos, no existe ningún motivo que impida que sigamos siendo amigos. Vuelve a mí.

D».

—¿Quién es «D»?

—¿Alguna vez en sus cartas te habló de sus conquistas?

—Nunca. No es nada mujeriego. Bueno, lo cierto es que no puedo saberlo, pero al menos no es de esos hombres que alardea de ello.

—Quizás aquí esté la clave, aunque no veo la relación que pueda tener con María.

—¿Usted cree?

—No sé qué creer, Arabella, pero no podemos desechar ningún rastro hasta haberlo comprobado.

Después de eso, ella tomó el papel y lo leyó y releyó una docena de veces, antes de quedarse en trance mirando la nada. Él, desentendido de aquella nota, aprovechó para ensimismarse y volver a sentir ese momento en el que ella se le había acercado y el olor de su cabello se había colado por todos y cada uno de los poros de su piel.

Algunas veces desearía no tener esos sentidos tan desarrollados. Eran un arma de doble filo que a menudo no actuaba a su favor.

Mi nuevo refugio: el muro de Lingmoor Fell

Cuántos sentimientos pueden ofrecernos unas palabras garabateadas sobre papel. No importa si se trata una nota escueta o una larga carta, su lectura puede hacernos tocar el cielo o hundirnos irremediablemente en el infierno.

Cumbria, verano de 1879.
El muro de Lingmoor Fell.

Perderme las visitas a la casa de mi tutor, de mi amigo, me sumió en la más profunda apatía y mal humor. Y solo cuando mi pierna empezó a fortalecerse y pude caminar con soltura volví a ser un poco yo. El primer día que tuve ganas de salir solo di un paseo corto alrededor de la casa y por las sendas vecinas, pero salir airosa de mi primera prueba me animó de tal manera que a la mañana siguiente —y con la ayuda de un bastón que el doctor había ajustado a mi altura —, me aventuré a llegar hasta el muro de Lingmoor Fell. Fue un trayecto largo y penoso, pero nada detiene a una Blunt y, mucho menos, a una Blunt de trece años que no espera nada más que lo que pueda conseguir por sí misma.

Cuando lo conseguí me pareció una hazaña comparable a la de Phileas Fogg —aquel personaje que había conseguido dar la vuelta al mundo en ochenta días, después de mil y una aventuras—. Ignoré los pinchazos que me daba la pierna y recorrí aquella muralla rozando con la mano las piedras con las que había sido construida, y cuando llegué al lugar desmoronado donde me senté a contemplar las vistas aquella primera vez, trepé como pude para admirar los picos que había al otro lado del valle.

Desde aquella improvisada atalaya protegida del viento por una cercana colina, podía ver cómo el muro serpenteaba desapareciendo y reapareciendo hasta perderse a lo lejos. De telón de fondo estaban las montañas, escarpadas y agrestes pero cubiertas de un manto verde.

Sí hubiera tenido dotes para la pintura habría llevado hasta allí todo el material necesario para plasmar aquel paisaje en un lienzo, pero debido a mi torpeza con los pinceles, solo podía dedicarme a admirarlo. No me importaba, me bastaba con sentarme y memorizarlo. Pese a que a veces verme en aquel vasto espacio me hacía darme cuenta de lo encerrada que estaba en Langdale House, contemplar las fuerzas de la naturaleza era algo que me reconfortaba.

Desde mi torre vigía estiré el cuello en vano; desde allí no podía ver Brimstone Hall,

pero la paz era tal que me abandoné a los recuerdos y permití que las lágrimas bañaran mi rostro. Allí no había nadie que me riñera por hacerlo. Nadie que me mirase con reproche. Nadie, literalmente.

Pero mi visita al muro de Lingmoor Fell no fue suficiente. Mi yo inquieto añoraba la aventura de ir y venir a escondidas a Brimstone Hall, las lecciones que recibía en aquel templo lleno de libros y las largas conversaciones en las que no era tratada como una niña estúpida que solo está en el mundo para ver, oír y callar. Y esa noche me escapé de Langdale House usando la ventana de mi cuarto —aunque, como a golpes se aprende, esa vez tuve la precaución de dejar atada una cuerda que encontré en el cobertizo para no dar de nuevo con mis huesos en el suelo a mi regreso— y fui a la mansión. No se me ocurrió nada mejor para matar el aburrimiento y la tristeza que encontrar el consuelo entre los libros. Los libros de lord Rheged.

Ya no me daba miedo aquel caserón oscuro, pero me temblaron las manos al usar la llave. Lo que estaba haciendo contravenía las órdenes directas de mi tía. La prohibición expresa de acercarme a aquella casa.

El vestíbulo estaba vacío, oscuro y silencioso —como siempre—, pero junto a la puerta encontré un candelabro y una caja de cerillas.

Sonreí. Aquella era una bienvenida.

Prendí las velas y caminé desafiando las sombras hacia la biblioteca. Y no sé qué había esperado encontrar, pero me desilusionó que la habitación me recibiera inhóspita y fría.

Aunque esa sensación quedó en un segundo plano cuando descubrí que sobre una de las mesitas había un libro y una pequeña botella. Me acerqué. Y lo que vi hizo que dejara de respirar. *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, una edición idéntica a la que encontró mi tía Adelaida entre los cojines del sillón del salón, estaba allí, esperándome.

¿Sería la mía?

Hojeé el libro y vi mi letra menuda en los márgenes. ¿Dónde lo habría encontrado lord Rheged?

Me abracé a mi querido amigo con los ojos brillantes. Y no me importó lo más mínimo si el barón lo había robado o había sobornado a mi tía para conseguirlo: mi libro estaba milagrosamente ileso y volvía a pertenecerme.

Cedí a la tensión y dejé que las lágrimas bañaran mi cara. Y solo cuando me las enjugué y volví a ver con claridad me fijé en la pequeña botella de cristal tallado, como un frasco de perfume delicado y caro, que había junto a él. De ella colgaba una etiqueta del cuello que decía: *Drink me!*

Tuve que sentarme en el mismo suelo que pisaba porque sentí que las piernas no me respondían. Aquel tonto detalle me recordó el día que lord Rheged me había gastado la misma broma.

—«¿Quieres hacerte diminuta como Alicia? ¡Bebe!».

Hubo más lágrimas y un sentimiento de nostalgia que me atemperó los sentidos. Cuando me recuperé, la abrí y olí. Era brandy.

Mi tía Adelaida decía que las bebidas con alcohol no eran apropiadas para las damas —a pesar de que ella bebía a escondidas alguna que otra vez—, pero lord Rheged, para satisfacer mi curiosidad insaciable, me invitó a probarlas. El primer trago (y único) lo escupí entero y él se estuvo riendo durante toda una tarde mientras repetía una y otra vez que era una muchachita enclenque que no aguantaba nada.

Cuántos recuerdos. Cómo lo añoraba.

Debajo del frasco encontré una nota dentro de un sobre. Por el exterior la perfecta letra del barón había escrito mi nombre. En el interior la misma elaborada caligrafía me dedicaba una extensa carta en la que se excusaba por haber tenido que partir; me informaba de que un administrador se haría cargo del mantenimiento de la casa para que estuviera a punto por si yo quería visitarla; se lamentaba de no poder continuar mis clases de esgrima —¡qué sentido del humor tenía el barón! Con lo que había protestado él por mi mala coordinación— y me daba instrucciones para continuar con *mi educación*.

Leer aquello me dio alas. Por un lado, porque con la carta en la mano era como tenerlo justo al lado. En ella usaba el mismo lenguaje anticuado que cuando hablaba, pero entre líneas también estaba esa mezcla de mordacidad y dulzura que siempre usaba conmigo. Me pinchaba y después me hacía algún regalo: una sonrisa, un buen consejo, el cariño del padre que yo no tenía... Por otro —y principal— porque con ella me salvaba de la triste vida de Langdale House.

Seguí sus indicaciones y, cuando me acerqué a la primera de las estanterías, me di cuenta de que el barón había reordenado la biblioteca para poner a mi alcance —en las partes bajas— los libros que me aconsejaba leer. Acaricié los lomos, saqué un par y los olí, para después colocarlos de nuevo en su sitio con mucho cuidado.

Un rayito de esperanza me sacudió de la cabeza a los pies. De alguna manera lord Rheged seguía allí. A mi lado.

Esa noche, ya en Langdale House, cuando me acosté, a pesar de lo tarde que era y de lo cansada que estaba, los recuerdos de la vieja casona llenaron mi cabeza: la biblioteca con el fuego encendido, los libros, el barón de espaldas a mí observando el paisaje invernal… Cuando me venció el cansancio y me dormí, Alicia, el sombrerero loco, el conejo blanco y su reloj, el gato de Cheshire, el Cinco el Dos y el Siete y la Reina de Corazones, llenaron mis sueños con sus locuras y me acompañaron hasta el amanecer.

Tras esa visita hubo muchas más; en Brimstone House podía ser yo misma. Y casi cada vez que ponía los pies allí encontraba más notas. Algunas muy escuetas: «Si el día es soleado,

coge un libro del primer estante y ve hasta el muro de Lingmoor Fell a leer». Otras llenas de consejos. Y otras, las más extensas, con historias y recuerdos de su vida.

Yo me las bebía.

Nunca me topé con el administrador, pero debía ser él quien las dejaba sobre la mesa. No tenían franqueo ni remitente, ni tampoco la firma con el nombre de mi tutor, pero yo las atesoraba como algo valioso. Gracias a ellas me sobrepuse a la soledad, a la tristeza y al desánimo. Todas ellas me daban esperanza. Me hacían querer volar alto. Sentir el vértigo de caer. Vivir. Solo vivir.

El muro de Lingmoor Fell y aquellas cartas fueron mi refugio. Y Brimstone House se convirtió en un terreno neutral donde podía soñar ser lo que quisiera.

La última carta, la de su despedida, llegó a mediados de otoño. En ella me anunciaba que tenía que viajar muy lejos y que tardaría en volver a ponerse en contacto conmigo. Me deseó suerte y me indicó que, bajo una de las tablas de madera del suelo del salón, dejaba una caja con veinte mil libras. Eran mías. Con ellas podía forjarme el futuro que yo quisiera tener.

Nunca las toqué.

-13-

Londres, 1 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Suke salió del dormitorio de Arabella dejando a Rheged y Arabella en plena discusión. Él quería que la joven se pusiera uno de los vestidos de Lucille, ella se negaba rotundamente a hacerlo.

—No es una sugerencia, Arabella, es una orden. Necesito que lleves puesto este vestido para ir a casa de María. —El aludido estaba extendido sobre el colchón. Había sido confeccionado con una vaporosa gasa beige y tenía flores rojas bordadas por el bajo y en la zona del corpiño. Era precioso, pero era de Lucille—. ¡Suke!

La joven asomó la cabeza por la puerta, pero no entró.

—¡No lo haré! —Arabella estaba cruzada de brazos con el mentón levantado en actitud desafiante.

Suke volvió a desaparecer. Mientras continuaran enfrentados lo más sensato era alejarse.

—Está bien, negociemos. —La voz de lord Rheged rozaba el enfado—. ¿Qué motivos tienes para no ponértelo? Si tienen más peso que el mío, te vestirás como quieras.

Arabella no quería decirle que odiaba verse con aquellas ropas porque era consciente de que físicamente se parecía a Lucille y no deseaba ser para él un recordatorio constante de su amante. Ignoraba que había sucedido entre ellos, pero no se le había pasado por alto la mirada anhelante del barón cuando bajó las escaleras con el vestido rojo. El brillo en sus ojos y su sonrisa... Seguro que se debía a algún bonito recuerdo, pero cómo dolió.

Siempre había soñado con tener su encanto y elegancia, pero no era justo que él la comparase con ella durante toda la velada. No. No quería que él la mirase como si fuera una copia defectuosa de Lucille. Y eso sería lo que ocurriría si se ponía aquel vestido.

Tampoco estaba conforme con recibir órdenes, aunque había cedido tantas veces a lo largo de su vida que hacerlo de nuevo le parecía un motivo menor.

No podía argumentar lo primero, sería dejar demasiado a la vista sus inseguridades.

—No me gusta que nadie me diga qué he de ponerme.

Él dudó un instante.

—Lo siento, Arabella. Debes de estar pensando que soy como un padre severo y controlador. Tienes razón, *ese* es el único motivo que importa: nadie debería obligarte a hacer aquello que no quieres. Pero creo que en este caso tendrás que escucharme.

Rheged la dejó sin opción a réplica al darse media vuelta con rapidez sobrenatural y acercarse a la cómoda que estaba junto a la puerta. Abrió uno de los cajones y tomó un pañuelo. De otro sacó un estuche de cuero largo y estrecho, similar a los que se usaban las damas para guardar sus guantes. Con una cosa en cada mano, el barón regresó a su lado. Quería que viera desde primera fila su demostración.

Arabella lo miró confundida cuando él abrió el estuche ante su cara. Quizá esperaba que elogiase aquellos alfileres para sombreros, —en aquel confortable interior de terciopelo negro había cuatro largas agujas rematadas con unas bonitas mariposas que, de alguna manera, parecían bordadas sobre el metal—, pero ella no dijo ni media.

Tras comprobar que Arabella las había visto e identificado, extrajo una ayudándose con el pañuelo. Se tomó muchas molestias para no tocarla directamente. Después la insertó en un lugar estratégico del vestido. Quedaba perfectamente disimulada, la mariposa parecía posarse con gracia sobre aquel ramillete de diminutas flores rojas.

Cuando Arabella se dio cuenta de que él estaba esperando su reacción, se cruzó de brazos y se plantó junto al vestido.

—¿Y qué? —protestó—. Es bonita y nadie sabe que está ahí, pero me temo que con una agujita de nada no me sentiré protegida. Para defenderme de una vampira sería mejor una espada y le recuerdo que nunca conseguí un tocado en sus clases de esgrima.

Él suspiró.

—¿Te has dado cuenta de cómo las he manipulado? —dijo mostrándole el pañuelo. Ella únicamente arqueó una ceja—. Son de plata.

Sacó la segunda y llevó el extremo al dorso de su mano. Inmediatamente se le quemó la piel.

Arabella se la arrebató de un manotazo.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Para demostrarte que son… no un arma letal, pero si algo disuasorio. Arabella, vamos a casa de María, no sé si estará acompañada por alguien más, pero, por mucho que yo esté dispuesto a protegerte, quiero que tú puedas valerte por ti misma.

»Déjala ahí, ven. Acércate.

Ella la puso de nuevo en su estuche y se colocó frente a él a una distancia prudencial.

Rheged dio rápidamente los pasos necesarios para eliminar el espacio que los separaba.

Sus ropas casi rozándose, el olor a violetas de nuevo tan presente, el aliento entrecortado y tembloroso. Qué pequeña la sentía cuando se colocaba tan cerca. La tentación iba a ser grande, pero tenía que mostrarle a qué se exponía.

El barón tomó aire y continuó hablando.

—Si un vampiro quiere morderte se aproximará de este modo —cerró un poco más el

espacio entre los dos y puso la mano derecha abierta a mitad de su espalda— y te atraerá hacía él.

Durante un instante Rheged volvió a dudar. ¿Tenía que hacerle pasar por ese mal trago? Finalmente venció la razón. No podía mantenerla a ciegas, era necesario que supiera dónde iba a meterse. Aun así, esperó unos segundos antes de ejecutar la siguiente acción. Quiso que ella pudiera elegir.

Pero Arabella estaba hechizada y no se alejó. Aquellos cinco dedos colocados en su espalda despertaban demasiadas sensaciones desconocidas para una mujer como ella. La voz de la conciencia le decía que lo mejor era correr en dirección contraria, la curiosidad le pedía encarecidamente que se quedara.

Al pegarla contra las solapas de su chaqueta Rheged percibió como ella llenaba sus pulmones de aire y lo mantenía contenido en su interior. Él no necesitaba respirar, pero al sentir aquel tembloroso cuerpo contra el suyo tuvo que hacerlo para mantener la cordura.

No podía distraerse. Aquella pantomima tenía un fin.

—No te morderá en la carótida… —dijo, y dejó que el aliento de sus palabras acariciase las mejillas de la joven. Ella lo sintió como si alguien hubiera abierto una ventana en su cuerpo por la que entrase la brisa cálida del desierto. Pero a pesar del ardor que percibía por todas partes, no quiso que acabara—… un vampiro irá directo a tu yugular. Las arterias tienen más oxígeno porque la sangre viene bombeada directamente del corazón, pero hay que ser práctico: saldría demasiado rápido y buena parte se perdería en el proceso.

Ella no estaba escuchando con atención; su cercanía la mantenía embrujada. Pero cuando él ladeó la cabeza y se aproximó a su cuello, durante una milésima de segundo se le dispararon todas las alarmas. ¡Estaba a merced de un vampiro! Y embaucada por su magnetismo había dejado que se acercara como una estúpida.

De reojo miró el vestido tendido sobre la cama. El remate con forma de mariposa brillaba a la luz de las velas, pero estaba lejos del alcance de sus dedos.

Él debió de percibir el cambio y, aunque no se movió del sitio sí aflojó la presión de la mano sobre su espalda. Que a Arabella le temblaran las rodillas, pero se mantuviese firme como un peón de ajedrez hizo que sonriera. Podía estar bajo miles de capas, pero su carácter temerario no había cambiado nada.

—Girará la cabeza y te clavará sus colmillos aquí. —Se movió despacio para situarse tal y como lo estaba describiendo, aunque no la rozó. No con la boca. El aliento que antes había acariciado sus mejillas estaba en ese instante haciendo estragos en la sensible piel de su cuello—. La extracción es lenta —continuó—, así que tienes tiempo antes de debilitarte. Ten en cuenta de que no succionamos, solo dejamos que fluya. Pero, aunque debes permitirle que te muerda, no puedes demorarte si quieres responder; en el momento en el que pierdas un quince por ciento de

sangre empezarás a sentirte mareada.

»Arabella, ¿me estás escuchando?

Tener los colmillos de un vampiro a tan poca distancia de su cuello debería haber provocado en Arabella algo más que un ardor interno indescriptible. Pero estaba distraída: esa cercanía masculina que nunca hasta ese momento había experimentado le resultaba abrumadora. La fabulosa nuez de Adán, medio oculta tras el cuello de la camisa la tenía fascinada —subía y bajaba cada vez que él abría la boca—, así como también la amplitud de aquellos hombros, la fuerza contenida de esos dedos extendidos sobre su espalda; su voz, cadenciosa y magnética, y su olor… un perfume sutil de almizcle y madera.

«¿Perfume?».

Arabella echó la cabeza hacia atrás y se separó de él lo justo para poder mirarlo a la cara. Sus ojos verde tempestad brillaban con misterio.

—¿Lleva usted perfume?

—¡¿Qué?!

—¿Se perfuma usted como una mujer?

Rheged se echó la mano libre a la cabeza.

—Arabella, ¡esto es importante! —exclamó intentando permanecer serio, aunque estaba a punto de echarse a reír. Negó—. Solo son unas gotas en el pañuelo que llevo en el bolsillo de la chaqueta.

Ella se acercó y olisqueó. Después se dio cuenta de que acababa de interrumpirlo con una estupidez mientras él intentaba abrirle una parte de su mundo y se sonrojó.

—Huele usted muy bien —afirmó sin dejar de mirar la solapa de su chaqueta. Si miraba más arriba sus mejillas probablemente estallarían de vergüenza.

—¿Te gusta? Lo hizo para mí un perfumero en París.

—¡Ah, París…! Tiene que ser una ciudad preciosa.

—Arabella, mírame. —Rheged no movió ni un solo músculo hasta que ella levantó la cabeza—. Cuando encontremos a tu hermano James, si quieres, te llevaré a París, pero ahora deberíamos centrarnos en lo que realmente importa, ¿no te parece? —Arabella no fue capaz de articular palabra, tan solo movió arriba y abajo la cabeza—. ¿Podemos continuar?

Ella no respondió, no le salía la voz, pero para darle a entender que podía proceder ladeó un poco la cabeza y dejó expuesta la piel de su cuello. Tras un carraspeo y una larga inspiración, se inclinó un poco más y volvió a colocarse en posición.

Rheged la habría abrazado en ese mismo instante: *esa* era su chica valiente.

La confianza regresaba.

—Cuando tu agresor esté distraído con el primer sabor de la sangre, tienes que extraer una de las agujas de tu vestido y clavarla aquí.

Ninguno de los dos llevaba guantes y Arabella saltó cuando Rheged tomó su mano para mostrarle el lugar. Él murmuró con dulzura: «no tengas miedo de mí», pero, en respuesta, ella boqueó buscando oxígeno. No era miedo lo que sentía, era… ¿Qué era? No tenía ni idea.

Él no retiró la mano, al contrario, con el pulgar le acarició la suave piel interna de la muñeca mientras continuaba tranquilizándola.

—Nunca te haría daño —susurró contra su pelo.

Arabella se quedó paralizada. Y no fue por el brazo que la rodeaba ni por la mano que con firmeza la apuntalaba por la espalda. Fue por ese roce, por esa calidez, por esas caricias lentas que, con un único dedo, llenaban de fuego su piel.

Como pudo continuó con la conversación.

—¿En…? —se atragantó con su propia saliva—, ¿…en el estómago? ¿No sería mejor en el corazón?

—Con esto no vas a matarlo, Arabella, solo a obligarlo que se aleje de ti. Y esta zona es la mejor porque no hay estorbos y la aguja entrará limpia hasta el final. Cuando esté clavada, un pequeño giro sacará la mariposa. Eso hará que, para extraerla, tenga que desgarrar y hurgar. Y lo hará, créeme, el contacto con la plata es tremendamente doloroso. No nos permite siquiera pensar.

De súbito, él dio un paso atrás y se colocó de espaldas con rapidez sobrehumana; se había transformado casi sin darse cuenta y lo último que deseaba era que ella viera sus colmillos y sus manos convertidas en garras. Cerró los ojos y esperó que Arabella no se hubiera dado cuenta del cambio en su voz.

Por supuesto que no iba a tocarle un pelo de la cabeza —ya era viejo y mantenía perfectamente el control—, pero eso ella no lo sabía.

Arabella resopló frustrada al ver que el barón le daba la espalda. Intentó rodearlo para decirle cuatro cosas, pero él fue acompañando su movimiento y no consiguió verle la cara.

Se cruzó de brazos enfadada. ¡Todo había sido teatro! Su voz lenta y sinuosa, pesada y profunda; la suave caricia de sus dedos; el ligero temblor de su cuerpo… Lord Rheged solo había intentado… ¿Intentado qué? ¿Asustarla? ¿Flirtear? ¿Burlarse?

La irritación que sentía hizo que obviara todos los avisos que le estaba dando su cuerpo para que no se acercase a él en ese instante.

—¿Qué sucede?

—Dame un minuto. No soy de piedra, ¿sabes?

Arabella intentó sorprenderlo por el otro lado con el mismo resultado; él continuaba escondiéndose. Al final optó por tirar de la manga de su chaqueta como cuando un niño pequeño busca atención.

Por fin Rheged pareció destensar sus hombros y relajarse, y aunque aún con la cabeza un

tanto inclinada y sin mirarla directamente a los ojos, la enfrentó. La oscuridad barría su rostro, pero se las arregló para sonreír.

—Solucionado.

—¿Cómo que solucionado? ¿Qué ha pasado?

—Verás, Arabella, con estos colmillos —dijo mostrándole por primera vez sin pudor su dentadura— un vampiro no puede hacer nada salvo desgarrar. Para alimentarnos nos transformamos; ya viste a María. Los colmillos crecen y nuestra cara se desfigura… un poco. Y cuando tienes un cuello tan cerca me temo que es difícil controlarlo. Simplemente sucede.

Tras aquellas palabras, Arabella fue consciente de lo que se había perdido por haber estado pendiente solo de la mitad más excitante de aquel acercamiento. Había estado en sus brazos, a su merced. Él podía haberla mordido y haber terminado con su vida y ella se lo habría permitido sin defenderse.

Sintió el miedo. Ese que minutos antes debería haber perturbado su alma humana hasta el punto de haberla protegido de él. Dio un paso atrás y se llevó una mano al pecho, aunque con eso no iba a poder decelerar el desesperado galope al que iba su corazón.

Él lo escuchó como si retumbase en su propio pecho.

—¡No, Arabella! ¡No! ¡Eso no! Ya te lo dije antes: yo nunca te haría daño. Nunca. Debes confiar en mí. Lo que me ha pasado, la transformación, es un acto reflejo, pero de ahí a que yo te someta hay un mundo. —No había máscara en aquel rostro. La reacción de la joven le estaba afectando a Rheged en lo más profundo—. Por favor, perdóname. Debí explicarte lo que podía ocurrir.

Arabella hizo lo posible para que su voz sonase firme. Apretó los puños y levantó el mentón. Sin saber cómo, lo logró.

—Entiendo, pero si no quiere que yo me paralice por el miedo si María se convierte en Medusa, debería enseñármelo todo, ¿no cree?

Rheged la observó. Ella intentaba hablar despacio, imprimiendo a sus palabras algo de serenidad, pero su pecho subía y bajaba intentando almacenar y expulsar el aire como si acabara de darse una carrera. Bajó los brazos intentando parecer inofensivo y dio un pequeño paso atrás. No deseaba perder la complicidad que había conseguido en las últimas horas y si se transformaba allí mismo sería lo que acabaría ocurriendo.

—A María ya la has visto así, aunque fuera en la penumbra y reflejada en un gran espejo. —soltó una bocanada de aire—. Arabella, ella no va a lanzarse sobre ti, no si puedo evitarlo. Solo quiero que estés advertida y te sientas preparada. Lista para cualquier cosa.

»Creo que por hoy ya has tenido suficiente, mi transformación la dejaremos para más adelante. Ahora quiero que me contestes con sinceridad, ¿tienen mis motivos el suficiente peso como para que te pongas ese vestido?

Él sonrió abiertamente, con franqueza. Y tenía una sonrisa preciosa. Cálida, amable… También sensual. Tremendamente sensual.

Arabella se giró y se acercó a la cama. Toqueteó una de las mariposas. La sacó de donde Rheged la había colocado y la contempló con curiosidad. Todo su mundo se había venido abajo: iban a casa de María, una mujer caprichosa e incontrolable, y ella solo iba a contar con unas finas agujas como autodefensa.

No pudo evitarlo. Los hombros se le hundieron; sus manos comenzaron a tener vida propia, —temblaban como si en la habitación la temperatura hubiera bajado de golpe varios grados—; el oxígeno parecía haberse espesado y no quería entrar en sus pulmones, y todo a su alrededor comenzó a girar a pesar de que ella estaba segura de que su cuerpo no se había movido del sitio… ¿Iba a desmayarse?

Antes de que su consciencia se fundiera en negro y diera con sus huesos en el suelo, unas grandes manos afianzaron su cintura y una sensación de paz la llenó y relajó la tensión de sus músculos. Volvió a respirar con normalidad, sus manos dejaron de temblar y, poco a poco, recuperó el control de su cuerpo.

¿Qué había sucedido?

Giró la cabeza para observar a Rheged y lo vio tan concentrado que supo inmediatamente que todo aquello era cosa suya.

—¿Qué está haciendo?

Lord Rheged puso los ojos en blanco.

—*Touché*! Calmarte. No quiero que sientas miedo en mi presencia.

Él le pellizcó el moflete con una de sus manos. Lo hizo con ternura. Mucha ternura. Pero se retiró tan rápido como si se hubiera quemado. Ella, por el contrario, deseó que aquel gesto cariñoso no hubiese durado tan poco.

—¡No era por usted! —protestó la joven.

—¡Qué mentirosilla eres! —dijo él mientras la dirigía hacia una silla y la ayudaba a sentarse—. No necesito meterme en tu mente para saber si dices o no la verdad. Te conozco.

—¿Va por ahí metiéndose en la cabeza de la gente?

—No suelo hacerlo más que en casos de extrema necesidad. No es muy honorable, ¿no crees?

Arabella lo miró a la cara y su mente se perdió durante un instante. El cabello negro, sedoso y ondulado, la piel pálida, los ojos de ese color indefinido que tienen las tormentas en el mar: gris sobre gris, sobre verde, sobre la espuma de las olas. Una docena de tonos intensos y tortuosos. En ellos había toques de luz y oscuridad.

Se dio por vencida. Se pondría el vestido de Lucille.

—Le diré a Suke que me ayude.

En otro de esos movimientos rápidos imposibles de anticipar, Rheged besó su frente antes de salir del dormitorio.

—Te esperaré abajo.

—Rheged —le llamó. Él se detuvo en seco—. ¿Por qué necesitaba estas armas Lucille? Ella es vampira como usted.

Desde la puerta él la examinó con interés.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? No, Arabella, Lucille no es una vampira, es humana como tú, aunque a menudo intente aparentar que está por encima de vuestra especie porque es hija de una bruja y, posiblemente, la futura madre de una.

La respuesta dejó a Arabella de una pieza. Esa declaración, más que aclararle dudas suscitaba más preguntas.

¿Brujas? ¿También existían las brujas?

Maldito viaje a Inverness

¿Qué acaba de ocurrir? No puedo hablar por ella, pero yo me siento como si me hubiera arrollado un tren. La mitad de lo que he hecho no era necesario; ni con esa pueril demostración estará lista para lo que nos tenga preparado María. Pero, además, su forma de mirarme, de titubear. El temblor de sus labios… No debería de haber traspasado tan felizmente los límites del decoro. Arabella es toda una dama.

Su última pregunta sobre Lucille me ha dejado un poco tocado. Debo sincerarme con ella si quiero que nuestra amistad se afiance. No voy a permitir que esa mujer continúe siendo una sombra entre nosotros.

Inverness, Escocia.
Verano de 1877.

Los seres como yo no suelen alejarse demasiado de la tierra donde fueron creados, pero no es, como dicen las supersticiones, porque nos sintamos apegados a ella o tengamos que dormir sobre el suelo que nos vio nacer. No. Se trata de un problema logístico: a menos que tengamos humanos o lobos que cuiden de nosotros, nos resulta muy complicado viajar. Los traslados han de ser nocturnos y, sin la posibilidad de tomar un tren, son tremendamente lentos. Además, encontrar sitios adecuados para pasar el día es un fastidio porque la costumbre de antaño de cavar y enterrarse bajo la tierra ha quedado muy lejos.

Los de mi raza nos hemos vuelto demasiado cómodos.

Es cierto que podemos aventurarnos de día si está muy nublado o con niebla, pero en esos momentos nos sentimos torpes, aletargados. Y es peligroso no tener todos los sentidos alerta: unos pocos haces de luz entre las nubes y nuestra piel, sensible como pocas, se quema de manera irremediable.

A mí el sol me impone mucho respeto, pero también soy curioso por naturaleza y, de vez en cuando —y a pesar de los inconvenientes—, siento la necesidad de conocer otros lugares.

En la primavera de 1877 inicié un viaje hacia el norte. No sé qué me llevó a aquellas tierras. Quizás influyó la curiosidad de ver cómo habían cambiado desde que las visitara siendo

humano o el ansia de tomarme unas vacaciones. Aunque yo creo, buscando un motivo más romántico, que como estuve leyendo a Shakespeare aquel invierno germinó en mí el deseo de ver el lugar donde Macbeth asesinó a su primo el rey.

Por la razón que fuera, allá que fui. Y que conste que fue un incordio. Tan al norte, los días en verano son mucho más largos y ese es otro grave inconveniente: hay menos horas para moverse y más tiempo en el que debes de permanecer escondido. Pero, a pesar de todo eso, no me detuve y amanecí en Inverness un cinco de julio sin más pretensiones que deambular por la ciudad.

Aquella noche me encontré con Lucille.

Buscando alimento entré en una taberna llena de borrachos que pedían comida grasienta, cervezas y aguardientes para ahogar sus penas. Y ella, hermosa como pocas y refinada como una gran dama, trabajaba a destajo tras la barra y se dejaba la piel entre los gritos, insultos y palabras soeces de los parroquianos.

Nadie osaba tocarla. Un gigante —su marido— sentado en una esquina, controlaba a la masa solo con la mirada y la promesa implícita de mandíbulas rotas y ojos morados. Menudos puños tenía el escocés.

Aquello me divirtió.

Esperé a que cerraran y cuando ella dejó el local la seguí. Su marido se quedó allí con la excusa de adecentar la taberna, pero para mí que lo que buscaba era colarse bajo las faldas de una de las mujerzuelas a la que no le había quitado el ojo en toda la noche. El caso fue que ella se marchó sola. De noche. En un barrio poco recomendable.

Caminaba rápido. No pudo verme, de eso estoy seguro, pero sé que sintió que algo oscuro estaba intentando acorralarla porque apenas un par de minutos después se detuvo jadeando y me plantó cara. En su mano había una pequeña daga cuyo delgado filo brilló a la luz de la luna.

—Salga de ahí.

Me mostré con toda la parafernalia: mirada siniestra, colmillos desplegados, piel fina y reluciente a la luz de la luna y mis manos transformadas en garras. Y ella, en vez de salir corriendo, primero sonrió y después explotó con una carcajada baja y contenida que me hizo pensar que alguna lesión debía haberla privado de cerebro.

¿No tenía miedo?

—Si me sacas de este maldito pueblo, te daré el mayor regalo que pueda obtener en este mundo uno de tu raza.

Humm, así que conocía nuestra existencia. Interesante.

Decidí seguirle el juego.

—¿Más que jugar con tu cuerpo y beberme tu sangre?

—Más.

—Habla.

—Solo si me llevas contigo lejos de aquí.

Decidí mostrarme partícipe y la metí en mi cama aquella noche. No es que estuviera dispuesto a hacer un trato sin saber qué tenía que ofrecerme, no soy tan impulsivo, pero mi vida es bastante aburrida y aquello me auguraba unas buenas horas de entretenimiento.

Pero además de ardiente y desvergonzada, ella tenía razón, la ocasión era única.

A su madre la repudiaron porque se corrió el rumor de que hacía pociones, curaba con hechizos y fornicaba con el diablo. —Eso último no podía ser cierto, pero las supersticiones de los pueblos son muy imaginativas—. Y Lucille, portadora de sus genes, formó parte del *paquete* aunque hubiera renunciado al poder que le ofrecía su madre. Aquella belleza que tenía ante mí provenía de una estirpe antigua de brujas y si engendraba a una niña, ese bebé se convertiría en oro para los que son como yo.

Vampiros y brujas no se llevan bien. Mi raza hace lo posible por someterlas, de ese modo ganan y escalan posiciones en la sociedad de las tinieblas. Ellas, las brujas, tratan por todos los modos de evitarnos; no son esclavas de nadie. Sin embargo, a Lucille le importaba bien poco lo que yo tuviera en mente para con su descendencia y me ofrecía ese regalo a cambio de unos cuantos detalles que para mí eran insignificantes.

El trato que me propuso fue simple: protección ante el bruto de su marido, una manutención, defensa ante otros vampiros que intentaran hacerse con su legado y unos cuantos vestidos hermosos. Podría haber pretendido mucho más, la luna, si hubiera querido —cualquiera con mi naturaleza se la habría puesto en bandeja—, pero se conformó solo con eso. Ella nunca habló de ser mi compañera de vida —jamás hablamos del vínculo entre razas, no sé si porque no conocía su existencia o porque no le interesaba atarse a mí para siempre— ni tampoco en ser convertida una vez terminado el proceso. Solo pidió eso, menudencias, y yo tendría mi bruja. Una niña joven e inocente que podría manipular a mi antojo, que me daría poder y estatus y se adaptaría a mi vida y a mis caprichos.

¿Qué vampiro en su sano juicio lo rechazaría?

Los seres como yo no podemos tener hijos por razones obvias; estamos muertos. Así que, para darme el pago Lucille tendría que engendrar ese bebé con un humano. Y daba igual quien fuera, solo por ser hija suya tendría el poder bajo el brazo.

¡Qué horror de trato! ¿En qué estaría ella pensando para ofrecerme aquello? ¿Tan desesperada estaba por huir del gigante escocés?

No se lo pregunté. Ni siquiera pensé demasiado en el regalo prometido: mi bruja. ¿De verdad quería yo convertir a una niña en mi esclava durante las décadas que durase su vida? No. Por supuesto que no. Y entonces, ¿por qué acepté? Porque Lucille era hermosa, ácida, fogosa y

divertida, y yo estaba hastiado de la vida.

Nos fuimos a Edimburgo y allí pasamos las semanas siguientes. Le permití muchos caprichos: vestidos, joyas… Le prometí una renta y, cuando ya teníamos preparado el viaje para ir a Brimstone Hall, recibimos la noticia de la muerte de su marido en una reyerta. Ella partió hacia Invernes para vender lo que quedara de su herencia y yo me dirigí hacia Cumbria, después de haber vivido unas bonitas vacaciones.

Nunca pensé que cumpliría su parte del trato, y mucho menos ahora que era libre. Pero ella era una mujer de palabra y, poco antes de las Navidades, apareció como una diosa pálida y perfecta para desempeñar su papel de consorte.

Me incomodó su visita. Yo había superado ya ese paréntesis de mi vida —la verdad era que me había olvidado de ella incluso más rápido que lo que tardé en encontrarla— y me costó lo suyo aceptar que teníamos un contrato verbal que tendría que cumplir. Sin embargo, yo también soy un hombre de palabra y me veía obligado a cumplir mi parte sin rechistar. Pero cuando la bruja fuera mía y Lucille abandonase el nido, yo no la sometería. Eso sí que no. Cuidaría de *mi bastarda*, le daría una buena educación y la protegería en el caso de que el cuento que me habían contado fuese cierto y en un futuro se convirtiera en una bruja.

Cuantas excusas.

Lo que no quería admitir es que había otro asunto por el que todo aquello me daba un poco igual. Yo había encontrado otra, digamos, «diversión». Mi huesuda vecina venía casi todas las tardes y mi casa se convertía en un oasis en mitad de la nieve.

Y eso era todo lo que en aquel momento me importaba; el pequeño ecosistema en el que vivíamos los dos.

-14-

Londres, 1 de septiembre de 1888.

Visita a la residencia de María de Confranc, Kensington.

A pesar de la oscuridad del interior del carruaje, Rheged podía ver con total claridad el semblante pálido y pensativo de Arabella. Aunque más que su rostro, lo que delataba su estado de ánimo era que tuviera los dedos crispados aferrados al borde del asiento. Estaba asustada.

—¿Nerviosa?

—¿Usted qué cree? Una no se mete en la guarida del lobo todos los días.

Rheged intentó tranquilizarla.

—Yo estaré contigo en todo momento, Arabella, pero, si por algún extraño capricho del destino me viera imposibilitado de socorrerte, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y si no funciona? ¿Qué haré si me atacan por detrás?

—Revolverte. Ladear tu cuerpo para…

—¿Y si no puedo? —interrumpió Arabella—. Yo no tengo una constitución fuerte.

Rheged inspiró de una forma contundente.

—Entonces, apela a Melquisedec.

—¿Cómo?

—Todo irá bien, quiero que estés tranquila, pero si se torciera, él te prestará su ayuda.

—¡Pero si está a las órdenes de María!

—Estoy seguro de que la desafiará si lo considera necesario. Es un hombre de honor.

Arabella tomó aire, todo el que el corsé le permitió alojar en su interior. Y no era mucho. Que Melquisedec fuera su último recurso no la tranquilizaba nada. Nada de nada.

Él se dio cuenta del gesto y de la cara de agobio que tenía la joven.

—Intenta respirar despacio. Lo último que puedes permitirte esta noche es desmayarte.

—Melquisedec…

Ella se interrumpió y Rheged le permitió un tiempo en silencio para que fuera asimilando esa última información. Melquisedec no era un criado cualquiera y él sabía que, si veía acorralada a Arabella, no permitiría que le hicieran daño. Otra cosa sería que aparte de María y Mel hubiera más vampiros en la casa, pero si eso lo detectaba a tiempo no la dejaría ni bajar del coche.

La miró. Arabella parecía ausente. Como si hubiera abandonado su cuerpo y estuviera

muy lejos de allí.

No iba a hurgar en sus pensamientos, no estaba bien, así que se quedó simplemente admirando su semblante grave y circunspecto. Aunque no pudo soportar la incertidumbre durante demasiado tiempo. Todo lo que incumbía a Arabella era importante. Y él necesitaba saber.

—Un penique por tus pensamientos.

Arabella sonrió. Con una sonrisa tensa y pequeña, pero sonrisa, al fin y al cabo.

—Pensaba en que usted es diferente.

—Diferente. Sí, esa es una palabra que me define a la perfección. Tengo colmillos, he vivido ocho siglos y bebo sangre. En efecto, soy diferente.

No esperaba una carcajada de Arabella —tenía que ser por los nervios—, pero fue muy bienvenida.

—¡No pensaba precisamente en eso!

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué me diferencia de los demás?

—Su forma de pensar. —Antes de que Rheged replicase se apresuró a explicarse—: Un londinense con su estatus que estuviera preocupado por la seguridad de una mujer, la encerraría en una torre de cristal y la convencería de que no iba a suceder nada que pudiera afectarle. Un *hombre* se habría encargado de todo, hasta de pensar.

—Yo no soy técnicamente un hombre.

Ella chasqueó la lengua con desagrado.

—¡Sí que lo es! —afirmó con rotundidad—. Pero, aunque ha tomado el mando, no me ha relegado por ser una humana torpe e indefensa. Sé que está preocupado, pero me ha dado instrucciones, me ha proporcionado los medios y me ha permitido que esté aquí, con usted, porque sabe que encontrar a mi hermano es importante para mí.

En la oscuridad de aquel coche ella no podía ver su rostro, pero el silencio… El silencio era muy significativo.

—¿No dice nada?

—Estoy tomándome unos segundos para disfrutar este momento.

—No le entiendo.

—Esa pequeña confesión me satisface más que si hubiera ganado una batalla o heredado unas tierras. Llevo esperando algo así de ti desde que te volví a encontrar. Arabella, mi pequeña y huesuda amiga, me agrada que vuelvas a verme como a un igual, como a un compañero de fatigas, como a un amigo. Me complace que confíes. Mucho. Y me llena de orgullo que valores de esa forma todo esto.

—¿De orgullo?

Él se carcajeó y Arabella recordó el momento en el que hizo lo mismo cuando estuvieron

en el taller de costura. De haber estado bajo la luz de una lámpara habría visto a la perfección las puntas de sus colmillos.

¿Sintió miedo? No. ¿Curiosidad? Mucha.

—De orgullo, sí. —respondió el barón—. Esta semilla la planté hace diez años. Ha tardado en germinar, pero se va a convertir en una flor preciosa.

Ella volvió a llenar sus pulmones con todo el aire que fue capaz. Y aunque se sentía protegida por la oscuridad, ladeó la cabeza para que él no viera como el rubor había vuelto a sus mejillas.

—¿Lo ve? Es diferente. No me menosprecia por ser lo que soy.

—¿Y qué es lo que eres, Arabella? —preguntó él con una paciencia infinita. En cierto modo, volvía a sentirse su tutor.

—Una mujer. «Una tonta y estúpida mujer sin perspectivas de futuro».

Rheged tuvo que morderse la lengua. Estaban demasiado cerca y la leyó sin dificultad. Ahora no era el momento de preguntar, pero ya hablarían de eso más adelante.

—¡Ay, Huesos! —bromeó de forma muy teatral en un intento de quitarle importancia—. Las mujeres son personas, solo que de otro sexo.

»¡Y qué sexo!

Esa última frase fue dicha en un susurro y en un tono áspero. Y la consecuencia en Arabella fue inmediata: sintió como un escalofrío recorría toda su espalda y el calor extraño que había sentido horas antes en su bajo vientre regresó con fuerza.

Subió los hombros en un intento de deshacer la presión que percibía en la nuca.

«¡Maldita sea!».

Contrariada, se llevó la mano al pecho. ¿Qué pasaría si tía Adelaida supiera que maldecía de pensamiento?

Lo escuchó reír y sintió que en su cara subía un poco más la temperatura. ¿Acaso podía saber qué pensaba o era que él podía ver su sonrojo en la oscuridad?

Se puso seria. O al menos, lo intentó. Aquello no podía haber sido un coqueteo, sino solo un intento de que ella se olvidase durante unos segundos de a dónde iban. Sí, eso era: una distracción.

Lo buscó entre las sombras y la penumbra, pero solo acertó a ver un bulto oscuro con forma humana sentado frente a ella. Esperaba de todo corazón que él no se hubiera dado cuenta de lo mucho que le afectaba tenerlo delante. Los recuerdos… Eso era. Si ella estaba aturdida solo era por tantos y tantos recuerdos.

Buenos recuerdos.

Tuvo la tentación de ladear a un lado y a otro la cabeza para destensar los músculos del cuello, pero cada vez que iba a tomarse una libertad que no era propia de una dama, la educación

recibida le daba un cachete en el cogote. ¡Qué difícil resultaba desprenderse de todas las capas que había ido adquiriendo con los años aunque fuesen un sinsentido!

Intentó disimular que tenía el estómago en un puño y trató de pensar en otras cosas, pero no lo consiguió. Cuando conseguía olvidar que iban a casa de su antigua señora, la presencia del barón llenaba el carruaje. Y era demasiado turbadora. Percibía el calor que emitía su cuerpo. Y su olor. También su olor. A ese perfume caro elaborado en París exclusivamente para él.

El carruaje se detuvo y Arabella, distraída, acusó la frenada y dio una sacudida hacia delante. Una mano enguantada sobre su hombro la estabilizó de forma inmediata, pero se retiró tan rápido como había llegado. Ella estiró los labios en un intento de expresar agradecimiento, pero finalmente no dijo nada. Se cuadró como un general ante la batalla, respiró hondo y se preparó para bajar. Lo que tuviera que ser, que fuera ya.

Rheged la frenó.

—Hemos llegado muy rápido, aún quedan unos minutos para que la luz del sol desaparezca del todo.

—¿Puede ver su reloj en esta oscuridad?

—Podría, pero no me hace falta. Lo siento en la piel.

Podría… Así que él había visto todos y cada uno de sus sonrojos. ¡Qué inoportuno!

Permaneció sentada intentando calmarse, pero ese poco tiempo allí sin hacer nada ni hablar, solo consiguió que su nerviosismo se acrecentara a pasos de gigante.

Eran casi las ocho. Extraña hora para tomar un té.

—¡Querido Brahn!

Arabella frunció el ceño, por algún motivo que no entendió le molestó tanta familiaridad. Después sonrió y se imaginó a sí misma diciendo: «¡Querido Brahn!», en un tono afectado, mientras abría sus brazos. El barón se moriría de risa.

María de Confranc los recibía ella misma en el vestíbulo. No se veía a ningún criado. ¿Estarían ya encerrados en la buhardilla? Cuando entraron al salón supo que sí, que debía haberlos recluido; no había nadie a la vista.

Nadie humano.

La habitación estaba iluminada por unas cuantas velas que, sobre un candelabro de pie, daban una luz tenue y bailarina. Suficiente para que pudieran moverse sin tropezar.

Arabella, que avanzó lentamente mirando a un lado y a otro, se frenó cuando descubrió que aquellos monstruos que temía encontrar no estaban entre las sombras de los rincones, sino en mitad del salón. A los pies del sofá, un ser recubierto de pelo —una especie de mastín gigante con brazos y piernas humanas y cabeza de animal— que María debía de haber sacado de un

Freak Show estaba postrado de rodillas sobre la alfombra en una actitud de sometimiento. A cuatro patas, con la cabeza baja y la mirada al hacia el suelo.

Tan inmóvil que no parecía estar vivo.

Igual que si fuera una atracción de circo, Arabella se quedó mirándolo. Su postura hizo que sus ojos recorrieran la musculosa espalda peluda de aquella criatura. No se le veía el rostro, además de tenerlo inclinado hacia adelante, su largo y ondulado cabello rubio lo cubría por completo. Pero esa bestia debió sentir de algún modo el peso de su mirada porque ladeando la cabeza se las apañó para clavar en ella sus ojos.

¿Ojos?

Uno de ellos era totalmente blanco y estaba surcado por una gruesa cicatriz.

Era Melquisedec.

Arabella respiró con tanta ansia que el corsé se le clavó en las costillas. Sus pies se quedaron pegados al suelo y amenazaron con fundirse en él. La mano abierta que lord Rheged puso en su espalda la obligó a avanzar. A regañadientes.

—¿Es necesario esto? —le preguntó él a María mientras señalaba el bulto encogido que en esos momentos era el híbrido.

—Se ha portado mal, está castigado.

—¿Se puede saber qué ha hecho?

—Permitió que *esa* niña —siseó con desprecio señalando a Arabella— saliera por la puerta. Si no hubieras sido tú quien la encontró, me habría visto metida en un buen lío.

—Ya lo estás, María.

Cuando la baronesa se sentó, los demás la imitaron, y Arabella lo hizo tan cerca del barón que escuchó en su cabeza la voz de tía Adelaida llamándola desvergonzada.

«¡Cállate!, replicó mentalmente. Si tu estuvieras en mi situación estarías abrazada a él».

Sobre una de las mesas había un servicio de té listo para ser servido, pero la tensión era tanta —Rheged y María parecían echarse un pulso con la mirada— que lo social de aquella reunión quedó en un segundo plano y el té se quedó allí. Enfriándose.

Un hombre joven entró por una puerta lateral caminando de manera sinuosa, casi como si flotara. La baronesa palmeó junto a ella sobre el asiento y él, obediente, se sentó a su lado en una pose de lo más estudiada, casi como si esperara que de cualquier rincón pudiera aparecer un pintor dispuesto a hacerle un retrato.

A lord Rheged le cambió la cara al verlo y no pudo evitar que la ira comenzara a arder en su interior. A Arabella también, pero por otros motivos: ese era el hombre que ella había visto con María justo la noche que descubrió su oscura naturaleza. *Monsieur* Chevigné.

—María, ¿un vástago? ¿Has creado un vástago? —La voz del barón sonó un tanto aguda y descontrolada.

—Desde que Markus me dejó he estado muy sola.

—No tienes permiso para crear nuevos vampiros.

Arabella siguió la conversación con los ojos como platos. Si él era *hijo* de María, la situación daba un giro y se complicaba: había un enemigo más. Melquisedec, la baronesa y su vástago; tres contra uno. Empezó a sentir calor y contó hasta diez para no desfallecer.

María hizo un ademán agitando su mano para quitarle importancia.

—Ya sé que no me han dado el estatus de madre. Ya sé que solo los grandes padres como mi *hermanísimo* Jean Jacques pueden crearlos. Bla, bla, bla. Pero yo no veo cuál es el problema, Brahn.

—María, las leyes están para algo.

—Pero si yo cumplo… —protestó frunciendo los labios en un adorable reproche.

Lord Rheged negó.

—Tú no cumples nada, vives cómo te da la gana. Te muestras cuando deberías ser discreta y, ahora, hasta te atreves a crear tu propio linaje. ¿No te has parado a pensar que si no tienes permiso para fundar tu propia familia es porque tu *padre* consideró que no debías de tenerlo?

—Paparruchas.

—¿Paparruchas? —A lord Rheged se le veía cada vez más enfadado, el tono despreocupado de la baronesa lo estaba sacando de quicio—. A todo esto, ¿has leído la carta que le di a Melquisedec?

—Sí, y por eso te he mandado buscar. El tres de octubre estrenamos en el Savoy *Los alabarderos de la casa real* y hago el papel de Meryelle, la hija del sargento. ¿No se podría aplazar la orden de discreción hasta el aburrimiento para después del estreno? —Su voz era tan dulce, su gesto tan angelical con ese sentido parpadeo y esos morritos tan de niña buena, que si Arabella hubiera sido la líder del Consejo le habría dicho: «De acuerdo, pero a partir del día cuatro tu vida tiene que cambiar»—. Después da igual que los deje tirados —continuó la vampira —, pero el día del estreno es tan especial. Por favor, por favor…

Serpiente rastrera.

A Rheged no pudo convencerlo.

—No. Y además he de informar de esto. Por cierto, dile a tu hijo que se comporte, no deja de mirar a mi acompañante como si fuera un pudin de Navidad.

Tras aquel comentario, Arabella giró despacio la cabeza y lo miró. Era cierto, él tenía los ojos fijos en una parte muy concreta de ella, su cuello, y el hambre atravesaba sus pupilas con fuerza. Desentendido de todo, contemplaba su pulso y parecía relamerse de gusto.

Ella se removió en su asiento y sin darse cuenta, rodeó con su mano crispada el brazo del barón y se apretó contra él. Solo aflojó un poco el agarre cuando él la acarició con su pulgar. El

calor que ella sintió en las mejillas, a pesar los guantes que llevaban los dos, hizo que por un instante olvidara dónde estaban.

—De ella quería hablarte también —murmuró la baronesa—. Si no le borras la memoria, tendrás que… —se detuvo y la miró con el brillo de la diversión— …, aunque si quieres lo hago yo. Ya sabes que a mí no me importa.

Arabella la miró de forma descarada.

«¿Tendrá que…? ¡¿Qué?!».

Su estómago hizo una pirueta y la habitación comenzó a darle vueltas. Cerró los ojos y se sujetó con más fuerza al brazo de lord Rheged. No podía desmayarse. No, no, no…

Esta vez el barón no se contentó con poner la mano sobre sus dedos y acariciarla con disimulo. La rodeó con su brazo y la atrajo hacia él. Pero, aunque su contacto era reconfortante (y excitante), Arabella no logró calmarse; la situación ya hacía rato que había conseguido superarla.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que Melquisedec la observaba también, pero en su semblante vio algo parecido a la preocupación.

—María, Arabella es cosa mía, su existencia no debe preocuparte.

—¿Le borrarás entonces los recuerdos? —preguntó melosa.

—No. Fue testigo de tu desobediencia y tendrá que tenerlos muy presentes por si la llama a declarar Salomé.

El rosto aniñado y bondadoso de María se transformó en algo horrible en apenas unos segundos. Sus colmillos crecieron hasta el punto de que no poder cerrar del todo la boca y la piel de alrededor de sus ojos se volvió tan fina que cientos de capilares salieron a la vista. Pero lo peor fueron aquellos ojos negros como la obsidiana. Eran oscuros y te atrapaban.

Aquel era el monstruo sobre el que lord Rheged había advertido a Arabella, la visión que ella recordaba de su última noche en aquella casa. Solo que no era lo mismo contemplarla desde el corredor por la abertura de la puerta y reflejada en uno de aquellos grandes espejos, que tenerla de frente a cuatro pasos de distancia.

—Ni se te ocurra, María —dijo lord Rheged poniéndose en pie—, soy más viejo que tú y más fuerte, y un ataque solo agravaría tu situación ante el Consejo.

La baronesa también se puso en pie, pero al contrario que lord Rheged no fue brusca al hacerlo, sus movimientos fluyeron como el agua. Como un perro que marca el territorio se enfrentó a él.

—Somos tres contra uno. Nunca tendrás la ocasión de notificarlo.

Lord Rheged soltó una sonora carcajada que Arabella escuchó con espanto. No era momento para un farol. ¿De qué pasta estaba hecho ese hombre? Le dieron ganas de cogerlo por las solapas de la chaqueta y zarandearlo para que entrara en razón.

—No lo harás —contestó él sin soltar su mirada de los ojos de María—. Soy un vampiro viejo y sabes que llevarías las de perder. —Con toda la seguridad del mundo se giró e inclino la cabeza hacia Arabella—. Nos vamos, querida, hemos terminado aquí.

María continuaba en el mismo lugar. Estaba furiosa, pero ya había previsto que aquello podía pasar y mantuvo la compostura. Ella sola no podía con el barón y su vástago era un simple poeta que no parecía poner mucha atención en sus clases de esgrima. Por el rabillo del ojo miró a su mascota. No estaba del todo segura de su fidelidad. Él sería el mayor beneficiario si perdía ante Brahn. Quedaría libre. No lo veía poniéndose en su contra, pero sí cruzándose de brazos.

Tendría que negociar.

—Brahn… ¿No podemos hablarlo de forma civilizada?

La cadencia de aquel tono melifluo era capaz de hechizar a cualquier humano. A lord Rheged no.

—Ya está todo dicho, María.

Arabella se sintió observaba por Melquisedec mientras se ponía en pie y el instinto de supervivencia le hizo girarse y medir visualmente la distancia hasta la puerta. Casi lloró. Estaba demasiado lejos. Retornó su mirada al frente y, por el rabillo del ojo, vio como de forma casi imperceptible, el híbrido negaba.

¿Le estaba diciendo que no tenía ninguna oportunidad?

¿Qué no se arriesgara?

Entornó los ojos y procuró no mostrar el pánico que sentía. Era perfectamente consciente de que aquella bestia que era Melquisedec podría interceptarla incluso antes de dar el primer paso. Pero no ocurrió nada cuando, del brazo del barón, pasó ante él de camino hacia la salida. No se movió.

—Por cierto, —a Arabella le dio un vuelco el corazón cuando lord Rheged se frenó antes de llegar a la puerta. ¿Por qué cuando ya tenía el picaporte al alcance de su mano, él tenía que detenerse? ¡Solo un par de pasos más y estarían a salvo!—, creo que necesito una mascota. Me llevo a Melquisedec.

Esa declaración fue tan impactante que apenas tuvo protagonismo el hecho de que después, con toda la tranquilidad del mundo, el barón metiera la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacase un pequeño saco de terciopelo lleno de monedas. Lo vació sobre una mesa auxiliar. Arabella distinguió el rostro de la reina Victoria y a San Jorge matando al dragón. Eran soberanos de oro y había muchos.

—Eso es más de lo que vale. No te olvides de enviarme la documentación para transferir su propiedad.

—¿Por qué querría vendértelo?

Lord Rheged rio.

—Porque estás viviendo de prestado, María, las deudas te tienen hasta el cuello. ¿Tus amantes ya se han dado cuenta de que te estás aprovechando de ellos? —Sonrió como si tuviera controlada la situación—. Y sé que tu hermano ha dicho que no va a poner ni un penique más. Así que considera esto como un favor. Te doy unos días de margen para que ordenes tus cosas y viajes a París, a ver al Consejo, por iniciativa propia. No les diré que tienes un vástago, así podrás maquinar alguna excusa que te salve el trasero.

Le tendió la mano a Arabella, que la tomó y lo miró con horror. Acababa de comprar a una persona, o lo que fuera, como si nada.

—Mel, recoge tus cosas —le dijo el barón al animal que estaba postrado en el suelo—. Te esperamos en el coche.

Cuando vio que Melquisedec se ponía en pie, ella desvió la mirada. Podía ir recubierto por una capa de pelo muy corto, pero la realidad era que, aunque mantenía sus pantalones, su pecho y sus brazos estaban desnudos.

—María, *au revoir!*, París te espera. Saluda a Salomé de mi parte.

—¡Tendrás que vértelas con mi hermano!

—Es gracioso —el barón volvió a detenerse. Otra vez—, estos últimos años he vivido en Francia y lo he visto a menudo. Es un gran tipo. Muy sensato. No os parecéis en nada.

Con lentitud, como si a sus espaldas no tuvieran a una vampira cabreada y a su vástago hambriento, lord Rheged y Arabella se dirigieron hacia la puerta de la mansión. A ella todo le daba vueltas, pero, al mismo tiempo, tenía un sentimiento como de triunfo: habían salido ilesos.

No quería pensar que lord Rheged acababa de comprar a una persona. No. Aún no tenía estómago para digerir eso.

Atenerse a las consecuencias

Arabella soportó, sin que le rodase ni una sola lágrima por la mejilla, que el buen doctor le entablillase la pierna que se había roto al caer desde su ventana. Lo sé porque, necesitado de noticias, me colé en casa del galeno y le sonsaqué información usando mis poderes.

Mi niña valiente. No puedes imaginar cómo he llegado a echarte de menos.

Cumbria, 17 de febrero de 1879.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Al día siguiente del incidente con Arabella, al ver que no iba a poder salir de mi casa a causa de un sol de justicia, algo inusual en la estación, envié a Bernie a Langdale House. Regresó con muy malas noticias: mi dulce Huesos se había caído escalando la fachada del edificio en plena noche.

Gracias a Dios el ruido fue tal que los criados, alertados, salieron para ver qué había sucedido y la encontraron sobre la nieve. De no haberla sacado de allí inmediatamente se habría quedado congelada.

La noticia me impactó de tal forma que me levanté y, en un arrebato, lo sujeté por las solapas de la chaqueta. El pobre chaval, asustado ante mi reacción, intentó calmarme diciendo que, aunque no había podido verla, la cocinera le había asegurado que estaba bien y consciente, pero que, además de contusiones por todo el cuerpo, se había fracturado una pierna.

Creí que iba a volverme loco. ¿Por qué demonios escuché a Lucille y no corrí tras ella? ¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué?

Con los remordimientos a flor de piel, subí a la buhardilla a buscar un tejido lo suficientemente grueso como para hacerme una capucha que me permitiera cubrirme el rostro y aguantar el azote del sol. Necesitaba ir a su encuentro y decirle que todo iba a arreglarse. Poco me importaba en ese instante descubrir mi naturaleza ante sus familiares si con ello conseguía llegar a ella y usar mi sangre para curarla.

La visita de su tía Adelaida me pilló en plena faena de costura. Había encontrado unas cortinas viejas de terciopelo y estaba cortando, más bien destrozando, la tela para hacerme una buena protección. El golpear de la aldaba me descolocó, pero cuando reconocí la tensa voz de la

mujer corrí escaleras abajo.

Charles la había hecho pasar a la biblioteca. Daba al norte y era, a esa hora del día, la habitación más oscura de la casa. Lo agradecí, lo que menos quería en ese instante era que ella me viera acorralado por la luz del sol.

Cuando abrí la puerta para acceder a la sala, me encontré un remolino de faldas de seda negra que daban vueltas sin parar, caminado arriba y abajo igual que haría un jaguar enjaulado. Antes de delatar mi presencia me detuve un momento para sopesar a mi adversario. No, no era un exótico jaguar, su estructura ósea se asemejaba más a la de una pantera. Igual de letal, pero más fina y ligera. Y se creía poderosa, con ese poder que da la ignorancia de no saber a quién te enfrentas.

En la mano llevaba el libro de Lewis Carroll que yo le había regalado a Arabella.

—Buenas tardes, señora Carr. ¿En qué puedo ayudarla? —Se detuvo en seco y me miró con odio. Por toda respuesta me enseñó el libro—. Bonito ejemplar. ¿Es una primera edición?

—No se haga el idiota.

Me dieron ganas de enseñarle modales y, de paso, mis colmillos.

Con cierto desprecio dejó caer el ejemplar sobre el sillón que quedaba cerca de la ventana, el que siempre usaba Arabella cuando quería leer con tranquilidad. Por un instante me gustó ver el libro apoyado en aquel asiento. Era como si mi pequeña amiga lo hubiera dejado allí para seguir leyendo en otro momento.

—Encontré eso en mi casa, imagino que será de *su sobrina*. Arabella ha debido robárselo.

Apreté los puños y entrecerré los ojos. Ese «su sobrina» sonó revelador —era evidente que la mujer había descubierto la mentira—, pero que dijera que Arabella era una ladrona me descolocó, eso sí que no me lo esperaba.

—Arabella no ha robado nada. Ese libro se lo regalé yo.

—Ella no lo quiere.

—¿Se lo ha dicho personalmente?

—Lo digo yo. Arabella no debe distraerse con tonterías.

Me mordí la lengua y conté hasta diez.

—¿Le apetece tomar un té? —Modales, ante todo, aunque no pude evitar que me saliera con un tono de voz de lo más mordaz.

—No se moleste, barón. No voy a quedarme más de lo necesario. Simplemente he venido a decirle que Arabella no va a volver.

Perdí los estribos.

—¿Y dejará a *mi sobrina* sin compañía?

Mi sarcasmo no la descolocó lo más mínimo. Me miró con autosuficiencia, como si fuera

ella, en vez de su hermano, quien tuviera el rango de coronel.

—Vamos a dejar las cosas claras entre usted y yo. La excusa que me ha traído hasta aquí ha sido la de devolverle ese libro, pero he pasado una mañana de lo más entretenida con el doctor. Él me ha contado que usted vive solo; no tiene familia.

—Eso no es del todo cierto —murmuró una voz desde la puerta—, ¿verdad, *hermano*?

—Lucille, ahora no.

Lucille decidió aprovechar el momento e hizo caso omiso de mi advertencia. Ella quería la exclusividad de mi compañía, —la presencia de Arabella la incomodaba, y no porque la niña pudiera suplantarla, sino por esa complicidad que con ella nunca había existido— y decidió probar una de sus teorías de conspiración. ¿Si ponía un poco más en mi contra a aquella señora, volvería la niña a poner los pies en aquella casa? Casi con toda seguridad no.

Cuando la vi sonreír supe que estaba tramando algo, pero no reaccioné a tiempo.

Se dirigió hacía mí y tras una leve caricia a mi pecho, caricia que yo rehusé, se colgó de mi brazo y terminó su jugada apoyando la frente sobre mi hombro. Di un paso atrás, pero no fue suficiente, me di cuenta cuando vi cómo a la señora Carr se le salían los ojos de las órbitas debido aquel comportamiento escandaloso: aquel no había sido un abrazo fraternal, sino más bien el que se da entre dos amantes. Lucille había plantado una semilla que, sin duda, por muy estúpida que fuera Adelaida Carr, iba a germinar en su mente: si éramos hermanos aquel gesto era horroroso; el incesto flotaba en el aire. Pero, si no lo éramos apenas mejoraba: Lucille no era mi esposa.

Lucille aprovechó mi retirada para continuar emponzoñando el ambiente.

—Te lo dije, Brahn, esa niña solo te ha traído problemas. ¿Para qué quieres tenerla en casa? ¿No es un poco joven para ti?

Le di la espalda a la tía de Arabella, aunque ese gesto dejara en evidencia una mala educación, y le mostré a Lucille la parte menos amable de mi naturaleza.

—¡Fuera de aquí!

Ella se dio la vuelta y salió con paso triunfal meciendo sensualmente sus caderas. La jugada le había salido bien. Después de su actuación, ni la niña ni su tía volverían a poner los pies en mi casa.

Cuando a mis espaldas sentí el crujir de la seda, señal de que Adelaida se dirigía hacia la puerta, interpuse mi brazo y la frené en seco. Mi rostro volvió milagrosamente a ser humano en el instante en el que me encaré con ella.

—Le juro por mi honor que jamás haría nada que perjudicase a su sobrina.

—¿Honor? Bonita palabra. Creo que metiéndola en *su casa* ya lo ha hecho. ¿Cuántas veces habrá estado con ella sin carabina en esta misma habitación? ¿Cuántas? La suya ha sido una actitud horrorosa, Arabella es una dama.

Tuve que reaccionar rápido. La necesidad de salvar la reputación de la niña me llevó a hacer una propuesta que me sorprendió incluso a mí.

—Permítame entonces limpiar su honra. Imagino que, en ausencia de su padre, el coronel Blunt, es usted la persona a quien debo dirigirme para solicitar su mano. —Adelaida tuvo un instante de desconcierto, pero se rehízo enseguida—. No en breve, eso es evidente, es muy joven para casarse, pero estaría dispuesto a firmar un contrato sellando nuestro acuerdo. Solo pondría con una condición: que sea ella quien me acepte como marido.

Me descolocó su sonrisa arrogante y la manera que tuvo de mirarme. Era como si me hubiera vencido en ese mismo instante.

—¿Cree que dejaría a mi *estimada* sobrina casarse con alguien como usted? Un hombre que mantiene una relación incestuosa con su hermana… No, una boda así no haría su situación más honorable. —Hizo una pausa para que sus palabras flotaran entre aquellas cuatro paredes, pero en realidad, el vacío que hubo tras ellas me recordó al silencio tras la caída vertiginosa de la cuchilla de una guillotina. Sin embargo, debió ver algo en mi cara porque sonrió ufana—. Además, no es posible. Tengo planes para Arabella y son mucho mejores que la dudosa moralidad de su compañía.

No me gusta que los demás juzguen como vivo mi vida y de buena gana la habría echado de mi casa, pero la desesperación que sentí por liberar a Arabella del yugo de su familia habló por mí y me hizo jugar una última baza. Mi posición social, mi apellido, mis tierras.

—¿Mi título y mi dinero no son suficientes? Le aseguro que mis ingresos no son nada despreciables.

Creo que en ese momento reprimió una carcajada.

—Milord, no es que sean insuficientes, es que no son necesarios. Mi difunto Arnold me dejó un negocio boyante y un capataz muy competente. No podemos competir con sus lujos, pero no nos falta de nada. Además, Arabella es sobrina de un lord y no le necesita, al contrario, solo es un molesto ejemplo para ella. Enseñarla a pensar por sí misma… ¡Solo es una niña! —Al ver mi cara de sorpresa se carcajeó—. ¿Creía que yo no sabía que ella ha venido todo este tiempo a su casa para que usted la instruya? La niña no me ha contado nada, pero es muy transparente. Si viera cómo se expresa... Parece un erudito en lugar de una señorita.

—Señora Carr…

No me dejó terminar.

—Aunque la hubiera mancillado nunca elegiría a alguien como usted para que formase parte de mi familia. Ni siquiera por un título de barón. Mi hermano mayor es un parlamentario influyente con contactos entre las altas esferas, y no quiero ni imaginar qué ocurriría si llegase a sus oídos que usted, el «futuro marido» de Arabella, mantiene relaciones con su hermana. —hizo una pausa dramática antes de añadir—: ¡No, milord! Usted no manchará la intachable reputación

de mi familia. Aunque no imagina cómo complace mi vanidad verlo tan apurado intentando limpiar el honor de la niña. —Dio un paso adelante y se acercó a mí de una manera bastante inapropiada para una dama. Me miró desafiante—. Hay otros planes para ella y nunca será suya, barón.

¿Mancillarla yo? ¿Acaso esa mujer estaba loca? Por favor…, ¡Huesos tenía trece años!

Mi visión se tiñó de rojo y barajé la posibilidad de acabar con aquello por la vía rápida. Solo tenía que levantar el brazo; me bastarían dos dedos para aplastarle la tráquea. Durante un instante me distraje pensando si al morir se le borraría esa estúpida sonrisa del rostro o si al contrario sería enterrada con ella.

—¡Márchese! —me gritó—. ¡Váyase con su hermana a donde nadie lo conozca! En este pueblo somos decentes y no queremos gentuza como usted cerca.

Con cierta majestad, la vi recoger con una mano sus negras faldas y dirigirse hasta la puerta sin que, esta vez, yo intentara detenerla. La realidad era que no podía saber que me importaba bien poco que se murmurase a mis espaldas, yo ya eludía mis relaciones sociales cuanto me era posible —lo necesitaba para sobrevivir—, pero tenía razón en algo: meter a Arabella en mi vida no era una buena opción. Nadie mejor que yo lo sabía. Mi existencia, mi esencia, mi raza… No eran adecuados para un ser tan inocente como ella.

Adelaida Carr lo desconocía, pero acabada de noquearme con sus palabras.

-15-

Londres, 1 de septiembre de 1888.

Carruaje de lord Brahn Rheged.

Que Melquisedec abriera la puerta del carruaje sacó al barón de sus pensamientos. Arabella había disfrutado de su callada concentración —había podido observarlo gracias a que una de las cortinillas se había quedado entreabierta y la luz nebulosa de una farola de gas próxima se colaba con timidez por la abertura— y, aunque necesitaba muchas respuestas, no quiso interrumpirlo; parecía estar muy lejos de allí.

—Subiré al pescante con el cochero —anunció Melquisedec. Dejó su bolsa sobre el piso del vehículo y comenzó a cerrar la puerta. Rheged reaccionó.

—No, espera.

Con un movimiento rápido se levantó y se sentó junto a Arabella. Melquisedec tardó en reaccionar, pero no tuvo más remedio que aceptar la orden de su nuevo dueño y sentarse frente a ellos.

Para la joven el carruaje se hizo pequeño. Los dos eran altos e invadían el espacio entre los asientos con sus largas piernas. Intentó refugiarse en el rincón, pero era muy difícil obviar dónde estaba.

Rheged cerró la puerta, ajustó la cortinilla y el interior del vehículo quedó a oscuras.

—Señor…

—Mira, Mel, vamos a dejar esto bien claro. Nos conocemos desde hace tiempo y siempre te he tratado como a un igual. Sabes, porque lo hemos hablado muchas veces, que no entiendo por qué cada vez que uno de los vuestros no pertenece a una manada, mi raza se apropia de su vida. Yo no soy tu amo. No quiero serlo. Pero si te quedas conmigo podrás entrar y salir a tu antojo, dispondrás de un sueldo y de lo que es tuyo como quieras. Aunque no podré darte la libertad que mereces porque otro vendría a suplantarme.

Melquisedec no dijo nada inmediatamente porque necesitaba asimilar la palabra «libertad» —era reacio de pronunciarla a la ligera—. Arabella tampoco habló, pero en su caso era porque le costaba seguirlos. ¿Manada? ¿Había más y vivían juntos como animales?

Aunque las palabras de Rheged la tranquilizaron un tanto: el barón no había comprado a un ser humano, o lo que fuera que fuese aquel hombre, como mascota.

—De acuerdo —dijo Melquisedec por fin—, pero te devolveré todos y cada uno de los soberanos que has puesto sobre la mesa.

—No es necesario, Mel. No vivo con grandes lujos, ya lo ves, y puedo permitirme

ayudar a un amigo sin pensar en cobrarle un interés.

—Te serviré bien. Seré tus ojos cuando la luz del día te impida ver.

—Cobrarás por ello.

—No hasta que te devuelva lo que has pagado por mí.

—Mel…

—Lo digo en serio, Brahn.

La voz de Rheged se suavizó.

—Arabella debe pensar que parecemos dos perros marcando territorio, no estamos siendo nada educados. Hablaremos de tus honorarios en otra ocasión.

El barón golpeó el techo del carruaje con la empuñadura de su bastón y se pusieron en marcha. No pasó mucho tiempo hasta que Melquisedec preguntó:

—¿Qué le ocurrirá a María?

—Tendrá que recluirse durante un tiempo, no puede seguir llamando la atención de ese modo: actuando delante de los humanos, coleccionando amantes… El Consejo pensaba darle un poco de margen por ser hermana de quién es, pero lo de hacer de lady Godiva por las calles de la ciudad fue la gota que colmó el vaso. Salomé sabía que yo estaba en Londres y me hizo llegar la carta e instrucciones; pensó que si se la enviaba a ella directamente negaría haberlas recibido.

—¿Se enteraron en París de aquello? Si ni siquiera se publicó en la prensa de aquí.

—No salió porque tú te encargaste de taparlo.

—Eso es cierto.

—Mel, el Consejo tiene ojos en todas partes. No se enteraron de los motivos, pero sí de lo que pasó.

El híbrido comenzó a explicar el suceso.

—Uno de sus amantes le comentó que su belleza era comparable a la de la dama del mito medieval y ella se empeñó en ir a Kent para ver la estatua de John Thomas a la que se refería aquel buen señor. Nada más regresar quiso que él se retractase de sus palabras y que reconociera que su belleza no solo *era comparable*, sino que estaba muy por encima de ella, y para pedirle explicaciones cabalgó desnuda hasta la misma puerta de su casa. Gracias a Dios vive cerca y por la hora las calles estaban vacías, pero fue un milagro que no la detuviese la policía.

Rheged no parecía demasiado sorprendido, pero Arabella se escandalizó.

—¿Y qué me dices de lo del vástago? Eso ya es demasiado, hay que pararla.

—Desde que Markus la abandonó y su hermano no hiciera nada para detenerlo, ella ha estado pensando en hacerse su propio séquito. Pedirle a Jean que volviera a transformar a un humano para ella no era una opción, no le aseguraba la obediencia ciega que necesita.

A pesar de la oscuridad en la que estaban envueltos mientras hablaban, los dos hombres, debido a su naturaleza, podían distinguir no solo las siluetas de quienes ocupaban el vehículo,

sino también sus expresiones. Y Mel se fijó en Arabella que con la cabeza gacha intentaba mantenerse al margen de tan privada conversación.

—Brahn, volvemos a ser unos acompañantes bastante incómodos, estamos excluyendo a la señorita Blunt.

—Tienes razón, pero la realidad es que no tengo secretos para ella, puede escuchar todo lo que concierne a mí y a mi raza.

Quiso ponerle la mano sobre la rodilla para reforzar aquella afirmación, pero en el último momento se detuvo. Incomodarla era lo último que deseaba.

Aunque quizá sí podrían hacer algo por ella.

—Cambiando de tema. Mel, esta noche quiero que hagas algo para mí.

—Lo que tú digas.

—Es arriesgado.

—No me importa.

—Está bien. Necesito que vayas al depósito de cadáveres y que busques marcas de mordisco, o algún otro indicio del ataque de un vampiro, en el cuerpo de Mary Ann Nichols. La degollaron en la madrugada de ayer a dos manzanas de mi casa.

—Esperaré a que cierren y veré por dónde puedo colarme.

—¿No preguntas por qué?

—Tengo por costumbre no hacerlo. Solo obedezco.

—No me gusta andar con secretos, pero esto es algo privado.

—No tienes que darme explicaciones, Brahn.

—Gracias. No depende solo de mí, hay otra persona implicada y no quiero actuar a sus espaldas.

Arabella aprobó en silencio la decisión del barón de no contarle nada sobre los recortes y el diario de James a Melquisedec. Él era una de las últimas personas que lo había visto con vida y, aunque parecía contar con toda la confianza de lord Rheged, no quería arriesgarse a meter la pata. ¿Y si a pesar de que lo había negado estaba implicado en su desaparición?

Los títulos y el dinero no lo son todo

No supe ver lo que significaba Arabella para mí, hasta que me di cuenta de que la había perdido para siempre.

Cumbria, 17 de febrero de 1879.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Cuando Adelaida Carr se marchó de mi casa, me sumí en la desesperación. ¿Cómo se me había ocurrido pedirle la mano de su sobrina? Con ello probablemente habría puesto a la viuda contra mí para siempre. Arabella era muy joven y yo me había comportado como un degenerado.

«Pero, ¿qué estoy diciendo? Yo no soy ningún pervertido. ¡Hay padres que conciertan matrimonios mucho antes!».

¿Por qué, entonces, había sido rechazado? Le había ofrecido limpiar su honor, hacer de todo esto una situación respetable, algo que debería haberla satisfecho de inmediato. Lo de que no debo relacionarme con su familia no me lo trago; en esta sociedad un título es un título, poco importa la moralidad de quien lo posee.

Una frase de las que pronunció la señora Carr vino a mis pensamientos: *Ya tengo planes para ella.*

¿Planes? ¿Acaso tenían ya un contrato con otro noble? Esa era una posible explicación. Y Arabella no debía de saber ni una sola palabra sobre ese futuro porque, si lo supiera estoy seguro de que algo se le habría escapado.

De repente la imaginé casada con un viejo y con cuatro niños alrededor. Cansada, envejecida… Con la existencia gris que ella no merecía tener.

Durante unos segundos me rebelé contra aquello. ¿Por qué Arabella no tenía derecho a elegir su vida? ¿Y si ella quería ser arqueóloga, escritora o artista en lugar de casarse por perpetuar el legado de los Blunt?

¿Y si me presentaba en su casa y la sacaba de allí por la fuerza?

Esa no era una solución viable y yo lo sabía. Podría engatusar a su tía, pero pronto tendría que vérmelas con su padre y con el resto de su familia. ¿Estaba dispuesto a arriesgar tanto por mantener la felicidad de una niña? Sí. No acertaba a imaginar por qué, pero sí. Que Arabella viviera una vida completa parecía haberse convertido en el motor de la mía.

Sin embargo, una vocecita en mi mente me gritaba que estaba construyendo castillos de

niebla. Los obstáculos familiares podrían salvarse, pero la terrible realidad —y la idea que en verdad me angustiaba— era que, para que Arabella pudiera ser feliz a mi alrededor tendría que abrazar mi oscuridad. Si ella permanecía en mi vida, daba igual el modo en que fuera, tendría que hablarle de lo que soy. Y embarrar su existencia con mis colmillos y la sangre que necesito para subsistir, me pareció algo deleznable.

Me armé de valor e hice lo que tenía que hacer: exiliarme. Despedí a Lucille, hice el equipaje y cerré la casa. De todos modos, ya había vivido bastante tiempo allí. Debía partir antes de que nadie empezara a sospechar de mi inusual resistencia a la vejez.

-16-

Londres, 1 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Suke estaba en la puerta con los guantes, el bastón y el sombrero de lord Rheged esperando a que él saliera del comedor. Después de haber estado descansando en su cuarto casi todo el día por orden del barón, la joven criada había insistido en preparar la cena y continuar con sus trabajos. Era su forma de hacerles ver que estaba bien, que lo ocurrido aquella mañana era agua pasada. Aunque la noticia de aquella muerte la había trastocado hasta lo más profundo; lo confirmaban sus ojeras y el vacío en la mirada. Su ausencia.

A Suke, la muerte de Polly la había afectado de doble manera: una, porque el hecho de que fuera conocida la tocaba de cerca. Dos, porque desde que se había enterado, no había dejado de pensar que, de no haber dejado la calle, podría haber sido ella la que hubiera acabado tirada en aquella acera. Hubo momentos en los que deseó con fuerza terminar de una vez con todo, pero la vida era demasiado valiosa para perderla de esa manera.

Volvería a ser la de antes; el tiempo todo lo cura.

Arabella, que en aquel instante bajaba la escalera, se detuvo en seco cuando escuchó la voz del barón. Antes de salir de su cuarto, ver el reflejo de su imagen en el espejo le había dado alas —se sintió eufórica y creyó que podría aventurarse e ir por su cuenta—, pero… la verdad era que no quería salir sola; las calles eran peligrosas y, por la noche, terreno desconocido.

¿Debía de insistir en acompañarle? Él había dicho que no y zanjado el tema.

Se pegó a la pared en un intento de fundirse entre las sombras. No podía quedarse en casa como un mueble mientras su hermano continuaba en paradero desconocido, pero sentía miedo. Buscar a James entre las prostitutas que se arremolinaban en la puerta de St. Botolph's no era lo mismo que pasear por Hyde Park. Y necesitaba encontrarlo, él era el único que podía evitar que regresara de rodillas a Langdale House.

«¡Vamos, Arabella!», se dijo para animarse. «Salvo el asunto de la baronesa, que jamás podrías haber previsto, ya llevas dos meses en Londres y todavía estas vivita y coleando. Puedes hacerlo».

Trataría de ser lista y evitar, en la medida de lo posible, cualquier peligro. Ahora ya sabía que había monstruos que habitaban la oscuridad y *eso*, aunque de forma mísera, le daba cierta ventaja.

Cuando lord Rheged llegó al vestíbulo, lo primero que hizo fue mirar hacia las sombras

de la escalera. Arabella ni pestañeó para evitar ser descubierta, pero la sonrisa en sus labios le reveló que él había localizado su escondrijo sin ningún problema.

—¿Por qué te escondes?

Ella puso los ojos en blanco, la había descubierto.

Bajó el resto de peldaños. Era absurdo permanecer allí; si no se movía pronto, el barón iría a buscarla.

Suke se sorprendió tanto cuando su silueta comenzó a distinguirse, que murmuró un adiós y desapareció con sigilo por la puerta de la cocina. Se habría quedado solo por verla mejor —lo que Arabella llevaba puesto era demasiado atrevido para una dama—, pero no quería que la discusión que se avecinaba la pillase en mitad del vestíbulo. Desaparecer era lo más sensato. Aunque escucharía detrás de la puerta, por supuesto. Tenía que enterarse de a qué venía todo esto.

—¿Dónde crees que vas así vestida? —La voz no tenía nada del calor de su mirada.

Ella bajó el último peldaño y se frenó. Se mordió el labio, pero estiró la espalda y levantó la barbilla orgullosa.

—Iré con usted esta noche.

Él se acercó para examinar su atuendo sin ningún pudor. Tardó tanto en hacerlo que ella se puso aún un poco más nerviosa.

—Como ya se habrá dado cuenta —prosiguió Arabella—, la ropa es de Bernie. Se la he pedido prestada.

El nieto de Charles era delgado, y aunque los pantalones le venían algo sueltos en la cintura —cosa que Arabella había solucionado ajustándola con un cordón—, en las caderas se le ceñían como un guante y descubrían unas nalgas perfectas, pequeñas pero firmes, con forma de corazón invertido. Sus hombros, sin embargo, no conseguían llenar la camisa, como tampoco lo harían con la chaqueta que llevaba en la mano.

—¿Te has vendado el pecho? —Ella se llevó la mano al cuello en un intento de taparse con el brazo. Agachó la cabeza y asintió. El barón estaba cada vez más cerca y tuvo que reprimir dar un paso hacia atrás. Su presencia empezó a resultarle asfixiante, ocupaba el vestíbulo como una gran sombra—. ¿Y crees que eso es suficiente para que nadie se dé cuenta de que eres una mujer?

Arabella dejó la chaqueta sobre una de las sillas que había en la entrada y le mostró el sombrero para mostrarle el disfraz completo. Con cuidado metió el cabello en su interior y se lo atascó en la cabeza.

—¡Oh, claro! ¡Mucho mejor! —exclamó él con sorna—. Ahora sí que pasarás desapercibida.

—Voy a acompañarle —afirmó Arabella, aunque su voz no se escuchó tan firme como le

habría gustado que sonara.

—¿Estás loca? ¿Acaso no recuerdas que hace dos noches asesinaron a una mujer cerca de aquí?

—Me necesita para reconocerle.

—No, querida, he quedado con Mel. Lo buscaremos juntos cuando termine su visita a la morgue.

Ella levantó la vista y clavó sus pupilas en él. En su mirada había una súplica que al barón le costó ignorar. Eran los mismos ojos que siempre le habían sacado cualquier capricho cuando pasaban los días en Brimstone Hall.

Rheged no apartó la mirada. No quería ceder, pero tampoco ser duro con ella.

—Arabella, es peligroso.

En ese instante su instinto protector no la veía como la mujer que era sino como Huesos, la niña intrépida y obcecada que debía ser protegida de todo lo malo que representaba la oscuridad de la ciudad. Aquel Londres depravado, mísero y hostil al que se dirigía. Por supuesto, entendía que ella quisiera estar presente. James era probablemente el único miembro de su familia con el que había mantenido contacto, aunque fuera a través de cartas cordiales y poco personales.

—¿Qué puede pasarme?

—¿Que qué puede pasarte? ¡Las calles a las que me dirijo está llenas de miserables que te venderían por cuatro peniques! Y no olvides a los sobrenaturales… ¿O crees que a estas horas no vas a encontrarte con otros vampiros?

—¿No cuento con su protección?

Pues claro que contaba con ella, pero era ilógico que se metiera de lleno en ciertos ambientes.

—Arabella… Déjame hacer esto por ti.

Le aguantó la mirada, pero la vio tan desolada que se sintió vencido. Además, para qué negarlo, la quería a su lado todo el tiempo que fuera posible.

Cedió.

—No dirás ni media palabra a menos que estemos solos. —Esperó a que asintiera—. Te colocarás siempre detrás de mí. —Ella empezó a sonreír y afirmó con más brío—. Y si yo digo corre, correrás; si digo salta, saltarás… ¿De acuerdo?

Eufórica, Arabella le dio un abrazo. Abrazo que el barón nunca habría esperado.

Con los ojos cerrados él deseó que acabase. Aunque era un pequeño triunfo —significaba que volvía a confiar—, lo sintió como algo que no estaba bien. Deseaba a Arabella en su vida, pero no podía abrirle la puerta de par en par, no de esa forma. Solo podía ser su amigo en la distancia, aquello a lo que él llamaba vida no era para ella.

Arabella se quedó un tanto cohibida al no verse correspondida y se separó despacio.

—Gracias.

—Ya me estoy arrepintiendo —dijo él con humor para disimular su incomodidad.

—Juro que obedeceré en todo.

—Así me gusta.

Con ayuda del bastón, lord Rheged le colocó uno de los tirantes en su sitio. Ella le sonrió; se sentía exultante por haberse salido con la suya. Pero cuando él se inclinó y puso su cara a poca distancia de su nariz, sus nervios empezaron a dispararse.

—¿Qué sientes al llevar esa ropa?

Hasta el barón se sorprendió de sus palabras. No hacía ni un minuto que se había prometido que se comportaría, pero estaba visto que su determinación flaqueaba cada vez que la miraba. Tenerla allí de pie frente a él con aquella camisa masculina a rayas, grande y un tanto arrugada, y unos pantalones que no dejaban mucho a la imaginación era demasiado excitante para dejarlo pasar. La tentación de coquetear se apoderó de él.

Arabella llenó sus pulmones de aire. Volvía a tenerlo demasiado cerca.

—Es… cómoda.

—Pero, ¿cómo te sientes?

Sus ojos parecían traspasarla.

—Libre… y, a la vez, vulnerable.

—Interesante.

No se movió ni un ápice.

A Arabella esa proximidad empezó a cortarle el aire, pero antes de darse cuenta de que lo que iba a decir era del todo inapropiado, añadió:

—Desnuda.

El rostro del barón cambió de forma casi imperceptible: el brillo de sus ojos se hizo más intenso; las comisuras de sus labios se elevaron despacio y la diversión de su mirada le hizo parecer un poco más juguetón.

Una sensación a la que Arabella no supo ponerle nombre hizo que empezara a retorcer las manos. Lord Rheged le acababa de mostrar lo que debía sentir un pequeño ratón de campo perseguido por un gato callejero.

—Me gusta que recuerdes nuestro pacto de hablar sin secretos.

Esa voz ronca la recorrió como una caricia de la cabeza a los pies. También, durante unos segundos, la dejó sin habla.

Negó. Cómo le gustaría ser una de esas damas agudas e ingeniosas que siempre devolvían la pelota al campo contrario y dejaban a su contrincante abrumado con solo una respuesta. Para su yo de doce años siempre había sido un imposible: la ironía de lord Rheged y

su propia ingenuidad, siempre habían jugado en su contra. Pero, ¿y ahora?

¿Podría noquearlo con una sola frase?

Tenía que intentarlo.

Se sacudió la vergüenza, levantó el mentón y se aclaró la garganta.

—Y usted, señor, ¿cómo se siente?

Las cejas del barón se elevaron un poco por la sorpresa, pero cuando le contestó con todo el descaro del que era capaz, Arabella supo que habría sido mejor morderse la lengua.

—¿Ahora mismo? —preguntó divertido. Ella asintió—. Excitado, Arabella. Muy excitado.

—Y bien, Huesos, ¿qué te parece Londres? —preguntó el barón en cuanto pusieron los pies en la calle. No esperó respuesta. Se embozó en su capa y comenzó a caminar.

Ella frunció los labios enfadada, estaba segura de que la había llamado Huesos porque quería molestarla.

Casi tuvo que echar a correr tras él. Cuando lo alcanzó empezó a mirar alrededor y un escalofrío recorrió su espalda al darse cuenta de la falta de vida en aquel lugar. Aquel callejón era oscuro y sucio como todos, pero la hora no era tan intempestiva como para que estuviera tan inquietantemente vacío y silencioso.

El chillido fuerte y agudo de una rata le hizo dar un brinco y pegarse a él.

—Esta parte de la calle parece deshabitada.

—Y así es. Todo el callejón es de mi propiedad y las casas están vacías, así me aseguro cierta intimidad.

Ella comprendió. Era lógico que no quisiera tener vecinos, así no se arriesgaba a que alguien empezase a hacer preguntas. Todo lo contrario que María de Confranc.

Pisó algo un poco más blando de lo normal e hizo una mueca de asco. Y aunque la oscuridad le impedía ver cualquier cosa que estuviera a más de una yarda de distancia, evitó mirar al suelo. Era mejor no saber qué podía encontrar bajo sus pies.

Alcanzaron el primer cruce de calles y una ligera neblina los envolvió.

—No me has contestado, Arabella, ¿qué te parece Londres? Antes de ir a casa de tu tía Adelaida vivías aquí, ¿lo ves muy cambiado?

Ella tuvo la tentación de aferrarse a las hipnóticas ondas de su capa; la neblina se estaba convirtiendo en niebla y la necesidad de sujetarse a algo real empezó a convertirse en una prioridad. Si lo perdía de vista acabaría flotando sin rumbo entre la bruma.

Se acercó un poco más.

—Solo salía a la calle si iba acompañada de mis padres y, desde luego, nunca me trajeron a este barrio.

—Acogedor, ¿verdad?

Los puntos de luz de las farolas, demasiado espaciadas como para iluminar algo, eran como balizas que indicaban el camino a seguir. El resto estaba todo desdibujado.

No, no era nada acogedor. Si hubiera tenido que definirlo con una palabra, la última que se le habría ocurrido sería precisamente esa.

—Londres es una ciudad sucia, mísera, abrumadora, inquietante… —empezó a decir Arabella. La risa sensual de una mujer a lo lejos interrumpió su búsqueda de adjetivos y trajo otro a su cabeza—. Sicalíp…

Se le acabó trabando la lengua.

—Sicalíptica —completó él—. Huesos, me sorprendes gratamente, veo que continuaste husmeando en mi biblioteca.

Ella lo miró de reojo, otra vez la había llamado Huesos. ¿Iba a tener que pagar durante toda la noche el salirse con la suya y acompañarlo?

La biblioteca de Brimstone Hall… No iba a admitirlo delante de él, pero aquella sala abarrotada de libros llenó de consuelo lo que habrían sido largas y tediosas tardes con un bordado absurdo entre las manos. Había preferido la soledad de aquella casona y de sus queridas montañas mil veces, a la mirada severa de tía Adelaida.

Las montañas… Qué diferente era su quietud a la perdición de aquella ciudad.

—Pervertida, maliciosa… —siguió. Después hizo una pausa, en realidad no todo era tan malo—: excitante, anónima, liberadora…

Se detuvo al sentir que él la miraba con atención. Tuvo que tragar saliva cuando vio toda la bravura del mar contenida en aquellos ojos. Al igual que Londres, el barón también era muchas cosas.

Arabella se distrajo y él se adelantó. En consecuencia, tuvo que volver a apurar sus pasos para alcanzarlo. Era eso o perderse y no tenía ningún deseo de quedarse sola en aquel lugar. Aunque, después de un buen rato de caminar casi al trote, concluyó que sus zancadas eran demasiado largas y que resultaba agotador seguirle el ritmo. Pronto se vio obligada a acortar la longitud de sus pasos para recuperar el resuello, y eso terminó por dejarla un tanto atrás. Aprovechó esos instantes para observarlo a placer, aunque entre la niebla solo percibiese algunos retazos que apenas esbozaban una imagen completa.

La capa añadía volumen a sus ya anchos hombros; su altura también se veía incrementada por aquella chistera y la forma pausada de caminar, como si fuera Su Majestad en pleno desfile, le hacía parecer que flotaba sobre el suelo. Era imponente. Y, lo que era peor, no era necesario que tocase una flauta mágica, ella lo perseguía igual de fascinada como cuando era

niña.

Mientras caminaba tras él, su mente retrocedió al momento en el que, en el vestíbulo, lo había abrazado sin pensar. Ese gesto familiar siempre se había sentido genial cuando había ocurrido en el pasado, pero en ese instante la sensación había sido muy distinta. Al meter los brazos por debajo del abrigo que llevaba puesto, había sentido bajo sus manos la musculosa espalda, y fue la reacción de su propio cuerpo lo que la dejó descolocada: un sentimiento extraño y a la vez reconfortante le había erizado la piel por todas partes.

Se lamentó.

Él no había correspondido. El cariño que alguna vez le profesó ya no existía.

Continuó observándolo y cayó en la cuenta de que no hacía ruido al andar. En aquel silencio de la calle solo se escuchaba el taconeo de sus botas. Intentó caminar apoyando solo las puntas de sus pies, pero no consiguió rebajar el ruido tanto como él.

¿Cómo podía un hombre tan grande ser tan sigiloso?

Se despistó y continuó recto mientras él doblaba por una esquina y pronto se vio sola. Deshizo el camino y corrió para llegar a su lado. Le escuchó reír.

—No te distraigas, Huesos.

Ella apretó los puños enfadada.

—¿Habría sido capaz de abandonarme?

El barón frenó y giró de improviso, lo que provocó que Arabella chocase bruscamente contra él. Con un pequeño y sutil paso atrás, él se separó y entrecerró los ojos al ver que ella se frotaba la nariz y lo miraba irritada.

—Habría ido a buscarte.

Con la forma y el tono en el que él dijo esa única frase, el corazón de Arabella volvió a llenarse de calor y color en aquella noche fría y gris.

Habría ido a buscarte.

Lo habría abrazado de nuevo solo por decir eso.

¿Qué extraño influjo tenía sobre ella? ¿Era parte de sus poderes?

—Despierta. Vamos a entrar en una zona conflictiva. No te separes de mí.

Ella asintió y, sin darse cuenta, se colgó de su brazo. Él rio más fuerte antes de soltarse.

—Repite conmigo: no soy una chica, no soy una chica, no soy…

—No es necesario que lo diga más veces, lo he entendido.

Él le acarició el hueso de la mandíbula con uno de sus dedos enguantados y, a pesar del enfado, sintió que algo en su interior se deshacía.

—Los hombres no van cogidos del brazo, Huesos. —ese tono socarrón…—. Eres mi ayudante. Mi joven ayudante. Intenta metértelo en la cabeza.

Que Arabella gruñera como un cachorro hizo que Rheged retrocediera en el tiempo, a

aquellos años en los que ella lo conseguía todo de él sin pretenderlo, solo con la frescura de su juventud. Y el mismo sentimiento que le había motivado cuando ella tenía doce años, —aquellas ganas de poner el mundo en sus manos—, regresó sin querer y, de pronto, se vio decidido a permitir que ella pudiera vivir sus propias aventuras, aunque, eso sí, muy descafeinadas. Aquel Londres, el oscuro y siniestro de las calles más peligrosas, no era el apropiado para una dama. No era apropiado para casi nadie.

Una idea le vino a la cabeza.

La llevaría a ver un poco de mundo, el menos malo, y regresaría después para encontrarse con Mel.

Un buen plan.

—¿Cansada? ¿Quieres que volvamos a casa?

Después de dos horas deambulando por las calles más oscuras, Arabella, más que cansada lo que estaba era aburrida. El barón había pasado de largo por delante de las agitadas puertas de las tabernas y de los escondidos fumaderos de opio y, salvo algún borracho tambaleante y unas cuantas prostitutas que se les habían acercado para ofrecer su mercancía, no había visto nada.

—¿Podríamos ir más despacio?

—Ya caminamos más despacio. ¿No te has dado cuenta de que ya no vas corriendo a mi lado?

—No me refiero a eso, sino a detenernos y entrar en alguno de esos lugares por los que hemos pasado. ¿Y si mi hermano estaba bebiendo cerveza en la barra de alguno de esos antros?

—Hay mucha zona que cubrir.

—Pero de este modo no vamos a encontrar a James.

Arabella tardó unos segundos en atar cabos, pero cuando lo hizo se detuvo y taconeó con fuerza.

—¿Barón? ¿Está usted intentando agotarme? —Que él tardase más de dos segundos en responder fue muy revelador—. Debí de haberme dado cuenta antes. Lo está haciendo a propósito.

—Huesos…

—¡Ni Huesos ni nada! ¡Me llamo Arabella!

Dio media vuelta con rabia. Tenía que encontrar a James y para hacerlo iba a buscar hasta debajo de las piedras. Al ver salir a un par de borrachos de un tugurio al final de la calle se dirigió hacía allí. Para empezar su búsqueda le pareció tan bueno como cualquier otro.

—¡Alto! —ordenó el barón.

Aquella voz no la detuvo, pero la fuerte mano enguantada que la sujetó por el hombro la hizo frenar en seco.

—Voy a entrar ahí.

—Arabella —susurró Rheged—, eso no es una taberna sino un burdel.

—¿Y? Entonces, ¿a qué hemos venido? Para pasear prefiero Regent´s Park en una mañana soleada.

—Te descubrirán nada más poner los pies en la puerta. ¿Quieres que me lie a puñetazos para sacarte de allí o prefieres que les enseñe los colmillos?

—Me ha engañado.

Eso dolía porque era verdad. Abrió la boca para replicar en su defensa, pero cuando ella tiró de la tela de los pantalones como para despegarla de su piel se distrajo.

—¿Por qué llevas toda la noche haciendo eso?

—¿El qué?

—Eso. —Ella repetía la acción, aunque esta vez lo hacía por la parte de atrás.

—No he podido ponerme nada debajo y la tela es muy basta. Me roza. Acabará por salirme un sarpullido.

La cara del barón se desencajó.

—¿No llevas nada debajo?

Las mejillas de Arabella se pusieron a punto de ignición. Hasta que él no repitió sus palabras no fue consciente de lo que implicaban. Avergonzada, dio un par de pasos atrás para resguardarse en la oscuridad.

Él no permitió que se alejara y recuperó con una zancada la distancia que Arabella había ganado.

—No… —tartamudeó ella—, los pantaloncillos que suelo llevar van muy sueltos y al subir los de Bernie se arrugaba la tela y se veía todo lleno de bultos.

—No puedo creer que estemos hablando de esto.

—¿Usted que lleva? —preguntó Arabella con toda la inocencia de la que fue capaz para parecer despreocupada, aunque la realidad era que se moría de vergüenza.

Rheged no fue capaz de responder, solo abrió y cerró la mano en la que no llevaba el bastón como si no supiera qué hacer con ella. Sentía que el cuello de la camisa le apretaba y que un calor absurdo se apropiaba de su cuerpo.

La miró de arriba abajo deteniéndose a la altura de sus caderas. Bajo aquella burda tela no había nada, solo piel.

Respirar hondo le ayudó a frenar durante unos segundos el deseo de comprobar si era cierto que no llevaba nada, pero que ella se mordiera el labio desencadenó su apocalipsis particular. Dejando de escuchar los buenos consejos de su cerebro, la arrinconó con su cuerpo

contra el muro que tenía a su espalda y, tras dejar el bastón apoyado a su lado, la tomó por la cintura y la levantó a peso. Estaban cara a cara.

Quizá Arabella creyó que él iba a dejarla caer o puede que su cerebro dejase de funcionar, imposible saber qué se le pasó por la cabeza, pero en respuesta ella levantó los brazos para colgarse de su cuello y después se impulsó para rodear con sus muslos las caderas. No lo hizo para provocarlo, simplemente no pensó, pero supo que había sido un error cuando él entornó los ojos y afianzó su posición colocando las manos abiertas bajo sus nalgas.

Se tensó.

Nunca nadie la había sujetado así y, sin embargo, parecía que estaban hechas para ello: se adaptaban a su contorno como una segunda piel.

Rheged tardó unos segundos en volver a mirarla, pero cuando lo hizo los ojos se perdieron en su boca. Esos labios perfectos y llenos, cálidos y sensuales, que estaban pidiendo a gritos un beso.

Respiró hondo. No podía… No debía… Eran amigos.

Arabella jadeó y él creyó que iba a perder el poco control que había conseguido reunir. Aspiró profundamente de nuevo, contó hasta diez y lo soltó despacio.

Mejor.

No le iban a dar una medalla por ello, pero aún a riesgo de perder la cordura estaba logrando contener el ansia de devorarla entera. Tenía que dejarla en el suelo y pedirle disculpas. Ya. Pero cuando Arabella metió los dedos entre su cabello para acariciarle la nuca, su determinación flaqueó y dejó que sus labios le acariciasen la cara. Con ternura y devoción. Respirando su aliento. Dándole pequeños y dulces besos.

Aquel ligero roce de piel contra piel desencadenó una explosión en el cuerpo de la joven. Un hambre demoledora, un ansia indescriptible. No sabía muy bien qué estaba sucediéndole, pero de lo que sí estaba segura era de que quería probar más de aquello que Rheged le estaba dando. Por eso, cuando él hizo amago de retirarse, ella estiró el cuello buscando su boca entreabierta. La encontró y atrapó entre los suyos su labio inferior. Tiró de él con suavidad y lo soltó despacio.

—Arabella…

Esa voz rota. Ese quejido. Esa plegaria.

Rheged se las apañó para sujetarla con una sola mano y con la otra le acarició la mejilla.

—Arabella… —repitió cerrando los ojos.

La sujetó por la nuca y cuando comenzó a besarla como si de no hacerlo se acabara el mundo, sonó un silbato.

—¡Eh! ¡Vosotros dos!

¿De dónde había salido aquel policía?

El hombre les había estado observando desde la distancia, mientras se camuflaba entre el tropel de varones que esperaban en la puerta del burdel. ¿Y qué vio? A *dos hombres* manoseándose y besándose en plena calle.

Rheged reaccionó el primero. Dejó a Arabella con brusquedad en el suelo, tiró de su brazo con fuerza y, con ella casi a rastras, se internó en la oscuridad y la mugre del callejón que tenían a sus espaldas. Ella le siguió como pudo, entre tropezones y ruegos para que la soltase y la dejara caminar en condiciones.

Pero el barón no podía soltarla. La sodomía era perseguida y castigada y, si esos hombres que los perseguían llegaban hasta ella y le tocaban un solo pelo de su cabeza, él se convertiría en la peor de las pesadillas. Tenía que despistarlos como fuera o acabaría en la portada de algún periódico.

En aquella loca carrera, giraron de forma abrupta hacia otro callejón aún más oscuro y, debido a la inercia, Arabella se soltó de la mano del barón. Trastabilló, dio varios pasos desordenados y chocó de bruces contra una prostituta y un cliente que, de pie, contra la pared, fornicaban en las sombras.

—¡Qué demonios! —blasfemó la mujer más sorprendida que asustada.

Unas manos se ciñeron con fuerza a los hombros de Arabella y la sacaron de aquella situación antes de que ni una sola palabra saliera de los labios de aquel hombre. A nadie le gustaba que lo interrumpieran de ese modo y menos en aquellas circunstancias.

Rheged la examinó durante un escaso segundo para comprobar si estaba bien y, a continuación, se la echó sobre el hombro como si fuese un saco y continuó su carrera.

—¡Mi sombrero…!

Su cabello se derramó sobre la espalda de Rheged. Sedoso, suave, abundante… Él habría querido acariciarlo, pero se quedaban sin tiempo.

—¡Daños colaterales, Arabella! Yo también he perdido mi mejor bastón.

Al llegar al final del callejón se encontraron con un muro de ladrillos negros como el hollín que cerraba la salida. Rheged frenó en seco y buscó alternativas: una puerta, una ventana… Un camino que los sacara de allí sin tener que dar la vuelta.

Se escucharon las voces de sus perseguidores cada vez más cerca y Arabella temió lo peor. Pero el barón tenía un as bajo la manga: los poderes de su oscuridad.

Trepó de forma temeraria. Una mano en un saliente, un pie en un voladizo… A Arabella no le dio tiempo ni a gritar, tan solo a aferrarse a su capa con todas sus fuerzas. Fue algo increíble. En apenas unos segundos, lord Rheged corría por los tejados con paso firme.

Atrás quedaron las voces.

—¡Es un demonio!

—¡Ha salido volando! ¡Mirad, está en el tejado!

Envueltos en retazos de niebla, saltaron de edificio en edificio hasta que dejaron atrás los gritos y el silencio los envolvió de nuevo.

Cuando por fin frenó aquella loca carrera, Rheged la dejó sobre el tejado —cerca de una chimenea que estaba apagada— y se alejó lo justo para llegar hasta ella si la veía resbalar, pero dándole ese espacio que parecía necesitar con urgencia. No sabía si lamentar lo ocurrido o empezar a reír como un loco. Arabella estaba perdiendo el recelo hacia su naturaleza y empezaba a verlo como un hombre; había reclamado su boca como si realmente lo deseara.

¿Se alegraba?

Sentía el corazón bailando de felicidad, pero no podía dejar de pensar en la forma poco caballerosa en la que se había comportado. Después de lo que había hecho, ella iba a odiarlo por toda la eternidad.

Arabella miró al barón por el rabillo del ojo. No parecía acusar ni el esfuerzo de la carrera ni la vertiginosa escalada por aquella fachada o los saltos entre tejado y tejado, mientras que ella tenía el corazón retumbando en el pecho como si fuera un caballo que acabase de competir en las carreras de una milla y un *furlong* en el hipódromo del Ally Park. Aunque era muy consciente de que la sensación de faltarle el aire no se debía solo porque la persecución la hubiera alterado. No. Era porque recordaba cómo se había colgado de su cuello y cómo —¡¿cómo se le había ocurrido aquello?!— lo había rodeado con las piernas a la altura de sus caderas.

¿Acaso se había vuelto loca?

Si cerraba los ojos, aún podía sentir el calor de aquellas manos, su fuerza contenida, la suavidad de la piel de sus labios, sus caricias, sus besos y el atrevimiento de su lengua.

Medio mareada por todas aquellas sensaciones dejó caer su trasero hasta dar con él en el suelo. En ese instante no sabía qué hacer ni qué decir y esperó a que fuera él quien rompiera el hielo.

—¿Interrumpo algo?

Aquella voz masculina salida de la nada hizo que el corazón de Arabella subiera de nuevo de revoluciones. Si salía viva de allí, estaba segura de que recordaría esa noche durante el resto de su vida.

Era Melquisedec.

—Brahn, cuando me dijiste que te buscara por la zona cercana a los muelles en Limehouse no pensé que harías tu ronda por los tejados.

—Desde aquí todo se ve con otra perspectiva.

—¿Incluso con la niebla y todo lo que sale por esas chimeneas? —preguntó mientras se sentaba al lado de Arabella sin dejar de examinar su atuendo—. Jamás pensé que la traerías.

—Fue por iniciativa propia. Yo no quería que saliera de casa.

Arabella los miraba uno a otro mientras que con la vieja chaqueta de tweed intentaba tapar lo más posible sus piernas.

—Y bien, Mel, ¿qué has averiguado? —preguntó Rheged para cortar sus preguntas y que la conversación siguiera por otros derroteros.

—No es obra de un vampiro. En tu raza hay gente más cruel incluso que quien ha hecho esto, pero desde el punto de vista humano ese asesinato es obra de un demente.

—¿Ninguna marca de colmillos disimulada por el degüello?

—Ninguna.

Rheged miró con disimulo a Arabella. Estaba sentada encogida como si buscase intimidad. Tenía la cabeza echada hacia delante y no podía verle bien la cara, pero se tocaba los labios con las yemas de los dedos. Lo hacía como si quisiera confirmar que seguían allí, pegados a su boca.

—Está bien, volvamos a casa, creo que por esta noche ya es suficiente, además Arabella ha perdido su sombrero y así ya no es posible deambular por las calles; todo el mundo verá que es una mujer. ¡Arabella! —la llamó para obtener su atención, lo que provocó el efecto contrario: además de encogerse y meter las manos en los bolsillos, ella continuó mirándose los zapatos. Eso a él no le gustó—. Mel es un gran rastreador, pero si lo que busca es a una persona precisa de algún objeto o prenda que aún tenga su olor. Mañana podríamos pasar por el apartamento de tu hermano, quizá haya algo que pueda utilizar.

Esa propuesta hizo que en ella aflorase una sonrisa un tanto escondida que animó al barón. Todavía era un poco pequeña para su gusto, pero indicaba que su comportamiento de minutos antes, aunque incivilizado e imperdonable, no le había provocado rechazo.

Debilidades

Aunque de un modo distinto a cómo ocurrió hace diez años, Arabella es la dueña de mis pensamientos.

Cumbria, primavera de 1879.
Wordsworth Farm, residencia de lord Brahn Rheged.

Cerré mi casa en un intento de hacerle creer a tía Adelaida que no había desoído sus amenazas, pero no abandoné Cumbria. No podía. Me sentía responsable y necesitaba seguir la recuperación de Huesos. Alquilé una granja en la zona que hacía mucho que estaba en desuso. Necesitaba estar cerca y desde aquel lugar, más concretamente desde la ventana de mi cuarto, podía ver entre los árboles Langdale House. Los días de lluvia permanecía allí sentado con un libro desatendido entre las manos observando en silencio si se encendía alguna luz o alguna cara borrosa aparecía en las ventanas. Las noches las pasaba en vela, esperando que sucediera algo.

¿Quién iba a decirlo? Yo, un vampiro, un ser brutal y demoníaco, mortificado por lo que pudiera ocurrirle a una jovencita, a una simple humana.

¡Qué mentiroso soy! Huesos no era una simple humana, era mi compañera de ideas locas, mi alumna, mi niña. Mi amiga. Y yo no era capaz de dejarla en la estacada. No sin asegurarme de que estaba bien.

Tenía a Charles muy enfadado por mi actitud, pero los remordimientos me reconcomían. Más directa que indirectamente me sentía responsable de su caída y cada día que pasaba me inquietaba más que no volviera a caminar correctamente por mi culpa. No sé bien si estar allí sentado era una penitencia impuesta o una forma de estar más cerca, pero vivir frente a la ventana me hacía sentirme de alguna forma a su lado.

El día que Arabella salió de casa por primera vez desde el accidente, los brotes de la primavera ya estaban presentes y el sol calentaba como si se hubiera anticipado el verano. No pude estar ahí para verla florecer, pero Bernie sí. Y como sabía lo importante que era para mí —cada pocos días lo enviaba a buscar noticias—, la siguió hasta que fue consciente de que se dirigía Brimstone Hall. Entonces, vino derecho a contármelo. El pobre tuvo que darse una buena carrera para volver y ejecutar mis instrucciones, pero Arabella, que aún caminaba con bastones, se detuvo muchas veces para recuperar el resuello y el joven Bernie consiguió llegar a tiempo.

Siguiendo mis indicaciones, le dio las llaves de Brimstone Hall y eludió darle alguna información de mi paradero.

Perfecto. La primera parte de mi plan estaba en marcha. La segunda era continuar con mi tutela de algún modo, aunque para eso ella tendría que usar mis llaves.

¿Lo haría? Creía conocerla bien y estaba casi seguro de que no tardaría en echar de menos mi biblioteca. Si bien sus recuerdos de la última vez que pisó la casa podían no ser muy buenos, en Brimstone House recuperaba el acceso a mis libros, algo que siempre la había llenado de vida. Así que sí, estaba convencido de que lo haría.

En los días sucesivos, regresé y coloqué los más adecuados a su alcance y le dejé a mano su libro querido con una nota explicando mi ausencia y, de paso, le hice una pequeña broma: le dejé una botella con una etiqueta que decía: «¡Bébeme!, para que se sintiera como Alicia antes de entrar al País de las Maravillas.

Había echado el anzuelo, ahora solo me faltaba que picara el pez.

-17-

Londres, noche del 1 al 2 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella, vestida aún con aquellas ropas masculinas prestadas, buscaba la calma mientras miraba las estrellas del papel pintado de la pared de su dormitorio. Pero no ejercían ningún efecto sedante en ella. Su mente estaba muy lejos de aquella habitación luchando por asimilar todo lo que le había ocurrido desde que se levantó por la mañana.

Aún continuaba aturdida. Aunque, contra todo pronóstico, su conmoción no se debía a que acababa de saltar, protegida entre los brazos de lord Rheged, desde una altura de cuatro pisos y había llegado al suelo sana y salva como si hubiera bajado un único escalón. Tampoco era por haber visto algo que a más de uno le habría helado la sangre: un medio hombre jaguar en plena trasformación. Lo que realmente mantenía a Arabella en un estado catatónico era la cantidad de sensaciones que un pequeño punto de su anatomía había sido capaz de repartir a lo largo de su cuerpo. Él solo había acariciado su boca con suavidad, ella había sentido verdaderas explosiones en lugares innombrables.

¿Cómo era eso posible? Hacía como una hora que habían regresado y todavía no había conseguido recuperarse.

Volvió a sonrojarse ante el recuerdo de sus reacciones. Cómo se colgó de su cuello, cómo se encaramó a su cuerpo (de eso tenía toda la culpa el llevar pantalones. Con faldas y enaguas le habría resultado mucho más difícil y no lo habría hecho) y… como atrapó su labio inferior con los suyos y escuchó ensimismada su gruñido y su voz llamándola con desesperación.

Tenía la boca seca y sintió la necesidad de beber algo. Quizá podría bajar hasta la cocina y hacerse un té. Delante de una taza humeante, seguro que conseguiría relajarse y pensar con claridad.

Se quitó los botines para no hacer ruido y sonrió al ver sus calzas rojas. En Langdale House su tía no permitía que su vestimenta no fuera de otro color más que gris. Pero el primer día que Arabella puso sus pies en la ciudad…

Sonrió al recordar.

Lo primero que hizo al llegar a St. Pancras fue comprar una guía Bradshaw. Su excusa para despilfarrar su escaso presupuesto en aquello fue la de no perderse en la inmensa metrópoli,

pero algo en su interior le decía que aquella era una oportunidad para conocer mundo y necesitaría de un poco de ayuda para abrir bien los ojos. Había viajado para encontrar a James, pero de Londres hablaban maravillas y ella no iba a ser tan tonta como para no aprovechar la oportunidad.

Enseguida se dio cuenta fue de que lo poco que les importaba la lluvia y la espesa niebla a los londinenses: las calles estaban abarrotadas. En aquel primer paseo se topó con damas elegantes y caballeros altivos y encorsetados, con repartidores, criadas empujando ostentosos carritos de bebé, carruajes impresionantes, fachadas ornamentadas, monumentos... Todo un mundo que ella desconocía.

El tráfico también la dejó un tanto aturdida. Los atascos y el restallar del látigo de los cocheros y sus voces para controlar a las bestias. Los carruajes de todos los tipos y colores. Algunos (muchos) de alquiler, otros privados con insignias en las puertas que brillaban a la luz de las farolas de gas como si acabaran de pulir su carrocería.

Londres era deslumbrante. Pero no todo era nuevo y admirable, los olores fueron menos agradables, también la suciedad, el barro y la mugre del hollín. Aunque no le importó, era tan diferente a lo que había vivido hasta ahora.

Pensó en entrar a algún establecimiento a tomar un té, como las damas refinadas, y se fijó en que un local situado a medio camino entre Oxford y Regent Street acaparaba la entrada y salida de muchas mujeres. ¿Qué podía ser aquello? Con mucha curiosidad, sus pies la dirigieron hacia allí.

Arropada por la muchedumbre Arabella llegó al Crystal Palace Bazaar. Una de aquellas tiendas donde una mujer moderna podía satisfacer todos sus caprichos debido a la gran variedad de comerciantes que ofrecían mercaderías bajo su techo. Aquel comercio ya tenía sus años y Arabella lo conocía por boca de una de las doncellas de la residencia Blunt, pero ella jamás había puesto los pies en nada parecido. Y, aunque estaba avisada de su esplendor, tan pronto como traspasó el arco de la entrada tuvo que detenerse para asimilar lo impresionante que era todo.

Los treinta y seis pies de altura de la increíble bóveda de hierro y cristales con formas estrelladas que flotaba sobre su cabeza hicieron que se sintiera pequeña. Bajo ese firmamento estrellado, la galería tenía un segundo nivel, una especie de corredor sustentado por pilares, por el que algunas personas distanciadas del bullicio de las compras, admiraban lo que Arabella, desde la distancia, creyó que era una exposición de fotografías. Y en la parte baja, rodeada de espaldas, tocados y sombreros había mostradores repletos de mercancía: guantes, manguitos, lazos…

Un par de empujones y un «haga usted el favor de no quedarse ahí parada» la llevaron a sumergirse entre la multitud y contemplar lo expuesto. Mientras intentaba avanzar sin tropezar, advirtió que allí dentro, además del caos de voces, objetos y personas, había algo más que era

nuevo para ella. En medio de aquella promiscuidad disparatada de fruslerías podía sentirse el progreso y la libertad, pero también la extraña y reconfortante sensación de estar en un lugar neutro en el que las clases sociales se difuminaban. ¿Quién diferenciaba a las verdaderas damas de las que no lo eran o a las nobles de las acaudaladas burguesas? Todas ellas, unidas en una gran marea humana, se movían entre los mostradores como si estuvieran en el salón de su casa.

Levantó la cabeza y se topó con unos ojos grises que estaban fijos en ella. Pelo aplastado y brillante, rostro redondo, un mostacho exuberante y unas patillas demasiado largas. Un hombre que, rodeado de tanta mujer, parecía totalmente fuera de lugar. Arabella se puso nerviosa, acababa de romper una de las normas de tía Adelaida: «Una dama nunca mira directamente a los ojos a un hombre, si lo hace puede ser confundida con una mujerzuela».

Bajó la cabeza y continuó caminando.

Sombreros, guantes, sombrillas, manguitos de piel… Todo era tentador, pero no podía permitirse comprar nada; tenía que administrar sus escasos ahorros con cabeza. Sin embargo, desde uno de los mostradores, unas calzas rojas le hicieron un guiño y, pese a que sabía que era un capricho, tuvo que llevárselas consigo.

Se miró los pies y movió los dedos orgullosa. Si las viera su tía… Ella no aprobaría jamás una prenda de un color tan escandaloso, pero Arabella ya no tenía que rendirle cuentas.

Aquella visita no le sirvió solo para proclamar una recién adquirida independencia. Pisar aquel comercio le hizo también sopesar algunas opciones. En aquel lugar había muchas mujeres jóvenes, como ella, que parecían ganarse un sueldo honradamente. Si al final James no podía ayudarla había otra salida: buscar empleo. Eso la salvaría de regresar a Langdale House con el rabo entre las piernas.

Volvió a mirarse los pies, le encantaba contemplar sus calzas. Por lo bonitas que eran y por lo que representaban: el primer capricho que se había dado en su vida. Con ellas puestas bajo todas esas capas grises se sentía distinta.

Salió de su cuarto descalza intentando no perturbar la paz de aquella casa. Suke, Bernie y Charles dormían en la buhardilla, pero no era a ellos a quien temía despertar —estaba segura de que no la oirían—, era con los dos sobrenaturales con los que no quería encontrarse. Quien más le preocupaba era Melquisedec porque dormía justo en la habitación de al lado. Pero cuando pasó por delante de la puerta y no escuchó movimiento, respiró un poco más tranquila. Debía de estar durmiendo a pierna suelta.

El barón tenía sus habitaciones en el sótano. Tras interrogar a Suke, Arabella se había enterado de que su dormitorio se comunicaba con el saloncito en el que Arabella había estado, a través de una escalera oculta tras un panel de madera de la pared.

Un sótano. ¿Dormiría también en un ataúd?

Imaginarlo tumbado boca arriba con los brazos cruzados sobre el pecho propagó un

escalofrío por su espalda y, cuando un escalón crujió bajo sus pies, ese estremecimiento se transformó en una sacudida y la frente se le perló en sudor.

Se detuvo.

Tenía que tranquilizarse de algún modo, no estaba haciendo nada malo. Solo iba a la cocina a prepararse un té.

Tras unos segundos en silencio en mitad del pasillo, respiró aliviada. Después de lo sucedido en las últimas horas necesitaba una tregua, un poco de paz. Aguzó el oído y no oyó nada. La casa continuaba en silencio. Podría tomarse esa taza con toda tranquilidad.

Cuando salió de la cocina con su té humeante vio un ligero resplandor proveniente del salón; la chimenea estaba encendida. —¿Estaría allí el barón?—. Cerró los ojos un instante para decidir qué quería hacer antes de que el sentido común se impusiera del todo y la llevase en volandas escaleras arriba hacia la seguridad de su habitación.

¿Quería verlo?

Sí. Y no solo eso. Aun a riesgo de parecer una paleta estúpida que no sabía nada de la vida (que no era otra cosa que la verdad), necesitaba entender qué era lo que había sucedido entre ellos. Ese inicio de beso en mitad del mugriento callejón continuaba atormentando sus pensamientos. ¿Podría volver a mirarlo a la cara como si cualquier cosa? Eso era algo que necesitaba saber.

Con la mano libre volvió a separarse la tela del pantalón de la piel mientras arrugaba el entrecejo y la cara desencajada del barón apareció en su mente con total realismo.

No volvería a ponérselos jamás sin nada debajo.

Caminó de puntillas hacia aquel tenue resplandor y la decepción barrió su rostro cuando, al asomar la nariz por la puerta entreabierta, frente al fuego de la chimenea encontró únicamente a Melquisedec.

Él se puso el pie al sentir su presencia.

—Señorita, Blunt. Pase, por favor, no se quede ahí.

Arabella lo miró de arriba abajo. Medio vampiro, medio… ¿jaguar? Alto, atlético y bien parecido a pesar del parche que ocultaba aquel ojo perdido en su vida humana. Con su larga melena rubia suelta sobre los hombros parecía uno de esos hombres del norte de la Gesta de Beowulf, aunque su porte estirado lo delataba: era inglés hasta la médula.

Lo que había visto en casa de María había sido tan terrorífico como para hacerla salir corriendo en dirección opuesta, pero ahora lo tenía delante y no sentía miedo. Había algo diferente en él. Ni siquiera el parche le resultaba inquietante, ya no. Por algún extraño motivo se sentía inclinada a confiar. Verlo allí plantado con un brazo a la espalda y la cabeza ligeramente ladeada, como todo un *gentleman*, le hizo sonreír y dar unos pasos en su dirección.

—Por favor, no quiero ser la *señorita* Blunt para usted, llámeme Arabella.

—De acuerdo, pero solo si me tuteas y llamas Melquisedec o Mel.

La sonrisa de Arabella se amplió.

—Será un placer, Mel.

Melquisedec no llegó a responder. Una voz conocida saltó a sus espaldas como cuando un engranaje que está atascado por fin se libera y comienza a funcionar.

—No es justo. —Lord Rheged avanzó hacia ellos desde un rincón en las sombras. La habitación estaba tan a oscuras que Arabella al entrar no se había dado cuenta de que él estaba junto a la ventana contemplando, bajo la luz de la luna, las siluetas de los tejados—. Yo le he dicho lo mismo una docena de veces y ni caso, pero llegas tú y a la primera consiente en tener un trato familiar. Ya no soy milord, a Dios gracias, pero no hay forma de que me llame Brahn.

Ella inclinó la cabeza para que él no viera su rubor.

—Señor, no es lo mismo. Usted es barón.

Él se aproximó para replicar, pero, para aumentar el embarazo de Arabella, se le quedó mirando los pies.

—¡Huesos! Nunca dejas de sorprenderme.

Ella murmuró con atropello unas palabras, algo sobre un té y el deseo de no interrumpir la conversación de los hombres y, aunque ellos insistieron en que se quedara, salió volando escaleras arriba.

Huyó como una rata cobarde. O peor, ¡cómo una cucaracha cobarde!

Tras unos segundos de silencio, Melquisedec, que observaba cómo su nuevo amo tenía la mirada fija en la puerta por donde había desaparecido Arabella, se vio con el ánimo suficiente como para meter las narices dónde nadie parecía llamarle.

—Deberías decidirte, Brahn.

—¿Decidirme? ¿A qué?

—Os vi en la calle.

El barón se sentó frente a la chimenea con aire de rendición, estiró las manos y las calentó. Realmente no hacía frío —no habría sido necesario encenderla—, pero a él le gustaba mirar las llamas, le relajaba. De alguna forma era como volver a Cumbria, a casa. Allí incluso en verano hacía frío.

Melquisedec aprovechó y regresó a su sillón. Nadie le había dado permiso para opinar, pero a la vista de la actitud relajada de lord Rheged, parecía que podrían hablar de ello.

—No sé qué se me pasó por la cabeza —dijo Rheged por fin.

—No la conoces desde que la otra noche subió a tu carruaje, ¿verdad?

—No. La primera vez que la vi, Arabella tenía doce años.

Melquisedec se sorprendió. No se lo esperaba.

—¿Fue entonces cuando te encaprichaste de ella?

La mirada del barón se tiñó de enojo.

—No. ¡Qué dices! Nuestra relación nunca fue de esa índole. Aquello fue una amistad pura y sincera. Ejercí como su tutor y le tomé cariño. Nada más.

Melquisedec intentó que el tono de su voz fuera conciliador. No quería enfadarlo ni tampoco enfrentarse a él.

—No era *cariño* precisamente lo que yo he visto esta noche.

—¿Crees que soy un pervertido que va persiguiendo a las mujeres?

El híbrido levantó las manos como si alguien le estuviera apuntando con un arma. Estaba claro de que a Rheged le incomodaba el giro que estaba tomando la conversación.

—En ningún momento he dicho eso.

El barón se recostó sobre el respaldo y trató de controlarse. Melquisedec no le había censurado nada y, sin embargo, él saltaba como un puma que protege a sus crías de otro depredador. ¿Por qué esa necesidad de defender a capa y espada lo que había entre ellos dos? Se pellizcó el puente de la nariz, estaba haciendo una montaña de nada.

—Lo que sentí por ella entonces fue algo puro, me preocupaba por su bienestar.

—Los vampiros que conozco no suelen preocuparse demasiado por los humanos.

—Pero porque se empeñan en apartarse de todo y acaban viviendo por y para ellos mismos. Yo siempre me he mantenido en contacto con el mundo. No me gustan las multitudes, pero sí necesito hablar con la gente, saber qué piensan, tomar el pulso del cambio de los tiempos… Todo eso me estimula.

El silencio los envolvió de nuevo y Melquisedec tuvo que empujarle para que siguiera hablando.

—Así que te convertiste en su mentor.

—Sí. Venía a casa, leíamos juntos, conversábamos… Fue una especie de trueque, ella me alegraba la existencia con la espontaneidad de su juventud y yo ponía orden en una mente que estaba virgen. Le abrí los ojos al mundo con la intención de enriquecer su espíritu.

—¿Qué pasó para que se alterase ese equilibrio?

—La ignorancia, los prejuicios, el convencionalismo… Su tía vio en aquella amistad una amenaza, además de algo licencioso y pervertido, y la erradicó como creyó conveniente.

—¿Y te diste por vencido?

—Sí y no. No, por los motivos que ella argumentaba, no me consideraba ni me considero, una mala influencia para Arabella, aunque esta sociedad crea que enseñar a pensar a una mujer por sí misma sea corromperla.

—Y, ¿por qué sí?

—Mel, siempre he querido lo mejor para ella y, precisamente, eso no se acerca a la oscuridad de nuestra raza. Arabella tenía que crecer, enamorarse, tener hijos… Lo que ella

hubiera querido. Mi compañía habría terminado por convertirla en una paria de su tiempo.

Un pensamiento fugaz entristeció su rostro: «La puse en el camino y la abandoné».

—¿Te enamoraste?

La pregunta le hizo volver a poner los pies en el suelo.

—¿De una niña? ¡Mel! ¡Por Dios, no! La quería como amiga, jamás pensé en ella de otra manera.

Melquisedec se frotó la barbilla. Lo que le estaba contando Brahn parecía solo una décima parte de lo que pasaba por su cabeza en aquellos momentos.

—No quería decir que tú hicieras… ¿Cómo puedo decir esto sin que suene horrible?

—No vayas por ahí, Mel —interrumpió Rheged—. La quería. Deseaba lo mejor para ella. Punto. Llegué incluso a sacrificar la felicidad que me proporcionaba su compañía porque sabía que era lo correcto. Nuestra amistad no iba a ser bien vista por nadie si se descubría, así que preferí dejar de sonreír a hacerle daño. Pero jamás, repito, jamás, le puse una mano encima.

«Hasta hoy».

—Pero el tiempo ha pasado…

Rheged se encogió de hombros.

—La niña que yo conocí ha desaparecido y en su lugar han puesto a una mujer preciosa. Y además ella… —carraspeó—. Ella no ha salido corriendo, precisamente. —Bufó—. Quiero decir que no he forzado la situación y antes de que lo digas: ¡no he usado mis poderes!

—Tranquilo…, lo sé —murmuró Melquisedec conciliador—. Recuerda que os vi.

Rheged soltó de golpe el aire contenido.

—Aunque, por otro lado, he agradecido la interrupción.

—¿Agradecido? ¿Por qué?

—Mel, como ya te he dicho, quiero lo mejor para Arabella.

—¿Y le has preguntado si para ella esto es lo mejor?

Brahn negó.

—No hace falta que me lo cuestione: nuestro mundo no es para los humanos. Además, realmente ella no se siente atraída por mí, solo tiene interés por lo que puede descubrir a mi lado. Cuando Arabella tenía doce años yo debí parecerle deslumbrante, pero porque probablemente, además de sus parientes, padre, hermano y tío, no debía conocer a ningún otro hombre. Recuerdo que me miraba con la boca abierta como si yo hubiera descendido de los cielos en un carro dorado tirado por dos machos cabríos. Fascinada era una palabra que se quedaba corta. Ahora ya no sé lo que piensa, aunque, por lo poco que hemos hablado, creo adivinar que su situación no ha cambiado demasiado. En todos estos años ella ha debido permanecer pegada a las faldas de sus tías en Langdale House, así que, en ese sentido, estoy convencido de que continúa siendo bastante inocente. Pero ha pasado el tiempo, ella ha crecido y se ha convertido en una mujer, y

nuestras posiciones han cambiado. Tengo la impresión de que me sigue idolatrando, aunque me ve de otra manera. Ahora soy un Hombre en mayúsculas, un detonante de fantasías que conoce de oídas porque las ha vivido a través de los libros.

—Así que crees que has encendido una mecha virgen y que solo te ve como a un experimento.

—¿Tú no lo piensas? No ha salido del campo en diez años, no conoce prácticamente a nadie, todo es nuevo para ella. La besé y se deshizo, pero le habría ocurrido con cualquiera.

—Claro, claro. Besar a un vampiro con cara de ángel caído tiene su aquel, pero estoy seguro de que sería lo mismo con un viejo o con un tipo gordo y calvo al que le oliera el aliento y le faltaran varios dientes.

De lo más profundo de la garganta de Rheged salió un gruñido.

—Me refiero a que, si tú lo hubieses intentado, habría dado el mismo resultado. Ella tiene curiosidad, quiere conocer. Es lógico y normal.

—Brahn, despierta. Si te parases un poco a observar, te darías cuenta de cómo te mira. Realmente no puedo saber si está enamorada o solo fascinada, si has despertado su curiosidad o se siente atraída por ti, pero creo que tú, a pesar de que no quieras reconocerlo, quieres descubrirlo. Ahora bien, te daré un consejo, aunque sé que no soy quien para darlos: habla con ella. Al igual que tú pienso que Arabella no ha vivido apenas, pero si no aclaras lo que ha pasado, ese beso se convertirá en un muro entre los dos. Acabas de ver su reacción, ha salido corriendo porque seguro que no entiende muy bien de qué va este juego.

—No es un juego, Mel. Nada con Arabella lo es.

Melquisedec se levantó con la intención de retirarse a su habitación, pero antes de hacerlo le dio a Brahn una palmada en el hombro y le dijo:

—Razón de más para que pongas las cartas sobre la mesa.

Rheged se recostó sobre el respaldo y se quedó durante unos segundos mirando hacia el calor que provenía de las brasas.

Lo peor de todo era que Melquisedec tenía razón. No sabía cómo, pero tenía que dejar las cosas claras con Arabella.

Se llevó los dedos a la piel de los labios y los tocó con suavidad.

Aún podía olerla.

Necesito ver de nuevo su sonrisa

De un iceberg solo ves fuera del agua una pequeña porción, mientras que la que está sumergida es enorme, dura y compacta. Así me siento yo, mostrando una milésima parte de lo que ocurre en mi interior.

No pude contarle a Melquisedec todo lo que en aquellos instantes se me pasaba por la cabeza. No era el momento ni el lugar, y tampoco me sentía preparado.

Cumbria, verano de 1879.

La magia del muro de Lingmoor Fell, pero sobre todo: la magia de los libros.

La necesidad de arañar un poco de felicidad para mi niña me llevó a involucrarme más de lo que debería. Me había prometido que sería únicamente un observador, que no influiría en su vida, pero me resultaba imposible mantenerme del todo al margen.

En aquel inicio de verano solo pude ver a Arabella mientras paseaba en dos ocasiones. —Las dos únicas veces que pude salir de la granja en pleno día, gracias a que las nubes cubrían el cielo formando una masa abigarrada de tonos grises—. No le descubrí mi presencia, era consciente de que no debía hacerlo, pero me acerqué lo suficiente para comprobar qué tal iba su recuperación. En la primera de ellas, me impresionó su aspecto y me llenó de amargura ver que, mientras que su pierna iba mucho mejor —solo llevaba un bastón y su cojera había disminuido —, su mirada triste y gacha, las ojeras y el color pajizo de su piel no revelaban que fuera una niña feliz.

Dos veces detuvo su paseo. En ambas la vi a punto de llorar.

¿Cómo podía empujarla a que fuera a mi casa y encontrase su queridísimo libro? Eso seguro que la alegraría.

Meterme en sus pensamientos a tanta distancia sin haber probado su sangre me resultaba imposible. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Disfrazarme de administrador y hacerme el encontradizo? Me descubriría seguro.

La seguí hasta el muro de Lingmoor Fell, la vi sentarse sobre él aprovechando para subirse unas piedras caídas y esperé a que se me ocurriera algo para invitarla a ir a Brimstone Hall sin tener que aparecer ante ella.

Pero nada ocurrió. Ella retornó a Langdale House y yo la seguí preocupado hasta allí.

Me quedé en el jardín hasta bien entrada la noche. Y entonces… casi grito cuando la vi descolgar una cuerda desde la ventana de su habitación. ¡Estaba en un segundo piso! ¿Es que esta niña no iba a aprender nunca?

Salí de mi escondite presto a reprenderla. ¿Podría hacer una imitación convincente de la voz de Adelaida Carr? Era el único modo de evitar que bajase sin descubrirme. Un segundo pensamiento me hizo callar. ¿Dónde iba Huesos en mitad de la noche? Me quedé cerca por si necesitaba mi ayuda la dejé hacer. Se ató la cuerda a la cintura —no sé si era muy fiable aquel gesto—, y saltó al alfeizar. Aunque bajó despacio y asegurando cada paso, con cada avance yo resoplaba y rectificaba mi posición para colocarme de forma que pudiera interceptar su caída. Estaba justo a su lado cuando llegó al suelo, pero los de mi calaña somos expertos en convertirnos en sombras y no percibió mi presencia.

Cuando vi que tomaba el camino que se dirigía a mi mansión, la seguí emocionado, pero a mitad de camino pensé que lo mejor era adelantarla y buscar un buen escondite en mi biblioteca. Solo así sabría si encontrar su ejemplar de Alicia y leer mi nota conseguía animarla lo suficiente como para que volviese a su rutina de visitas.

Esperé y esperé detrás de una cortina —ella caminaba muy despacio—, pero mereció la pena. Sus reacciones: su llanto de felicidad al ver su ejemplar sobre la mesa y el que recorriera las estanterías acariciando mis libros me llenó de satisfacción. Por fin Huesos parecía entender que aquella era su casa y que la biblioteca era toda suya.

Cuando volví a verla unas semanas más tarde (de nuevo escondido en mi propia casa), de mi puño y letra ya habían salido tres notas más y ella estaba buscando la cuarta. Y a pesar de que Arabella no se las llevaba consigo —los dejaba en uno de los cajones de mi escritorio—, en su rostro encontré el cambio que esperaba; le había devuelto la ilusión.

¡Qué maravillosa es la infancia! Los niños simplemente creen en aquello que ven sin preguntarse ni un solo momento por qué sucede. Sin plantearse nada. Y si en el cuento de la vida se les presenta un dragón, no dudan, lo asimilan como algo real que forma parte de la magia. Yo le había dicho en una de mis notas que un administrador cuidaba de la casa, pero ¿quién creía que dejaba las cartas en aquellos lugares estratégicos? ¿Un fantasma?

Me sentí satisfecho. Aunque no era capaz de imaginar qué podría pasar por la cabeza de Arabella en aquellos momentos, creí que con esta nueva distracción le resultaría más sencillo olvidar los días grises en compañía de sus tías.

También deseé con fuerza que olvidara lo que ocurrió aquella maldita noche en Brimstone Hall, cuando se vio metida de lleno en una situación impensable para su edad.

No parecía odiarme. No demasiado, al menos.

-18-

Londres, 2 de septiembre de 1888.

Montagu Square. Residencia de James Blunt.

Cumpliendo la promesa de Rheged de la noche anterior, habían tomado la berlina para ir al apartamento de James. El barón se comportaba con naturalidad, como si nada hubiera sucedido entre ellos. Arabella… Arabella lo intentaba, pero había momentos en los que no sabía hacia dónde mirar. Gracias a dios no iban solos en el carruaje —Melquisedec iba sentado frente a ellos, de espaldas al cochero—, si no ella no habría sabido dónde meterse.

En presencia de los dos hombres evitaba tocarse la boca, pero la sensación del roce de los labios del barón aún no había desaparecido del todo. ¿Eso era normal? ¿Las mujeres iban por ahí todo el tiempo con sensaciones extrañas cada vez que un hombre las acariciaba o solo le pasaba a ella porque era una pueblerina impresionable?

Cuando el coche se detuvo, Arabella esperó a que se apearan los dos, pero cuando vio que solo lo hacía el barón y que, desde la calle, le tendía la mano para ayudarla, se extrañó. Se suponía que la compañía de Melquisedec era fundamental en aquella segunda búsqueda.

Al asomar la cabeza por la portezuela se desorientó un poco más. Aquello no era Montagu Square.

—¿Dónde estamos?

—En Savile Row —respondió muy serio Rheged.

—¿Mayfair? —él asintió— ¿Y qué hacemos aquí?

No obtuvo respuesta. Rheged la sujetó por el codo y la guio hacia lo que parecía un domicilio particular, pero que en realidad era una lujosa sastrería.

Entraron.

En un principio todo fueron negativas y frases del tipo: «Esto es un escándalo», «No lo haré, no es decente», pero cuando habló el dinero —el barón puso un fajo de libras sobre la mesa —, aquel hombrecillo estirado y ridículo se apresuró a tomarle medidas.

A ella.

Dos días. En cuarenta y ocho horas tendría dos trajes y todos los complementos inimaginables para vestirse como un hombre. Y eso, para una mujer como Arabella, con la educación que había recibido —a pesar de la excursión nocturna del día anterior en la que llevaba un traje de Bernie—, no era tan fácil de asimilar. Iba a tener ropa masculina suya colgada en el armario y eso le parecía impensable y muy, muy excitante.

Intentó mostrarse distante, pero por dentro tenía unas ganas locas de saltar por toda la tienda y darle un abrazo a lord Rheged. Todo eso significaba que ella estaba en el equipo, que Melquisedec y el barón la admitían como a un igual.

Cuando salieron, Arabella trató de mostrarse muy digna y le preguntó que por qué motivo él la había llevado a una sastrería. Su respuesta la dejó aún más descolocada:

—Londres es cuna de la elegancia masculina, no puedes ir por ahí con una chaqueta que te queda grande y unos pantalones de tejido rasposo que, además, te marcan el trasero. —Pero antes de cruzar la calle, el barón la retuvo por el codo para decirle algo más—: Arabella, lo siento. Anoche me comporté como un bruto.

¿Un bruto? ¿Cuándo? ¿Cuándo la arrastró por aquel callejón? ¿Cuándo cargó con ella como si fuera un saco de maíz y trepó por la fachada? ¿Cuándo de esa misma guisa corrieron por los tejados?... ¿Cuándo la levantó a peso y contempló su boca como si fuera un caramelo?

¿O cuándo se comió aquel caramelo delante de todos?

Pensar en esto último, revivirlo, hizo que se pusiera a temblar de la cabeza a los pies.

Rheged no añadió nada más. Tendrían que hablarlo largo y tendido, pero no era el momento.

La llevó hasta el carruaje y la ayudó a subir.

Durante el trayecto en coche Arabella no pudo más que pensar en el barón; era muy diferente a como le habían contado que eran los hombres. Siempre pensó que lo había idealizado, pero lo cierto es que era tal y como recordaba su yo de doce años. Siempre le daba opción a elegir. Siempre se anticipaba a sus deseos y siempre la trataba como a un igual.

¡Oh, my god! ¡Acababan de tomarle medidas para hacerle un par de trajes!

Esa concesión no la habría imaginado jamás, pero significaba muchas cosas. Sobre todo, significaba libertad.

No pudo reprimir la euforia y fue todo el camino sonriendo, al mismo tiempo que tarareaba una cancioncilla internamente. Y se sorprendió cuando se dio cuenta de que estaba moviendo la cabeza y los dedos de una mano al ritmo del son. Sonrió y miró al barón.

Rheged tenía sus ojos fijos en ella. Y nunca nadie la había mirado así.

A punto estuvo de atragantarse con su propia saliva.

Al llegar a Montagu Square, Melquisedec fue el primero de los tres en bajar y, antes de que Rheged hiciera el amago de seguirle, se giró y dijo:

—Algo sucede.

—¿Qué pasa, Mel?

—Huelo a sangre, a muerte. Arabella debería regresar a casa.

—Ni hablar, ¿y si se trata de James? —protestó ella apresurándose a bajar antes de que nadie le tendiera la mano para ayudarla. Aunque al ver en la cara de Rheged que no iba a ser flexible en aquello cambió de táctica—. ¿Y si quién quiera que haya estado ahí dentro nos está viendo? Estaré más segura si continúo a su lado.

Rheged la miró con los ojos entrecerrados y sopesó la situación. La plaza era grande y no había ninguna seguridad respecto a que no los estuvieran viendo discutir desde algún tejado o desde otra vivienda. Miro a su alrededor con desconfianza; sin un registro a conciencia no podría asegurarse de que nadie los estaba mirando.

Tenía razón. A su lado estaría protegida.

Le dio órdenes a Bernie para que moviera el coche y lo dejara en un lugar visible desde el apartamento.

—No me gusta la idea, pero estoy de acuerdo. Aunque te quiero siempre en algún lugar donde pueda verte.

No dejó de mirarla hasta que ella asintió.

La puerta de la calle se abrió sin presentar ninguna resistencia —la cerradura estaba rota — con un leve puntapié de Melquisedec. Al abrirse, el olor a sangre se hizo evidente hasta incluso para Arabella, que con la mano tuvo que taparse la boca y la nariz.

—¿Hay alguien…?

—Sí, y es reciente. El cuerpo aún está caliente —respondió Melquisedec que había asomado la cabeza por la puerta para hacer una primera inspección—. La mujer que vive en el bajo estaba limpiando pescado para hacerse la cena y, aunque tenía un buen cuchillo a mano, no le dio tiempo a usarlo.

Arabella se llevó las manos a la cabeza.

—¡La señora Davis…!

—Quedaos aquí, subiré a comprobar que no haya nadie en el piso de James.

Rheged la tomó del codo y la hizo entrar al recibidor del edificio. Esperar en la calle podía llamar demasiado la atención.

Arabella escuchó su propia voz en un tono más agudo de lo habitual.

—Está muy oscuro.

Rheged estuvo a punto de mentirle, pero supo que era absurdo protegerla. Ella necesitaba confiar en él y para eso tenía que decirle la verdad.

—Mejor. La mujer que nos abrió el otro día está en el suelo con la garganta desgarrada.

Percibió como Arabella se apoyaba en la pared que tenía justo detrás y pasó un brazo alrededor de su cintura.

—Pobre señora Davis —sollozó Arabella—. ¿Está muerta?

—Normalmente, cuando a un humano le destrozan el cuello de ese modo dura bastante poco.

—¿Es preciso hacerse el gracioso justo ahora?

—Arabella…

La voz de Melquisedec se escuchó desde lo alto de la escalera.

—Podéis subir, no hay nadie.

—¿No tendríamos que llamar a la policía? —preguntó Arabella.

—Mi raza tiene la costumbre de no intervenir en estos casos, ya imaginas por qué. ¿Puedes caminar?

Ella cuadró sus hombros y levantó la barbilla.

—Por supuesto que sí, pero no veo nada.

Su voz sonó segura y eso hizo que él se decidiera a soltarla, pero tan pronto como empezó a retirar la mano, la sintió desmoronarse y la sujetó más fuerte.

—Yo te guiaré. ¡Vamos! Arriba podrás sentarte y descansar.

A ella le hubiera gustado rehusar su ayuda, pero empezó a marearse y dejó que su cuerpo tomara como referencia el de Rheged. El olor metálico de la sangre era demasiado, necesitaba alejarse del aire viciado de aquel recibidor.

Él la guio tal y como había dicho, pero cuando hicieron un pequeño giro y Arabella imaginó que estaban esquivando el cadáver, tuvo la sensación de que se iba directa al suelo.

—Sujeta esto. —El barón le puso el bastón entre las manos y mientras lo tomaba un tanto aturdida como si no supiera qué hacer con él, Rheged le colocó una mano en la espalda y otra debajo de las rodillas y la levantó a peso—. Cuidado con la cabeza —murmuró mientras la subía por la estrecha escalera.

—Esto es muy embarazoso, señor —murmuró Arabella confundida al tiempo que intentaba revolverse entre sus brazos. Él no permitió que se bajara de allí.

—Nadie puede verte. Solo yo.

—Preferiría que usted tampoco lo viera.

El barón rio.

—Si cierro los ojos para que tú te sientas menos expuesta podríamos caer rodando por la escalera y, créeme, si alguien entrara por la puerta en ese momento y nos encontrara en el suelo, liados de manos y piernas junto a un cadáver, la palabra *embarazoso* se quedaría corta. Muy corta.

La vista de Arabella poco a poco adaptándose a la penumbra y la silueta del pasamanos de la escalera empezó a ser un bulto negro en la oscuridad. Se giró y estirando el cuello sobre el hombro del barón buscó con la mirada el lugar donde debía de estar el cuerpo de la mujer.

—Ya no podemos hacer nada por ella, Arabella. Te juro que si se pudiera, lo haría.

Cuando llegaron a la puerta del apartamento el barón la dejó en el suelo, aunque no la soltó. Todo estaba revuelto, como si alguien hubiera estado buscando algo con prisas y no hubiera conseguido encontrarlo, y no había ni una baldosa libre donde poner los pies.

—Mel, por favor, despeja aquel sillón para que se siente Arabella.

—No necesito sentarme, me encuentro mejor.

—Está todo por el suelo, Arabella —dijo Rheged mientras la tomaba de nuevo en brazos, cruzaba la estancia y la depositaba con suavidad sobre un asiento—. Deja que despejemos esto un poco para que puedas moverte con seguridad por la habitación.

—¿Y qué tal si se encendiera alguna luz? Con ver dónde piso creo que sería más que suficiente. Cerrad del todo las cortinas, son lo bastante gruesas para nadie pueda saber que estamos aquí.

—De acuerdo, ¿Mel?

—Voy.

Cuando el híbrido encendió una de las lámparas, Arabella comprendió porque la habían conducido a aquel sillón: la habitación parecía haber sufrido los efectos de un tornado. No había un lugar vacío en el suelo donde se pudieran poner los pies sin pisar algo y ella, con sus largas faldas, solo habría conseguido tropezar por todas partes.

—¿Quién ha hecho esto?

—Quien haya sido no parece humano —respondió Rheged.

—Estoy de acuerdo —intervino Mel—, está todo revuelto sin ton ni son. Como si lo hubiera hecho un animal rabioso.

Arabella recordó algo, se puso en pie y, levándose las faldas, saltó con agilidad hasta el asiento de un sofá próximo, bajó al suelo por el lado del respaldo y caminó con cuidado sobre los trozos de un jarrón de porcelana hasta alcanzar el pasillo por donde se iba a las habitaciones. No fue muy elegante su forma de llegar hasta allí, pero si efectiva.

Rheged la siguió, no pudo evitar sentir curiosidad.

Cuando llegó a su habitación respiró tranquila. En su cuarto había cierto orden. Quien quiera que hubiera estado en el apartamento, o se había visto sorprendido por algo o no había encontrado nada de interés y había pasado de largo.

Sin ser consciente de que el barón la observaba desde la puerta, levantó una de las maderas del suelo y metió la mano. Cuando él la vio soltar todo el aire supo que aquello que buscaba continuaba en su escondite.

Sacó un pequeño estuche de cuero relleno de papeles y un trozo de arpillera que envolvía unos objetos alargados de metal que tintineaban entre sí.

—¿Robaste la cubertería de tía Adelaida, Huesos?

Sus mejillas se tiñeron de rojo al verse descubierta, pero lo que hizo sonreír a Rheged fue

que ocultase el estuche entre los pliegues del vestido, en vez de los cubiertos sustraídos.

—Mi tía me daba una mísera asignación y se negó a pagarme el viaje a Londres. Se lo devolveré algún día.

Rheged se quedó pensativo. Ella tenía recursos, él se los había proporcionado. ¿Por qué nunca los había utilizado?

Ya hablarían de eso.

Su tono mordaz cambió a uno neutro y amable.

—No te lo reprocho, Arabella, lo digo en serio. A veces uno hace simplemente lo que tiene qué hacer. ¿Son de plata? —Ella asintió—. Pues ni se te ocurra sacarlos de ahí.

Arabella recordó la quemadura que él se hizo en la mano con aquella aguja y, aunque vio en primera fila cómo se curaba sin ayuda de nada, sin que él tuviera que explicar nada más, procedió esconder bajo sus faldas el fajo de papeles y a empaquetar los cubiertos mejor. Pero si en ese instante lo hubiera mirado, se habría dado cuenta de la enigmática sonrisa, enigmática y enorme, que lucía el vampiro.

—¿La plata puede matarlo? —preguntó cuando ya tenía el paquete bien atado.

—Su contacto quema, ya lo viste, y es muy doloroso, pero si la herida es pequeña se cura con cierta rapidez. Si es grande… lo pasamos mal y —carraspeó— necesitamos bastante sangre para regenerar los tejidos. Si lo que en realidad estás preguntando es cómo acabar con uno de nosotros, la forma más limpia sería cortarle la cabeza.

Cortarle la cabeza…

El estómago de Arabella se revolvió al pensar en ello, pero como siempre su desbordante imaginación vino a protegerla y cambió esa imagen desagradable por una que le traía muchos recuerdos: la Reina de Corazones gritando su frase predilecta: «¡Qué le corten la cabeza!».

Ese pensamiento le hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—Arabella, no es un chiste —le regañó él cuando la vio sonreír.

—Perdón.

—No tienes que pedir disculpas, pero tienes que entender que has de tomarte eso muy en serio.

—Es que pensé en…

—¿En qué?

—En nada.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse y ella, en su lugar, le dio el paquete con los cubiertos empaquetados.

—¿En la Reina de Corazones? —preguntó él con picardía.

Arabella no pudo evitar sorprenderse: el barón siempre sabía qué estaba pensando. A continuación, sonrió. Esta vez le había ganado la mano: al darle el paquete con los cubiertos

había creado una pantalla de humo para que él no viera el fajo de papeles que ocultaba entre los pliegues de su falda.

Lo que Arabella ignoraba era que la amplia sonrisa de Rheged que en ese instante barría su cara se debía, precisamente, a que sabía qué estaba escondiendo.

—Sí, en ella.

Se miraron. Él estaba feliz porque había descubierto algo en lo que jamás habría pensado. Ella porque creía que había conseguido engañarlo.

—Voy ayudar a Mel. Recoge todo lo que quede tuyo en esta habitación, ya no vas a volver.

La mirada de él cortaba el aliento, pero Arabella se las apañó para asentir y mantenerse firme hasta que lo vio salir por la puerta. Cuando desapareció, se sentó sobre el colchón y abrazó el estuche sobre su pecho.

¡Había logrado mantener aquellas cartas en secreto!

Era un tanto absurdo, porque solo eran unos trozos de papel que le daban órdenes o le hablaban sobre libros. Pero no quería tener que darle explicaciones al barón de por qué se emocionaba con unas notas que había guardado durante diez años. Eran parte de sus recuerdos y leerlas era como volver a su infancia. A su amistad. Y, aunque llegó a odiarlo porque dijo que volvería y nunca lo hizo, aquellas notas habían sido un lugar seguro al que acudir en los momentos más tristes de su existencia.

Eran su tesoro.

Un descubrimiento inesperado

Cuando la vi esconder aquel estuche volví atrás en el tiempo. Conocía perfectamente qué había en su interior.

Cumbria, verano de 1879.

Wordsworth Farm, residencia actual de lord Brahn Rheged.

Es curioso lo que les ocurre a los seres como yo. A más frío, lluvia y largas noches invernales, mejor humor. Sin embargo, el periodo estival saca toda nuestra angustia existencial. Pasamos muchas horas encerrados y eso nos vuelve irritables. Es posible que todo esto tuviera algo que ver. O no. Tal vez se debió a mis circunstancias. Lo que sí es cierto es que recuerdo aquel verano de 1879 como uno de los más grises y melancólicos de mi vida.

Pasé muchas horas mirando por la ventana mientras buscaba excusas para no volver a mi casa y continuar mi amistad con Arabella. Muchas horas maldiciendo mi oscura naturaleza.

También sentí que el tiempo se me acababa.

En medio de todo aquel caos, yo era consciente de que no podía prolongar esa situación eternamente; Arabella necesitaba ser libre. Del todo. Mi niña huesuda estaba a punto de perder el candor de la niñez y, cuando eso sucediera, ocurriría lo inevitable: tendría que atender esos planes que tía Adelaida había urdido para ella y casarse.

¿La reclamaría lord Horace para su presentación en el mismo Londres o tendrían ya acordado su matrimonio con algún terrateniente?

Será un buen partido, eso seguro, es sobrina de un parlamentario que no tiene hijos y, por lo tanto, la encargada de perpetuar el legado de los Blunt.

¿De verdad quería quedarme a verlo?

No. La vida de los humanos es corta y es desagradable verlos envejecer. Así que me di un margen: noviembre. Cuando llegara tendría que despedirme y desaparecer.

Pero me había dado la vida ver como Arabella acababa de esconder mis notas entre los pliegues de su falda. Y después de ver su reacción, no solo la forma en que la que trataba de ocultarlos, sino la turbación de verse descubierta, no he podido dejar de pensar en ello.

¿Tanto me ha echado de menos?

Me sentí culpable. Cuando me fui a vivir a Francia me había acordado de ella a menudo, sobre todo había fechas especiales como su cumpleaños en los que experimentaba verdaderos ataques de nostalgia (y compraba regalos, obviamente), pero había conseguido salir adelante. Y

ella… Ella había guardado mis notas durante todo ese tiempo. Y no solo las había guardado: las había traído consigo.

-19-

Londres, 2 de septiembre de 1888.

De regreso a la residencia de lord Rheged en Whitechapel.

Aunque el barón pareció perderse durante unos instantes en el otro lado del mundo, las preguntas que Arabella comenzó a formular nada más subir al carruaje le hicieron regresar de inmediato.

—Estoy seguro, Arabella —le respondía Melquisedec—, tu hermano ha estado en el apartamento. Se que al principio dije que parecía el arrebato de una bestia, fue lo que me pareció, pero quien lo ha desordenado todo ha debido de ser él. No había otro olor más que el suyo. —La miró excusándose por lo que iba a decir—. Quizá estaba bebido o lleno de rabia y por eso hizo ese destrozo. No lo sé. ¿Tienes alguna idea de sí podría estar buscando algo?

—No se me ocurre nada.

Rheged miró a Mel. La casera tenía la garganta desgarrada como si un oso la hubiera atacado y el olor de James estaba por todas partes. No iba a preguntárselo delante de su hermana, pero tenía que averiguar qué pensaba sobre que James pudiera haber sido el causante de aquella muerte. Aunque, ¿cómo? Él solo había visto ese tipo de ataques a manos de licántropos.

Arabella frunció los labios. Se sentía un tanto mareada y tenía más preguntas que respuestas, pero… De repente dio un pequeño salto sobre el asiento.

—¡Es posible que sí estuviera buscando algo!

Se metió el dedo entre la tela del cuello y su piel y extrajo una cadena de oro, del extremo colgaba un broche. Se lo sacó por la cabeza y se lo ofreció al híbrido porque fue el primero que le tendió la mano. Él se detuvo a mirarlo un instante antes de pasárselo a Rheged. Era un relicario de oro con un mechón de cabello delicadamente trenzado en su interior.

—Un *memento mori*. ¿De quién es el cabello que hay dentro?

—De mi madre. James y ella estaban muy unidos. Lo encontré en la cocina, dentro de una caja de té.

—¿Y dejar la habitación en ese estado solo por encontrarlo? —intervino Rheged—. ¿Acaso se ha vuelto loco?

A cada minuto que pasaba, la cara de ella estaba más desencajada.

—No lo sé.

—Solo lo vi unas pocas veces —dijo Melquisedec— y, lo siento Arabella, pero tu hermano era arrogante y provocador. Incluso hasta un poco agresivo. Y puedo imaginarlo

destrozando el apartamento.

—Vamos a dejarlo, Mel —propuso Rheged—. Solo son conjeturas, nada más.

El híbrido cerró la boca inmediatamente.

Arabella se quedó en silencio pensando sobre todo aquello. Cuando eran niños, James no habría matado ni a una mosca, pero el tiempo había pasado y empezaba a darse cuenta de que apenas lo conocía.

—Volveremos a casa, pondremos *todo lo que sabemos* sobre la mesa y lo discutiremos *los tres*. ¿Te parece bien, Arabella? —propuso el barón.

Ella miró a Melquisedec. Inspiraba confianza y en ese momento era lo que ella necesitaba: un aliado. Tan pronto como asintió, Rheged le dio un par de golpes al techo con la empuñadura del bastón para indicarle a Bernie que pusiera el coche en marcha.

Arabella aceptó de buen grado la propuesta. Cuando llegaran a casa le enseñarían al híbrido el diario de James, los recortes sobre asesinatos que había en su interior y la nota del desconocido que firmaba como «D». Quizá si mostraban toda la información de que disponían hasta el momento y cada uno exponía lo que pensaba, lograrían sacar algo en claro.

Ahora eran un equipo.

Que minutos más tarde Bernie golpease con la mano en la trampilla que comunicaba la caja del vehículo con la parte trasera de su asiento les sorprendió.

—¿Qué ocurre, Bernie? —preguntó Rheged cuando Melquisedec abrió la puertezuela deslizante.

—Creo que nos siguen, señor.

—Iré a ver —dijo Melquisedec.

Y antes de que nadie pudiera objetar, abrió la puerta y se bajó en marcha.

Rheged se dirigió al muchacho.

—Acelera, Bernie. No vayas directo a casa ni detengas el coche por nada, primero tenemos que saber a qué nos enfrentamos. —Miró a Arabella y antes de abrir la puerta y salir, tal y como acababa de hacer Melquisedec, le dijo—: Con los caballos a esta velocidad estarás a salvo, nadie se atreverá a acercarse. No te preocupes, Bernie es un gran conductor y yo solo tardaré un minuto.

Cuando el barón se apeó, Arabella descorrió la cortina, pero solo acertó a ver como los edificios pasaban rápido salpicados por la luz mortecina de las farolas de gas. Pegó la nariz al cristal en un intento de encontrar a los dos sobrenaturales. No vio nada; estaba demasiado oscuro.

De repente, una brusca oscilación de la cabina la hizo trastabillar hasta dar con sus

posaderas en el suelo entre los dos asientos. Mientras se dolía por el golpe, tuvo la sensación de que la caja del carruaje escoraba como si un gran peso se hubiera colgado en un lateral. Se dio la vuelta sin pensar y por el hueco del cristal que la cortinilla no llegaba a cubrir, vio un rostro espeluznante. Pelo enmarañado, grandes fauces, ojos inhumanos…

Arabella gritó. Y como si su grito hubiera hecho saltar un resorte, de inmediato la cabina recuperó la vertical.

Lo que fuera que hubiera estado enganchado a uno de los laterales se soltó de forma inesperada y, debido al brusco vaivén, ella salió disparada en dirección contraria y acabó dándose un fuerte golpe en la cara con el borde del asiento.

Sobre el pescante, Bernie había notado que el carruaje oscilaba de mala manera, sin embargo, no miró hacia atrás porque estaba demasiado concentrado en conducir a aquella velocidad. Pero tras el grito de Arabella y el segundo balanceo, desoyendo las órdenes de Rheged, comenzó a detener el coche. Necesitaba auxiliar a la joven. Si algo le sucedía él sería el responsable.

En el mismo instante en que sus pies tocaron el suelo aparecieron el barón y Melquisedec y Bernie respiró un poco más tranquilo, ellos sabrían qué hacer. Ninguno de ellos preguntó qué había ocurrido, sino que se dirigieron a la cabina para socorrer a Arabella. Cuando abrieron la portezuela se la encontraron hecha un ovillo en el suelo, entre los asientos. Estaba inconsciente.

Rheged entró, comprobó que respiraba y tenía pulso, y se sentó colocándola en su regazo. Con delicadeza le apoyó la cabeza en su pecho y la examinó. Tenía un fuerte golpe en la nariz, pero no estaba rota. Habían tenido suerte.

Melquisedec, sin que nadie tuviera que pedírselo, se sentó con Bernie en el pescante para dejarlos a solas, pero también para vigilar el camino. Y aunque no parecía que nadie los estuviera siguiendo, decidieron ser precavidos y dar alguna que otra vuelta antes regresar a casa.

Cuando el coche arrancó, Arabella abrió despacio los ojos. Parpadeó. Se sentía desorientada y le dolía un montón la cara.

—¿Brahn?

Que usara su nombre en ese momento hizo que el barón sonriera con dulzura.

—Aquí estoy.

Arabella intentó incorporarse y él se lo permitió, pero cuando vio su confusión volvió a encerrarla en su abrazo. Ella no protestó. Al contrario, apoyó su mejilla en las solapas de su chaqueta y se concentró en él. En su calor. En su olor. Y aunque ya no quería volver a pensar en su tía nunca más, a su cabeza vino en seguida la censura a la que habría sido sometida por perderse entre los brazos de un hombre con tanta laxitud.

Pero aquello tan agradable no podía ser algo malo, ¿no?

—¿Cómo estás, pequeña?

—Me he caído… —respondió en apenas un murmullo—. Me duele…

—Arabella, voy a pedirte algo.

—¿Ya no soy Huesos?

Siempre sería Huesos para él, pero ahora tenía que tratarla como la mujer que era.

—La otra noche me gritaste que te llamara Arabella.

Avergonzada, ella se acurrucó un poco más entre sus brazos de forma que él no pudiera verle la cara.

—¿Grité? —preguntó con un hilillo de voz.

—Lo hiciste.

—Lo siento. Lo siento mucho. Sé que es un mote absurdo, pero no me molesta que me llames así. Me recuerda quién fui una vez para ti.

Rheged se emocionó. ¿Cómo podría explicarle que Huesos estaría para siempre en su corazón? Para siempre.

No dijo nada. Tan solo cerró los ojos y la abrazó con mucha ternura.

—¿Harás algo por mí, pequeña Huesos?

Arabella esbozó una pequeña sonrisa al escuchar su antiguo nombre y él sintió que la complicidad entre los dos se acercaba a la que tuvieron cuando ella era una niña rebelde y curiosa.

—Claro que sí, Brahn.

La conmoción, era la conmoción la que ponía su nombre en el borde de sus labios. Pero qué bien sonaba.

Rheged cerró las cortinillas y, aprovechando la oscuridad en el interior de aquel carruaje, permitió que su monstruo interior saliera a la superficie: necesitaba sus colmillos. Cuando la transformación fue completa, se mordió en la cara interna de su muñeca para ofrecerle su sangre a Arabella.

—Bebe, mi niña.

El estado de Arabella actuó a su favor; ella obedeció sin rechistar. Aunque al notar el sabor metálico de la sangre en sus labios intentó rehusarla.

—¿Qué es…?

Rheged no lo permitió. Aunque era consciente de estar manipulándola, extendió sus poderes. Si no la curaba se le amorataría el rostro y pasaría varios días con dolor.

—¡Bebe, por favor! —Su voz. Esa voz espesa y hechicera.

Arabella no pudo hacer otra cosa salvo obedecer.

Cuando la herida se cerró, él le besó la frente y la atrapó entre sus brazos. Le costó media vida volver a ser humano, lo que había sentido al darle su sangre había sido demasiado íntimo y estaba aturdido. Más que nunca que recordase.

Se esforzó en hablarle, los poderes de su voz también eran un sedante.

—Buena chica. Descansa y recupérate. Ahora ya estás bien.

Ella tenía anulada la voluntad por ese poder desconocido que nublaba sus sentidos, pero él no la obligó a apretar la cara contra las solapas de su chaqueta ni a atreverse a posar una mano sobre su pecho. Ni a tutearlo ni llamarlo Brahn. Eso lo hizo Arabella porque quiso. Y Rheged se se emocionó al sentirse aceptado de ese modo: la confianza entre los dos regresaba. Pero le había fallado otra vez. De nuevo la había dejado sola en su mundo de sombras y ella había corrido peligro.

No volvería a ocurrir.

Cuando llegaron a la residencia de lord Rheged en Whitechapel, Bernie y Melquisedec se agolparon en la puerta del carruaje para comprobar cómo estaba Arabella. Al verla respiraron tranquilos: estaba consciente y el color había regresado a sus mejillas.

La casa estaba en calma, era tarde y Suke y Charles estaban en sus dormitorios. Bernie se retiró también y Mel lo hizo a regañadientes tras avivar el fuego del salón. Se moría de ganas por saber qué había ocurrido para que Arabella gritase de esa forma, pero tenía que dejarlos solos. Brahn necesitaba de esos minutos con ella.

Aún temblorosa, Arabella se sentó muy tiesa en el pequeño sofá que estaba frente a la chimenea.

—Olvídate de la etiqueta. Recuéstate y cuéntame qué ha pasado.

—Estoy bien…

El barón sonrió porque vio cómo sus labios empezaban a colocarse para decir su nombre y no dijo nada cuando la frase se le quedó incompleta y sus mejillas se sonrojaron. No tenía que presionarla; Arabella era así, si intentabas forzarla se hacía más fuerte.

Dejó que se tomara su tiempo. Estaba claro que pensaba en lo sucedido: el ceño fruncido, la mirada concentrada en un punto en el vacío…

—¿He bebido su sangre?

¡Maldición! ¿Por qué había recordado precisamente eso?

—Necesitaba curarte.

En ese instante ella lo miró a los ojos.

—Entonces, ¿la he bebido?

Avergonzado, Rheged se miró las puntas de las botas.

—Sí. Lo has hecho. —Arabella se recostó contra el respaldo como si fuera una anciana de noventa años. Había bebido sangre de un vampiro. El barón intentó distraerla—. ¿Vas a contarme ahora qué ha pasado?

—¿Me obligó usted?

No podía mentirle y decirle que no.

—Un poco…. Nublé tus sentidos para que no sintieras repulsión. Era lo único que estaba en mi mano para evitar que sufrieras.

Arabella se tocó la nariz y palpó las mejillas. Cuando cayó de espaldas se golpeó la cara contra el borde de madera de uno de los asientos y creyó haberse roto algo, y ahora no tenía hinchazón alguna ni heridas y tampoco le dolía. Suspiró. ¿Sentir repulsión? Lo único que sentía en ese instante era agradecimiento.

Acababa de beber sangre de vampiro y no estaba asqueada ni enfadada.

Necesitaba curarte…

—¿Por qué gritaste? —Escuchar aquella voz rota le hizo mirarlo con atención. Lo conocía: estaba preocupado.

Tras la pregunta, Rheged fue testigo de cómo cambió su expresión. En un segundo la mirada de su niña del alma se había teñido de tristeza.

—No va a creerme —murmuró ella con pesar.

—Ponme a prueba.

Arabella aspiró aire profundamente solo por tener de un minuto más para organizar su cabeza. Ni ella misma daba crédito a lo que había visto.

—Cuando usted y Mel dejaron el coche, sufrimos un golpe en un lateral. Se sintió tan fuerte que me caí entre los asientos.

—¿Un golpe? ¿Estás segura? ¿No pudo haber sido que Bernie pillara algún bache?

Ella se quedó mirando las caprichosas formas de las llamas. En un Londres moderno donde la mayoría de casas tenían estufas de carbón, allí aún usaban una clásica chimenea, además, sin que hiciera realmente frío. Pero si en algo coincidía con el barón era en que ver los tonos anaranjados del fuego y sentir su calor era muy agradable.

En Brimstone Hall siempre había una chimenea encendida.

Se obligó a seguir.

—Fue un golpe. Lo hizo alguien que había saltado contra la cabina del carruaje para colgarse de ella. Pesaba tanto que escoramos como si fuésemos un barco en altamar.

—El coche iba a bastante velocidad, Arabella. Es imposible que…

—Estoy segura porque me giré y pude ver su cara a través del cristal —interrumpió ella.

Después, como se quedó callada, el barón hincó una rodilla en tierra para ponerse a su altura y le tomó la mano.

Incluso así, con él al nivel del suelo, la sintió pequeña.

—¿Qué viste? —preguntó con suavidad.

—A James.

Aquella confesión sorprendió a Rheged.

—¡¿James?! —Se incorporó y se sentó a su lado. No soltó su mano—. ¿Cómo es posible que tu hermano consiguiera saltar y sujetarse a un carruaje en marcha? Necesitaría ser un acróbata para conseguirlo.

Ella aún llevaba los guantes puestos, pero incluso a través de ellos, Rheged sintió el calor y la delicadeza de sus dedos.

—¿Piensa que lo imaginé?

—Sé que tienes una gran imaginación, Arabella, no olvides que te conozco bastante bien. Por eso y solo por esta vez, quiero que seas racional. A veces uno anhela tanto algo que puede llegar a darle forma a una sombra para convertirla en alguien querido.

Arabella tomó aire; en eso Rheged tenía razón. Después de su marcha, ella había lo imaginado tantas veces sentado con un libro en el regazo frente a la chimenea de su biblioteca, que había llegado a «verlo» al abrir la puerta. Pero ahora no había sido cosa de sus locuras de niña. Había sido real.

Lo que le resultaba rarísimo era que, a pesar de todo, se sentía tranquila. Miró su mano y se recreó en las suaves y ligeras caricias de los dedos del barón. Quizá su calma se debía a eso. A lo mejor él volvía a expandir su poder para calmarla.

Frunció el ceño. No era correcto permitirle tantas familiaridades, pero tenerlo a su lado era como fondear en un puerto seguro y ¿quién no querría tener el barco a resguardo en plena tempestad?

Intentó contestar con la racionalidad que él le había pedido.

—El rostro que apareció pegado al cristal se veía difuminado en la oscuridad, pero en ese momento la luna no estaba oculta tras las nubes y, aunque la luz provenía desde atrás, silueteaba perfectamente su cabeza. Sus rasgos… —venía la parte difícil—, estaban deformados. Sus iris me miraban como lo harían los de un loco y tenía la boca entreabierta y llena de dientes afilados. Sonreía, creo, o algo así.

»Su pelo… Hace más de diez años que no veo a James, pero esos bucles dorados no son muy comunes. Estoy casi segura de que era él.

Las palabras de Arabella quedaron suspendidas en el aire de aquel salón. Lo que ella le estaba contando le daba sentido a algunas cosas que había visto aquella tarde en el apartamento.

Tenía que hablar con Mel.

La de vueltas que da la vida

Han pasado muchas cosas esta noche, demasiadas, pero ahora mismo yo solo soy capaz de darle vueltas a una sola:

Arabella ha conservado mis notas.

Londres, madrugada del 3 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Ver a Arabella esconder mis notas me hizo olvidarme del registro y de la muerte de la casera. Habría querido preguntarle al verlas, pero, aunque conseguí cerrar la boca con fuerza, no sé qué pensaría ella al verme sonreír de aquella manera. Debí parecerle un loco.

¿Qué le habrá motivado a guardarlas tanto tiempo?

Esos pensamientos me mantuvieron ensimismado en el carruaje sin poder centrarme en cualquier otra cosa hasta que Bernie dio la alarma y Melquisedec se bajó del coche a investigar. Alguien —*algo*, según palabras de mi cochero—, nos seguía desde que nuestra salida de Montagu Square.

Al escuchar eso, un sentimiento extraño que no identifiqué hasta más tarde —hasta que la tuve entre mis brazos y pude observarla a placer respirar contra mi pecho—, se disparó en mi interior: mi yo protector. Y no solo lo hizo esa parte humana que tanto me esfuerzo por mantener. Mi bestia interna quiere protegerla también.

No volveré a dejarla sola. Es demasiado valiosa como para perderla una segunda vez.

Si lo que ha visto Arabella es cierto —y yo la creo, doy fe de que la creo—, no estamos ante un espectro fantasmal, sino ante un monstruo de carne y hueso que nos puede haber seguido hasta aquí. Un ser descontrolado, violento y cruel creado por alguien de mi raza que ha querido jugar a ser Dios, pero que aún no tiene el poder.

De una cosa sí estoy seguro, James ya no es el hermano que ella recuerda, ahora es un demonio que habita entre los vivos y se alimenta de ellos: de su dolor, de su miedo, de su carne y de su sangre.

-20-

Londres, 3 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella despertó pasado el mediodía y de lo primero de lo que se dio cuenta mientras se desperezaba fue de que la casa estaba demasiado silenciosa. Eso era raro. ¿Dónde estaría Suke? Después de que mataran a aquella mujer, la joven se había retraído y, a menudo, la encontrabas absorta repitiendo las tareas como un autómata o con la mirada perdida a través de un cristal sucio por el que realmente no se veía nada. Pero, aun así, siempre oías una puerta cerrarse, unas pisadas rápidas, los ruidos de la cocina o una cancioncilla que silbaba como si fuera un chiquillo.

Un par de golpes en la puerta le hicieron pensar que se había preocupado por nada. Ahí estaba la joven, aunque no hubiera hecho ruido ni para subir la escalera.

—Pasa Suke, estoy despierta.

La puerta se abrió un poco y una nariz masculina de un perfil conocido asomó ligeramente.

—Soy yo. ¿Estás visible?

Arabella estiró de las sábanas hasta que le llegaron al cuello. No esperaba al barón.

—¿Dónde está Suke?

Él entró, llevaba en su mano una taza humeante.

—De camino a Brimstone Hall. Has debido dormir como un tronco si no te has enterado de que han empaquetado media casa. Salieron hará una media hora.

—¿Por qué?

—Si me permites pasar, te lo contaré.

Lord Rheged estaba dentro del dormitorio, pero discretamente se había quedado junto a la puerta.

—Ya está dentro.

—Sigo esperando tu permiso.

—Adelante, está usted en su casa.

Él entró, dejó la taza sobre la mesilla y se sentó en el borde del colchón. Ella subió las sábanas un poco más. Ahora solo se le veían los ojos.

—No sé por qué te tapas. Llevas la ropa de ayer puesta, anoche solo te quité los zapatos cuando te metí en la cama.

El barón parecía divertirse, pero solo lo parecía. La sonrisa que se dibujaba en sus labios no le llegaba hasta los ojos.

Arabella lo advirtió y empezó a preocuparse. Dejó caer las sábanas y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se han ido?

Él se tomó unos segundos antes de responder.

—¿Recuerdas lo que le pasó anoche a la señora Davis? —La cara de Arabella se desencajó—. Cuando te quedaste dormida y te traje aquí estuve discutiendo el asunto con Mel. Perdónanos, lo hicimos sin estar tú delante, pero era urgente que habláramos del tema y tú estabas agotada.

—¿Qué dice Mel?

Rheged inclinó la cabeza y sopesó el contárselo todo en ese instante o esperar a que lo hiciera Melquisedec.

«Sin secretos», recordó.

Lo que iba a decirle era demasiado duro, pero él estaría ahí para Arabella si ella se derrumbaba. Le tomó la mano y volvió a acariciarle la palma con el pulgar.

Ya no se sobresaltaba cuando la tocaba.

—Él opina que lo que mató a la mujer fue el mismo ser que nos siguió.

—¡¿James?!

—Sí, James.

—¿Por qué?

—Los dos hemos coincidido en algo y tenemos una teoría, pero de eso será mejor que hablemos los tres juntos.

Arabella se sentó poniendo la espalda más recta. Aún no debía de haber asimilado sus palabras: estaba demasiado tranquila.

—Yo estoy segura de lo que vi y Mel… Bueno, Melquisedec no suele hablar por hablar. Así que, supongamos que ha sido James. ¿Qué tiene esto que ver con que usted haya enviado a Suke, Charles y Bernie a Brimstone Hall?

Rheged estaba atento a todas sus reacciones. Esa entereza que mostraba Arabella no era normal.

—Él es excepcional siguiendo rastros y me explicó que durante el trayecto anduvimos durante algún tiempo contra el viento, por lo que, si… —carraspeó— …James nos persiguió desde su apartamento puede que le haya sido fácil encontrarnos; solo tiene que seguir nuestra estela.

—¿Con su olfato?

—Sí.

—Habla de él como si fuera un… sobrenatural.

Rheged la contempló con cierto orgullo: ese pensamiento crítico era la base de la «educación» que él le había proporcionado.

—Creemos que quizá lo sea.

—¿Estamos en peligro?

—No lo sé con seguridad, pero Mel y yo no podemos garantizar la seguridad de tanta gente, por eso es por lo que he minimizado riesgos y los he enviado lejos. —Se levantó—. Melquisedec ha ido a cumplir un encargo, pero debe estar a punto de regresar. Tómate ese té y baja al salón. Antes de irse, Bernie ha ido al taller de costura de madame Boucher y ha traído unos cuantos vestidos que ya estaban terminados —levantó las cejas—, así que ya no tienes que ponerte los de Lucille.

Arabella se puso nerviosa, había olvidado por completo su visita a la modista, pero más que ver lo que habían encargado, le intrigó que Mel hubiera salido.

—¿Un encargo?

—De vital importancia. ¡Ya lo verás! —Él se giró cuando ya estaba llegando a la puerta. Había cierto misterio en su mirada—. Por cierto, si necesitas ayuda para vestirte…

Esquivó la almohada que Arabella le lanzó desde la cama con una gran sonrisa. Y esa vez sus ojos también sonrieron.

—Arabella…

—Diga, milord. —Ella vio la seriedad en su mirada y rectificó—: …Rheged.

—¿Estás bien? Lo que te he contado sobre James… Yo…

—Solo son conjeturas, ¿no?

—Sí.

—Pues hasta que sean verdades las trataremos únicamente como posibilidades.

Rheged cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en ella. Esa parte, la de que el carácter espontáneo y decidido de Huesos hubiera regresado del todo para suplantar a la rígida Arabella, le hacía sentirse ligero y feliz. Muy feliz. Pero después de lo ocurrido estaba preocupado. Perderla ahora no era una opción, y era lo que ocurriría si no se centraba en lo que tenía que hacer.

Tras lavarse, cambiarse de ropa y tomarse el té, Arabella salió de su cuarto. Cuando estaba llegando a las escaleras, escuchó la voz de Melquisedec. Había regresado. Se sujetó las faldas con las dos manos y bajó los peldaños a la carrera.

«Mal hecho, niña, muy mal. Una señorita no debe llamar nunca la atención».

Se llevó la mano al pecho para tranquilizar su corazón. ¿Cómo era posible que aún escuchase la voz de su tía? ¿Es que iba a acompañarla durante toda su vida?

Frenó en seco al llegar al descansillo y se pasó la mano por las faldas para alisarlas y colocarlas en su lugar. Entró al salón con pasos pequeños y delicados, como si fuera un ángel, aunque los dos hombres allí reunidos miraban en su dirección porque la habían escuchado bajar como un caballo desbocado. Sin embargo, aunque intentó que su rostro no mostrara nada, no pudo conseguir que se le abriera la boca por la sorpresa. Sobre el respaldo del sofá había al menos una docena de calzas: finas, gruesas, moradas, de seda con lazos, bordadas… El barón tenía unas rojas en la mano.

—Son mis preferidas, Huesos. ¿A ti qué te parecen?

Ella lo miró enfadada. ¿Por qué siempre la llamaba Huesos cuando quería chincharla?

—¡¿Ese es el encargo de *vital importancia* que le ha hecho a Mel?! —protestó.

El híbrido miró hacia el techo. Aquella situación parecía tan íntima que no sabía dónde meterse.

—Pues claro. Pero solo porque está el sol fuera y no he podido ir yo. —Las levantó hasta que las tuvo a la altura de los ojos—. ¿A ti no te parece importante?

—A veces creo que está senil, milord.

Rheged rio ante las caras espantadas de los dos.

—La vida hay que tomarla con humor, Arabella. Anda, siéntate, estarás hambrienta —añadió señalando la mesa de comedor de la habitación contigua—, Suke ha dejado comida preparada como para tres días.

El estómago de Arabella tomó posesión de su voluntad. Sí, tenía hambre, y todo lo que había sobre la mesa se le antojaba delicioso.

Lord Rheged y Melquisedec esperaron a que ella hubiera terminado y se sentara junto a ellos en el salón. Tenían muchas cosas de qué hablar.

—Estoy segura de que no fue una alucinación.

—Nadie duda de ti, pequeña. Si piensas que reconociste a tu hermano tras aquella máscara deforme, nosotros te creemos.

—Pero también pensáis que fue él quien mató a la señora Davis y eso no puede ser. James no mataría ni a una mosca.

Melquisedec sintió lástima. Ella intentaba defender lo indefendible.

—Arabella —dijo—, soy un tercio de bestia, un tercio de vampiro y el resto humano. Tengo un olfato superior a la media. Y *sé* que fue el mismo monstruo quien estuvo en los dos sitios. Su olor… estaba en la garganta de la mujer y en nuestro carruaje, y las marcas de garras que hay por todas partes son las mismas. Si dices que es James…

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto! —terció Rheged al ver que Arabella empezaba a encogerse en el sillón—. Recapitulemos todos los hechos.

Rheged comenzó a caminar mientras hablaba y el corazón de Arabella se estremeció un poco más. Reconocía esas idas y venidas muy bien, era las mismas que cuando él le daba una clase magistral mientras era su alumna en Brimstone Hall.

—¿Cuándo recibiste su última carta?

—En el mes de abril.

—¿Y cuándo llegaste a Londres?

—A primeros de julio.

—¿Qué te dijo exactamente la malograda señora Davis?

—¿Aparte de que James le debía el alquiler? —Tras verlo asentir, pensó durante un largo minuto su respuesta. Conocía su forma de razonar, sabía exactamente qué era lo que le estaba pidiendo—. No sé cuánto tiempo llevaba sin ir a su apartamento. No lo dijo. Calculo que más de un mes.

—¿Te pareció que la casa llevaba tanto tiempo vacía cuando llegaste?

Arabella reflexionó antes de contestar.

—Realmente no. Su habitación es interior y parecía en uso. El resto de la casa también, aunque estaba desordenado. Nadie había limpiado en semanas y por la cocina había tazas usadas y con los posos del té resecos. Me costó mucho limpiarlas.

—¿Notaste algo raro a partir de que te instalaras allí? Puede que él volviera alguna noche…

Ella se mordió el labio.

—No. Pero solo viví allí unos pocos días. Escribí mi carta de recomendación —carraspeó— y me fui a servir en casa de la baronesa.

Rheged tamborileó sobre el respaldo del sofá y se centró en Melquisedec.

—¿Recuerdas cuando viste a James por primera vez?

—A finales de octubre del año pasado, entre las bambalinas del teatro. Lo recuerdo porque fue la primera vez que la baronesa se subió al escenario. Se representaba *Ruddigorey*. María, que por aquel entonces tenía un lío con el director de la orquesta del Savoy, accedió a sustituir a la actriz que hacía el papel de *La loca Margaret*, ya que la pobre mujer murió de unas fiebres cuando faltaban pocas representaciones para cerrar la temporada. Su intervención tuvo tanto éxito que mucha gente se acercó hasta su camerino. Entre todos ellos estaba la parejita inseparable: Didier y James.

—¿Quién es Didier? —preguntó Rheged.

Melquisedec frunció el ceño.

—El humano que transformó María y que visteis a su lado hace dos días. Didier

Chevigné. Francés, poeta… Un muerto de hambre.

—¿*Monsieur* Chevigné era *amigo* de James? —La pregunta le vino desde Arabella—. Has dicho pareja; ¿crees que eran amantes?

Rheged y Melquisedec se miraron de reojo. El híbrido se puso nervioso al contestar; no era habitual hablar con tanta franqueza ante una mujer. Ni tampoco que una dama preguntara ese tipo de cosas.

—Parecían siameses, lo compartían todo, hasta sus conquistas. Puede que hubiera algo entre ellos, la verdad es que con seguridad no lo sé, no los vi tantas veces juntos como para saberlo, pero sí había entre ellos una relación algo especial. Pero eso duró hasta que María se fijó en el francés.

Arabella le habló directamente a Rheged.

—«D», el firmante de la nota, tiene que ser Didier. Estoy segura. ¡Qué poco conozco a mi hermano! —Miró a Melquisedec con ansiedad—. Continúa por favor.

—A María le dieron un papel pequeño en la ópera que pusieron después en el cartel y vinieron muchas veces, pero ella empezó a separarlos; supongo que porque ya tenía planes para Chevigné. No volví a verlos juntos hasta después de marzo de este año, en la última representación de *H.M.S. Pinafore*.

Rheged miró a Arabella.

—*H.M.S. Pinafore*, la entrada que encontramos.

Ella asintió.

—En abril —prosiguió Melquisedec— María transformó a Didier y James montó en cólera. Vino varias veces a casa para pedir explicaciones y a ver a su amigo, pero la baronesa consiguió evitarlo. Él no desistió. No dejó de enviarle notas a Chevigné, aunque poco a poco su contacto se fue enfriando. La última vez que lo vi fue hace algo más de un mes, en unos ensayos. Estaba muy desmejorado y, ahora que lo pienso, algo en el parecía distinto. Lo achaqué al opio, pero puede que fuera algo más. —Miro de nuevo a Arabella—. Ese día fue cuando la baronesa me indicó que me deshiciera de él.

—Bien. Así que tenemos un nuevo vástago transformado en abril. ¿Didier vivió en Kensington desde la conversión?

—Sí. Al parecer había estado viviendo con James hasta entonces, pero en abril se mudó a la residencia de María. Supongo que en un momento de lucidez ella quiso tenerlo controlado. Un neonato puede ser bastante… inestable en sus primeros meses de vida.

—Entonces tenemos a James un tanto *desplazado* de su amistad con Didier y muy enfadado con María.

—Sí. Aunque más que desplazado yo diría que lo habían sustituido.

Arabella observó al barón y, de inmediato, supo que ya había sacado alguna conclusión. Su pregunta fue directa.

—¿Sin secretos?

Él arqueó una ceja.

—Por supuesto.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano? ¿En qué se ha convertido?

Rheged se sentó frente a ella y se acomodó fingiendo una despreocupación que no sentía. Juntó las yemas de sus dedos delante del pecho y se detuvo un momento para organizar sus ideas y encontrar así la mejor manera de exponer su teoría. A Arabella no le iba a gustar.

—Creo que tu hermano quiso convertirse en vampiro y, sin saber en qué se estaba metiendo, convenció a Didier para que lo hiciera.

—¿Mi hermano quiso convertirse en vampiro? —Ella no daba crédito.

—Todo hace pensar que sí.

—Pero su rostro… No es como el de María.

—Si lo transformó Didier es un ser inacabado. Algo que en mi raza se llama *maledicti*, maldito.

—No entiendo. —Comprendía, pero no quería admitirlo. En lo más profundo de su ser sabía que todo lo que se había expuesto era cierto. Lo que tenía ante sus ojos era la verdad: su hermano era un monstruo descontrolado y peligroso que había matado a una persona inocente.

Rheged la miró con atención. Estaba sentada con las manos cerradas sobre el regazo. Tenía la espalda muy recta y estaba tensa y expectante. No le gustó nada verla así. Se levantó, sentía la imperiosa necesidad de colocarse junto a ella y tomar su mano, y lo hizo sin importarle que Mel estuviera en la habitación.

Tan solo cuando estuvo a su lado reconfortándola, siguió hablando.

—Cuando se crea un nuevo vampiro, la parte humana y la sobrenatural se entremezclan en su interior y hay un periodo largo de adaptación hasta la madurez. Para algunos eso significa más tiempo que para otros, depende de quién lo cree y en qué condiciones. —Ella asintió, pero empezaron a temblarle las manos—. Pero con el tiempo que ha pasado desde que convirtieron a Didier, por muy rápido que él haya asimilado la sangre de María, es imposible que haya llegado a la madurez. Si estoy en lo cierto e intentó transformarlo, la probabilidad de que saliera mal es muy alta, y si James es un *maledicti*, en estos instantes, en su interior hay una tremenda lucha entre lo humano y lo oscuro. Aunque si viste ya un rostro desfigurado, significa que la sangre de Didier está ganando la partida.

—Pero habrá una solución, ¿verdad? Será transitorio.

Rheged iba a decirle que no, que aquello era irreversible, pero se miró en sus ojos y no fue capaz. Lo haría poco a poco.

—No lo sé con seguridad.

Arabella no lloró, no gritó, no maldijo. Simplemente vació su mirada y se tragó todas sus emociones. No había visto a James en mucho tiempo y salvo sus escasas cartas se había desentendido de ella, pero… era su hermano. Y si había una forma de salvarlo, ella la encontraría.

—Arabella… —Él estiró la mano y acarició casi sin rozarla la línea de su mandíbula—. Pediremos una segunda opinión. Mañana iremos a ver a alguien, le describirás lo que viste, sin darle ninguna otra información sobre lo que yo he conjeturado, y veremos qué nos dice.

Ella asintió. En ese momento no pensó que con toda seguridad irían a ver a otro vampiro, con saber que iban a contrastar teorías fue suficiente.

Aún había esperanza.

Rheged se levantó y dirigió sus pasos hasta la ventana. Separó la cortina y certificó que la luz del sol había caído. Necesitaba comer. Llevaba dos días sin hacerlo y estar tan cerca de Arabella empezaba a sentirse demasiado tentador.

—Voy a salir. ¿Mel, te quedarás con ella?

—Por supuesto, seré su fiel guardián.

—Perfecto, gracias. No me esperéis despiertos.

Tomó su capa, su bastón, la chistera y los guantes que tenía en una silla junto a la puerta y se preparó para salir bajo la mirada atenta de Arabella.

A ella le extrañó esa repentina huida y en el momento en el que escuchó cómo se cerraba suavemente la puerta de la vivienda, se volvió y le preguntó a Mel:

—¿Dónde va?

—Por el brillo en sus ojos, la extrema palidez y las ojeras… A comer.

Arabella giró de nuevo su cabeza hacia la salida. Desde su reencuentro él se había esforzado por mostrarle su cara humana, tal y como hizo cuando era niña, de tal modo que había llegado a olvidar que estaba frente a un depredador.

No sintió miedo sino curiosidad.

Necesito aclarar unas cuantas cosas

Mientras retiro los platos de la mesa con la ayuda de Melquisedec, no dejo de pensar en lo que el barón nos ha contado. Es muy posible que mi hermano sea un maledicti, pero me cuesta creerlo.

Londres, madrugada del 4 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

A veces siento que estoy inmersa en un sueño del que no tardaré en despertar. Vampiros, hombres jaguares, malditos, brujas… Aunque parecen muy reales, resulta difícil creer que todo es verdad.

¿Un *maledicti*? ¿Qué significa eso? James siempre fue un niño bonachón, incapaz de hacerle daño a nadie.

La escasa relación que tuve con él fue de lo más normal en la época y en las circunstancias en las que crecimos. Él tiene seis años más que yo y, cuando éramos pequeños, siempre me apartaba de sus actividades porque yo era solo *una molesta y mimada niña*. Y una vez que murió mi madre, mi padre se marchó de Inglaterra y a mí me enviaron al norte, y nuestros endebles lazos estuvieron abocados a debilitarse aún más.

En la distancia continuamos manteniendo el contacto, aunque fue más por mis largas cartas que por las suyas, breves e impersonales. Pero nunca llegamos a confiarnos nuestros más íntimos secretos: yo no le hablé de Brahn y él tampoco mencionó jamás a Didier. Nuestra correspondencia era sobre actividades, noticias de la familia, el clima o mis deseos de volver a vernos; deseos que él postergaba año tras año a pesar de ser invitado todos los veranos. Él se encontraba muy a gusto en Londres. Iba a clases, a su club de esgrima, a montar a caballo, al teatro, a fiestas… Yo solo podía ofrecerle paseos por el campo en una tierra tan inhóspita como hermosa.

¿Qué habría pasado de haber sido al revés? Si yo estuviera en problemas, ¿James habría venido a buscarme? No estoy muy segura. Sin embargo, yo estoy aquí más que resuelta a encontrarlo. James es el único que puede echarme una mano. Con mi padre en Egipto, él es la única familia cercana que me queda y, de alguna forma, necesito luchar por ella.

En esta aventura no puedo contar con mi tía Adelaida ni con lord Horace y su esposa. Todos ellos están cortados por el mismo patrón social que se preocupa de mantener las apariencias y, además, están convencidos de que mi hermano está viviendo la mayor de sus

aventuras y que aparecerá como por ensalmo tarde o temprano. ¡Qué ilusos! Si supieran que la oscuridad se aloja en la casa de enfrente y que James ha tenido un flirteo con ella, no vivirían tan tranquilos. Al contrario, estarían buscándolo debajo de las piedras. Aunque, por otro lado, he de disculparlos, esta situación es tan inverosímil que, de no haberme visto metida hasta el cuello, yo tampoco la habría barajado.

Ahora miro a lord Rheged y ya no sé qué pensar.

Lord Rheged.

Tenía que encontrarme con él en Londres. Tenía que ser un vampiro; el más monstruo entre todos los monstruos. ¡Qué caprichoso es el destino! Y, sin embargo, a su lado me siento protegida y el tirón de mi naturaleza me hace desear descubrir al hombre que hay en él. No paro de repetirme que no es humano, pero eso no parece importarme, estoy más que dispuesta a arriesgar y lanzarme a sus brazos, aunque no sé si allí encontraré una red que amortigüe mi caída.

¿Cómo me verá él ahora que han pasado diez años?

No quisiera que me viera como a una muchachita torpe que viene del campo y que parece que ha vivido siempre entre vacas, pero tampoco como la mujer obtusa y sin recursos que en realidad soy.

Una vez me dijo que, para ser una dama interesante, debía cultivar mi espíritu. Se ofreció a guiarme, pero desapareció antes de que pudiera cumplir su palabra.

-21-

Londres, madrugada del 4 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

La voz del barón sacó a Arabella de su sueño y la hizo saltar como cuando aquella tarde de lluvia en Brimstone, él le regaló un *Jack-in-the-box* que había hecho traer de Londres solo para ella. Su corazón estuvo a punto de colapsar, como ahora. No sabía lo que era y nunca esperó que dentro de aquella bonita caja hubiera un payaso sujeto a un muelle que saliera disparado en cuanto la tapa dejara de ofrecer resistencia.

El subconsciente se ponía en su contra. ¿Por qué le venían a la cabeza todos esos recuerdos?

—¿Qué haces durmiendo en el sofá?

Ella tardó un instante en responder; contemplar cómo se quitaba los guantes, la chistera y la capa le robó el poder de la palabra. Tenía una elegancia innata para moverse.

Se sentó de lado con las rodillas juntas y la espalda muy tiesa. Respiró y se aclaró la garganta.

—Necesitaba hablar con usted y aclarar algunas cosas.

El barón tenía los ojos brillantes, la mirada salvaje y sus labios se veían teñidos de un tono rojo natural. Melquisedec había dicho que había salido a alimentarse y se le veía enérgico y lleno de vitalidad. Con color en las mejillas y luz en la mirada. Si fuera una jovencita debutante daría la impresión de que acababa de llegar de una fiesta y no hubiese parado de bailar. ¿Era eso lo que reportaba la sangre?

—Aquí me tienes. Tú dirás.

Se levantó los faldones de la chaqueta y sentó a su lado. Quizá un poco cerca para ser decente.

Arabella tenía la cabeza inclinada de modo que su mirada abarcaba todo el ruedo de su falda. Sintió la necesidad de hacer algo, lo que fuera, y se decidió por alisar el tejido como si estuviera arrugado. A esa precaria distancia sentía el calor que emanaba aquel cuerpo casi más que el que provenía de la chimenea. De reojo le miró las rodillas. Luego un poco más arriba, a aquellos muslos poderosos que la habían llevado fachada arriba hasta los tejados.

Estaba tan cerca.

Parpadeó. ¿Había caído presa de un hechizo?

El barón apoyó una mano sobre su rodilla y ella tuvo que contenerse para no saltar. No había sido un movimiento brusco, pero no lo había esperado. Se fijó en su mano. Era grande, de dedos largos y fuertes. No se parecía en nada a las de los hombres de aquella ciudad. Al menos a los que ella había visto en casa de María. Hombres ricos que no tenían que trabajar. Recordó que él había dicho que luchó contra los normandos cuando invadieron Inglaterra. ¿Eran esas las manos de un soldado?

—¿Y bien, Arabella?

Rheged había seguido todos y cada uno de los movimientos de Arabella y la miraba con curiosidad.

Ella volvió a aclararse la voz.

—¿Por qué no se quedó en el valle? Me prometió que me enseñaría a bailar y nunca lo hizo.

No era así como quería que empezase la conversación, pero todas las preguntas en las que había pensado se habían borrado de su memoria.

La coraza de Rheged se resquebrajó. Por un momento pensó que Arabella iba a hablarle sobre James o los *maledicti*, o incluso de aquel inicio de beso antes de llevarla a la carrera por los tejados. Para eso sí estaba preparado. Pero cuando ella le hizo esa pregunta supo que había perdido la mano en la partida. No quería perder la confianza que estaba recuperando y desconocía cómo reaccionaría Arabella si hablaba con sinceridad. Tampoco podía posponerlo más; aquel último encuentro en Brimstone Hall era todavía un obstáculo que se interponía entre los dos y necesitaba derribarlo.

—¿Por qué viniste aquella noche a casa, Arabella?

—¿No va a responderme?

—Claro, pero antes contéstame, por favor.

Ella bajó la mirada.

—Tía Adelaida entró en mi habitación de madrugada con el ejemplar de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* que usted me regaló por mi cumpleaños. Me acusó de robarlo, aunque yo insistí e insistí que era un regalo. Discutimos. Me recordó cual era el lugar que yo ocupaba en mi familia y escapé tan pronto como salió de mi dormitorio. Corrí hasta su casa sin pensar. Ahora sé que no debí nunca hacerlo.

—Lo siento.

—No lo sienta, usted no es culpable de nada.

—De forma indirecta fui el responsable de tu caída.

Arabella se encogió de hombros.

—No, señor. Había hielo en los saledizos, resbalé y caí. Nada más. Me encontraron los criados. No tenía pensado delatarle, nunca lo habría hecho, pero mientras permanecía inconsciente dije su nombre y… —se sonrojó— …el de Lucille. Supongo que mi tía ató cabos rápido.

—¿Sabías que ella vino a verme?

Arabella lo miró a los ojos, la pena inundaba su mirada. Asintió.

—Trajo consigo el libro de Lewis Carroll y te acusó de robo, cosa que yo negué. Y cuando a la mujer empezaban a faltarle argumentos, entró Lucille y se encargó de estropearlo todo; tuvo la desfachatez de mostrarse como mi amante. —Rheged echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo—. Lo era, eso tú ya lo sabes, pero podía haberme seguido el juego para mantener las apariencias y no lo hizo. Prácticamente se restregó contra mí para hacer más evidente nuestra relación.

»Y no contenta con eso también insinuó que yo me aprovechaba de ti. ¡Qué locura! Yo nunca… —Cerró los ojos, la escena se mostraba ante él con total claridad. Suspiró—. Una gran actuación que la señora Carr aprovechó, por supuesto. Me amenazó con dar a conocer mis aventuras *incestuosas* y acusarme de pederastia.

La cara de Arabella era de pasmo absoluto. Había imaginado muchas cosas de su tía, pero algo así era demasiado bajo para una dama como ella.

Rheged prosiguió.

—No me habría importado que las malas lenguas dijeran barbaridades sobre mí, pero estabas tú por medio, y también Lucille. Los hombres tenemos poco que perder en estos asuntos, pero vosotras… Con las mujeres no es lo mismo.

Arabella lo interrumpió. Estaba tan abochornada por el comportamiento de su tía que incluso tartamudeó al protestar.

—Usted no… Usted…

—¡Jamás! Ya lo sabes. —Llevó una mano hasta su mejilla y arrastró hacia atrás una guedeja que se le había soltado del moño. Esa mano desapareció tan rápido que Arabella pensó que lo había imaginado—. Podría haberte engañado, Arabella, podría haberme metido en tu cabeza para hacerte olvidar que me habías conocido, pero nunca, nunca me aproveché. Eras mi amiga. —Carraspeó—. Por eso, ante aquella acusación, me ofrecí a limpiar tu nombre y puse mi apellido y mi título a su disposición.

—No entiendo.

—Pedí tu mano, Arabella. Si tú me aceptabas, por supuesto.

La imaginación le estaba jugando una mala pasada. Seguía dormida; todo se revolvía en su sueño.

—¡¿Usted se habría casado con una niña de trece años?!

Él negó mientras sonreía. Su inocencia era algo que siempre lo había encandilado.

—Me habría *comprometido* con una niña de trece años; la boda, por supuesto, habría tenido que esperar.

Ella aún no parecía creérselo.

—¿Y todo por limpiar mi nombre?

—Claro que sí, eso es lo que distingue a un caballero de otro que no lo es. Aunque necesito que sepas que jamás te habría obligado a compartir mi vida. Tú nunca supiste de mi naturaleza, pero yo la tenía muy presente. Mi idea en aquel momento fue la de darte lo que necesitases para vivir feliz: una renta, una casa… Y dejar que fueras libre. En cierto modo lo hice, te dije en mi última carta que había un dinero escondido para ti.

Ella se enfurruñó al recordar aquello.

—Yo jamás quise su caridad, solo que fuéramos amigos.

Él se acercó un poco más a su rostro y a punto estuvo de decir que no era caridad, sino la determinación de que estaba haciendo lo que consideraba correcto. Calló. Arabella estaba tan sofocada y alterada que seguro que iba a discutírselo, aunque supiera que era verdad.

—Yo también quería ser tu amigo y *los amigos* se ayudan los unos a los otros. De todos modos, tu tía no aceptó porque al parecer ya tenía planes para ti. Planes que pasaban por algo mejor que yo. —Arabella intentó replicar, pero él la interrumpió con un gesto de la mano—. ¿Qué ocurrió? ¿Rechazaste a tu pretendiente?

Arabella cada vez estaba más descompuesta, la conversación había tomado un camino que no esperaba. Siempre se había sentido desamparada ante la decisión que habían tomado sus parientes —su tía y su padre—, pero que ahora él también confesara haber actuado a sus espaldas… ¿Casarse por limpiar su honor? Ella jamás se lo habría pedido.

No pudo callarse. Ya no.

Se puso en pie.

—¡No hubo ningún pretendiente! Nunca salí de Langdale House. —Caminando hacia atrás comenzó a dirigirse hacia la puerta—. Mi tía aceptó mi tutela a condición de nunca, nunca, me casara. Y mi padre, con tal de no tener que cargar conmigo, me vendió para que fuera dama de compañía de por vida.

Con lágrimas en los ojos, Arabella dio media vuelta y a la carrera salió del comedor. Abochornada por haber tenido que admitir que, de alguna manera, era una especie de cautiva en su propia casa. Alguien sin voz ni voto, sin derechos. Alguien que no podía hacer con su vida lo que ella quisiera.

«¡Casada con Rheged!», pensó mientras se dirigía hacia su cuarto. Ojalá eso hubiera sucedido; casarse con él por la fuerza habría sido mucho menos terrible.

Rheged la interceptó antes de que subiera el primer peldaño de la escalera. Ella se asustó

al notar sus brazos alrededor de la cintura, ni en sueños habría creído que alguien podía moverse tan rápido.

—Arabella… —La hizo girar sobre las puntas de los pies y la abrazó contra su pecho—. No te vayas. Si lo que necesitas es desahogarte, llora a mi lado. Yo estaré aquí para sostenerte. Pero no te alejes. Debemos continuar hablando, quiero que volvamos a confiar el uno en el otro. Dime, ¿por qué nunca me lo contaste?

—Porque yo no era problema suyo.

El rostro del barón mostró una sorpresa genuina.

—¿De veras crees eso? Yo cuido de la gente que quiero, y tú has sido y siempre serás mi niña, mi amiga. —Con el pulgar limpió una lágrima que se deslizaba silenciosa por la mejilla—. Ven, tengo algo que enseñarte. Quizá con ello consiga convencerte de que es verdad que te sentía, te siento, muy próxima a mí.

Tiró de su mano en dirección al final del pasillo. Al saloncito por el que se accedía al sótano donde estaba su dormitorio.

—¡Vamos!

Arabella permitió que sus pies siguieran la dirección marcada. Aún estaba alterada por lo que había ocurrido, pero tampoco podía culparlo a él de todo aquello. Era el destino que habían escrito para ella, nada más. Algo contra lo que una niña de trece años no podía luchar.

Juntos entraron al salón para, a continuación, ver como Rheged accionaba un mecanismo oculto tras una moldura que deslizaba, hasta dejar abierto totalmente, uno de los paneles de madera que cubrían la pared.

—Encenderé una luz. No quiero que tropieces.

La curiosidad pudo con la reticencia y ella le siguió escaleras abajo hasta una amplia estancia presidida por una vetusta y enorme cama que parecía llenar todo el espacio. El barón se dirigió hacia una cómoda.

—Siéntate.

No había otro sitio, así que, aunque incómoda, Arabella se apoyó sobre el borde del colchón.

De uno de los cajones, Rheged sacó unas cuantas cajas de diferentes tamaños. De broma hizo malabarismos para sujetarlas todas y llegar junto a ella. Las dejó caer sobre la cama.

—Quiero que sepas que muchas veces pensé en romper mi promesa y presentarme en Langdale House. Si no lo hice fue porque creí que debías continuar tu camino: conocer a ese pretendiente, tener tu primer amor, casarte, tener hijos… Si yo hubiera sabido cuál era tu destino probablemente habría actuado de otro modo.

—¿Qué habría hecho?

Él le limpió con el pulgar otra lágrima que empezaba a deslizarse por su mejilla.

—Mmm, raptarte, disfrazarte de mosquetero y vivir a tu costa apostando en los duelos a espada. Bueno, espera, así solo habríamos conseguido morir de hambre.

—Ya no hay duelos… —Los ojos de Arabella continuaban líquidos, pero la broma consiguió el efecto que él buscaba: en su boca se esbozó una tenue sonrisa.

—Eso está mejor. ¿Qué esperas? ¡Ábrelos! —Ella lo miró con cara de no saber qué estaba diciendo—. Empieza por este.

Arabella tomó el paquete, pero aparte de hacerlo girar entre sus dedos no hizo nada más.

—Es el de 1880.

—¿1880?

—Huesos, ¿te has dado un golpe en la cabeza? ¡Son regalos de cumpleaños! Y este corresponde a 1880. Después, abre este, corresponde al año siguiente.

Con el índice extendido, Arabella contó las cajas. Había nueve.

—¿Todas son para mí?

—Pues claro, mi niña.

Solo pudo abrir el primero, cuando rasgó el papel y vio que era un ejemplar de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, las lágrimas que había logrado contener hasta ese instante se desbordaron de forma miserable.

—¿Por qué compró todo esto?

Él se sentó a su lado y le pasó el brazo sobre los hombros. Le dolía verla llorar.

—¿Cómo que por qué? Porque por muy lejos que estuvieras, estabas siempre presente. Arabella, si en aquel momento le ofrecí mi mano a tu tía no fue por caridad. Después de lo que ella insinuó, mi honor me obligaba, cierto, pero no lo habría hecho de no haber sentido un cariño enorme por ti. —Le acarició con cariño la cabeza—. Me gustaba tu compañía, me hacías feliz.

—Pero yo…

—Arabella, necesito que me creas, y sobre todo necesito que confíes en mí. Así que, repite conmigo: nada de secretos, nunca más.

Entre hipidos ella consiguió decirlo:

—Nada de secretos.

—¿Y lo que falta?

—Nunca más.

—Eso está mejor.

—¿Usted tampoco tendrá secretos para mí?

La sonrisa enigmática que afloró a los labios del barón la dejó perpleja.

—Todo a su debido tiempo. Soy viejo y no puedo contártelo todo de golpe, te aburrirías, pero no, tampoco los tendré.

—Entonces, ¿puedo preguntar lo que quiera?

—Eres libre de hacerlo.

Arabella llenó sus pulmones de aire, necesitaba de ese impulso para lanzarse a saciar su curiosidad. Había una pregunta que la había acosado en sueños durante las últimas dos noches.

—¿Por qué me besó en el callejón?

Esa era una de las preguntas que él sí esperaba.

—¡Oh, Dios mío! ¿Que por qué te besé? ¿Te has mirado al espejo? ¡Te has convertido en toda una mujer! Y con esos pantalones… ¡Por todos los santos! Mi subconsciente llevaba pensando en ese beso desde que te vi aparecer en lo alto de la escalera.

—Entonces…, ¿solo fue lujuria?

Él negó con diversión.

—¿Crees que soy un pervertido?

—Yo… Yo no he dicho eso.

Con un gesto de la mano le quito importancia. Lo último que pretendía era que ella creyese haberlo insultado.

—Eres preciosa. Tu boca es tan sensual, tan jugosa, y está tan bien formada que no puedo dejar de mirarla. Y cada vez que te tengo cerca… tengo que reprenderme y obligarme a tener las manos quietas. Eres una mujer exquisita y me gustas. Pero necesito que me creas cuando te digo que no voy por ahí seduciendo damiselas. Y que me habría detenido si hubiera percibido que tú no lo deseabas también.

Con esas últimas palabras, Arabella se sonrojó hasta la raíz del cabello. Era horrorosamente cierto: ella lo había deseado casi más que él.

—¡Ah!

—¿Ah? ¡Qué locuaz!

—¡No se ría de mí!

—¿Reírme? ¡Jamás! Es solo que me excita ver cómo se mezcla esa inocencia tuya con la curiosidad. —Ella lo miraba enfadada—. Bien, sí, he sido un impertinente.

Arabella se miró las faldas para evitar que él la viera abochornada.

Rheged le tocó la barbilla con la mano desnuda y ese contacto con la piel de su cara se sintió del todo indecente.

—No te avergüences. Es muy bonito que te sonrojes con solo pensar en un beso. —Le miró la boca y se relamió con desvergüenza—. ¿Sabes que ahora mismo tus labios están pidiéndome otro?

Arabella apartó la mirada mientras sentía que el rubor invadía por completo sus mejillas. Se sentía impotente. Querría no parecer tan ingenua.

—Aún no me ha dicho por qué se marchó.

Aquello le cayó a Rheged por encima como un jarro de agua fría.

—Mírame, Arabella. Por favor, hazlo. —Ella lo miró con cierta reserva, aún se sentía avergonzada—. Tú tía tenía parte de razón, pero por motivos que ella desconocía. Yo quería lo mejor para ti y eso no pasaba por mi presencia. Con doce años no podía confesarte que era un monstruo y, si seguía a tu lado, al final te arrastraría conmigo a la oscuridad. Por eso me marché. Para protegerte de mi mundo de sombras.

Para protegerte de mi mundo…

¿Ese había sido el motivo?

La tristeza de Rheged fue tan evidente que Arabella quiso abrazarlo. Ahora que sabía de su naturaleza su confesión tenía sentido, pero… aún estaba resentida por haberse quedado sola sin ninguna explicación. Le había dado tantas vueltas a su partida, que hasta había llegado a pensar que él había preferido vivir su vida de adulto sin más.

—Le entiendo. Aunque sigo pensando que me abandonó a mi suerte después de decirme que era mi amigo.

—¿Podrás perdonarme algún día?

Ella se quedó contemplando durante unos segundos aquellos ojos del color de una tormenta para después volver a mirar hacia el suelo.

Con voz temblorosa acertó a responder.

—Creo que ya lo he hecho.

Rheged sonrió abiertamente y Arabella se sonrojó aún más.

Su sofoco no se debía a la conversación que estaban teniendo. Mientras que, por fin, hablaban de lo sucedido, el cerebro de la joven estaba en otra parte. En esa que había ocurrido apenas unos minutos antes cuando él le había dicho que sus labios estaban pidiéndole un beso.

Pues debía de haberse quedado sordo porque ella no cesaba de escucharlos gritar para llamar de nuevo su atención. Si hasta los sentía estirados hacia fuera como si estuviera ejercitándolos para el contacto.

Lo miró a la cara durante unos segundos sin decir nada y, aunque creyó que no era posible se sintió aún más ruborizada.

No quería que él la viera en ese estado y volvió a concentrarse en sus pies. Necesitaba controlarse y pensar en otra cosa. Empezó a contar las pequeñas flores de la alfombra, pero Rheged era un sobrenatural y supo inmediatamente que algo que se le escapaba estaba ocurriendo delante de sus narices.

Le tocó la barbilla para que ella volviera a mirarlo.

—Lo acabamos de prometer. Sin secretos, ¿recuerdas? —Ella asintió—. Dime qué está pasando ahora mismo por tu cabecita.

Arabella tenía las dos mejillas tan rojas que parecía que la hubieran abofeteado, pero el carácter sin filtro que siempre había tenido de niña afloró sin que ella pudiera hacer nada por

detenerlo.

—Que de entre todos los hombres de Inglaterra sería fantástico que fuese usted el primero en darme un beso. —La ceja arqueada por la sorpresa le hizo continuar—. ¡Qué mejor maestro que un vejestorio de ochocientos años!

Él se carcajeó. Huesos. En ese momento era Huesos quien le daba la réplica.

—¿Lo quieres?

Un cosquilleo ardiente subió por la espalda de Arabella. En la mirada del barón no había duda alguna; ella solo tenía que decir que sí.

—Ya sé. Usted se sacrificaría por contentarme igual que cuando tenía doce años.

—¡¿Sacrificarme?! —él rio como si estuviera escandalizado, pero una idea debió de aparecer en su cabeza porque, de repente, sonrió con picardía—. Por supuesto. No imaginas lo duro que sería besarte… —Solo cuando el rostro femenino se desencajó por su desfachatez, añadió la segunda parte de la frase— …y tener que parar.

Toda la noche sin dormir

Brahn no es capaz de imaginar lo que ha hecho con esa promesa. No voy a poder pegar ojo pensando en todas y cada una de las probabilidades que puedan darse. ¿Qué si quiero un beso suyo? Qué pregunta más estúpida. ¿Quién no lo querría?

Entonces, ¿le he perdonado?
Sin dudarlo.

Londres, madrugada del 4 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Ahora ya sé porque se fue. Y aunque aún duele me siento… ¿aliviada? Es como si pudiera respirar mejor. Y no es para menos: me he quitado un peso de encima porque ahora sé que él lo hizo por un motivo que creía noble. Quizá si yo le hubiera contado los planes de mi familia, él habría actuado de un modo distinto. Aunque no sé qué habría sucedido si mi yo de doce años hubiera sabido que era un vampiro. ¿Habría creído que estaba metida en una historia fantástica o habría sido para mí algo demasiado horrible?

¿Quién sabe? Es mejor no darle vueltas; lo pasado, pasado está. Lo que importa es que el destino ha vuelto a unirnos y hemos podido hablar de ello. Y que mi corazón está cicatrizando. Lo noto.

Además, hay otra cosa que no se me va de la cabeza: mi primer beso. Si ese amago del callejón es un anticipo estoy deseando que llegue el momento de la verdad.

En el espejo de mi cuarto contemplo mi cara. Tengo las mejillas rígidas, como cuando pasas mucho tiempo sonriendo y no puedes volver a ponerlas en su lugar.

Y sé qué me ocurre: sonrío como una lunática porque quiero que sea él.

¡¿En serio?! ¿Un vampiro?

Observo mi reflejo y rio como una perturbada.

Solo me detengo cuando se me eriza la piel al recordar la reacción de mi cuerpo cuando lo tengo cerca. Los estallidos vienen por donde menos lo espero: me arde el rostro, mi corazón

trota descontrolado y siento un calor incontrolable por todas partes.

¿Es lujuria? ¿Soy una desvergonzada?

Mi tía me mataría si se enterase de que ahora mismo estoy pensando en esa zona innombrable que está entre mis piernas. Y que las tengo juntas y apretadas porque siento que hay algo dentro de mí que se licua y quiere escapar.

Así que he de concluir que sí. Tengo curiosidad por explorar esa parte en la que me siento bella, femenina y mujer que me ha explotado en la cara al volver a reunirme con él.

¿Estoy desvariando?

Es muy posible que así sea, pero es que Rheged es fascinante. Un hombre educado, elegante y atractivo, además de inteligente, divertido y seductor. Tiene ese punto gamberro que hace que quieras abofetearlo para después dejar que te abrace mientras lo besas muy fuerte. Y cuando me llama Huesos… algo dentro de mí se derrite y grita muy fuerte.

¿Qué puedo hacer yo si lo miro y sufro del mal de la tentación? ¿Acaso debo decir no y arrepentirme dentro de veinte años?

Si todo esto significa que estoy a punto de vivir la aventura de mi vida, pues adelante, quiero tenerla y, si al final me estrello, al menos podré decir que lo he intentado.

Lo peor de todo esto no es perder la virginidad y que ya no pueda encontrar un marido en condiciones —eso ya tengo asumido que no ocurrirá—, lo más duro es que mi corazón insiste en latir por él y me da miedo.

No deseo volver a sufrir.

-22-

Londres, 4 de septiembre de 1888.

Cementerio de Highgate.

La noche se hizo tan larga para Arabella después de pasarla en vela, que cuando consiguió dormirse casi rayaba el alba. El cansancio pudo con ella y despertó bien entrada la tarde. No le importó, aunque tuvo que alejar a empujones esa voz interior que le decía que la pereza era un pecado de los peores. Al menos ya no tenía el tono de su tía Adelaida y eso era un gran adelanto.

El día se le hizo cortísimo, cuando quiso darse cuenta ya iba en un coche de punto sentada junto a lord Rheged camino del cementerio de Highgate. En un segundo carruaje les seguía Melquisedec. Los Hansom Cab son de dos plazas y Arabella rechazó que se apretujaran los tres en el asiento y, por supuesto, también se negó a recorrer los más de cuarenta minutos de trayecto sobre las rodillas de Rheged.

Maldito barón, solo la insinuación ya era escandalosa.

—¿Recuerdas todo lo que te he dicho?

—Sí.

—¿Llevas las agujas de plata en su sitio?

Arabella había vuelto a ponerse el vestido de Lucille e iba armada hasta las cejas. A instancias del barón, además de las finas agujas, llevaba escondidos entre las faldas dos cuchillos de la cubertería de tía Adelaida. El poco tiempo de que había dispuesto para prepararse, lo había usado en descoser las costuras y abrir un par de aberturas a cada lado y coser, de aquella manera, dos bolsillos para no lastimarse y que tampoco se le cayeran.

—Sí. ¿Por qué vamos a ver precisamente a esa vampira?

—¿A Jezabel? Porque es vieja y sabia.

—¿Quién es?

—Aunque no la he tratado mucho sé algo de sus orígenes. Su transformación tuvo lugar bajo el mandato de Pirro, tres siglos antes del nacimiento de Cristo. Fue una pitia del Oráculo de Dodona.

—Una vidente… —él asintió, aunque Arabella no había preguntado realmente. Ella recordaba haber leído algo en Brimstone Hall sobre aquella época—. Sí que es vieja.

—Y no te confíes, a pesar de su aspecto delicado y suave, es una vampira complicada.

—¿Más que María?

—Diferente.

—¿En qué sentido?

—María es falsa; juega a tentarte, a seducirte, y solo muestra su apuesta cuando te tiene entre sus garras. Le gusta sentirse admirada, pero también el poder que da tener dinero y, para conseguir ambas cosas no le importa llevarse a quien sea por delante. Le mueve la codicia. Jezabel es caprichosa, se sabe poderosa por ser lo que es y no lo oculta. Es voluble. Cruel. Disfruta haciéndole daño a los demás. La mejor arma para que ella no te vea como a un juguete es demostrarle que eres su igual.

—Muy alentador.

—Te quiero con la barbilla muy alta. Orgullosa de ser quien eres.

—¡Ja!

—Arabella…

—Lo intentaré.

—¡Lo harás! Prométemelo.

El coche de punto los dejó en una esquina lóbrega y solitaria en la que esperaron la llegada del vehículo que traía a Melquisedec. Juntos caminaron un trecho y, cuando localizaron un lugar apropiado, ayudaron a Arabella a saltar la valla que circundaba el recinto.

Lo que ella vio en el interior le hizo exclamar:

—¿Cómo puede vivir aquí? Es un lugar horrible. ¿Esta es la parte nueva?

—No, al revés, estamos ante las primeras tumbas. Jezabel vive más al oeste, en lo que se llama El Círculo del Líbano. ¿Lo conoces? —Ella negó—. Es un anillo de bóvedas y catacumbas que rodean un cedro centenario. A través de uno de esos panteones que lo bordea se llega a una gruta subterránea: la residencia de Jezabel. Ella vivía aquí mucho antes de que se construyera el cementerio y no quiso marcharse. En el fondo es un lugar ideal: tranquilo, solitario… Y si alguien pudiera descubrir su presencia se podría achacar a la sugestión; como puedes comprobar es el escenario adecuado para una novela de terror.

—No sé si decir que da más miedo que Whitechapel en plena noche, a pesar de todos esos rincones oscuros y mugrientos. Aquí estamos al aire libre y el aire es más puro, pero es espeluznante.

Caminaron bajo los árboles acompañados únicamente por la luz de la luna. El día había sido lluvioso, pero en ese instante un gran claro de nubes les permitía ver por dónde pisaban, y las hojas caídas, anticipo de un otoño que estaba a la vuelta de la esquina, cubrían del suelo como una alfombra de manera que uno podía caminar sin llenarse de barro.

—Es increíble. No tiene ni cincuenta años y ya parece abandonado. La vegetación se come las tumbas.

—Los árboles son tan frondosos que no dejan pasar apenas luz, la humedad se condensa y todo crece y crece.

Cuando llegaron a la entrada de la Avenida Egipcia —una exótica puerta flanqueada por columnas que parecían traídas del país de los faraones—, Arabella se detuvo en seco. Melquisedec, que iba un paso tras ella, no pudo evitar chocarse contra su espalda. Tuvo que sujetarla por los hombros para que no cayera de boca.

Inmediatamente se excusó y dio un paso atrás.

—¿Es por aquí? —preguntó ella sin ocultar la grima que le producía aquel lugar.

—Es bonito, ¿no crees? —respondió el barón.

—Pre-cio-so. Parece que vayamos a traspasar el umbral a otra realidad.

—¡Huesos! Ese *precioso* no ha sonado nada sincero.

Ella lo miró entrecerrando los ojos. A la luz de la luna su palidez se veía fantasmagórica, pero en su rostro había diversión; el muy canalla se lo estaba pasando en grande.

—No tiene gracia —dijo ella fingiendo indignación mientras levantaba la barbilla como una dama orgullosa.

Rheged reía, pero se esforzó porque su voz sonase menos jocosa.

—Estoy de acuerdo, no la tiene. —Se dirigió al híbrido ya con total seriedad—. Mel, inspecciona el lugar antes de que entremos, no quiero sorpresas.

Melquisedec desapareció sin hacer el más mínimo ruido y ellos esperaron en silencio junto a la entrada. El híbrido regresó tras tres o cuatro minutos para indicarles que el camino estaba despejado.

La verja estaba entreabierta y al traspasarla y meterse en aquella construcción —un pasillo flanqueado por más tumbas que parecía techado por lo frondoso de los árboles que había sobre sus cabezas—, Arabella acusó un frío interior que no había sentido con anterioridad. Le habría gustado que lord Rheged hubiera pasado el brazo sobre sus hombros, se habría sentido menos expuesta, pero no podía pedírselo, era tomarse demasiadas confianzas.

Orgullosa, capaz e independiente. Eso era lo que él le había dicho que tenía que aparentar.

Cuadró sus hombros, levantó el mentón y avanzó en la oscuridad. Dio un traspié y gracias a que el barón la cazó al vuelo no dio con sus huesos sobre el empedrado.

—Arabella, mira por dónde pisas.

—Dijo que tenía caminar como si fuera una reina, pero está visto que no puedo hacerlo. No se ve nada con tan poca luz.

Él le ofreció el brazo como si fueran a iniciar un baile.

—Yo te guiaré.

Ella se colgó de su brazo y recordó aquellas primeras veces en las que el simple hecho de

tomar su mano le causaba pavor. Ya no tenía miedo. Al contrario, le gustaba sentir su familiaridad.

Al llegar al pasillo circular que rodeaba el gran cedro central, el cielo volvió a estar presente sobre sus cabezas. Arabella alzó la vista y se encontró con un águila tallada en la piedra que la observaba con el pico entreabierto y las alas a punto de iniciar el vuelo.

La sensación de bienestar que había sentido al estar cerca de Rheged se disipó de golpe y no se encogió de puro milagro. Orgullosa, capaz… y ¿qué era lo otro? Ya no era capaz de recordarlo. ¡Menudo sitio!

Se detuvieron frente a un retranqueo entre dos panteones, justo delante de un pequeño arco de piedra cerrado por una cancela de hierro que carecía de decoración. Rheged se adelantó un paso y la abrió sin dificultad, pero el chirrido del metal debió escucharse en tres millas a la redonda, y el corazón de Arabella, que ya iba rápido, comenzó a dar golpes en su pecho como si quisiera huir de su cuerpo. Intentó respirar hondo, lo que le permitió aquel ajustado vestido.

El pasadizo daba a una especie de jardín oculto saturado de helechos, cruces de piedra amontonadas de cualquier manera y una hiedra que trepaba por los troncos de los árboles hasta hacerlos desaparecer. Había tanta vegetación que se vieron obligados a caminar en fila. Con razón habían comprado más acres; allí no cabía un alma más.

«¡Maldita sea!».

Arabella se llevó la mano a la boca aunque la maldición fue solo de pensamiento.

Si hubiera sabido que iban a tener que saltar vallas y avanzar entre la maleza se habría puesto unos pantalones. Pero cuando el barón le dijo a Melquisedec que tenían aparentar respetabilidad, riqueza y confianza y que, para no levantar sospechas, él tenía que ser esa noche una mascota a todos los efectos, ella pensó que con ropas de hombre daría la impresión de que quería pasar desapercibida y se puso el bonito vestido de gasa beige que tenía el corpiño bordado de flores.

Una pequeña torre, otra puerta y una escalera que los condujo a las entrañas de la tierra. Humedad, calor, olor a cerrado… Casi a tientas descendieron hasta llegar a una sala enorme excavada en la roca que tenía el techo abovedado y que se iluminaba con velas aquí y allá que lo llenaban todo de siniestras sombras.

Para no volver a tropezar, Arabella caminó mirando hacia el suelo y encontró que entre la tierra suelta que caía de las paredes se veían restos de un bonito pero antiguo mosaico. Cuando se acostumbró a la poca luz reconoció la parte visible de aquellos dibujos y se sorprendió. ¿Aquello era un centauro?

¡Dios santo! ¿Estaba pisando un mosaico romano?

Se quedó pensando. Si aquel suelo formaba parte de una villa de la romana Londinium, se tendrían que redefinir las fronteras de la antigua ciudad; quedaba muy lejos de lo que ella

había encontrado en su guía Bradshaw.

Caminaba despacio admirando los restos, pero cuando llevó de nuevo su vista al frente frenó en seco. Sobre una especie de jergones tirados en un rincón había tres o cuatro —era difícil saberlo, todos aquellos cuerpos estaban enredados—, licántropos medio dormidos.

Dejó de respirar.

Lo que tenía ante sus ojos no se parecía a nada que hubiera visto hasta ahora. El cuerpo de aquellos seres podía tener las mismas partes que las de un ser humano: cabeza, tronco, brazos y piernas, pero hasta ahí llegaba todo el parecido. Estaban recubiertos por completo por un pelaje tupido, más largo en la zona de la cabeza que en el resto del cuerpo. Los cráneos eran alargados como los de los animales, con un poderoso hocico por el que asomaban unos desarrollados caninos, y los brazos terminaban en garras de uñas aceradas. Melquisedec transformado a cuatro patas sobre la alfombra de María era un inofensivo perrito de peluche a su lado. Esos seres eran grandes, exageradamente musculosos y de aspecto aterrador.

Sin embargo, en ese instante no parecían peligrosos. Quizá porque se les veía medio amodorrados. ¿Estaban drogados? Por sus ojos vidriosos y lo lento de sus movimientos daba la impresión de que hubieran tomado láudano.

Uno de ellos se giró sobre su espalda y Arabella apartó la mirada.

Mientras había estado tumbado boca abajo ella no había sido consciente —dada la cantidad de pelaje— de que no llevaban ropas, pero en ese instante… Ese hombre o lo que fuera, estaba totalmente desnudo y sus genitales eran descomunales.

«Respira, Arabella, lo que tienen entre las piernas no es tan diferente a lo que viste en aquellos grabados de anatomía que encontraste en la biblioteca de Brimstone Hall».

Aunque en aquellos dibujos el miembro masculino se veía minúsculo y flácido y lo que estaba mirando en ese instante era… ¡Oh, dios!

Un lametazo en su mano derecha la sorprendió tanto, que su brazo reaccionó encogiéndose de forma brusca por encima de su pecho como si se hubiese quemado. Un mastín enorme con los ojos totalmente negros, que no podía cerrar la boca de lo largos que tenía los caninos, estaba sentado a su lado. No parecía peligroso, sino todo lo contario; simplemente la observaba con la cabeza ladeada. Su mirada era melancólica, intensa, hipnótica… Arabella debería haber sentido pánico, pero solo se entristeció. ¿Aquello era un perro vampiro?

Muy despacio bajó la mano y el animal le lamió los nudillos cuando la tuvo a su alcance. Ella lo acarició. En respuesta recibió un par de topetazos cariñosos y la presión de aquel cuerpo caliente contra sus faldas.

Su cabeza comenzó a dar vueltas y el aire empezó a sentirse tan denso que dio igual lo mucho que ella quiso abrir sus narinas, no fue capaz de conseguir aire para sus pulmones. Melquisedec se dio cuenta y la apuntaló al suelo colocando una mano sobre su hombro, al mismo

tiempo que los poderes de Rheged la llenaron con un bien recibido bienestar.

Respiró con más calma. No estaba sola.

Una voz femenina dejó clavado al perrazo con tan solo decir una palabra: «Shunka». —¿Sería ese su nombre?—. Tras la llamada de atención el animal se levantó y, cabizbajo, se tumbó en un rincón.

Detrás de aquel montón de cuerpos peludos emergió una ninfa. Y si no lo era, lo parecía.

Arabella quiso saludarla con educación, pero ni pudo articular palabra ni inclinar la cabeza a modo de respeto. Se quedó paralizada por el miedo a pesar de que Jezabel no tenía nada de espeluznante; era un angelito que no parecía haber sobrepasado del todo la pubertad. Aunque bien pensado, quizá lo que se escondía bajo aquella aparente y delicada fragilidad era lo que más aterrorizaba. Cuando la mirabas con atención era muy evidente que bajo aquella fingida dulzura había mar de fondo. Sus ojos no engañaban. En ellos había soberbia, fuerza, arrogancia… Había maldad.

Además de todo eso, Jezabel era tremendamente sensual e incitadora. Iba descalza, con el ondulado cabello rubio suelto hasta mitad de la espalda y cubierta tan solo con una tela semitransparente que, sujeta por una especie de broche a uno de los hombros, escondía muy poco. Su piel era inmaculada, blanca como el alabastro, y sus rasgos adolescentes, finos y delicados.

Era una joven hermosa. Hermosa y letal.

—¡Cómo celebro tener visita!

—¡Jezabel! Me alegro de verte. —La voz del barón no pudo sonar más falsa, pero la vampira sonrió.

No se tocaron ni se dieron la mano ni se abrazaron. Ella hizo una grácil reverencia y Rheged se rozó el ala de la chistera con la empuñadura de marfil de su bastón.

—Te presento a mi protegida, la señorita Blunt.

Cuando Jezabel puso sus ojos sobre Arabella, todo el candor de la juventud desapareció. Su mirada se tornó más voraz, sus rasgos se volvieron afilados. Sin cambiar nada, sufrió una terrible transformación.

—Encantada de conocerla por fin —gorjeó Arabella alargando su brazo buscando estrechar su mano—. Me han hablado muchísimo de usted.

Una actuación digna del Savoy.

La vampira no se movió y dejó a la joven con la mano en el aire, pero la forma en que la observaba activó en los visitantes todas las alarmas. Rheged reaccionó rápido y no dio tiempo a que Jezabel respondiera a las palabras de Arabella. Cambió de estrategia y fue directo al motivo de su visita.

—Estamos aquí porque al parecer hay un *maledicti* campando por Londres y eso es

terrible para la comunidad. ¿Sabes algo sobre el tema?

La mera mención de un *maledicti* fue milagrosa; acaparó toda la atención de la vampira. El hambre en sus ojos desapareció. Bendita distracción.

—¿Estás seguro de eso?

—La señorita Blunt lo vio con sus propios ojos.

Jezabel examinó por segunda vez a Arabella, de nuevo a conciencia, pero con una actitud diferente. Ahora sentía curiosidad. Al final, a pesar de lo que pensaba sobre los humanos —para ella eran solo comida— se dignó a dirigirle la palabra.

—¿Qué viste, niña?

Arabella pasó por alto el tono prepotente con el que le habló la vampira e hizo una precisa descripción, aunque omitió que conocía aquellos tirabuzones rubios desde que podía recordar.

Jezabel escuchó atenta sus palabras y cuando Arabella acabó le hizo algunas preguntas.

—¿Dices que tenía los ojos rojos?

—Estaba bastante oscuro, pero sí, no tenían el intenso negro que tienen los vamp… —miró a Rheged de reojo, ¿era descortés mencionar a los vampiros de ese modo?— …los integrantes de su raza.

—¿Y varias filas de dientes?

—Como los de las mandíbulas de un tiburón, solo que más largos y finos.

—¿Y la piel?

—Estaba tallado en piedra. Como las estatuas de las tumbas del cementerio que está sobre nuestras cabezas.

Jezabel dio media vuelta y se sentó sobre una lujosa silla dorada que, a modo de trono, estaba dispuesta en un rincón. Se quedó un minuto entero como en una especie de trance.

—Es cierto, Rheged, es un *maledicti*, pero yo no sé nada del tema. Lo juro. —dijo por fin con gravedad mientras aguantaba la mirada del barón en un intento de que él viera que lo que decía era la verdad. La noticia de que era portador de cartas del Consejo debía de haber llegado incluso hasta aquel escondido lugar.

—Apelo a tus conocimientos y a los de tu vástago, Balthazar. Necesitamos detenerlo, saber si tiene cura o…

La respuesta fue tajante.

—Hay que matarlo o nos destruirá. —Alzó la voz—. ¡Balthazar! Te necesito.

Por un pasillo lateral intuyeron movimiento y los tres se giraron en aquella dirección. Pero no fue la presencia del vampiro lo que más les impresionó, sino la de Lucille, que un paso atrás y luciendo un vientre abultado, lo seguía como un corderillo.

Las miradas de Rheged y Lucille se encontraron, pero ella desvió con rapidez la suya

hacia el suelo.

—Esta humana ha visto un *maledicti* por las calles de Londres —dijo Jezabel—. Puedes preguntarle, pero su descripción es tan precisa que no hay ninguna duda.

El vástago de Jezabel, Balthazar, aparentaba unos treinta años. Vestía a la moda —traje de tres piezas confeccionado a medida— y su rostro era muy varonil. Cuando se acercó, Arabella se dio cuenta de que casi era más alto que lord Rheged.

Su rostro permaneció impasible, pero la voz se quebró cuando intentó repetir la palabra *maledicti*. Le llevó unos segundos reponerse y hablar. Su inglés, aunque muy correcto, denotaba cierto acento eslavo.

A Arabella le pareció que recitaba aquellas palabras de memoria.

—Escondido entre las cubiertas de un antifonario que se quemó en la abadía de Melk, había un documento que hablaba de esos seres demoníacos. Los crean los neonatos que se creen con el poder de desafiar a nuestros padres y tener su propia prole. Son seres incompletos, nacidos de una sangre débil que aún no tiene el carácter necesario para gestar nuevos hijos. Recién nacidos los… *maledicti* —parecía que le costaba pronunciar aquella palabra— no parecen haber obtenido los poderes de los seres de la noche, pero conforme van pasando los días, la sangre del vampiro creador lucha por imponerse. A cada día que pasa están más cerca de convertirse en bestias. Se vuelven locos. Tienen momentos de lucidez humana, de destellos de verdad, pero se ven abocados al infierno.

Arabella, olvidando por un momento dónde estaba, preguntó con inocencia:

—¿No tienen cura?

El vampiro la miró, sus ojos eran de un azul tan claro como el cielo en un día de verano. Su sonrisa le hizo parecer humano.

—La buscan tomando toda la sangre humana que consiguen para que luche contra la de su padre vampírico, pero, aunque les alivia, no les dura mucho. Yo no sé de ninguno que haya podido superarlo.

Rheged seguía mirando a Lucille. Ella se dio cuenta y tomó de la mano a Balthazar, que le correspondió con un afectuoso apretón. El barón comprendió la situación, Lucille había encontrado lo que buscaba: un vampiro que la protegiera y al que darle esa hija bastarda que se convertiría en bruja.

Asintió y ella le correspondió con una pequeña sonrisa. Con ese gesto, Rheged se liberaba de la sensación de que todavía le debía algo. Solo esperaba que el fruto de su vientre no cayera en las manos de Jezabel, pero ese tema no era ya de su incumbencia, le correspondería solucionarlo a Balthazar.

Arabella también la miraba, aunque al mismo tiempo, le habría gustado que se la tragara la tierra. Ya no era una niña, pero Lucille la había reconocido. Y cuando recorrió su figura hasta

llegar a los pies, supo que también había reconocido su vestido.

Lucille fijó la mirada en sus ojos y esperó a que Arabella le correspondiera para mostrarle su aprobación, pero la joven estaba muy cohibida. Esperó y esperó un poco más. Y cuando por fin Arabella levantó la cabeza, la saludó con una sonrisa franca. No eran enemigas, ya no, ella tenía ahora otras batallas que ganar.

Balthazar continuaba hablando con Rheged.

—No son demasiado listos, la mezcla de sangres los confunde, pero quienes se han encontrado con alguno dicen que tienen la fuerza de diez vampiros. Y lo más importante, no debéis dejaros engañar por sus momentos de lucidez; son demonios. —Negó—. Me temo que habrá que destruirlo antes de que se haga más fuerte.

Arabella sintió que se mareaba. El encuentro con Jezabel y después la aparición de Lucille pasaron a un segundo plano. Las palabras de Balthazar gritaban en su interior: *Me temo que habrá que destruirlo…*

Tenía que haber una cura. James no podía terminar así.

El camino de vuelta hacia la salida lo hicieron en silencio sintiéndose observados por los centenares de nombres tallados en las duras lápidas.

Al igual que los colmillos de los vampiros se clavaban en la piel de los humanos y chupaban su sangre, las raíces rompían las lápidas al salir de la tierra y parecían empeñadas en sacar todo el jugo de aquellas piedras abandonadas.

¿Es un abrazo suficiente protección contra el mundo?

Si Arabella se desmorona, yo seré su puntal.
He de darle eso; se lo debo.

Londres, madrugada del 5 de septiembre de 1888.
Residencia de Lord Rheged, Whitechapel.

Durante el camino de vuelta la he visto callada y triste y he sentido ganas de acunarla entre mis brazos como hice aquel día que me colé en su habitación en Langdale House.

La de veces que habré recordado ese momento: empezar por sentirla llorar contra mi pecho, dejarla desahogarse y, por fin, verla respirar algo más tranquila. Creo que en pocas ocasiones me he sentido tan triste por no poder hacer nada real por ella y, a la vez, bien conmigo mismo solo por haber pasado esos malos momentos a su lado.

En este instante, si no fuera porque Arabella puede pensar otra cosa —que lo hago por apagar mis bajezas—, subiría hasta su dormitorio y la cubriría de besos hasta que sonriera relajada entre mis brazos. Quisiera hacerlo, pero ya no es una niña. Y aunque sea lo que más deseo en este mundo, ya no puedo cuidarla de ese modo sin que parezca otra cosa.

No sé si ha asimilado bien todo lo que nos ha dicho Balthazar, ciertamente no es algo que uno pueda tragar de una sola vez. Lo que está ocurriendo le está pasando a su hermano. Su hermano. Y aunque han pasado más de diez años desde la última vez que hablaron, ella ha venido a buscarlo desde muy lejos y seguro que está pensando en cómo puede salvarlo.

La admiro. Ella está haciendo por James lo que yo debería haber hecho hace mucho; ir a su encuentro.

— 22 —

Londres, 5 de septiembre de 1888.

Grosvenor Crescent, Belgravia.

Tras el asesinato de Mary Ann Nichols, Rheged había dejado patente su malestar contra las exageraciones sensacionalistas de los periódicos y había pedido a Suke que dejara de ojearlos, —había sido un crimen horrible, realmente, pero la prensa hizo de todo aquello un espectáculo aún más macabro con aquellos dibujos sobre las muertes—, y para ello habían dejado de comprarlos. Pero esa mañana, Melquisedec, que había salido a recoger el guardarropa masculino de Arabella, regresó con un periódico bajo el brazo y una cara de total preocupación.

Primero se lo enseñó al barón y, después, entre los dos intentaron suavizar la noticia para que Arabella no colapsara a la primera de cambio. No había forma de decirlo de forma suave, aunque lo intentaron: su tío, lord Horace Blunt, había sido asesinado. Lo habían degollado y molido a golpes.

Cuando se lo dijeron, ella se quedó de pie, catatónica, con los ojos muy abiertos, la piel pálida y los puños cerrados.

—¿Asesinado?

—Anoche.

Melquisedec la ayudó a sentarse.

—¿Se sabe cómo?

En el periódico dicen que fue un ladrón.

Ella escuchaba, pero continuaba sin reaccionar.

—Tendré que ir a ver a mi tía —murmuró por fin en un susurro—. Son mi familia.

Aparentaba estar tan devastada que Rheged se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Nadie sabe que estás en Londres. No es necesario que vayas al funeral si no quieres, puedes acercarte a su casa en unos días, cuando su muerte no esté tan reciente.

Arabella lo miró y a él le recordó a un cervatillo recién nacido. Era todo ojos y temblores.

—Pero entonces no habrá nadie que represente a la familia; mi tía sigue en Cumbria y mi padre está en El Cairo.

—Entonces, ¿quieres ir?

—Debo hacerlo —respiró profundamente—. Tengo que hacerlo.

El barón se giró y miró hacia la ventana; el sol estaba en lo alto. A pesar de que la gruesa cortina tapaba bien los cristales, él podía sentirlo.

—No te preocupes, yo la acompañaré —se ofreció Melquisedec.

Rheged dio un suspiro de alivio.

—No la pierdas de vista.

—Lo juro por mi vida.

La residencia de Lord Horace Blunt estaba en el numero siete de Grosvenor Crescent, en pleno barrio de Belgravia, pero el coche de punto los tuvo que dejar en la esquina debido a la cantidad de gente, carruajes, vecinos curiosos, periodistas y amigos que visitaban a la viuda para darle el pésame, y que se arremolinaban junto al majestuoso coche de caballos con crespones negros que esperaba al féretro en la misma puerta de la entrada.

Arabella había tenido que ponerse de nuevo un vestido de Lucille —uno negro entalladísimo confeccionado con un tejido de bombasí—. Entre sus pertenencias, aunque de color gris y medio luto por la muerte de Florence, no había nada apropiado para visitar la lujosa mansión de sus tíos. Pero fue curioso que después de hablar con Rheged sobre ella y verla en Highgate, ya no le costara tanto tener que vestirse con sus ropas. De alguna manera, aquello había cerrado un capítulo en su vida: su animadversión por Lucille.

Aunque si hubo algo que le hizo odiar ese momento fue que, con toda la vergüenza del mundo, tuvo que pedirle ayuda al barón. Consiguió ponerse la camisola, los calzones y las calzas, pero cuando llegó al corsé fue incapaz de tirar correctamente de las cintas de atrás. Cuando ya estaba sudando y pensaba que se quedaría atrapada para siempre entre aquellos cordones, se colocó una enagua para tapar sus piernas, se cubrió como pudo con una bata y lo llamó mientras se ponía de espaldas a la puerta.

—Pero, Arabella, ¡la enagua se coloca después de ceñir el corsé y colocar el polisón! —le dijo nada más entrar—. Deja que te ayude.

Fue muy amable. Cerró los ojos cuando ella se lo pidió y actuó como si no estuviera vistiendo a una mujer que llevaba tan poca ropa. Arabella pudo observarlo a placer a través del espejo y, por primera vez en su vida, lo vio serio, concentrado en algo que lo había enviado muy lejos de aquella habitación. No hizo ningún comentario sobre lo que rondaba por su cabeza, pero no era difícil adivinarlo; estaba preocupado.

Ella se sentía igual.

Cuando Arabella y Melquisedec se aproximaron a la puerta de la vivienda se vieron

observados por la muchedumbre reunida en la calle. Su curiosidad tenía cierta lógica: una mujer joven, desconocida, completamente de negro, con un vestido algo pasado de moda pero de rico tejido y confeccionado para realzar la belleza de un cuerpo femenino, seguida dos pasos atrás por un individuo alto y atlético, de rostro afilado y felino, que lucía un parche de cuero negro cubriendo uno de sus ojos. Era imposible que pasaran desapercibidos. Y mientras se acercaban a las columnas de la entrada, el silencio de los allí reunidos dio paso a susurros malintencionados: «¿Quién es esa mujer?».

En aquellas mentes de miras estrechas y doble moral comenzó a germinar una idea: la segunda esposa del parlamentario era bella y joven, pero también voluble y caprichosa. ¿Habría alguna posibilidad de que aquella joven de negro fuese una amante? Su escolta, aquel hombre alto y con aspecto amenazador, no hacía sino reforzar aquella teoría. Una verdadera dama jamás se dejaría ver en compañía semejante.

Arabella tuvo que hacer de tripas corazón y pasar por entre los curiosos intentando que sus pasos mantuvieran la elegancia de una buena cuna, pero al llegar a la puerta, el mayordomo que estaba plantado junto a ella la detuvo y le pidió la invitación. Los murmullos despertaron con fuerza a sus espaldas y crecieron cuando ella negó con la cabeza. De la manera más discreta posible Arabella le explicó que era la sobrina del afectado; que acababa de llegar a Londres y aún no había tenido tiempo de presentarse en casa de sus de sus tíos para saludarlos. Como aquel guardián de la entrada continuaba mirándola impertérrito, ella añadió que acababa de enterarse de su fallecimiento por la prensa.

Por fin, tras un largo minuto en el que la examinaron de arriba abajo, la dejaron pasar, pero aún con todas esas aclaraciones, el mayordomo siguió observándola desde su puesto como si fuera un bicho raro que se había colado sin permiso.

Entrar fue claustrofóbico. Cortinas cerradas, espejos cubiertos con telas negras, crespones sobre las puertas… El ataúd estaba en mitad de la sala rodeado de gente vestida de luto y de susurros, de perfumes y olores intensos —algunos no demasiado agradables—. A pesar de las generosas dimensiones de aquel salón, uno sentía que se asfixiaba.

El féretro estaba cerrado, gracias a Dios. La visión de una garganta desgarrada podía cubrirse con las ropas, pero el rostro destrozado no debía de ser agradable para nadie.

Al menos Arabella no tuvo que entretenerse saludando y presentándose, al igual que en la calle, sintió un vacío manifiesto a su alrededor. Allí no había nada que ella pudiera hacer.

Dio una vuelta por el salón mientras observaba con atención. Las señoras le daban la espalda como si su orgullo les impidiese siquiera mirarla. Los caballeros, todo lo contrario. Aquellos arrogantes y soberbios señores, la mayoría de entrada edad, la examinaban con lascivia, con obscenidad. ¿La habrían catalogado definitivamente como la querida del difunto y pensaban

que estaba allí para buscar un nuevo amante entre sus amigos ricos?

Le entraron ganas de sacarles la lengua, pero no lo hizo porque la habían educado como a una dama.

Arqueó una ceja. Huesos sí lo habría hecho.

Resopló.

«¡Al diablo con todos!».

Que pensaran lo que quisieran.

Preguntando a un sirviente se enteró de que el funeral sería allí mismo en menos de una hora y que su tía estaba en el piso de arriba, custodiada en la aflicción por sus hermanas.

Se acercó hasta el marco de la puerta, donde Melquisedec, cuya altura le permitía ver por encima de casi todas aquellas cabezas, la tenía bajo vigilancia.

—Mel, voy a presentarle mis respetos a tía Elinor.

—Te sigo.

—Está arriba, en su dormitorio. Tú no puedes subir.

—El barón me ha pedido que no te pierda de vista.

—Hay mucha gente por todas partes, no me pasará nada.

—No me gusta.

—Solo será un momento, lo prometo. —Lo miró con ansiedad hasta que lo vio asentir—. ¿Por qué no intentas colarte en el despacho? He escuchado que lo mataron allí. A lo mejor encuentras algo que a la policía se le haya pasado por alto.

—De acuerdo, pero si en cinco minutos no estás otra vez aquí abajo, subiré y, si es necesario, montaré un escándalo derribando la puerta.

Arabella le dio dos golpecitos en el hombro —lo entendía, aquello se les escapaba de las manos— y se dirigió hacia las escaleras. Comenzó a subir despacio, pero cuando estaba llegando al primer rellano se detuvo; la sensación de que algo le oprimía el corazón era muy fuerte. ¿Qué podría decirle a su tía?

«Buenas tardes, quería tía Elinor, encantada de conocerte. Probablemente no sepas que existo, pero soy la sobrina de tu difunto esposo, esa que enviaron al norte cuando tenía doce años a casa de tu cuñada. Sí, Adelaida, veo que a ella sí la recuerdas, es quien echa pestes de ti cada vez que sales a la conversación…».

Un relámpago seguido de un trueno ensordecedor se escuchó con claridad y en el vestíbulo se hizo el silencio. Arabella se aferró a la barandilla y observó como los presentes se miraban las caras como si aquello fuera un mal augurio.

Desde su posición los observó. La alta sociedad londinense: envarados, orgullosos… Todos cortados por el mismo patrón. Ella no pertenecía a aquel círculo y no pudo sentirse más fuera de lugar.

Giró sobre sus talones y comenzó a deshacer el camino: nadie sabía que estaba en Londres y así debía continuar.

Una vez en el gran *hall*, se cuadró de hombros y dio una vuelta caminando despacio. Tenía que hacer tiempo hasta que regresara Melquisedec. La mayoría de los allí presentes la ignoraba, aunque también había ojos que no dejaban de observarla. En silencio, con la cabeza bien alta pero sin establecer contacto visual con nadie, dio gracias a dios de que su padre siguiera fuera del país y no estuviese presente; nada habría podido prepararla para enfrentarse a él.

—Mel —sintió alivio al encontrarlo, al menos él no la miraba con censura—, ¿qué has averiguado?

Melquisedec miró a su alrededor antes de hablar. Aun así, se acercó y le susurró al oído. Una actitud que provocó más chismes para los presentes.

—Han detenido los relojes de esa habitación a la una; debe de ser la hora en la que creen que ocurrió. Tú tío estaba sentado en un sillón junto a la chimenea tomando un brandy y leyendo, había un libro sobre la alfombra abierto y manchado de sangre, y una copa hecha añicos. Las vidrieras que dan al jardín tienen las hojas colgando hacia el interior y hay cristales por todas partes. Es como si su agresor hubiera accedido por la fuerza desde fuera.

—¿Cómo se pueden romper unas puertas de ese modo? ¿Habría más de uno? ¿Se hicieron con un ariete?

—Arabella, no había ningún ariete… ¡Qué imaginación! Y más bien parece cosa de una única persona. —Carraspeó—. Un sobrenatural podría romperlas sin ningún esfuerzo, son… somos bastante más fuertes que los humanos.

Ella llenó de aire sus pulmones. Si había sobrenaturales de por medio…

—Debió hacer mucho ruido.

Él asintió.

—Por eso mismo tuvo que ocurrir muy rápido: entrar, conseguir lo que quería y largarse. Donde murió tu tío no hay signos de lucha. No sé si porque el pobre hombre se quedó tan sorprendido que no intentó defenderse o conocía al agresor y no pensó que acabaría así. He oído que están esperando a un detective adjunto de Scotland Yard.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—El olor que flotaba en el aire…

—¡¿Qué?!

—Huele a pescado, a suciedad.

—¿Igual que olía James la última vez que le viste?

—Algo así.

—¿Entonces fue él?

—No puedo afirmarlo con seguridad. Si viera el cadáver…

Ella lo miró espantada.

—¡El féretro está cerrado y hay mucha gente alrededor!

—Tranquila, lo sé. No creo que tengamos la oportunidad.

—Gracias, Mel. De todos modos, presta atención. Con tu oído es posible que entre tantos susurros y cotilleos puedas averiguar algo más.

Melquisedec dio un paso atrás, cruzó las manos a la espalda e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Estaba a sus órdenes.

Minutos más tarde, cuando casi estaba a punto de comenzar el funeral, llegó lord Rheged. Iba todo vestido de negro, camisa incluida, detalle que le diferenciaba de los demás caballeros. Y, si esa tontería ya fue suficiente como para que llamara la atención, cuando se quitó el sombrero pero no las gafas de cristales tintados que llevaba para protegerse de la luz, se desencadenó un murmullo general y docenas de rostros se volvieron a mirarlo.

Majestuoso, magnético… oscuro. A pesar de ir impecable con una levita de un rico tejido aterciopelado, el chaleco de brillante satén y la corbata anudada con un lazo al cuello, destilaba peligro. Tanto que iba abriéndose paso por donde caminaba sin necesidad de pedirlo.

Arabella sintió su presencia en el mismo momento en el que él hizo su entrada y se puso de puntillas para buscarlo entre la gente. De alguna forma estaban conectados. ¿Sería por la sangre que había bebido de él?

Cuando lo tuvo enfrente se le cortó el aliento.

—Ha llegado —afirmó con un suspiro entrecortado.

—La lluvia me ha permitido salir antes de hora. ¿Te encuentras bien? —Esperó a que asintiera—. ¿Cómo está tu tía?

—No he subido a hablar con ella. —Agachó la cabeza avergonzada y se excusó—. No me he atrevido.

—¿Quieres que vaya contigo? Puedo hacer lo mismo que hice con la señora Davis si la entrevista sale mal.

Ella negó.

—Brahn…

Él la miró sin ningún recato. Que ella hubiera dejado definitivamente a un lado el trato encorsetado lo llenaba de satisfacción.

—Dime.

—¿Podríamos irnos? —La notó bastante azorada—. La realidad es que, ahora que estoy aquí, no sé a qué he venido. No conozco a esta gente, no los siento como mi familia. Preferiría estar en su casa.

Ante esa declaración, algo parecido a la emoción hinchó el pecho del barón y le hizo

esbozar una pequeña sonrisa.

Preferiría estar en su casa…

Rheged se colocó la mano abierta sobre el pecho a la altura del corazón para que ella tuviera la certeza de que su casa se extendía a cada rincón de su ser.

—Mi casa es tu casa, Arabella. —Le ofreció el brazo—. Siempre lo será.

Ella se colgó de él, era eso o desfallecer.

No soy nadie, no soy nada

No sé por qué motivo he insistido en ir a la residencia de mis tíos. Realmente no se me había perdido nada allí.

Londres, 5 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

He puesto en peligro al barón para nada porque, aunque el cielo está cargado de agua, siempre es un riesgo que salga a la calle en pleno día. Un pequeño resquicio entre las nubes y… El corazón se me encoge al pensar en las consecuencias. Si una pequeña aguja de plata le quemó nada más rozar su piel, ¿qué pasaría si recibe en pleno rostro la luz del sol? No quiero imaginármelo.

Mi comportamiento de hoy ha sido horrible. Debería haber presentado mis respetos y haberme puesto a disposición de mi tía, pero no he sido capaz. En mi cabeza no dejaba de dar vueltas aquel día en el que mi *fabulosa* y preocupada familia organizó mi vida con el cuerpo de mi madre aún caliente. Por aquel entonces, mi tío Horace se lavó las manos ante el coronel. Su pretexto: no podía hacerse cargo de una niña pequeña. Su mujer —por aquel entonces tía Harriet — estaba muy delicada y él no quería que nada ni nadie la importunase. Con mi hermano fue distinto, a él, un varón, podían enviarlo a un internado, así que se lo quedaron. Además, James lo heredaría todo tras su muerte ya que los dos hijos de lord Horace habían muerto de unas fiebres siendo aún bebés.

Mi tío era una persona de buen talante y me apena su muerte, pero nunca quiso a mi madre. No aceptó que su hermano se encaprichara de ella; no tenía título ni riquezas. Tampoco me quiso a mí; seguramente porque me parecía demasiado a ella.

Yo nunca lo quise. Fin del asunto.

Lo cierto es que no todo se reduce al resentimiento. En realidad, esa es solo la excusa que pongo siempre por delante, pero ¿cuál es de verdad mi miedo? Sé lo que me ha ocurrido, no es necesario que lo medite demasiado. Tengo otros motivos y son puramente egoístas: no deseo que vuelvan a cortarme las alas. De haberme hecho visible, tras el sepelio me habrían enviado directamente a casa de tía Adelaida a cumplir con el futuro que el coronel y su hermana pactaron para mí.

Soy consciente de que vivir en Langdale House me proporcionará una vida monótona y

gris pero cómoda, con un plato de caliente diario y un techo sobre mi cabeza. Y sin esa seguridad no sé qué va a ser de mí. Pero en este viaje me he dado cuenta de lo grande que es el mundo y de las oportunidades que ofrece. Encontraré un trabajo, el que sea, y saldré adelante en Londres o en cualquier otra parte. No tengo miedo. Puede que esa necesidad de descubrirlo todo no sea más que el sueño de una niña que se ha criado encerrada en una casa en el campo, pero si me quedo allí moriré sin conocer lo que es vivir.

Hay más.

También está esa otra parte, la que para mí solo existía en los libros: amar de verdad.

Siempre me fue descrita como indecorosa e impensable. Para mis parientes y para la mayor parte de la sociedad es solo un contrato. Pero…, ¿qué se sentirá al estar en los brazos de un hombre? ¿Cómo será que te besen, te acaricien y te miren como si no hubiera nadie más en el mundo?

Si el inicio de beso que la otra noche me dio el barón en el callejón es un anticipo, no moriré sin experimentarlo. Ahora lo quiero todo.

Y cerrando el círculo está el barón. Mí barón.

En su presencia, mis sentidos están a punto de estallar. No entiendo qué me sucede cuando está cerca, solo sé que me ahogo por dentro. Su mirada me turba y sentir el calor de sus manos se ha convertido en una obsesión. A veces me pongo cerca de él a propósito para conseguir un roce o una caricia. Tener su atención cuando hablo como si lo que yo dijera fuese importante es una droga, saber que se preocupa por mí…

¿Y si yo me atreviera a pedirle que me descubriera esa pasión que veo en sus ojos? Nada más, solo eso. ¿Y si le pidiera ese beso?

Brahn es un ser fabuloso, inmortal, seductor e irreal y yo no tengo cabida en su mundo fantástico, pero también es un hombre y, si me ofrezco a él, es muy posible que no me rechace. Tía Adelaida decía que no sabe de ningún varón que no desee la compañía nocturna de un cuerpo cálido y joven.

¡Dios mío! ¡Vuelvo a mentirme a mí misma!

Me quedaría con él si me lo pidiera.

Como amiga, compañera, amante e incluso como criada. Mi respuesta sería sí. Sí a todo. A pesar de saber que acabaré con el corazón roto.

— 23 —

Londres, 5 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella todavía llevaba el pesado vestido de luto cuando se miró en el espejo de cuerpo entero que estaba frente al armario de Lucille en el dormitorio. La excursión al domicilio de sus tíos la había dejado exhausta. Estaba pálida y se le marcaban las ojeras. Tenía mala cara.

De primeras pensó que le resultaría complicado quitarse la ropa ella sola, pero, decidida a no llamar ni al barón ni a Melquisedec, fue sacándose de encima capa tras capa —faldas, enaguas y polisón— hasta llegar al corsé. Al ver su reflejo en el espejo se detuvo. Acarició el rico tejido, se giró y examinó como pudo la parte de atrás. Desde luego Lucille sabía elegir todas y cada una de sus prendas; aquella coraza de color morado estaba decoraba con diminutos bordados y ribetes negros a juego con las calzas que llevaba puestas.

Se sentó frente al tocador, se soltó el pelo y lo cepilló en silencio sin dejar de mirarse. Con el cabello negro sobre los hombros y la ropa interior de lujo parecía un poco casquivana. Tía Adelaida no la reconocería con semejante atuendo, pero ella se miraba y no le desagradaba la imagen que le devolvía el espejo; esa ropa indecente le hacía sentirse atractiva.

Que llamaran a la puerta la hizo saltar de la silla; que la abrieran a continuación, gritar.

Lord Rheged traspasó el umbral, pero se colocó inmediatamente de espaldas.

—No grites, soy yo. Te tuve que ayudar a vestirte, ¿recuerdas? Vengo a liberarte de esas prendas.

—Quitármelas ha sido más fácil, gracias.

—¿No necesitas ayuda, entonces?

—No…

—De acuerdo.

Hizo ademán de marcharse, pero al ver que se perdería la ocasión de estar un momento a solas con él, Arabella lo detuvo.

— … Bueno, sí.

—¿Puedo girarme?

—No.

—¿Y cómo podré ayudarte si me quedo mirando la puerta?

—No necesito que haga nada. Solo me gustaría que respondiera a una cosa.

—De acuerdo. ¿Cuál es la pregunta? —La escuchó llenar sus pulmones de aire, pero nada más—. ¿Arabella? ¿Cuál es la pregunta? —insistió.

—¿Me besaría si se lo pido ahora?

Lo vio tensar su espalda y apretar los puños.

—Sí.

Como ella no añadió nada más, él empezó a girarse despacio. Arabella se había puesto la bata y la imagen de mujer fatal que tenía hacía unos instantes había desaparecido. Con el pelo suelto parecía volver a sus doce años. Sus ojos enormes lo miraban con miedo.

—Entonces… —Él dio un paso en su dirección. Un solo paso que hizo que a Arabella le temblaran las rodillas—, ¿me lo vas a pedir?

El sí de Arabella apenas sonó como un silbido, pero provocó en él una sonrisa amplia, franca y verdadera que iluminó y llenó de brillo su mirada. Ella casi se desmaya.

—¿Podría besarme ahora, milord? —La voz emergió de su garganta con un ligero temblor.

Rheged negó.

—Pídemelo bien. —La vio sonrojarse y mirar al suelo—. En casa de tus tíos me llamaste Brahn y, si vamos a llegar hasta la intimidad de un beso, deberías tutearme y seguir usando mi nombre, ¿no crees? Anda, pídemelo bien.

Pídemelo bien.…

Arabella lo miró a los ojos, en ellos no había ni una pizca de diversión, nada que le hiciera pensar que estaba bromeando. Rheged la contemplaba serio, pero al mismo tiempo amable y relajado.

—Brahn…

—¿Sí?

—Quiero besarte.

En dos zancadas estuvo frente a ella, en apenas unos segundos tuvo sus manos a los lados del cuello y en lo que tarda una ligera brisa en erizarte el vello de la nuca, tenía la boca sobre sus labios.

Se los comió. Los mordisqueó, los acarició, los besó. Y en el preciso instante en el que a ella se le fundieron los huesos de las piernas y amenazó con desplomarse, la sujetó por la cintura con delicadeza pero con tacto firme.

El beso fue disminuyendo de intensidad hasta parar, aunque lo que no sabía Arabella era que Rheged solo se detenía para darle un respiro. Cuando ella jadeó y tomó aire, el barón fue a por más. Profundizó, invadió —en realidad, conquistó— su boca, y con un ritmo lento y minucioso, se recreó con ojos cerrados en descubrir una tierra que nunca nadie había pisado antes.

—*Hic sunt dracones…* —ronroneó.

—¿Qué?

—Nada, pequeña, nada.

La sonrisa que descubrió en Arabella cuando la miró de nuevo hizo que su corazón pareciera latir con fuerza, como cuando era humano.

—Brahn…

Él acarició con el pulgar su labio inferior con pausa, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerlo, aunque pronto se dio cuenta de que a ella le costaba hablar.

—¡¿Qué sucede?!

—¡Me ahogo!

Sin contemplaciones, deshizo el lazo con el que Arabella, apresuradamente, había cerrado su bata y comenzó a desabrocharle el corsé.

Procuró no dejar de mirarla a los ojos mientras sus manos trabajaban con habilidad y precisión. Y sintió cierto alivio cuando vio que por fin respiraba a placer.

—Tú no necesitas esto —murmuró mientras levantaba la prenda hasta la altura de su cabeza para después lanzarla sobre la silla.

—Gracias. Es como una armadura.

Rheged metió las manos por la abertura de la bata y las afianzó en su cintura. Pero la tela de la camisola que ella llevaba puesta era demasiado fina y delicada, y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por dejar sus dedos donde estaban.

Intentó no pensar en ello. Lo consiguió a medias.

—Mi pequeña Arabella… —Continuaba mirándola a los ojos para no avergonzarla—. ¿Estás bien?

Ella miró hacia abajo un instante, al pequeño espacio que separaba sus cuerpos. Cuando levantó la cabeza, sus mejillas empezaron a teñirse de rubor.

No se movió. No intentó zafarse de él ni volverse a cerrar la bata. Solo tosió.

—Respirar es importante para mí —dijo temblorosa.

Él deseó que aquel momento no se convirtiera en una nueva barrera entre los dos y, como siempre había hecho en el pasado, tiró del humor.

—¿Te han molestado mis colmillos?

Consiguió una sonrisa pequeña y, lo más importante, que ella le siguiera el juego.

—¿Qué colmillos?

Le estaba costando no convertirse en una bestia delante de sus ojos. Temblaba. Sí, él. Todo un vampiro de ochocientos años, un hombre experimentado por su larga existencia. Estaba temblando porque no quería cometer un error. Consiguió controlarse y, con aire indolente, mostrarle sus (ahora) pequeños colmillos.

Ella rio.

—¡Ni siquiera me he acordado de ellos!

Prueba superada.

La atrajo hacía sí, la abrazó y se empapó del olor de su cabello. El pulso latía con fuerza y él, en trance, acarició su cuello con la nariz. Lo que daría por probarla.

¿Probarla?

No podía ni siquiera pensar en ello. Arabella no podía abrazar su oscuridad, ella, ella… Ella necesitaba experimentar, pero debía hacerlo sin riesgos. Y él tenía que tener muy claro que lo que acababa de suceder entre los dos no era para su disfrute, sino para que ella *viviera*.

«Mi tutela continúa…».

Sin embargo, aunque todo eso era lo que rondaba por su cabeza, no era del todo cierto. Él deseaba a esa mujer.

Con todo el dolor del mundo, agachó la cabeza hasta dejar descansar su frente sobre la de Arabella.

—Pídeme que me vaya. Ahora mismo es un peligro tenerme cerca; siento la necesidad de descubrirte entera —susurró—, de tocar tu piel desnuda, de colarme entre tus piernas… —y bajó la voz hasta que fue casi inaudible— …de comerte.

Arabella tomó todo el aire que le fue posible. Se sentía extraña. Adulta en cierto sentido, pero sobre todo libre. Capaz de actuar por sí misma.

Con él siempre había experimentado esa libertad. Siempre.

—Creo que me gustaría que lo hicieras.

Rheged la empujó hacia atrás, separándola de su cuerpo sin soltarla, para ver la expresión de su cara.

—Creerlo no es quererlo.

Arabella se atragantó. ¿Lo quería? Por supuesto que lo quería. Su cuerpo estaba expectante, su mente… hecha un lío. Pero lo quería. Estaba segura.

—Está bien, seré directa: deseo que lo hagas. Que me descubras, que toques mi piel desnuda, que te cueles entre mis piernas… Que me comas. Que hagas conmigo lo que quieras.

La expresión del barón fue indescifrable.

—Esto no se trata de placer para uno, es algo de dos. Y aunque sé que te haría disfrutar, necesito que tengas iniciativa. —Su voz se rompió al añadir—: yo también quiero que me descubras, que toques mi piel desnuda… Que hagas conmigo lo que quieras.

Ella se mordió el labio con fuerza.

—Tú eres el maestro, yo no sabría por dónde empezar.

El negó.

—¿*El maestro*…? Estás equivocada. Lo que ocurre por primera vez entre dos personas

siempre es nuevo. Siempre. Cada vez que amamos y nos aman aprendemos. Y puede que ahora mismo te sientas torpe, pero la naturaleza es sabia y tiene la lección muy aprendida; tu cuerpo sabe perfectamente qué tiene que hacer. Si deseas esto, solo has de hacer una cosa: no pienses.

—¿Y cómo se apagan los pensamientos?

—Así…

La respuesta llegó con un nuevo beso más intenso. Más perfecto aún que el anterior.

Consiguió su efecto, cuando Arabella separó su boca de la de Rheged, estaba tumbada sobre las sábanas revueltas y no era consciente de cómo había llegado hasta allí.

Él estaba sentado en el borde de la cama, completamente vestido e inclinado hacia ella. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—¿Qué quieres, Arabella? Dilo en voz alta.

—No lo sé.

—Empieza por cosas pequeñas, siempre es más fácil.

—Deshacerte el lazo de la corbata.

—Adelante, hazlo.

Con las manos temblorosas, ella quitó el pequeño alfiler de oro y estiró de uno de los extremos hasta que la tira de tela cayó suavemente sobre la cama. La masculina nuez de Adán quedó al descubierto y eso la dejó sin habla.

—¿Y si me ayudas? —tartamudeó cuando por fin encontró su voz—. Llevas mucha ropa.

Con una sonrisa pícara él se quitó la chaqueta y se desabrochó el chaleco.

—Los botones de la camisa son tuyos. —La vio dudar y susurró—. Vamos, Arabella, no es la primera vez que ves mi pecho desnudo.

Ella habló entre jadeos.

—Pero sí la primera en que es solo para mí.

Rheged besó su frente y desabrochó su camisa, pero no se la quitó. Continuaba sentado sobre el borde del colchón mientras que Arabella lo miraba expectante como si esperara que de un momento a otro fuera a saltar sobre ella.

¿Miedo? ¿Desconocimiento? Su expresión lo detuvo.

—¿Qué tal si apagamos la luz? —preguntó algo nervioso.

—¿Esa petición no tendría que hacerla yo? —respondió sorprendida Arabella.

—Verás. —Él acarició su cabello mientras hablaba—. No es porque tú o yo tengamos vergüenza, Arabella, el caso es que me transformaré y no quiero asustarte.

Ella no se pensó la respuesta.

—¿Y crees que es mejor que me pregunte todo el tiempo si estoy con un hombre o con una bestia que me ronda en la oscuridad?

Él la entendía. Claro que la entendía. Pero lo último que deseaba en este mundo era que

en ese momento se enfrentase, además de a su primera vez, a su naturaleza.

—¿Recuerdas a María? —El giro en la conversación la sorprendió—. No sé si el día que la viste a través del espejo fuiste consciente de lo que somos, pero cuando estabas sentada a mi lado y ella se transformó sentí tu miedo. No quiero eso.

—No lo voy a tener.

—Arabella…

—He dicho que no lo voy a tener.

—Ocurrirá.

—Brahn, ¡déjalo ya!

Lo vio cambiar ante sus ojos. Fue tan rápido que apenas le dio tiempo a parpadear. Sus iris, hasta ese instante verdes como las montañas de Cumbria, se convirtieron en dos bolas de obsidiana que parecían traspasarla; la piel se tornó más pálida, más fina, y los capilares emergieron como caminos en un mapa; su boca, esa boca que minutos antes la había trastornado con sus atenciones, dejaba entrever unos colmillos largos y puntiagudos, y los dedos de la mano que aún acariciaban su cabello crujieron y se convirtieron en ramas secas y nudosas.

No pudo evitarlo, el miedo le cortó la respiración. Tan cerca, tan animal… Tan mortífero.

El barón se retrepó al ver su expresión. Los ojos, aquellos enormes ojos verdes que a él tanto le gustaban, hablaban de horror. Su cuerpo temblaba tenso, el sudor comenzó a perlar su frente. Abrió la boca para hablar, pero no encontró su voz… Todo indicaba que estaba aterrada.

Consciente de que el momento entre los dos se había roto y que por mucho que intentase explicarle que bajo aquella máscara del demonio seguía estando él, Rheged supo que debía batirse en retirada antes de que ella gritase y lo echara de la habitación. A Arabella iba a costarle asimilar aquella situación más de lo que a él le habría gustado.

Despacio, se levantó de la cama, recogió su ropa, se despidió con una ligera inclinación de cabeza y se marchó.

Se había equivocado. Quizá porque lo había deseado con ansia, porque lo quería de verdad. Pero la confianza que él necesitaba para compartir con ella su naturaleza aún no estaba presente.

Arabella tardó tanto en reaccionar que, cuando pudo abrir la boca para decir algo, Rheged ya había desparecido. Con el corazón aún en la garganta, se limitó a sentarse en la cama mirando hacia la puerta cerrada, a la vez que se sentía muy cobarde por no ser capaz de salir corriendo tras él. Se había comportado como una niña, le había hecho daño. Había visto en su cara la ofensa, la decepción, la necesidad de marcharse porque no sabía qué hacer ni qué decir.

Sí, había sentido miedo al ver aquel ser infernal tan próximo, pero sabía que, a pesar de los rasgos deformados, de sus garras, de esa mirada teñida de negro…, él seguía siendo quien era y —de esto estaba muy segura— se arrancaría los colmillos antes que hacerle daño.

¿Cómo podía haber reaccionado así?

Se echó las manos a la cabeza y trató de contener las lágrimas, aunque de poco servía arrepentirse; el mal estaba hecho. Suspiró y aspirando aire despacio trató de calmar su acelerada respiración.

Una enorme aflicción abrió en canal su pecho: tenía que arreglar aquello como fuera.

No siempre vencen los sentimientos

Sabía que llegaría el momento en el que tendría que mostrarle la verdad de lo que soy y, aunque sé que he hecho lo correcto, un dolor indescriptible se ha hecho fuerte en mi pecho.

Londres, madrugada del 6 de septiembre de 1888.
Dormitorio de Rheged, residencia de Lord Rheged, Whitechapel.

Durante un instante creí que podríamos superar ese escollo, que ella me vería a mí y no al monstruo. Pero la esperanza me ha hecho precipitarme y hemos dado un paso de gigante hacia atrás. No puedo sacar de mis pensamientos su mirada de horror, esos ojos tan abiertos con el espanto reflejado en ellos, el temblar de sus hombros, la rigidez de su cuerpo…

¿Qué voy a hacer?

La comprendo; es demasiado en tan poco tiempo. Pero me había ilusionado pensando en que quizá el recuerdo de la amistad que hubo una vez entre nosotros habría jugado a mi favor. Ver que había conservado esas notas y que deseaba mis besos me hizo soñar con algo que no puede ser. Aún no.

No me daré por vencido. Necesito que me acepte, aunque para llegar a eso tengamos que empezar desde cero.

— 24—

Londres, madrugada del 6 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Melquisedec estaba en lo alto de la escalera que comunicaba el dormitorio del sótano con el saloncito biblioteca del primer piso y mostraba un semblante preocupado al mirar a su amigo.

—Brahn, ¿no me has oído? Llevo un rato llamándote.

Lord Rheged, que se había tirado sobre la cama a medio vestir nada más bajar de la habitación de Arabella, estaba absorto pensando en lo que había ocurrido hacía apenas una hora. Al escuchar al híbrido se incorporó.

—Ahora no, Mel.

Melquisedec le hizo una señal con la mano.

—No te habría molestado si no fuera importante. Sé de sobra lo que ha pasado entre vosotros, por si no lo recuerdas, mi habitación está al lado de la de Arabella, pero tenemos visita.

—¿En esta casa? ¿Quién llama a estas horas?

—Didier Chevigné.

El barón se levantó de un salto, se abrochó la camisa y el chaleco y se anudó la corbata.

—¡Maldita sea, Mel! La baronesa y Didier ya deberían de estar en Francia.

—Parten mañana, pero él ha querido hablar contigo antes de marcharse. Es sobre James.

Al oír aquello, Rheged se apresuró un poco más.

Cuando Melquisedec y Rheged entraron al salón, Didier estaba frente a la ventana contemplando las siluetas de los tejados cercanos y las miles de chimeneas que expulsaban un humo negro y denso que se iba acumulando como una gran nube sucia sobre la ciudad.

Se volvió al oírlos y efectuó una escueta reverencia.

—Milord…

—Espero que sea importante, Didier. No estoy para perder el tiempo.

El francés se tensó al oír aquello, pero había llegado hasta allí y ahora no iba a detenerse.

—He venido a advertirle. Anoche vi a James.

—¿Y?

—Creo que Arabella puede estar en peligro. James está fuera de sí. —Suspiró—. Será mejor que empiece por el principio. Seré breve, no se preocupe.

—Siéntate —ordenó Rheged al tiempo que ocupaba uno de los sillones frente al fuego. En la chimenea apenas quedaban unas pocas brasas, pero él se quedó mirándolas ensimismado. Por un instante se olvidó de todo y volvió a pensar en lo sucedido en el dormitorio de Arabella. Tenía que buscar una solución. Tenía que… La voz de Didier lo devolvió de golpe al presente.

—James y yo nos conocimos hace dos años. Éramos vecinos. Yo vivía en el piso de arriba en Montagu Square. Nuestra relación fue… —tosió— …sorprendente; de forma instantánea hubo algo del otro que nos atrajo de manera irremediable. Yo veía en James la belleza, la juventud, la virilidad. Él en mí la decadencia, el vicio, lo censurado. Yo era un poeta fracasado, un artista que no tenía donde caerse muerto y que dependía de las viudas ricas de Belgravia. James era un hombre apuesto, fuerte, atlético, un heredero que estaba pendiente de sus estudios… —Rheged carraspeó y Didier se dio cuenta de que estaba divagando—. Lo siento, es difícil saber qué contar, solo pretendo que entiendan que, aunque éramos muy diferentes, nos unía una *gran* amistad.

—¡¿Quieres ser más directo?! ¿Por qué estás aquí?

El francés tragó saliva. No le convenía enfadar al barón.

—La última de mis *mecenas* fue una vidente. Ella nos puso sobre la pista de su raza y eso, por extraño que parezca, nos unió aún más. Me mudé a su piso porque me costaba llegar a fin de mes y comenzamos a investigar. Era yo el que quería encontrar a aquellos seres míticos y hallar la fuente de la eterna y bella juventud —se detuvo un instante como si su mente de repente estuviera de visita en un mundo muy lejano—. James… James me siguió el juego; habría hecho cualquier tontería por mí. El caso es que reunimos mucha información: recortes de periódico de asesinatos sin resolver, libros de toda índole… Incluso fuimos juntos a sesiones de espiritismo con el fin de localizar alguna pista consistente de su existencia, pero todo fue humo. No hallamos nada.

Durante un instante se quedó mirando el fuego casi apagado. Parecía ido. Que Rheged comenzase a tamborilear sobre el brazo de su sillón hizo que regresara con rapidez al presente.

—Fue la raza quien nos encontró. Conocimos fortuitamente a María, la baronesa, aquella noche en el teatro, aunque ni en nuestros mejores sueños pensamos que estábamos tan cerca, hasta que…

—¿Hasta que qué?

—Hasta que ella me vio y me eligió. Se fijó en mí por algo estúpido: mi aspecto y mi poesía le recordaron a un tal Markus Levrand, un amor no correspondido.

»Una noche me llevó a su casa y descubrió su naturaleza ante mí. ¡Qué sorpresa! Teníamos delante de nuestras narices a una vampira de más de doscientos años, que cumplía con

todos los requisitos que nosotros creíamos que un vampiro debía tener, y no nos habíamos dado ni cuenta. Era tan obvio… En fin, María me propuso transformarme y yo, sin hablarlo con James, dije que sí.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En abril.

Rheged y Melquisedec se miraron de reojo. La teoría que entre todos habían construido no se ajustaba al cien por cien a la realidad, pero se habían acercado bastante.

Didier prosiguió hablando.

—Me sentía tan poderoso, tan diferente, que intenté convencerlo para que él también se uniera a nosotros. Tardé, pero acabé persuadiéndolo. —Cerró los ojos apesadumbrado—. ¡Tiene que creerme! Yo solo buscaba para James, mi amigo del alma, el estado de gracia en el que yo me encontraba.

—Pero salió mal.

El joven vampiro lo miró angustiado.

—Rematadamente mal. Después he sabido que un neonato no está preparado para tener vástagos; su sangre aún no tiene el poder de hacerlo con garantías. Él empezó a tener grandes dolores y su ansia de sangre parecía no apagarse nunca. Intenté calmarlo con láudano, pero finalmente ni los fumaderos de opio conseguían mantenerlo demasiado tiempo fuera de juego. Tenía momentos de lucidez, pero cada vez pasaba más tiempo convertido en un ser ruin y malvado. Su rostro empezó a deformase en algo grotesco y…

—No te pares ahora.

—Desapareció. Imagino que estaba desesperado por no poder controlarlo y necesitaba ocultarse. Cualquiera que pudiera verlo… ¡Oh, Dios! —Didier se tomó un ligero respiro, ahora venía la parte más complicada de contar—. Una noche llegó a hurtadillas y me pidió ayuda, estaba como loco. Fuimos de caza e intenté que no matara para comer, que bebiera sangre y nada más. No lo conseguí. Todo lo hacía con rabia. Después de aquello intenté averiguar qué le estaba pasando y, sin contarle toda la verdad, tan solo apelando a la curiosidad sobre nuestros ancestros, le pedí a María información. Me ayudó a colarme en la biblioteca del Museo Británico, y, desde los sótanos, accedimos a una sala secreta propiedad de la raza. Allí encontré, entre cientos de papeles, a los *maledicti*. —Volvió a cerrar los ojos y trató de calmarse, pero aunque pudo controlar la voz, las manos continuaron temblándole—. Fue entonces cuando supe lo que había pasado con James. Busqué una cura, una forma de paliar su dolor. Pasé varias semanas en aquella biblioteca intentando averiguar algo. —Negó y se quedó mirando el suelo. Parecía a punto de ponerse a llorar—. No encontré nada.

»Como ya he dicho al principio, volví a verlo ayer y por eso estoy aquí. Él, James, tiene la teoría de que ha de purificar su sangre humana para que venza a la vampírica y, para eso,

necesita sangre de su sangre. Lo más próxima posible.

Rheged se levantó de forma brusca.

—¿Fue él quién mató a lord Horace?

—Sí, y tengo la impresión de que vendrá a por Arabella; es la única pariente consanguínea viva que está cerca. —Que Rheged lo sujetara por la pechera hizo que su tono de voz bajara hasta convertirse en un susurro—. No razona, milord. Intenté detenerlo, pero tiene una fuerza descomunal; me lanzó por los aires como si fuera un muñeco.

Melquisedec le puso una mano a Rheged en el hombro antes de que sucumbiera a la tentación y lo dejara seco allí mismo. El barón lo soltó y se recolocó la chaqueta mientras contaba hasta diez. Con disimulo el híbrido se colocó entre ambos para frenar a su señor si de nuevo perdía los estribos.

—¿María está al tanto de tu visita? —preguntó Melquisedec.

—No. Si hubiera sabido que venía a buscar a Rheged no me habría dejado salir. Está furiosa por tener que abandonar Londres.

Cuando Rheged habló lo hizo casi en un susurro, pero el tono bajo no le quitó un ápice de dureza a su voz.

—Gracias por venir a advertirnos. No puedo ni quiero evitar tu castigo por incumplir una norma tan básica, pero le escribiré a Salomé para que no sea muy dura contigo si consigues que María abandone Londres inmediatamente.

Didier suspiró un tanto aliviado.

—Ya lo tenemos todo preparado. Hemos cerrado la casa y despedido a los criados. Si no pasa nada, mañana, cuando caiga el sol, partiremos hacia París.

El joven salió de aquella casa de forma atropellada. Reverencias, agradecimientos… Estaba muy claro que temía el castigo del Consejo y que había buscado la forma de cubrirse las espaldas. Gracias a eso, ellos estaban sobre aviso e iban a tener la oportunidad de detenerlo.

—¿Vas a encargarte tú de James?

—Sí.

—Estoy de tu parte, Brahn.

Rheged se permitió una sonrisa.

—Lo sé, pero te necesito para que saques a Arabella de la ciudad. Mañana prepararás el viaje, irás a la estación y comprarás los billetes. Iréis a Brimstone Hall. Allí estará segura.

—Pero…, tú solo no podrás detenerlo.

—Buscaré aliados, no soy tan suicida. Hablaré con Jezabel y Balthazar y escribiré al Consejo. No debes inquietarte por mí.

Melquisedec quiso decir algo más, pero la mirada preocupada del barón le cerró la boca a cal y canto. A Rheged le importaba Arabella y acababa de darle una orden directa: tenía que

velar por su seguridad. Así que se limitó a asentir y, con una leve reverencia, abandonó el salón.

Brahn se quedó mirando las brasas.

No iba a mentirle a Arabella. Se había prometido a sí mismo que jamás volvería a hacerlo, ni siquiera por omisión. Por eso estaba convencido de que, después de hubiera hecho lo que tenía que hacer, sus posibilidades, las pocas que tenía, iban a esfumarse de golpe: Arabella nunca perdonaría que organizara una partida de caza para matar a James.

Las luces de septiembre

El verano nos deja. En el momento en el que pasamos de agosto a septiembre, el sol extiende sus rayos de forma más oblicua y la temperatura refresca.

No queda nada para que el frío otoñal nos envuelva por completo.

Londres, 6 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella.

Me levanté con la sensación de no haber dormido nada. No solo sentía la pesadez y los pensamientos turbios propios de una noche en vela, también tenía el cuerpo molido de dar más y más vueltas.

Lo primero que recordé al poner los pies en el suelo fue lo que había sucedido durante la noche con Brahn. Sentí un pellizco en el corazón. Necesitaba arreglarlo como fuera.

Bajé a la cocina con la intención de hacerme un té y de ponerme paños mojados en agua fría sobre la frente; me sentía abotargada. Cuando estuviera más despejada, iría a verlo. Le pediría que se transformase de nuevo y le demostraría con besos que no le tenía miedo.

Sí, eso haría.

Estaba segura de que no era un buen plan, creía adivinar que él iba a negarse en redondo, pero era lo único que se me ocurría por el momento.

Salí de mi cuarto y vi la puerta de la habitación de Melquisedec abierta. Estaba vacía. No era tan raro, el híbrido era las manos y los ojos del barón cuando el sol lucía en lo alto. Con toda seguridad habría salido a hacer algún recado.

Entré a la cocina, descorrí la cortina. Hacía sol.

Desatranqué los cerrojos y abrí la ventana. No es que el aire fuera muy puro, pero necesitaba sentir el calor y la luz sobre mi cara. Eso era algo que echaba de menos de Cumbria; el aire limpio de la montaña. Respirar y que el olor a naturaleza se meta dentro de ti. En aquellas tierras del norte, el sol era algo raro y precioso que solo se dejaba ver en verano, pero los días que lucía en lo alto eran tan perfectos, que con solo pensar en ellos eras capaz de sobrellevar el gris de la estación invernal.

Por primera vez desde que pisé la capital del Imperio, sentí verdadera nostalgia.

La ventana daba a una diminuta calle lateral, un callejón oscuro por el que nada más que pasaban los gatos, pero me dio igual que las vistas no fueran estupendas, solo buscaba la calidez del sol de septiembre y la ligera brisa de la mañana.

Allí me quedé un buen rato. Intentando despejar mi dolor de cabeza y, a la vez, aclarar mis sentimientos hacia el barón.

¿Tenía miedo? No. ¿Confiaba en él? Sí, claro que sí.

¿Estaba asustada? Tenía que reconocer que un poco.

Lo que había tenido delante de mi nariz había sido espeluznante. Y no solo por la deformación de aquel hermoso rostro, sino por lo vulnerable y pequeña que me hizo sentir. Necesitaba tiempo para asimilarlo y Brahn me lo daría. Estaba segura, siempre había sido así.

Brahn.

Qué bien sonaba su nombre. ¿Por qué me había empeñado en mantener las distancias tanto tiempo? Brahn, Brahn, Brahn…

Cuánto me había costado llamarlo así.

En el valle, el verde de las montañas pronto se cubrirá de nieve y yo no estaré allí para verlo.

— 25 —

Londres, 6 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella fue a cerrar la ventana cuando un objeto cayó junto al alfeizar. Estiró el cuello y miró hacia la calle, había unos niños descalzos y sucios tirando pequeñas piedras para llamar su atención.

A ella le dio mucha lástima verlos en ese estado y les hizo señas para que se acercaran a la puerta de la casa. Cogió una hogaza de pan de las que había dejado allí Suke —estaba un poco dura ya, pero eso sería mejor que nada—, un par de arenques y beicon ahumado, y se dirigió hacia la entrada.

Cuando abrió la estaban esperando con los ojos brillantes y las manos sucias con las palmas hacia arriba. Ella sonrió, repartió todo lo que había llevado consigo y también les dio unas monedas.

Se sentó en el escalón, les preguntó sus nombres de forma inocente y uno de ellos tuvo la osadía de hacer lo propio. Cuando ella le dijo que se llamaba Arabella, el chaval le tendió la mano para estrechársela, inclinando la cabeza como si fuera todo un caballero y, al corresponderle, cual no fue su sorpresa al sentir un papel entre los dedos. El chiquillo salió corriendo sin dar opción a pregunta alguna, pero ella se quedó de piedra. Por la parte de fuera se leía: para Arabella.

Cerró la puerta con el corazón a mil. Había reconocido la letra.

Era de James.

Querida mocosa:

A Arabella se le saltaron las lágrimas. Así era como siempre su hermano comenzaba sus cartas.

Necesito tu ayuda, hermana querida, ven tan pronto como leas esta nota. Tengo que contarte tantas cosas…

Te espero en los astilleros abandonados cercanos a la Torre de Londres, junto a la construcción del puente. Estaré allí toda la mañana.

Tuyo por siempre, James.

Algo indescriptible recorrió su espalda. ¿Este era el monstruo que había descrito Balthazar? Estudió bien la letra durante unos instantes: redonda, firme, elegante. Sin duda estaba escrita por su hermano y demostraba calma y templanza. Desde luego, no parecía la nota de un loco.

Después recordó la cara grotesca que vio a través del cristal de carruaje y la sangre se le heló en las venas.

¿Debía despertar a Rheged? Eso sería lo lógico.

Volvió a leer la nota. Esta vez intentando mantener la mente fría.

«*Necesito tu ayuda*…».

Aquella frase dolía. Seguramente él estaba asustado. Necesitaba su ayuda y ella quería proporcionársela.

«*Estaré allí toda la mañana*». ¿Toda la mañana? Sus ojos buscaron el reloj de la entrada. Era más tarde de lo que pensaba y tendría que darse prisa si quería llegar a tiempo.

Corrió hasta su habitación, James estaba en un apuro y confiaba en que su hermana no iba a dejarlo tirado. Y no, no lo haría. Pero no era una inconsciente, llevaría mucho cuidado —no tenía ni idea de con qué iba a encontrarse—. Y si conseguía convencerlo para que la acompañase, Brahn la ayudaría a encontrar una cura.

Tan pronto como vio abierto su armario supo qué iba a ponerse. La ropa masculina estaba allí colgada y era perfecta para moverse deprisa, para correr incluso. Era arriesgado llevarla en pleno día porque sería muy reconocible y llamaría demasiado la atención, pero también era mucho más cómoda que un vestido de mujer.

Y no necesitaría de la pericia del barón para abrochar las cintas del corsé.

¿*El barón*? Se había olvidado de él por completo.

No, no se había olvidado, era solo que sabía que se empeñaría en acompañarla y, si esperaban hasta el anochecer, sería ya demasiado tarde. ¿Y si esta era su última oportunidad de encontrar a su hermano? James era un peligro en la calle y ella era quizá la única, apelando al cariño que una vez se tuvieron, que podía convencerlo y traerlo a casa.

¿Y si esperaba a Melquisedec? Esa era otra muy buena opción, pero no tenía ni idea de dónde estaba ni de lo que tardaría en volver. Contó hasta diez e intentó buscar alguna excusa que la empujase a ir sola hasta esa parte del Támesis, pero cuando escuchó el carillón del reloj del salón ya no le hizo falta nada más: supo que se le acababa el tiempo. No podía quedarse cruzada de brazos. Dejaría una nota para que supieran que había salido junto a la carta de James y ella iría como avanzadilla.

No sé si eres una descerebrada.…

Frunció el ceño ¿Lo era?

Empezó a sacar las prendas y a ponérselas. Y cuando ya estaba vestida del todo se acercó a la cómoda para buscar las agujas de plata de Lucille. Eran fáciles de ocultar si las usaba para sujetarse el pelo. No eran peligrosas, pero Rheged la había preparado para usarlas si era necesario y un buen pinchazo le permitiría huir si James no entraba en razón. Allí, en el cajón, también estaban los cubiertos de plata de tía Adelaida y una vocecita interior le dijo que podrían ser útiles. Abrió el paquete y sacó dos cuchillos que metió por separado en los bolsillos de su chaqueta.

«Definitivamente…», pensó mientras se calaba el sombrero y ocultaba su melena, «los hombres juegan siempre con ventaja. Esta indumentaria no solo es cómoda, sino que también tiene bolsillos para todo».

Cogió unas monedas para pagar el coche de punto y se miró al espejo.

No estaba demasiado segura de lo que estaba haciendo, pero nunca se había sentido más preparada.

Fue un duro golpe ver Whitechapel a la luz del día. La suciedad, el olor a podredumbre, enfermedad, excrementos y alcohol; la pobreza en la puerta de cada casa; el hacinamiento: carros, mulos, gente, ladronzuelos demasiado jóvenes para serlo, prostitutas, comerciantes… La residencia de lord Rheged, a pesar de estar en medio de todo aquello, era un ecosistema de pulcritud y tranquilidad.

Observando lo que encontraba a su paso, se sintió una privilegiada por poder llevar una vida digna, pero, aun a pesar de la lástima y de caminar con el corazón encogido, agachó la cabeza y se metió entre la chusma. No podía entretenerse ni llamar la atención, y su disfraz —un traje nuevo de buen paño y bien cortado— era todo un imán para las miradas de la gente que tenía alrededor.

Al llegar a la esquina levantó la cabeza con precaución, escondiendo de miradas indiscretas el rostro con el ala de su sombrero, y comprobó un instante el cielo. No había ni una sola nube y el sol lucía en lo más alto en todo su esplendor. Se acercaba el mediodía; tendría que darse prisa.

La marea de gente la llevó hasta Whitechapel Road y, por fin, vio una parada de carruajes a lo lejos.

El cochero la miró con interés a pesar de que ella le indicó la dirección en voz baja para evitar ser descubierta por su voz —Arabella era consciente de que en las distancias cortas su indumentaria masculina no le servía de nada—, pero él tuvo la deferencia de no descubrirla ofreciéndole su mano para subir al carruaje.

A pesar del tráfico el coche consiguió aproximarse lo suficiente a los muelles de St. Katharine como para que Arabella llegase allí en un par de minutos. Más cerca fue imposible, la construcción del nuevo puente tenía toda aquella parte del río patas arriba.

Pagó la carrera y, calándose aún más el sombrero, siguió las indicaciones del cochero. Parecía sencillo. Solo tenía que caminar hacia aquel amasijo de andamios y grúas que se veía a lo lejos entre los edificios: la construcción del nuevo puente. Un poco antes de llegar, cuando viera las barcas amarradas en la orilla, debía girar a su izquierda. No podía perderse.

Cuando llegó al río se detuvo un instante a admirar la construcción. Había cientos de trabajadores que iban de aquí para allá como hormigas bien aplicadas. También estructuras metálicas, barras de hierro de dimensiones imposibles, barcazas con material… Habían construido un par de plataformas hundidas en el agua y, sobre ellas, estaban empezando a edificar lo que parecían dos grandes torres. Iba a ser una obra colosal.

Aquello era el progreso. Londres era la capital del Imperio y la estaban transformando entera; lástima que no pensaran en mejorar barrios como Whitechapel.

Encontró los viejos astilleros a la primera; estaban justo donde el cochero le había indicado. Era una edificación grande y desvencijada al pie del Támesis que había sido convertida en almacén de chatarra. Los edificios parecían a punto de derrumbarse, pero probablemente no importaba. Antes de que el puente estuviera en funcionamiento tendrían que demoler las construcciones cercanas para mejorar el acceso y que la panorámica de aquella maravilla no quedara deslucida.

¿Por qué habría quedado James con ella en un lugar como aquel? Aquello era una ruina.

La puerta principal estaba casi sepultada por los escombros, así que tuvo que dar un rodeo para buscar otro acceso.

Medio oculta en un estrecho callejón localizó una puerta lateral, que, curiosamente, encontró entreabierta. La empujó para ver qué había tras ella antes de aventurarse a cruzarla y, al hacerlo, se quedó parada; se habían desprendido parte de las chapas del techo y el sol entraba en el edificio hasta el punto de cegar. James no podía estar allí dentro; los vampiros no pueden vagar a sus anchas a plena luz del día.

Cuando la vista se le acostumbró a aquel chorro de luz, se quedó pensando en si debía entrar o no. Aquel lugar era peligroso: amenazaba ruina. Y además, había maquinaria abandonada, cascotes, partes de herramientas… Había tal desorden que se vio obligada a avanzar en zigzag. Menos mal que no llevaba un voluminoso vestido, le habría sido imposible caminar con seguridad.

—¡James!

Una bandada de pájaros alzó el vuelo ante sus gritos. A Arabella casi se le paró el corazón.

«Boba, ellos son lo que se han asustado de ti».

Cuando se hubo calmado volvió a llamar a su hermano.

—James, ¡¿estás aquí?! ¡Hola!

Se internó un poco más en aquella nave abandonada aprovechando el camino recto que formaban las imadas por donde los barcos allí construidos se habrían deslizado hasta el mar cuando aquellos astilleros estaban en activo. Y una vez en el centro giró trescientos sesenta grados sobre sus pies. Aparte del caos no hubo nada que llamara su atención.

¿Había llegado hasta allí para nada?

Dio una nueva vuelta y fue entonces cuando se dio cuenta de que en una de las paredes laterales había un agujero lo suficientemente grande como para permitir el paso de una persona. En su interior solo había oscuridad.

Unos pasos atrás le permitieron ampliar la panorámica y descubrir, por el hueco abierto en el techo, la parte superior de un tejado. Detrás de aquella pared había otra nave donde aún se mantenía en pie la techumbre. ¿Debía de arriesgarse e ir hacia allí? Una vocecita le murmuraba al oído que la oscuridad era peligrosa.

No movió los pies del sitio, pero colocó las manos a ambos lados de la boca para hacer de bocina y alzó la voz.

—¡¿James?!

Esperó. Y después de unos segundos en los que no pasó nada, se atrevió a avanzar unos pasos. Se detuvo un poco antes de llegar a aquel agujero negro de la pared.

—¿Hermano?

Nada. Estiró el cuello y esperó a que su vista se acostumbrase a la falta de luz. Miró a derechas, a izquierdas… El panorama era tan desolador como en la primera construcción. Aquello era un estercolero.

Suspiró. No supo si se sentía aliviada o decepcionada; allí no había nadie. Tendría que volver a casa y hablar con Rheged. Volverían al caer el sol con Melquisedec, quizá él pudiera encontrar allí su rastro.

Ya estaba encaminándose hacia la salida cuando un zumbido llamó su atención.

¿Qué era aquello? Prestó atención y ubicó la fuente de sonido. Venía de un oscuro rincón.

Casi gritó. A lo lejos vio un bulto grande bajo una especie de saco enorme de arpillera que podía ser perfectamente el contorno de una persona.

—¡Oh, no! ¡James! ¡Oh, dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué esté vivo!

Sin pensárselo demasiado, corrió sobre los escombros en aquella dirección, pero cuando levantó uno de los extremos del tejido una bofetada de podredumbre y cientos de moscas la hicieron retroceder. Se tapó la nariz con la manga de la chaqueta. No era James. Era el cadáver

de un perro, uno bien grande, que tenía el estómago abierto y las vísceras esparcidas por el suelo.

Puede que su hermano ya no estuviera allí, pero sí lo estaban las señales de su locura.

Las lágrimas corretearon sin freno por sus mejillas. Necesitaba salir de aquel sitio. Tenía que volver a casa.

Caminó con decisión hacia la abertura, pero pronto se dio cuenta de que no iba a poder salir de allí a tiempo. Algo se movía debajo de un montón de chapas, justo al lado de esa parte derruida que permitía el acceso a la primera nave.

Se detuvo en seco cuando vio a James fuera de su escondite. Iba sucio, con la ropa hecha jirones, y su rostro estaba desfigurado hasta el punto de no parecer humano.

Y le estaba cortando el paso hacia la salida.

Lo examinó detenidamente con la esperanza de encontrar a su hermano bajo la piel de aquel monstruo, pero el ser que tenía delante ya no era el James que ella conocía. Su cuello era ancho y fuerte como el de un toro; las manos, encerradas en sendos puños, eran garras poderosas; una manga rota mostraba un antebrazo fuerte surcado de venas como cordilleras de un mapa… Aunque fueron sus ojos rojos enrojecidos, febriles, los que le pusieron la piel de gallina.

Lo único que gritaba a los cuatro vientos que aquel ser era James era su cabello. El rubio ya no lo era tanto, además de que se le había oscurecido con la edad lo llevaba chafado y pringoso, pero aquellos rizos rebeldes tan reconocibles se empeñaban en ensortijarse a pesar de la mugre.

La emoción del reencuentro la había anestesiado, pero ahora que lo tenía delante…

—Hola, hermanita, me alegro mucho de volver a verte. —Dio un par de pasos en su dirección y cuando se detuvo la examinó de arriba abajo. De las profundidades de su garganta emergió una carcajada espectral—. Pero, mocosa, ¡¿de qué vas vestida?!

Corazón triste

Desde que Arabella se aloja con nosotros en Londres, siempre siento la necesidad de ver lo que hace por las mañanas, de conversar con ella, de… simplemente contemplarla.

Hoy no soy capaz, no tengo fuerzas. Hoy me quedo escondido en mi guarida.

Londres, 6 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

La cocina queda por encima de este cuarto y cuando Arabella se levanta, escucho perfectamente sus pasos suaves sobre el suelo de madera. Ni uno solo de estos pocos días he podido evitar subir las escaleras y esconderme entre las sombras del pasillo para escuchar los latidos de su corazón, oler su perfume o escucharla tararear. Después me hago el encontradizo, finjo que he olvidado alguna cosa o que tengo que darle instrucciones importantes a Mel y salgo de mi agujero. Solo por estar un rato con ella, solo por charlar. Pero después de lo que ocurrió anoche ya no sé cómo actuar.

Esta mañana entró a la cocina, abrió las ventanas y estuvo un rato sin hacer nada. Y yo, desde la soledad de mi cama, la imaginé con el cabello suelto sobre los hombros y con el rostro levantado hacia la luz, recargándose de energía.

No encontré las fuerzas para salir a su encuentro. No es que no quisiera, es que no pude.

Después dejé de escucharla, imagino que regresó a su habitación.

No estoy listo para enfrentarme a Arabella y creo que ella tampoco está preparada para estar conmigo a solas, así que esperaré a que vuelva Mel para salir de mi cueva. Será menos embarazoso para los dos.

Insistiré, no pienso darme por vencido, hay algo que me lleva una y otra vez hasta Arabella, pero en este momento no tengo ni la menor idea de cómo encauzar nuestra situación.

Solo tengo algo muy claro: no quiero ser un monstruo para ella.

—¡Brahn, sal de tu agujero!

La voz de Melquisedec tuvo un punto de ansiedad que hizo que saltaran todas mis

alarmas.

—¿Qué demonios pasa ahora, Mel? —protesté sin levantar la voz. No hacía falta, él podía escucharme perfectamente—. No grites de ese modo, despertarás a Arabella.

El híbrido abrió la compuerta secreta y bajó los escalones de dos en dos. Llevaba unas notas en la mano.

—Podemos gritar cuanto queramos —me dijo con el rostro desencajado—, Arabella no está y, si no me crees, míralo tú mismo.

Tomé aquellos papeles que me tendía con miedo, como si supiera que estaba aceptando mi propia sentencia de muerte, pero una vez los tuve en mi mano, los leí con avidez.

Mi corazón, a pesar de que es un órgano yermo e inerte, se rompió en mil pedazos. La carcasa que es mi cuerpo contuvo su explosión. Las prisas al escribir hacen que la nota tenga los renglones torcidos, pero reconozco su letra pequeña y redonda. Arabella. Mi niña. Ha ido a por James.

—¡Dios mío!

—¿No la has escuchado marcharse?

Me sentí derrotado.

—No.

«Estaba demasiado ocupado lamentándome. No presté atención».

Mel gruñó como respuesta y caminó decidido hacia la escalera. Yo me levanté como un autómata y abrí el armario. Tenía que encontrar algo que me protegiera lo suficiente como para poder salir a la calle.

En dos segundos Melquisedec se plantó de nuevo detrás de mí.

—¡Quieto! ¿Qué haces, Brahn?

—Iré contigo.

—¿Estás loco? Hoy parece que el verano se está despidiendo hasta el año próximo, cae un sol de justicia y no hay ni una sola nube en el cielo. ¡No puedes salir ahí fuera!

La bilis me subió hasta la garganta.

—Tú solo no podrás contra él, es demasiado fuerte.

—No lucharé, mi prioridad será sacar de ahí a Arabella. —Asentí y le hice un gesto con la mano para que se marchase. Me sentí mareado—. La traeré. Te lo prometo.

Contemplé cómo subía la escalera con absoluta desolación.

«Si algo le sucediera, no me lo perdonaría en lo que me reste de vida».

— 26 —

Londres, 6 de septiembre de 1888.

St. Katharine Docks, Tower Hamlets.

Los dos hermanos se observaron. James miraba a Arabella con curiosidad, ella lo hacía como si tuviera delante a la parca con su guadaña de muerte colgada al hombro.

—Si te viera el coronel…

—¡James! —Arabella se dio cuenta de que estaba gritando e intentó tranquilizarse. Necesitaba calmarse. Su hermano tenía el aspecto de una bestia, pero al menos parecía razonar —. James, cómo me alegro de ver que estás bien.

Él volvió a reír y sus risotadas retumbaron entre aquellas cuatro paredes desnudas.

—Mocosa, ¿me ves bien? ¿De verdad que me ves bien?

—Vivo, que es lo importante. Estás vivo, James.

—No, pequeña, no te hagas ilusiones, eso tampoco. —La miró con una diversión que deformó aún más su antes bonita cara—. No das ni una, hermanita.

James, o lo que quedaba de él, comenzó a caminar en círculo alrededor de Arabella. No la miraba directamente, pero daba la impresión de que estaba estudiando cómo podía lanzar su ataque. Parecía dispuesto a saltar sobre ella de un momento a otro.

Arabella calculó la distancia que había entre ella y el agujero de la pared. Si pudiera correr hasta el sol… Necesitaba distraerlo.

Continuó hablando.

—Tienes que venir conmigo —su voz se escuchó decidida—. Tengo amigos. Ellos están dispuestos a ayudarte. Buscaremos una solución, James. Una cura.

Ante la palabra *cura*, la pose de prepotencia de su hermano pareció desinflarse. Sus hombros se hundieron, se inclinó hacia delante hasta caer de rodillas y se echó las manos a la cabeza. Gritó de pura desesperación.

—Me volveré loco antes de encontrarla. —Empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás murmurando como si rezara—. No hay cura, no hay cura, no hay cura…

Arabella, valiente, dio un paso en su dirección.

—Pero, ¿qué dices? Solo tenemos que buscarla. La encontraremos juntos, ya lo verás.

—¡No te acerques! ¡No te muevas de ahí!

Ante aquel grito, Arabella clavó sus pies en el suelo, pero no dejó de hablar.

—James… —suplicó—. Tienes que dejar que te lleve con ellos, con mis amigos. Te ayudarán.

Cuando su hermano se destapó la cara, su expresión había cambiado por completo. Tenía la mirada ida como la de un loco y, de su boca entreabierta de dientes afilados, los colmillos se habían alargado más allá del labio inferior.

Sin dejar de mirarla, James clavó un pie en tierra y se levantó.

—Dime, Arabella —dijo mientras cerraba el espacio que había entre los dos—, ¿me tienes miedo?

«¿Miedo?». La pregunta apareció en la cabeza de Arabella con un grito agudo e histérico.

—No.

Su voz sonó firme, pero no pudo evitar dar un paso atrás.

—¿No? ¿De verdad?

—He dicho que no.

—¿No te causa repulsión mi nuevo aspecto?

No podía mentirle, él no era tonto.

—Intimida, pero no me repugna.

James se inclinó hacia adelante para que su cara quedase a la altura de la de su hermana.

—¿Estás segura?

De cerca era aún peor. Tener a James a menos de tres pulgadas de su nariz le permitió distinguir que el rojo de su mirada se debía a que la esclerótica estaba completamente inyectada en sangre; también que la piel de su rostro, traslúcida y mate como el alabastro, parecía haber sido cincelada por un escultor inexperto —sus rasgos estaban demasiado marcados, como si en vez de a un humano hubiera querido tallar una caricatura—, y que el color de sus labios, más carmesí de lo normal, hacía que su boca pareciese maquillada.

Aunque lo más impresionante de todo eran aquellos enormes colmillos: pulidos, brillantes, punzantes…

Arabella hinchó su pecho antes de contestar.

—Lo estoy, James.

—Entonces… —Aquella mole le quitó el sombrero y eso hizo que ella diera un pequeño saltito hacia atrás. El moño continuó en su lugar, pero algunas guedejas le cayeron a ambos lados de la frente. Él, con un solo dedo, retiró las de un lado con delicadeza, colocándoselas tras la oreja.

Por un momento Arabella creyó que volvía a ser el de antes.

—No te importará que beba de ti un poco. Harás eso por tu hermano, ¿verdad? Le darás

tu sangre para que recupere la cordura y se encuentre mejor.

—¿Quieres mi sangre? —tartamudeó la joven.

El sí que salió de sus labios se escuchó igual de amenazador que el silbido de una serpiente, pero lo peor fue cuando añadió con la boca llena de saliva:

—Toda. Toda tu sangre.

Arabella tembló de pies a cabeza. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas transformarse en vapor y desaparecer. Su deseo no se cumplió. Cuando los abrió continuaba allí, en aquella nave tétrica y maloliente, y tenía delante a un *maledicti*.

Como eso no había funcionado, se obligó a respirar y a tranquilizarse para recordar, una a una, las indicaciones que Rheged le dio el día que fueron a casa de María. No estaba segura de que sirvieran con James, pero era lo único que tenía.

Deja que se acerque, permítele que clave sus colmillos y, cuando esté transportado al cielo por el dulce sabor de la sangre y crea que te tiene a su merced, usa tus armas.

No supo cómo, porque aquellos colmillos clavados en su piel dolían como demonios, pero lo hizo. Levantó el brazo despacio para no ponerlo sobre aviso, sacó una de las agujas de plata que llevaba escondidas en el pelo y, con toda la rapidez de la que fue capaz, se la clavó en el estómago, giró la mariposa y la retiró. Aquellos segundos de absoluta sorpresa le permitieron repetir la operación con la segunda de las agujas.

—¡Puta!

El golpe no lo vio venir. Puede que estuviera rabiando de dolor porque la plata quemaba sus entrañas, pero el puño cerrado que sacó desde su espalda ondeando como una bandera, impactó en su cabeza y le hizo ver las estrellas. Mientras caía —todo parecía pasar a cámara lenta—, escuchó un grito:

—¡Arabella, corre!

Pero, aunque ella entendió las palabras, estaba medio grogui y sin poder evitarlo fue a dar con sus huesos en el suelo.

A pesar de lo atontada que la dejó el golpe, Arabella lloró de alegría al ver a Melquisedec correr en su dirección por encima de los escombros; parecía que caminaba sobre las aguas, casi no tocaba el suelo.

El híbrido era rápido y elegante como un gran felino. Y un segundo antes de que James se girara para enfrentarse a él, saltó y se sujetó a su espalda. Forcejearon. El *maledicti* intentó quitárselo de encima girando sobre sí mismo y sacudiendo su cuerpo, pero al ver que su atacante estaba bien agarrado y que no iba a conseguirlo, caminó hacia atrás hasta dar con la pared. Allí se dejó caer con todo el peso varias veces, hasta que los brazos del híbrido se soltaron y resbaló hasta al suelo.

El *maledicti* se giró y le escupió encima. Lo levantó a peso y lo clavó a la altura del

hombro en un gancho de hierro que sobresalía de la pared.

Melquisedec ni siquiera gritó.

James dio un par de pasos hacia atrás para admirar su obra y comenzó a reírse a mandíbula batiente. El híbrido estaba fuera de combate, pero hizo mal creyendo que Arabella también lo estaba. Mientras él estaba distraído, ella se había preparado para atacar. Y gritando como una *banshee* corrió hasta él, saltó y, con la ayuda de la inercia y el peso de su cuerpo, le clavó los dos cuchillos de plata que llevaba en los bolsillos de la chaqueta, en mitad de la espalda.

Sorpresa, dolor… Quemazón.

Plata.

James gritó como cuando a un cerdo lo llevan al matadero al mismo tiempo que intentaba darse la vuelta sobre sí mismo, igual que un gato pequeño que quiere morderse la cola y solo consigue girar y girar.

Ella aprovechó el momento y corrió hasta Melquisedec, lo zarandeó, y respiró tranquila cuando él abrió su único ojo. Estaba herido, la sangre le manaba copiosamente del hombro —lugar por donde sobresalía el gancho de hierro— y de una herida en la cabeza, pero al menos estaba consciente.

—Vete, Arabella, corre hacía una zona que esté bañada por el sol.

—¿Y dejarte aquí? ¿Tú estás loco?

—Le dije a Brahn que cuidaría de ti. Huye.

—Ni hablar, dime qué puedo hacer, dime cómo puedo pararle.

—No podrás sola y yo no estoy en condiciones de ayudarte —murmuró. Brotó sangre de su boca y Arabella se asustó.

«¡Por Dios, Mel no!».

—Mel, sigue conmigo, dime ¿qué tengo que hacer? —preguntó mientras le acariciaba la mano.

—Solo hay una forma de matar a alguien como él.

No añadió nada más, pero Arabella supo a qué se refería. Aunque en aquel momento ella se lo había tomado como algo excesivo, Brahn se lo dijo en una ocasión: «La forma más limpia de acabar con uno de nosotros es cortarnos la cabeza».

Eso tendría que servir también para James.

Mientras su hermano se retorcía de dolor —la plata debía quemarle por dentro— e intentaba sacarse como fuera los cuchillos que llevaba en la espalda, Arabella buscó con la mirada alguna herramienta que pudiera manejar y que fuera lo suficientemente cortante.

Un pedazo de hierro alargado y plano llamó su atención. ¿Podría blandirlo como una espada? Corrió hasta él. Era tan solo un trozo de metal con los cantos mellados. Pero serviría,

tendría que servir. Necesitaba que sirviera.

Lo levantó, pesaba demasiado y tendría que blandirlo a dos manos. Giró la cabeza buscando alguna otra cosa, pero para su desesperación, James había conseguido sacarse uno de los dos cuchillos y miraba en su dirección. Casi no le dio tiempo a prepararse, el *maledicti* calculó la distancia y arremetió contra ella como una cabra montesa.

El arma se resbaló de entre sus dedos, pero, al menos, el golpe hizo que ella volase lo suficientemente lejos como para evitar que el peso de su hermano la aplastara. Desesperada por esquivar una nueva arremetida —James volvía a levantarse—, rodó por debajo de una chapa hasta desaparecer de la vista. Su escondite no duró mucho. Aquel ser era corpulento y no podía entrar allí, pero a pesar de las dos agujas de plata y el cuchillo que aún se mantenía clavado en su espalda, levantó las enormes planchas de metal con la gracia de una mariposa que bate sus alas.

Arabella, que había conseguido recuperar el resuello, salió de allí tropezando pero lo suficientemente rápida como para esquivarlo y recuperar el trozo de hierro. Con él en las manos, clavó sus pies en el suelo, adoptó una posición defensiva de las que el barón le había enseñado nueve años antes y se concentró en el *maledicti*. Tenía que intentarlo, era eso o morir.

Tendría que haberse aplicado más en las clases de esgrima, pero ¿cómo podía ella pensar que de verdad iban a servirle en algún momento de su vida?

James la miró y no pudo evitar soltar otra risotada; su hermana estaba resultando ser muy, pero que muy entretenida.

Por el rabillo del ojo, Arabella vio cómo Melquisedec, a espaldas de James, estaba logrando descolgarse gracias a la ayuda de una cuerda que pendía de una viga del techo. Y para mantener distraída a aquella bestia mientras él se liberaba, adelantó una de sus manos y con la palma hacia arriba, movió los dedos varias veces de delante atrás, retándolo a acercarse.

Su hermano volvió a reír.

—Mocosa, ignoraba que te hubieras vuelto tan divertida. De haberlo sabido habría accedido a que pasaras algunas vacaciones en Londres conmigo. Mis amigos se habrían partido de risa.

—No vas a reírte tanto cuando tenga como trofeo tu cabeza —respondió ella entre dientes.

Las carcajadas de James hicieron retumbar las paredes.

—Arabella, me va a dar pena matarte. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan…

Con las fuerzas que le quedaban, Melquisedec, a pesar del dolor del hombro y de estar quemándose la palma de la mano, le clavó de nuevo el cuchillo que había conseguido sacarse segundos antes.

Incluso herido, la fuerza del híbrido era superior a la de Arabella y la pieza de plata entró hasta el mango. Pero una bestia herida es peligrosa y, al revolverse, del golpe lanzó a Mel sobre

una montaña de cajas de madera que se hicieron astillas bajo su peso.

Arabella atacó. Saltó y consiguió golpearle en el cuello con el filo mellado, pero apenas le hizo un arañazo. El *maledicti* no solo aparentaba ser una estatua tallada en piedra, lo era. Su piel era tan dura como parecía.

James la cazó al vuelo sujetándola por el cuello con una sola mano, y la levantó a peso hasta ponerla a la altura de su cara. La presión de sus dedos era tal que Arabella casi no podía respirar.

—¡Me las vas a pagar todas juntas! ¡Vas a morir, puta! —gritó con una voz que surgió de las entrañas del infierno—. Y te aseguro que no seré amable, que…

No terminó la frase.

Una explosión de sangre caliente obligó a Arabella a cerrar los ojos. Pero antes de que pudiera reaccionar y limpiarse con el dorso de la mano, sintió que caía arrastrada por James. Le resultó imposible evitarlo. El peso de su hermano era como el de un árbol que acababan de talar y se lleva a su paso todo lo que encuentra. El golpe contra el suelo la dejó un tanto aturdida, pero que James le cayese encima casi consiguió que perdiera el conocimiento.

¿Qué había pasado?

Arabella no entendía nada. Un segundo antes James estaba estrangulándola y ahora ella estaba sepultada bajo su cuerpo inconsciente. Quiso girar sobre sí misma para quitárselo de encima, pero pesaba demasiado.

—¿Mel? —llamó. La garganta le dolió por el esfuerzo.

Una fuerza desconocida —Arabella pensó en un huracán, pero inmediatamente se dio cuenta de que allí no hacía viento— lanzó el cuerpo de James contra la pared. Ella intentó incorporarse, pero solo fue capaz de colocarse de lado y empezar a toser. Abrió los ojos y el horror fue como la descarga de un rayo que amenaza con partirte en dos: a su lado, en un charco de sangre, estaba la cabeza de James.

Quiso gritar, más su voz no apareció; no había ni rastro de ella. Un dolor punzante le atravesó el pecho y, aunque le dolía todo el cuerpo, pataleó desesperada para apartarse de aquello. No era James, no podía serlo. Con movimientos torpes consiguió retroceder, pero que sus pies topasen con algo, le hizo girar la cabeza. Y esta vez sí gritó. Acababa de encontrarse cara a cara con la mismísima muerte.

Aquel ser que se erguía a sus pies no podía ser otra cosa.

No solo era alto y grande, sino que iba vestido de negro absoluto con pantalones de cuero, capa española y sombrero de copa como si acabaran de salir de un relato de terror. Bajo la chistera llevaba una especie de saco que le cubría la cabeza y sobre él una máscara de cuero que protegía con cristales rojos las cuencas de los ojos y terminaba en un largo pico. No llevaba guadaña como la parca, pero sí la espada más grande que ella había visto jamás.

¿Por qué no se movía? Estaba allí plantado apoyado en su espada como si ella, tan solo con su grito, lo hubiera dejado congelado.

Arabella entrecerró los ojos mientras trataba de incorporarse. ¿Qué era aquella máscara? Lo recordó de golpe. La había visto en un grabado que le enseñó el barón cuando le habló de la peste que asoló en varias ocasiones Europa. Era la que llevaba el *medico della peste*.

Le dolía todo el cuerpo, pero consiguió levantarse y ponerse en pie ante él.

Bajo su atenta mirada aquel demonio se tambaleó como sí fuera de trapo. ¿Estaba débil? ¿Moribundo? Si lo estaba quizá podrían escapar.

Pero su voz, aunque se escuchó como si saliera de una fosa profunda, la dejó clavada al suelo.

—Arabella, ¿estás bien?

¿Estaba soñando? Aquel monstruo la había llamado por su nombre.

No tuvo tiempo de más, toda la energía que había acumulado y que la había lanzado a hacer cosas increíbles, se disolvió de golpe y le hizo perder el conocimiento.

Y por muy rápido que aquel ser quiso moverse y evitarlo, no llegó a tiempo. Arabella cayó al suelo desmadejada.

Alicia cae por el túnel

¿Acaso era tan dulce la muerte?

Debía de estar ascendiendo a los cielos. Un ángel me mecía entre sus brazos con delicadeza y me susurraba algo en un idioma extranjero.
No me importaba. ¿Qué más daba el cielo o el infierno? Solo podía pensar en que estaba muriendo y que me había dejado un millón de cosas por vivir. Y, además, y esto era lo peor, me marchaba de este mundo sin despedirme de Brahn.

Londres, 6 de septiembre de 1888.
St. Katharine Docks, Tower Hamlets.

Cuando empecé a recuperar la consciencia, sentir que alguien me sujetaba en un abrazo firme y cálido hizo que me tranquilizase un poco —no me estaba muriendo, aunque pareciera que tuviese el cuerpo a trozos—, pero al abrir los ojos me di cuenta de que mi protector no era un ángel custodio, sino la muerte. La máscara del doctor de la peste estaba a pocas pulgadas de mi nariz. Era ese ser quien me tenía suspendida en el aire.

Quizá, después de todo, sí que iba a descender a los infiernos.

Intenté escapar empujándolo con todas mis fuerzas; no conseguí moverlo ni una pulgada.

—Arabella, cariño…

Esa voz. Sonaba hueca y lejana, pero hizo que mi corazón brincara de alegría.

—¿Brahn? —Me saltaron las lágrimas.

Melquisedec tiró del brazo de su amigo.

—Brahn, tienes que ponerte a cubierto; a pesar de tu disfraz hay demasiada luz.

No quiso soltarme a pesar de que aparentaba estar débil y eso le obligó a hacer un gran esfuerzo para llevarme con él hacia donde indicaba Mel. —En un rincón en el que el techo se había derrumbado, había quedado una especie de hueco bajo las chapas lo suficientemente grande para escondernos—. Se agachó para entrar y me llevó con él hasta dar con su espalda en la pared del fondo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté histérica.

—¿Tú que crees?

Me estrechó entre sus brazos y sentí en aquel gesto su necesidad de asegurarse de que era real, de que yo, aunque aturdida, estaba bien.

—Pero tú…, tú no tenías que estar aquí —insistí.

Una mano enguantada acarició el óvalo de mi cara.

—¿Cómo no iba a venir? ¿Esperabas que me quedara en casa sabiendo que estabas en peligro?

—Puedes arder en llamas si te da el sol.

—No voy a arder, Arabella. Podría quemarme y sería muy doloroso, pero como ves me he preparado bien.

Quise gritarle, pero conseguí mantener mi tono de voz dentro de unos límites tolerables.

—¡Brahn, no deberías estar aquí!

—Arabella, no vamos a discutir ahora sobre quién tendría que estar aquí o no. Tú no deberías haber venido sola y lo sabes. —Esa recién nacida hostilidad no se mantuvo durante mucho tiempo, en seguida volvió a abrazarme—. No te imaginas el mal rato que he pasado creyendo que no iba a llegar a tiempo. Y cuando entré y te vi suspendida en el aire, enteramente a su merced… Casi muero al ver que estaba a punto de perderte.

En ese instante reviví lo que acaba de ocurrir antes de despertar en los brazos de Rheged.

Comencé a temblar y Brahn apretó su abrazo en respuesta, al mismo tiempo que sacaba un pañuelo inmaculado de alguna parte y empezaba a limpiarme la cara como si yo fuera aún una niña. Estaba tan confusa que le dejé hacer.

Melquisedec entró también a la guarida después de colocar una chapa más que cubriera la entrada. Había perdido el parche e intentaba ocultar su ojo vacío con la melena; no llegaba a conseguirlo del todo. Pero si creía que me incomodaba estaba muy equivocado, lo único que yo sentía hacía él era un agradecimiento enorme. No se había rendido y gracias a eso, yo seguía viva.

—Mel, deberías beber. —Rheged dobló el borde del guante y se subió un poco la manga de la chaqueta para dejar al descubierto su muñeca—. Vamos, bebe, la herida de tu hombro se ha cerrado, pero estás muy débil.

—¿Delante de ella?

De repente parecía avergonzado.

—Arabella —me dijo el barón—. ¿Te importaría girarte?

—Hazlo, Mel —le animé.

—Mira hacia otro lado.

—No hace falta, hazlo ya.

A pesar de la penumbra de nuestro escondite, no me perdí un solo detalle. Yo sabía que, si quería estar a la altura de las circunstancias, aquello era algo que antes o después tendría que

ver.

La transformación a vampiro de Melquisedec no fue tan espeluznante como la de Rheged, su único ojo continuaba siendo de un bonito azul intenso, su piel se mantuvo pálida y tersa y la sombra de la zona de la barba continuó exactamente igual. Mel seguía siendo Mel. Solo los huesos de sus manos se quebraron transformándose en garras y sus colmillos crecieron lo suficiente como para alimentarse sin problemas.

Se me erizó la piel.

«No te desmayes, Arabella. Hazlo por él, que no piense que te causa repulsión. Ya sabes que Mel nunca te haría daño».

Aquella voz en mi cabeza me hizo temblar. ¿Sufría alucinaciones? ¿De dónde había salido? Rheged tomó mi mano al ver mi cara asustada y comprendí. Él había hablado directamente a mis pensamientos. ¿Cómo lo había hecho?

—Gracias, Brahn —dijo Melquisedec al terminar mientras se tocaba el lugar de la cabeza dónde momentos antes tenía una fea herida—. Me siento mejor.

Estiré el cuello para verla.

—Es increíble, ya está cerrada.

Tomé su mano y la giré para que la palma quedase hacia arriba; tampoco había marcas de la quemadura.

—Nos curamos rápido —murmuró él con cierta vergüenza.

Antes de cubrirse la muñeca, Rheged aprovechó una última gota para restregármela en el cuello. Justo donde James me había mordido.

—¡Ay! —salté.

—Siento haberte hecho daño. ¿Te duele?

—No me duele, ni siquiera me acordaba. —Me puse la mano en la frente como si midiera mi temperatura. Saber que tendría las marcas de un vampiro en el cuello de por vida comenzó a marearme—. ¿Se notan mucho?

—Si me permites que termine, no te quedará cicatriz.

Me quedé quieta como un poste para dejar que me curase, pero sentir su dedo deslizarse sobre mi piel consiguió que al final no supiera dónde meterme. ¿Cómo era posible que un leve roce activase sensaciones extrañas por todo mi cuerpo? ¿Acaso me estaba volviendo loca?

Suspiré. Si él en ese momento hubiera levantado la mano, involuntariamente me habría estirado hasta volver a colocarme debajo, igual que habría hecho un gato que quiere más caricias. Me tenía en estado de trance.

Tocó con el índice enguantado la punta de mi nariz y desperté.

—Mel, ahora necesito que saques a Arabella de este agujero. Llévala a casa. Necesita tumbarse y descansar.

La sensación de estar en el cielo terminó justo ahí.

—Ni hablar —contesté—. Nadie se quedará aquí. Si nos vamos, nos vamos todos.

—Pequeña, es mejor que yo me quede hasta que se haga de noche. Ya he arriesgado bastante para llegar.

A pesar del disfraz que llevaba puesto, yo me había olvidado por completo de su problemilla con el sol. Sin embargo, me resistía a dejarlo solo.

—¿Y si viene alguien?

—¿Quién va a venir? Este lugar es solo una ruina.

En el fondo sabía por qué quería que me fuese; intentaba evitar a toda costa que me quedara a solas con él.

Sé que en ese momento me comporté como una niña, pero qué le vamos a hacer. Si tenía que jugar sucio, lo haría. Apoyé la cabeza sobre su hombro, cerré los ojos y declaré:

—Me quedo contigo.

Por entre las pestañas pillé a Mel sonriendo y tuve que apretar los labios para no reír yo también. Vaya par, estábamos discutiendo como adolescentes, aunque yo tengo mi edad como atenuante, no como él.

Me recriminé de nuevo. Si yo no hubiera reaccionado de aquella manera la noche pasada, ahora no estaríamos así.

—Arabella, por favor.

Me abracé a él como si corriera el peligro de que Melquisedec fuera a sacarme a rastras y el barón fuese el único objeto inamovible de aquel rincón.

—Me quedo. —La tozudez era uno de mis peores defectos, Rheged debería de haber contado con ello.

Melquisedec se levantó y se apresuró en salir de aquel improvisado refugio. Aunque, antes de poner una última chapa que nos dejase más resguardados, anunció:

—Volveré sobre las siete y media con un coche para recogeros —Se volvió hacia Brahn y murmuró—: Suerte, compañero.

El barón insistió una vez más.

—Espera, Mel. Arabella, son muchas horas, deberías irte con él, descansar, comer algo…

—¡No!

Me sorprendió sacando uno de sus mejores tonos de desenfado. Cuando quería era un gran actor.

—Está bien, haz lo que creas conveniente. Nada de agua, nada de comida… Nada qué hacer.

«Mejor, así podremos aclarar algunas cosas», pensé.

Giró la cabeza y me miró por encima de su hombro y, por un momento, creí que me habría leído el pensamiento, pero no, solo eran imaginaciones mías.

Se acomodó contra la pared y se quedó en silencio.

Amparados entre las sombras de aquel agujero, los primeros veinte minutos los pasamos el uno junto al otro sin hablar. No sabía qué le rondaba por la cabeza, pero yo no podía dejar de pensar en su proximidad: su cuerpo apoyado en la pared con su hombro rozando el mío; las piernas extendidas, aquellas elegantes manos enguantadas sobre los muslos… Pasado ese tiempo, el silencio comenzó a pesar. Al menos a mí.

—Rheged, ¿es posible que me esté volviendo loca o antes has hablado directamente a mi mente?

—No estás loca. Es algo que entre los de nuestra especie solemos hacer.

—Pero yo no soy como tú.

—También podemos comunicarnos con la mente de otros seres y más si estamos cerca o hemos intercambiado sangre.

—¡Ah!

Debí poner cara de palo.

—Arabella, siento mucho lo que ha ocurrido. No me quedó otro remedio.

Yo no quería pensar en aquello. De alguna forma, en algún plano paralelo de un universo creado por mi imaginación, James seguía siendo aquel niño adorable de rizos dorados al que despedí en el andén. Prefería recordarlo así.

Me apoyé en su hombro para que no me viera llorar. Sabía que él querría consolarme y yo necesitaba demostrarle que era fuerte. Aunque la realidad fuese que había perdido a dos familiares en menos de una semana y me sentía más vacía que nunca. Es curioso que eso ocurra, incluso cuando son personas a las que apenas conoces.

Me aclaré la garganta y traté de sacar pecho, no quería que él se sintiera culpable por lo que había ocurrido. Le debía la vida. Si no hubiera aparecido y blandido su espada, yo estaría en el mundo de los muertos.

—Esa cosa que has matado ya no era un ser humano. Vine convencida de que al verme su cerebro me reconocería… Tenía esa esperanza. Pero no. Supongo que soy más ingenua aún de lo que parezco.

»Por cierto, gracias por salvarme.

Me quedé mirando el suelo. James había muerto y yo no quería decir nada más sobre aquello.

Él me acarició la mano.

—Tienes que continuar con tu vida, niña.

—Lo sé. —Se me quebró la voz—. En el fondo sabía que esto no acabaría bien. Tendría que haberme quedado con tía Adelaida en Langdale House.

Se hizo el silencio y yo me quedé pensando en todo lo que había acontecido desde que salí de allí. Mi viaje, mi llegada al apartamento, mis pesquisas, mi disfraz de criada… Él. Mi barón.

—¿Te arrepientes de haber venido a Londres?

Su pregunta me sacudió. ¿Cómo iba a arrepentirme de haberlo encontrado o de sentir un soplo de libertad cada mañana al despertar?

—No. Solo que ahora que ha acabado todo, no sé qué voy a hacer.

Debió malinterpretar el estremecimiento que recorrió mi espalda, porque intentó cubrirme tapándome con su capa. No lo consiguió del todo.

—El suelo está frío, ¿qué te parece si te incorporas y extendemos mi capa para que te sientes sobre ella?

Me levanté, pero aunque él preparó mi asiento yo me dejé caer sobre sus piernas. Necesitaba que él me meciera como aquel día del aniversario de la muerte de mi madre, cuando él trepó por la fachada y se coló en mi habitación. Yo ya no era una niña e inmediatamente lo sentí horrorosamente indecoroso, pero él entendió mi necesidad y me rodeó con sus brazos como haría un padre.

Suspiré de satisfacción. Allí el mundo no podía tocarme.

Me revolví para sentarme mejor y al hacerlo tropecé con el pico de su máscara.

—Perdón —murmuró.

—Discúlpame, está oscuro y no te veo bien.

De nuevo el silencio. Pasados un par de minutos me arrepentí de mi osadía. En aquella postura me sentía muy expuesta.

—Arabella —masculló Rheged—, si no quieres volver con tu tía. —Aquello no era una pregunta, pero negué igualmente—. ¿Qué vas a hacer?

La respuesta me pareció obvia.

—Buscar trabajo.

—¿Aquí, en Londres?

—Donde sea.

Él carraspeó.

—Y… ¿qué te parecería casarte conmigo?

Aquello me pilló por sorpresa.

—¿Casarnos?

—Sí, eso que se hace en una iglesia y frente a un sacerdote: «…Y os declaro marido y

mujer».

—Sé lo que es casarse, Brahn.

—¿Y qué te parece?

—Somos demasiado… diferentes. No saldría bien. ¿No me ves capaz de salir adelante por mi cuenta?

Creo que él se quedó con ganas de decir algo más, pero se limitó a responder mi pregunta.

—Por supuesto que sí. Es solo que los amigos se ayudan.

Aquella respuesta encendió una parte de mí.

—¡Nadie debería casarse solo por prestar o conseguir ayuda!

Rheged contestó un tanto avergonzado.

—Me gustaría que tuvieras una casa, una renta y que pudieras vivir haciendo aquello que te guste. Y yo puedo dártelo.

—Pero un matrimonio…

—No me has entendido. No tendríamos que consumar nuestra unión.

La decepción soltó mi lengua como si descorchase una botella de champaña.

—¡Ah! ¿Quieres una de esas bodas sin novio, solo con un papel de por medio? No, Brahn, así no quiero casarme contigo.

Él intentó defender su posición de héroe salvador.

—¿Qué tiene de malo? No pierdes nada. Ser una mujer casada hará que nadie pueda limitar tu libertad ni quedarse con tu dinero.

Estaba segura de que no existía en el mundo un hombre mejor como marido, pero su ligereza al exponer el tema hizo que mi corazón se partiera en dos.

—Si algún día me caso quiero estar loca de amor. Y, por supuesto, necesitaré ser correspondida. —Él no replicó. Me habría gustado, pero no lo hizo. Y yo no pude insistir en ello, de hacerlo habría acabado llorando—. Solo te pido que me dejes quedarme en tu casa hasta que tenga un empleo y pueda alquilar una habitación.

La voz de Brahn se escuchó muy seria cuando habló:

—Arabella, mi casa es tu casa, puedes disponer de tu habitación todo el tiempo que quieras.

—Gracias.

—No hay de qué.

Tomé aire, necesitaba cambiar de tema. Rechazar una petición de matrimonio era algo que no había entrado en mis planes. Ni ese día ni nunca.

Entonces…, ¿por qué me dolía tanto el pecho?

Respiré hondo. Había otro tema del que teníamos que hablar y que era una perfecta

cortina de humo para ese momento.

—Respecto a lo que sucedió anoche…

—Lo entiendo, Arabella. No tienes que explicarme nada.

—Quiero hacerlo.

—Creo que prefiero no escuchar lo que tengas que decir.

Me moví para mirarlo de frente. Él controlaba perfectamente su tono de voz, pero yo sabía que tras aquellos cristales rojos estaba inquieto. Lo vi marcharse de mi dormitorio con el alma rota en mil pedazos.

—¿Por qué?

—Porque sé de sobra lo que soy, no hace falta que te excuses. Lo entiendo. —Bajó la voz—. Menudo recuerdo para tu primera vez.

Rheged siempre había sido honesto, yo quería serlo con él.

—No fue por eso —negué—. Bueno, sí, claro que fue por eso, tienes que reconocer que das miedo. Pero no tuve miedo de ti, simplemente me asusté. No creo que sea la primera vez que provocas algo así en un humano. Solo necesito un poco de tiempo. —Me detuve, no podía seguir hablándole a un objeto inanimado—. Brahn, ¿no puedes quitarte esa cosa? Aquí no entra apenas luz y aparte de sentirme torpe porque no paro de tropezar contigo, creo que estoy hablando sola.

Él se quitó la chistera y la máscara, pero dejó el saco sobre su cabeza. Había unos pequeños orificios para los ojos.

—¡Oh, vaya! ¿Dónde va a parar? Muchísimo mejor.

—No puedo quitármelo, Arabella.

Pasó su mano enguantada sobre mi mejilla y noté las puntas de unas uñas afiladas. Miré de reojo. Tenía los dedos curvados, me dio la sensación de que no podía extenderlos del todo.

—¿Estás transformado?

—Sí.

—¿Por qué? ¿El cambio no obedece a tu voluntad?

—Obedece. Aunque a veces sucede de manera involuntaria, sin que yo lo provoque.

—¿Cuándo tienes hambre? —Mi voz comenzó a temblar. Sin querer vino a mi mente el momento en el que James me clavó los colmillos.

—Por hambre solo es en casos muy extremos, Arabella. El caso es que te tengo encima y no paras de moverte. Y la tentación…

—¡Oh!

—Sí, ¡oh! No soy de piedra.

Le desabroché el botón de arriba de la chaqueta e intenté meter la mano para sacar aquella tela basta que llevaba puesta encima. Me detuvo antes de que pudiera siquiera intentarlo.

—¡Quiero verte!

—Tengo la misma pinta que anoche, no creo que sea necesario repetir.

—Por favor.

Jugué sucio. Estábamos bastante a oscuras, aunque yo intuía que él sí me veía con claridad, y le dediqué una de aquellas miradas con las que siempre acababa cediendo. Cuando tenía doce años nunca fallaban.

—Arabella, yo…

Ahora parecía que tampoco.

—¡Por favor, Brahn!

Dije su nombre de pila despacio. Casi deletreándolo. Aquello formaba parte de mi estrategia —sabía que a él le gustaba oírmelo decir—, pero también lo hice porque dejaba sabor a caramelo en mi boca.

Él mismo se quitó la tela y, por su expresión, vi que se quedó helado como un témpano cuando me encontró a dos pulgadas de su nariz entrecerrando los ojos para verlo mejor.

Mi mano desnuda le rozó la mejilla. Él cerró los ojos.

—Nunca estás frío. Si estás muerto, ¿no deberías estarlo?

Ni siquiera me miró, pero parecía recrearse en mi caricia. Una de las comisuras de su boca se había alzado delatándolo.

—Si me alimento bien, mi cuerpo funciona como el de un humano normal —me respondió en un susurro.

Necesitaba demostrarle que no era miedo a su naturaleza lo que sentía cuando lo tenía cerca y, para ello, le toqué un colmillo con la yema del dedo. Él me miró horrorizado y se echó hacia atrás lo que pudo.

—¡¿Te he hecho daño?! —casi grité.

—No, Arabella, no. ¡Por Dios! Son dientes, no duelen.

No iba a casarme con él si no me quería —y yo si no me casaba con él, no lo haría con nadie más—, pero lo tenía a mi merced y era un hombre terriblemente atractivo. ¿Quién iba a regañarme por desearlo? Desde luego, yo no. Y mi cuerpo, que parecía ir de por libre, tampoco. A su lado estaba descubriendo sensaciones que ni de lejos habría llegado a imaginar. Su cercanía me revolucionaba: sentía como si mi estómago fuera la boca del motor de una locomotora y un loco estuviera echando sin descanso paladas de carbón. Más rápido. Más rápido…

Había vuelto a cerrar los ojos y, como parecía ignorarme, lo besé. Un beso diminuto justo en la comisura de sus labios. Al ver que no reaccionaba le di un segundo, un tercero y un cuarto, hasta que llegué a su incisivo.

—¿Estás probando hasta dónde puedo soportarlo?

—No. —Mi voz debió sonarle a decepción porque abrió los ojos con rapidez para no perderse mi expresión. Aquellos pozos negros e insondables me traspasaron. No podía decir que

me estuviera mirando, no había una pupila fija en mí, pero la sensación era como estuviera en mi interior—. Solo buscaba que me correspondieras, pero si no quieres, no quieres.

No tuve ni siquiera tiempo de tomar aire tras hablar, el beso, profundo y dulce, me pilló por sorpresa. Y no, no pensé en su aspecto, solo en que besarlo era como levitar.

—¡Dios mío, Arabella! —replicó angustiado cuando me soltó—. ¡No vuelvas a hacer eso! Ya ves que no soy capaz de controlarme.

—¡Me ha gustado! —grité. A continuación, bajé la voz e intenté calmarme—. Siempre me gustan tus besos, a pesar de esas cosas punzantes que sobresalen de tu boca.

Lo pillé disimulando una sonrisa.

—¿Con cuántos me estás comparando, Huesos? Es para saber cómo de buenos son.

«No, Brahn, ahora no estoy para bromas».

Mi voz expresó una décima parte del enfado que sentí.

—Sabes que nunca me ha besado nadie.

—Lo sé. —Lo dijo con cariño, dulce como la miel. Maldito. Sabía que el comentario me había hecho daño y ahora intentaba arreglarlo. Me sujetó por la nuca y se acercó un poco más—. ¿Practicamos?

Y antes de que pudiera decir que sí, volvió a invadir mi boca, lento, cálido y dulce, y yo cerré los ojos y me dejé llevar. Solo le detuvo sentir cómo una lágrima peregrina llegaba hasta el borde de sus labios.

Se separó inmediatamente y la limpió con el guante.

—No llores, mi amor.

Cuando pienso en lo que dije después, me siento como si directamente le hubiese confesado lo mucho que significaba para mí.

—Es que no quiero volver a perderte.

Me sujetó la cara con las dos manos para que no pudiera mirar hacia otro lado.

—No me vas a perder. Sin secretos, ¿recuerdas? No me iré sin decirte dónde estaré, con quién y cuándo voy a regresar.

Mi voz se recuperó un poco.

—¿Acabas de llamarme *mi amor*?

La risa de él se escuchó musical.

—Eres mi amor, mi niña, mi amiga… Métetelo en la cabeza de una vez.

No quería, no quería serlo, no quería ser nada para él si él solo me quería como a una niña. Yo nunca podría ser solo su amiga. Ya no. Y entonces dolería más el rechazo, que se fuera con otra o que se marchase al fin del mundo.

Carraspeé y me aclaré la garganta. Me encontraba dividida. Quería, anhelaba, que fuera verdad lo que insinuaban sus palabras, pero al mismo tiempo me hacía miles de preguntas sobre

cómo podría vivir sin él.

Me acurruqué en su pecho y simulé dormir, pero mi cerebro era incapaz de apagarse.

Si estar en sus brazos se sentía como un sueño y besarlo era tocar el cielo, ¿cómo sería sentir sus dientes sobre la piel?

Me desabroché el puño de la camisa y le hice varios dobleces hasta que me llegó al codo. Se la ofrecí.

—Arabella, ¿qué estás haciendo?

—Deseo que hagas lo mismo que ha hecho Mel. Quiero saber qué se siente.

Durante unos segundos solo se escucharon los latidos de un corazón. El mío.

—No quieres esto. Todavía estás conmocionada.

—Brahn, he estado a punto de morir y me he dado cuenta de lo frágil que soy y de lo poco que vale mi vida. Quiero experimentarlo todo antes de que eso suceda. Por favor, solo quiero borrar el recuerdo del mordisco de James. Seguro que el tuyo será dulce y tierno. Por favor, por favor…

A él le costó encontrar las palabras.

—No tengas prisa, ¿de acuerdo? La vida acabará cuando tenga que hacerlo. La de todos, incluso la mía.

Intentaba cambiar de tema.

—Por favor. —Repetí ofreciéndole el brazo de nuevo.

Él se detuvo durante un segundo o diez, no lo sé, el tiempo parecía haber frenado en seco. Me observó a conciencia antes de volver a hablar.

—Cuando un vampiro muerde puede hacerlo a modo de castigo y como consecuencia inflige dolor.

—¿Cómo hizo conmigo mi hermano?

—Sí, así es. Pero tienes razón, hay otra forma. En realidad, hay muchas, depende de cada uno de nosotros y depende también de a quién mordamos. Y por supuesto, puede ser tierno y dulce. —Me tomó la mano y acercó mi muñeca hasta sus labios. —¿Estás segura de esto? —Asentí y besó con suavidad mi piel—. No tengas miedo, Arabella, disfrútalo.

Si sentí la punzada y un ligero y efímero dolor, el efecto posterior fue muy diferente. Un calor agradable me recorrió el cuerpo llenándolo por completo de un sentimiento delicado e intenso que llevó un prolongado suspiro a mis labios. Después, cuando ya creía que controlaba esa sensación y empezaba a encontrarme cómoda con ella, sucedió algo inesperado. Un torbellino, una especie de espiral burbujeante se desencadenó en el centro de mi sexo y me hizo apretar las piernas. Jadeé. Aquello era nuevo para mí y no sabía cómo debía responder. Me faltó el aire e, involuntariamente, cerré los puños con fuerza. Emití un gruñido bajo y animal. Sentí el vacío a mi alrededor y caí, igual que Alicia, por un túnel sin retorno.

«*Down, down, down*».

Qué sensación. Era caer y flotar. Era tener la percepción exacta de todo lo que ocurría a mi alrededor y, a la vez, no ser capaz de sentir nada. Era un descenso vertiginoso y al mismo tiempo planear en el aire como las gaviotas.

Quise detener el tiempo y que aquello no parase nunca. Quise gritar, pero me dio miedo de que aquello acabara escapándose por mi boca y expirara, al igual que hacen los suspiros que mueren al llegar a los labios. Cerré los ojos y dejé que me arrastrara y que barriera cualquier sensación que hubiera dentro de mí. Y cuando acabó —maldito instante en el que lo hizo—, sentí, aun sin moverme de aquel refugio que eran sus brazos, que me faltaba el aire y que mi corazón latía a mil por hora.

Cuando miré mi mano, Rheged había vuelto a su estado normal y estaba curando la herida con unas gotas de su sangre. Sentí que me observaba con diversión.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté.

Mi cara de boba amplió su sonrisa. Jamás olvidaré sus palabras.

—Mi querida niña, acabas de tener tu primer orgasmo.

— 27 —

Londres, 6 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Rheged y Arabella entraron en la vivienda y, sin mediar palabra, ella subió corriendo a su habitación. Después de lo ocurrido no había sabido dónde meterse. Se había hecho la dormida durante horas para no tener que entablar conversación con él.

Lo primero que hizo al entrar a su cuarto fue ponerse delante del espejo. Estaba hecha un desastre, pero lo peor no era la ropa destrozada y manchada de sangre, lo peor era que se sentía de lo más extraña.

¿En serio había tenido un orgasmo? No podía creerlo. ¿Así que eran de ese modo?

Sentarse sobre el colchón se sintió como una tortura. Su cuerpo se había ido enfriando a lo largo de la tarde y ahora notaba todos los golpes que había recibido. El dolor la quebraba incluso con un simple parpadeo.

Puso los pies en el suelo, se bajó los pantalones hasta la rodilla y se sacó los faldones de la camisa. El cardenal era enorme. Se desnudó completamente y se desvendó el pecho. Con la ayuda de un espejo de mano logró ver su espalda reflejada en el de cuerpo entero. Estaba también amoratada. Después contempló la parte delantera de su cuello levantando el mentón; allí estaban las marcas de la mano de James. Una rodilla tenía un raspón, en la otra pierna había un bulto en la pantorrilla…. ¿Tendría alguna parte del cuerpo libre de moratones?

Dolorida, se lavó como pudo con el agua fría de la palangana y se puso una camisola y la bata para bajar a la cocina. No había comido en todo el día y, cosa extraña, no tenía hambre, pero necesitaba encontrar algo que le aliviase el malestar y la ayudara a dormir.

Llevaba apenas unos segundos buscando en los armarios algunas hierbas o láudano cuando se dio cuenta de que la observaban desde la puerta.

—¿Por qué cojeas?

Arabella se llevó la mano a la parte del cuello del cierre de la bata.

—¿Y Melquisedec? —preguntó ella a su vez.

—Ha ido al almacén para eliminar cualquier rastro.

—¿Para deshacerse del cadáver?

—Sí. —Ella no quiso preguntar qué iba a pasar con él. Prefería no saberlo—. No me cambies de tema, Arabella —insistió Rheged—, ¿por qué cojeas?

—Me han tirado al suelo, me han golpeado, han intentado estrangularme…

Él se acercó rápidamente y, con extrema delicadeza, retiró sus dedos del cierre de la prenda, abrió un poco el cuello y le echó el cabello hacia atrás. Allí estaba la marca de la garra de James.

Sintió como la sangre le hervía.

En el viejo astillero habían sucedido tantas cosas que le habían puesto los sentimientos tan a flor de piel, que ni siquiera se había detenido a pensar en lo ocurrido antes de su llegada. Melquisedec había resultado herido, tenía signos evidentes de ello; sangre en la cabeza y en el hombro y la palma de su mano quemada, pero Arabella, salvo polvo y suciedad en sus ropas y el cabello desordenado, no aparentaba estar lastimada.

—Siento no haberme dado cuenta de esto.

—Poco puedes hacer.

—En eso te equivocas.

Arabella se puso de espaldas un tanto nerviosa por lo que podían significar aquellas palabras y abrió otro de los armarios.

—¿Sabes si Suke tiene algo guardado para aliviar el dolor?

Él colocó las manos a ambos lados de su cuerpo apoyadas sobre el mueble que estaba frente a ella.

—Yo puedo darte algo que te aliviará; ya viste lo que ocurrió con Mel.

El corazón de Arabella le golpeó desde el interior con un sonoro latido antes de volver a un ritmo normal. ¿Por qué la visión de sus manos era tan hipnótica? ¿Por qué en vez de sentirse encerrada entre sus brazos se preguntaba qué pasaría si echaba su cuerpo hacía atrás? Se giró despacio y lo miró a la cara. Él la contemplaba de una forma difícil de describir. En sus ojos había dolor, deseo, hambre y pena. Todo a la vez.

—¿Confías en mí? —preguntó él al mismo tiempo que se separaba y le tendía la mano.

Arabella no dijo nada, solo la tomó sin dudar.

Rheged tiró de ella y la sacó de la cocina como si la llevara al centro de la pista para bailar un vals, pero cuando sus pasos se dirigieron hacia el fondo del vestíbulo en lugar de ir en dirección al salón, Arabella se frenó.

—Necesitamos un momento de intimidad y Melquisedec está a punto de regresar.

—¿Intimidad? —consiguió balbucear Arabella.

Él le regaló una sonrisa.

—Sí. Acompáñame, por favor.

Arabella tropezaba con sus propios pies, pero lo siguió como si él fuera su dueño y ella un perrito faldero. Lo vio abrir la puerta, dirigirse a los paneles de madera y, sin soltarla, accionar el mecanismo que daba paso a la escalera.

La escalera por la que se bajaba a su habitación.

Ya había estado allí abajo —el día que él le dio sus nueve regalos de cumpleaños atrasados—, así que sabía que aquel sótano era un dormitorio acogedor, aunque, por el hecho de estar bajo tierra se sintiera un tanto claustrofóbico. Pero en aquel momento, la actitud del barón era muy diferente. Había hambre en sus ojos. Deseo. Promesas. Y eso la mantenía expectante.

—Vamos, Arabella. ¿Dónde está ahora tu coraje?

Ella, en un acto reflejo, se frotó la cadera. Estar de pie tanto rato comenzaba a parecerle insufrible. A él, ese gesto le partió el alma y, sin preguntar, la tomó en brazos y la llevó en volandas hasta dejarla sentada en el borde del colchón.

—Hay dos opciones.

Arabella abrió mucho los ojos.

—¿Solo dos?

Él rio.

—Sí, solo dos. Si el golpe es pequeño puedo curarlo desde el exterior, igual que hice con las marcas que tu hermano te dejó en el cuello.

Solo de pensar que él iba a verle las piernas, la cadera y la espalda, le hizo responder con rapidez.

—No es pequeño. ¿Cuál es la segunda opción?

La sonrisa de Rheged se amplió.

—Ya lo sabes.

Los ojos de Arabella se abrieron aún más. En su cabeza apareció Melquisedec bebiendo la sangre de Rheged.

—Ya no me duele.

Él rompió a reír. Aquella reacción le hizo recordar a la pequeña Huesos.

Cuando vio que ella fruncía el ceño hizo lo posible por controlarse, aunque ponerse serio de nuevo fue un gran esfuerzo.

Arabella intentó levantarse para salir de allí, pero se pisó la bata y sin pretenderlo acabó en sus brazos.

—Perdón.

—Arabella, deja que comparta esto contigo, por favor. ¿Ya no confías en mí?

—Eso es un golpe bajo, claro que confío, pero no quiero convertirme en una bebedora de sangre. Sería la segunda vez que lo hago y…

—No vas a convertirte en nada. Solo tomarás lo suficiente como para sentirte mejor.

—No.

—De acuerdo. Como quieras.

Se hizo el silencio, pero ella continuó como estaba, sentada sobre sus rodillas con la

mano derecha apoyada en su hombro, mirándose en sus ojos verdes. Solo tenía que moverse un poco y podría besarlo.

Al menos estuvo un minuto bajo su hechizo.

—¿Qué pasará si lo hago? ¿Me convertiré en alguien como tú?

—¡No! ¡Claro que no! Tendrás que tomar un poco más que la otra vez, y puede que te sientas extraña durante unas horas, pero seguirás siendo tan humana como ahora.

—¿Extraña?

—Visión mejorada, fuerza, velocidad… Solo eso. Verás el mundo como lo veo yo.

—¿Y no tiene consecuencias?

—Te prometo que no.

Arabella se lo pensó. Le tentaba. Y no solo porque se sentía como si la hubiera arrollado un tren, el motivo principal era que quería todo lo que él estuviera dispuesto a compartir.

Llenó de aire sus pulmones.

«¿Por qué no, Arabella? Tendrías algo que contar a tus nietos, si es que logras tener alguno. Imagínate frente a la chimenea, en una noche de invierno oscura y lluviosa: *Yo bebí sangre de un vampiro*…».

—De acuerdo.

Rezó para que su rostro se mantuviera neutral y sin miedo —no quería que él pudiera sentirse herido otra vez—, pero estaba tan tensa por no saber con exactitud cómo iba a ser aquello, que no pudo evitar ponerse en guardia. Aunque nada, ni su imaginación desbordante, la preparó para lo que sucedió a continuación.

Primero, Rheged se remangó la camisa bajo su atenta mirada, después le explicó qué debía hacer. El método era sencillo, él se encargaría de abrirse las venas, ella solo debía poner sus labios sobre el corte y lamer la sangre que saliera por él. Tan solo una advertencia: la herida se cerraría en seguida, así que debía aprovechar hasta la última gota.

A pesar de saberse la teoría, ella sintió que se mareaba al ver como el barón, sin aparentar dolor alguno, cortaba su piel con un abrecartas.

Labios sobre piel. Sangre.

La primera vez que la probó no estaba consciente, en ese instante se percató de todo.

Creyó que escupiría nada más notar el sabor metálico en el paladar, pero la experiencia resultó, además de extraña, tan placentera como cuando él le había hincado los colmillos y se había alimentado de ella. Solo que aquel torbellino de sensaciones no terminó con un orgasmo que la dejara laxa y aturullada, al contrario, la ingesta la empujó a querer más de él y, cuando soltó su muñeca, se lanzó a su boca para conseguir un premio: otro de sus besos. Lo necesitaba para calmar esa sed que se concentraba entre sus piernas y que la quemaba desde dentro.

Ese beso robado podría haber durado hasta el infinito, pero darse cuenta de que sus

manos estaban desabrochándole el chaleco, la hizo parar.

—Lo siento. —Ver aquellos labios emborronados de sangre le hizo repetir las palabras con consternación—. Lo siento, lo siento…

—Arabella, tus besos siempre serán bienvenidos.

—Te he manchado la cara.

Él quiso quitarle importancia.

—Así los dos estamos igual.

Ella se pasó los dedos por la boca en un intento de limpiarse. Fue peor. Lo extendió aún más.

—Shhh, relájate, no pasa nada. Es una reacción normal. Por eso te pedí que viniéramos aquí —dijo él bajando la voz como si alguien pudiera escucharlos—. Deja que sea yo quien lo haga.

No sacó ningún pañuelo impoluto de ninguna parte, sino que comenzó a torturar sus labios besándolos y lamiéndolos hasta retirar las manchas de su contorno y dejarlos hinchados de placer.

El pecho de Arabella subía y bajaba, su corazón latía con rapidez.

—Brahn.

—Dime.

—¿Yo podría conseguir para ti lo que tú hiciste por mí entre los escombros del viejo astillero?

Él la miró con cariño. Arabella, en algunos aspectos, seguía siendo una muchacha ingenua. No infantil, solo inexperta.

—Claro que sí.

—¿Y qué tengo que hacer para conseguirlo?

—Seguir mirándome así.

Ella frunció los labios.

—No soy tonta, no creo que solo con desearlo tú obtengas placer.

—¡Ay, Arabella! Te aseguro que podrías conseguirlo. —La mirada de Rheged estaba derritiéndola por dentro—. Aunque en este instante soy yo quien quiere dártelo todo. ¿Me permites?

Rheged tenía la mano cerca de la abertura de la bata, más o menos a la altura de sus rodillas.

—Sí.

Si en un primer momento Arabella sintió que le invadía un frío desgarrador, el suave movimiento ascendente de una mano fue propagando una sensación cálida a su paso.

Frío y calor. Ardor.

—¿Es aquí donde te duele?

—Sí, pero ahora apenas lo siento.

—¿Me permites?

El tono de voz de Brahn al repetir aquellas dos palabras hizo que su lengua tardase en articular un sí entendible. Más bien sonó como un siseo. Quizá, en alguna parte de su cerebro, había engranajes que aún razonaban y pensaban, pero estaban tan escondidos que Arabella no intuyó para qué pedía Brahn su permiso hasta que lo vio apartar la tela y dejar su piel al desnudo. Después besó, con suma delicadeza, un cardenal a la altura de su rodilla.

Ella no pudo evitar que se le aflojara todo el cuerpo y que a sus labios llegara un enorme suspiro. Aquel suave toque hacía que se le erizase la piel por todas partes, al mismo tiempo que se notaba flotando rodeada de nubes lanosas y confortables.

—Tengo otro en la espalda.

Él sonrió ante la ronquera que, de repente, encontró en la voz de Arabella. Y dispuesto a dárselo todo, la tomó en brazos, la recostó sobre el colchón y deshizo el lazo que cerraba su bata. Percibió como ella se tensaba y dejó la prenda en su sitio. En su lugar le acarició el óvalo de su rostro y empezó a besarle las marcas del cuello que le había dejado James.

Que ella lo rodease con sus brazos y atrajera su boca hasta sus labios fue un silencioso permiso para que Rheged, inclinado sobre ella, metiera la mano por la abertura de la bata y rodease su cintura.

Un suspiro relajado seguido de una sonrisa dulce lo animó a seguir desnudándola. Abrió la prenda y dejó al descubierto la camisola y las pecas de su escote. Se las besó. Y tuvo la sensación de que sus labios se quemaban al tocarla. Un pequeño tirón de la tela hizo que un pecho asomase sobre el pequeño volante, libre por fin para que él pudiera capturar su pezón entre los labios.

Era tan sencillo estar con ella, tan natural, que se olvidó de su propio placer. Con ser testigo de sus reacciones le resultaba suficiente. Y es que Arabella era todo un espectáculo. Se retorcía y suspiraba al mismo tiempo que apretaba las rodillas una contra otra, como si no quisiera que escapase su intimidad.

Rheged la vio arquearse y alcanzar de nuevo el éxtasis y se juró que haría lo que estuviera en su mano para ver cada noche a su lado aquellos ojos cerrados, esa boca entreabierta buscando un soplo de aire y su cabello desparramado sobre la almohada.

Sobre *su* almohada.

Jamás podría olvidar esa sonrisa laxa en sus labios. Qué hermosura.

Cuando Arabella recuperó el resuello, tiró de él para que se tumbara a su lado y, de forma torpe e insegura, comenzó a desabrocharle la camisa.

Él la detuvo capturando sus manos y ella abrió sus ojos y parpadeó varias veces hasta

volver a la consciencia del todo.

—¿Por qué?

—Porque hasta aquí es donde llegaremos.

Rheged estiró de la bata hasta cubrirle los hombros.

—¿No quieres…? —Su boca formó una «o» perfecta. Los vampiros estaban muertos—. ¡¿No puedes?!

—Si puedo. ¿Acaso no recuerdas qué estaba haciendo cuando me viste sobre Lucille? —El color arreció en las mejillas de Arabella—. Pero no vamos a seguir.

Ella se incorporó un poco, lo justo para ver mejor su cara.

—No entiendo por qué no. ¿Es por qué te lo estoy poniendo fácil?

—No, Arabella, deja de fantasear. No vamos a seguir porque no respondo y desde luego no voy a mancillarte. Ya que no estás dispuesta a casarte conmigo, quiero que tengas la oportunidad de llegar intacta a ese matrimonio que algún día tendrás… con otro. Ya sabes cómo es esta sociedad, si no eres virgen, no podrás optar a un buen marido.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio.

Ella se incorporó hasta sentarse en la cama. No sabía cómo reaccionar.

—Yo no pretendo ser la esposa perfecta, quien me quiera lo hará con todas las consecuencias.

Mientras lo observaba se preguntó por qué no podía él ser esa persona con la que compartiese su vida hasta el final de sus días y una sombra nubló sus pensamientos. ¿Tanto deseaba que la quisiera con locura? Sí. ¿No se conformaba con que solo hubiera deseo en su rostro? No.

Le entraron ganas de llorar. Era muy consciente de que Brahn era el hombre por el que siempre había suspirado: el amigo, el gran amante, el maestro, el compañero… Sin embargo, cada minuto que pasaba a su lado se veía obligada a sentirlo como un instante único porque sabía que nunca obtendría de él más que amistad, cariño y tutela. No amor. Al menos, no como el que ella deseaba.

Rheged debió de intuir que algo estaba cambiando porque no dejó que Arabella continuase perdida en sus pensamientos. Tiró de su mano para que se tumbase de nuevo, se pegó a su cuerpo y la abrazó.

Y su abrazo obró magia. Consiguió que ella volviera a sentirlo como un refugio que era impensable abandonar.

No quiero quedarme solo de nuevo

«No me dejes Arabella, cree en mí, te aseguro que esto puede funcionar».

Londres, madrugada del 7 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Mientras empezaba a quedarse adormilada, me dio las gracias por curarla.

—No me las des. Tú me cuidas, yo te cuido.

—¿Cuándo te he cuidado yo?

—¿No te quedaste en el almacén porque tuviste el impulso de protegerme?

No me contestó.

Yo sabía que, además de que quería quedarse tranquila sabiendo que yo no iba a aventurarme a salir al sol, Arabella buscaba estar conmigo a solas para que habláramos, pero no respondió a mi sutil provocación. Me quedé sin escucharlo de sus labios.

Qué extraña maldición me ha caído encima. Después de una vida tan larga, después de tantas idas y venidas, he tenido que ir a enamorarme de alguien que solo me ve como a un maestro. Un buen amigo con el descubrir el mundo o alguien a quien recurrir cuando necesitas consejo y ayuda.

En fin, al menos me siento satisfecho porque, de alguna manera, hemos salvado el escollo de mi oscuridad. La otra noche algo se me partió por dentro cuando vi su miedo ante lo que soy y solo tenerla ahora entre mis brazos, tranquila y relajada, ha empezado a unir los pedazos de mi alma.

Me quedé a su lado, abrazándola, hasta que se quedó dormida del todo. Después la dejé libre para que estuviera cómoda, pero no me separé ni un segundo de su lado. Ni siquiera cuando me levanté y di vueltas alrededor de la cama pensando en cómo iba a superar que ella no me quisiera tanto como para entregarse a mi oscuridad sin reservas. Porque sí, ella me ofrecía su cuerpo para que yo hiciera lo que quisiera, pero la dura realidad es que yo necesitaba algo más. Antes que cualquier otra cosa, ansiaba que su corazón latiera por mí y por desgracia, ese momento no parecía llegar.

¿Tendré que resignarme a vivir solo?

Dudo si compartir sangre con Arabella ha sido una buena idea. Curarla era una necesidad —y también me hace feliz saber que formo una pequeña parte de ella—, pero ahora sé cómo se

calientan mis huesos cuando su fuerza vital me recorre por entero y me va a costar seguir viviendo sin eso.

Arabella, ángel mío, escúchame, mi amor. Quédate a mi lado.

Soy ese hombre que ansías que te quiera con locura. Dame la oportunidad de demostrártelo. Estoy deseando que hablemos del vínculo y de las oportunidades que, a pesar de la aparente distancia, tú y yo tenemos como pareja.

— 28 —

Londres, 7 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

En aquella habitación del sótano se estaba tan bien, que Arabella no quería moverse de allí bajo ningún concepto. Aquella cama era mejor que la del dormitorio de Lucille y la cercanía de lord Rheged un verdadero sueño.

—Despierta, dormilona —canturreó él mientras metía la mano bajo la manta que había sobre Arabella y le hacía cosquillas en los pies—. Te he traído el desayuno.

—¿He oído «desayuno»? —murmuró Arabella con la voz aún dormida.

—¿No lo has olido?

—Desde que empezaste a prepararlo hace media hora.

Tan pronto como Arabella dijo aquello en voz alta cayó en la cuenta de lo raro que era haber tenido esa capacidad y se despejó por completo.

—¿Cómo es posible? Estamos en un sótano lejos de la cocina y llevo un buen rato salivando por el olor a los huevos y el beicon que estabas cocinando.

Él, después de dejar la bandeja sobre una mesa lateral que Arabella habría jurado que nunca estuvo allí, se sentó a su lado en la cama y le tomó la mano.

—Sin histerias. ¿Recuerdas lo que te dije de la sangre?

—¡No soy una histérica! Dijiste que amplificaría temporalmente mis sentidos.

—Pues eso es lo que ha ocurrido.

—¡Dios mío! Para ti pisar las calles tiene que ser un suplicio.

Rheged suspiró satisfecho. Arabella no parecía estar resentida ni molesta con él. Sus reacciones eran las de siempre.

—Un poco… Aunque con el tiempo aprendes a desconectarte de la realidad.

Ella lo miró de reojo. Si él fingía que todo seguía igual entre ellos, haría lo mismo.

—No sabía que supieras cocinar.

—Yo tampoco.

Arabella rio.

—Espero que el sabor cumpla lo que promete ese aroma tan bueno.

—No me retes y siéntate ya. Se va a enfriar.

Los golpes sobre el panel deslizante de madera hicieron que los dos callasen de forma precipitada.

—¿Se puede?

—Pasa, Mel.

Una cabeza se asomó desde lo alto de la escalera.

—No me gustaría ser inoportuno.

—Nunca lo eres.

—¿Y por qué Arabella se ha tapado hasta la cabeza? —preguntó sonriendo.

Rheged se giró a mirarla y soltó una risotada.

—¿Hola? —insistió el recién llegado—. No necesito ser un ser sobrenatural para saber que estás ahí.

Al quitarse la manta de encima, el cabello de Arabella se revolvió un poco más. Brahn la miró embelesado. Así la quería ver él siempre, en su cama y despeinada, aunque los motivos, era evidente, desearía que fueran otros.

Mel se cuadró como un soldado ante un mariscal del campo y para evitar que ella se sonrojase aún más —si es que aquello pudiera ser posible—, le tendió a Rheged la carta que le había obligado a interrumpir ese momento perfecto.

—Es importante. El Consejo te reclama, Brahn. Debes viajar a París, los lobos de Salomé vendrán esta noche a por ti.

Aquello disipó las vergüenzas de Arabella.

—¿Es algo grave?

Mientras Rheged leía la nota, Melquisedec la tranquilizó.

—Quieren que haga de testigo y jurado en las acusaciones contra María, la baronesa, pero también que explique lo que sepa sobre el *maledicti*, —al ver la consternación en su cara, rectificó—: perdón, sobre James.

—¿Cómo lo saben? —Se sorprendió Arabella—. Sucedió ayer.

—No deben de estar al tanto de su muerte, pero sí habrán tenido una notificación de Jezabel. Es su forma de salir del entuerto sin que nada pueda rozarle —respondió Rheged, que, aunque leía la nota, estaba pendiente de la conversación.

—¿No llegaste a informarles? —preguntó el híbrido.

—No, Mel, ni siquiera me lo planteé. Hasta que no hablamos con Didier no tuvimos pruebas reales, y después todo se complicó y no hubo tiempo para escribir cartas a nadie.

—Así ella te pasa toda la responsabilidad a ti.

—No tanto la responsabilidad, como el tener que dar explicaciones.

—¿Por qué no me dijisteis que Didier habló con vosotros? —preguntó descompuesta Arabella.

—No te alteres. No hubo tiempo, vino en plena madrugada y no se me ocurrió despertarte en ese momento. Esa misma mañana, James te hizo llegar la nota y todo se precipitó.

—Iremos contigo —dijo el híbrido.

—No, Mel, tú te quedas con Arabella. No voy a meterla en una reunión de vampiros y mucho menos dejarla sola en Londres.

Melquisedec asintió.

—¿Será necesario preparar tu viaje?

—No. Si vienen los lobos de Salomé, ellos serán los encargados del transporte. Gracias, Mel.

Una vez dicho todo, Melquisedec se sintió de más allí. Sabía lo que había pasado entre ellos y era consciente de que necesitaban estar solos, así que dio media vuelta y se fue tan silencioso como llegó. Arabella dio unos minutos de margen para que estuviera lo suficientemente lejos como para no oírlos, mientras fingía ver que había en los platos que Rheged había traído en la bandeja. Tenía un montón de preguntas y no sabía ni por dónde empezar ni si debía formularlas.

Él se colocó ante ella apoyando las manos sobre la mesa.

—¿Qué ocurre, Arabella?

Ella lo miró. La conocía tanto que sabía con certeza cuando algo daba vueltas en su cabeza. Probablemente, ahora que su sangre fluía por sus venas y viceversa, incluso era posible que supiera qué estaba pensando.

Le daba reparo decirlo en voz alta, pero no vio ningún motivo para esconder sus temores.

—¿Volveré a verte?

—¡Oh, vamos! —Rheged bordeó la mesa y se colocó a su lado. No la abrazó hasta que ella apoyó la frente sobre su pecho—. ¡No voy a desparecer! Además de que lo prometí, no quiero hacerlo. Solo serán unas pocas semanas. Y para que no me eches mucho de menos, escribiré para que sepas que estoy bien. No podré darte la dirección de Salomé en Chartrettes, es alto secreto, pero haré que venga un mensajero a traer mis cartas. —Sonrió tan dulcemente que ella tuvo que corresponder—. Te diré lo que haremos hoy, en cuanto pueda aventurarme a salir a la calle iremos a dar un paseo, así tendrás excusa para estrenar uno de esos bonitos vestidos que han hecho para ti.

Ella supo que buscaba animarla de alguna forma —nunca había sido una gran actriz y la decepción debía verse en su cara—, así que asintió y se dispuso a desayunar y pasar con él, de la mejor manera posible, esas horas que les quedaban juntos hasta que aquellos lobos hicieran acto de presencia.

Creí que tendría más tiempo

Malditos lobos y maldito Consejo que lo separan de mi lado, aún no se ha marchado y ya sé cuánto lo voy a echar de menos.

Tanto o más que la última vez.

Londres, 7 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Qué noticia más inoportuna. Que Brahn se marche a Francia me deja a solas con mis pensamientos y lo que menos deseo, además de no pasar con él todo el tiempo posible, es sentir los fantasmas de James y de mi tío Horace revoloteando sobre mí.

No me siento responsable —lo que ha sucedido no lo he provocado yo—, pero no quiero darle vueltas al hecho de que, si quizá yo hubiera actuado de otro modo, aunque ignoro cuál, esta historia podría haber tenido otro desenlace.

Tampoco quiero pensar en que no estoy tan apenada como debiera. Pero…, ¿por qué habría de sentirme triste? Yo vine a Londres a buscar a mi familia, a sentir que pertenecía a algo. También a saber si era capaz de valerme por mí misma, si podría escribir mi propio destino. Y sí, todo eso lo encontré, pero no donde esperaba.

Cuando conocí a Rheged hace diez años, ya supe de algún modo que él era mi casa, mi refugio, pero ocurre que, en este mismo momento, soy perfectamente consciente de que es mucho más: es amigo y familia, es mi gran amor hecho realidad. El hombre con quien querría compartir mis días, mis alegrías y, sobre todo, mi corazón.

Sé que puede parecer que estoy volviéndome loca —estoy hablando de un vampiro, no de un humano de verdad—, pero siempre me he sentido mejor a su lado que con mi propia familia. Como en mi libro de Alicia, el fantasioso y oscuro mundo subterráneo se confunde con el que debería sentirse real y es al menos cien veces más acogedor que el que me ha tocado en suerte.

No desaprovecharé la ocasión, pero no debo olvidar que Rheged es un ser que juega en otra liga y solo estaré a su lado el tiempo que él quiera darme. Ignoro si puedo aspirar a otra cosa.

Por el momento, tengo la impresión de que solo me quedan unas pocas horas.

— 29 —

Londres, 8 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Después de un largo paseo, de regreso al domicilio del barón, fueron testigos de un gran revuelo en las inmediaciones. Ese loco al que llamaban Jack el Destripador acababa de matar a otra mujer.

—He dicho que os vais a Brimstone Hall. Los dos.

Melquisedec no replicó, sabía perfectamente cuál era su papel, pero Arabella no quería alejarse tanto de Rheged.

—¿Por qué no podemos esperarte en Londres?

Se dejó caer de golpe en el sillón. Conocía la respuesta: otra mujer degollada y brutalmente golpeada. Otro asesinato demencial y nauseabundo. Y la preocupación de Rheged al saber que Melquisedec no podía pegarse a ella las veinticuatro horas del día.

Después de quedarse pensativa unos segundos con la mirada fija en la chimenea, empezó a hablar con un tono de voz casi animoso.

—Hasta que vuelvas podríamos investigar. Estoy segurísima que Mel es capaz de seguirle el rastro.

A Rheged se le desencajó la cara de tal forma que a ella le dieron ganas de retirar lo dicho, pero cuando se asustó realmente fue cuando él, después de dar un par de vueltas por el salón intentando calmarse, golpeó con el puño la robusta mesa de comedor y la partió en dos.

—¡Eh, tranquilo! —Melquisedec se plantó ante su amigo en apenas un segundo y lo sujetó por los hombros. Brahn parecía a punto de desplomarse—. Seguiremos la política de no intervenir, lo prometo. Y nos iremos, pasado mañana sale nuestro tren.

Arabella estaba tan impactada por el arrebato de Rheged que no se dio cuenta de que el viaje parecía estar ya ultimado con todo detalle. Lo que sí llamó su atención fue aquello que dijo sobre no inmiscuirse.

—¿No intervenir? —preguntó sin dejar de mirar los dos trozos de madera astillados que estaban en el suelo.

Contestó Mel, a Rheged aún le costaba contener la ira, la frustración y la impotencia.

—La raza no se inmiscuye en asuntos humanos. Está prohibido. No siempre ha sido así, claro, no es la primera vez que los antiguos se han implicado en guerras o matado en su propio beneficio, pero se persigue y está penado. Esa es una de las razones por la que por fin se dio luz verde a la creación del Consejo; regular y minimizar la relación entre humanos y vampiros.

—Pero ese hombre es un asesino… ¿No podéis pararlo?

Aunque en su rostro aún había evidencias del enfado, Rheged había conseguido tranquilizarse lo suficiente como para que su voz volviera a ser la del hombre amable y comprensivo de siempre. Aun así, cuando Arabella lo vio acercarse no pudo evitar tensarse.

Él se sentó a su lado a pesar de ver la aprensión en su rostro.

—Lamento mi comportamiento, no tengo ningún derecho a ordenarte aquello que debes o no debes hacer, pero Arabella, ¿entiendes cómo me sentiré si sé que estás buscando a un asesino en los barrios marginales de Londres y yo estoy demasiado lejos para cualquier cosa?

—No estaría sola.

—Aunque te acompañase la mismísima reina Victoria con todo su séquito. ¿Cómo te sentirías tú si fuera el revés? ¿No te das cuenta de todo lo que podría pasar por mi cabeza mientras estoy a más de trescientas millas de ti?

—Acabas de destrozar una mesa, creo que eso es una pista lo suficiente esclarecedora.

Él se giró y miró el destrozo. Se avergonzó. No la había golpeado realmente con intención de romperla, pero no había medido sus fuerzas.

—No pretendía asustarte.

—Pues lo has hecho.

—Arabella…

—¿Y qué hay de mi vida? De esa búsqueda de trabajo de la que te hablé. Está bien, entiendo que no debo meter las narices en un asunto que me queda grande, para eso ya está Scotland Yard, pero no puedo quedarme siempre al amparo de tu dinero y tu título. —Su rostro mostraba gravedad. Estaba muy seria—. Además, no volveré al valle. No quiero.

—No pretendo cortarte las alas. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora. Solo te pido un aplazamiento. Deja que yo esté presente, aunque solo sea por sentirme un poco partícipe.

Ella valoró sus objeciones, pero también pensó en sus planes. Lo que en ese momento deseaba era estar a su lado, conocerlo a otro nivel, intimar, por lo que tampoco se sentía bien con la idea de que él viajara con unos desconocidos a Francia.

—Le dijiste a María que yo era un testigo, ¿y si viajo contigo?

Durante un instante, Rheged pareció valorar que ella le acompañase. Incluso sonrió. Pero a continuación, con pesar, negó al mismo tiempo que exponía sus razones.

—Salomé no indica en su carta que tengas que ir. Además, estarías en peligro: en mi raza hay quien quiere lo que otros tienen. Eres hermosa y joven y no estás marcada. Y no quiero que los antiguos padres puedan pensar que tienen derechos sobre ti.

—¿Marcada?

Sin secretos.

—Los vampiros marcan a los humanos que son de su propiedad.

—¿Los vampiros poseen personas?

Rheged miró hacia otro lado. Para él que Arabella llevase las cicatrices de su mordedura en el su cuello no significarían realmente que ella fuera una propiedad. Sino que eran pareja.

—Créeme, pequeña —prosiguió Rheged intentado evitar que a ella se le ocurriera la estúpida idea de que la marcase con tal de ir con él a Francia—, este no es un viaje de placer. Y preferiría que estuvieras entre los muros de Brimstone Hall discutiendo con Charles, vistiendo como Bernie y enseñando a Suke como yo hice contigo, y no encerrada en una de las habitaciones del palacio que el Consejo tiene en Chartrettes o buscando trabajo de cualquier cosa en una ciudad sucia y atestada como Londres.

El recuerdo del mayordomo, criada y cochero hizo que Arabella cediera un poco.

—¿Eres también el tutor de Suke?

—Todavía está aprendiendo a leer, pero sí, me gustaría que ella también tuviera su oportunidad.

Sus protestas se fueron debilitando.

—Pero mi vida no está allí.

—No está con tu tía, pero *mi oferta* sigue en pie; lo seguirá siempre. —Su voz no podía sonar más sincera—. Por favor, dejemos que pase el invierno y cuando deshiele regresaremos a Londres. Prometo secundar todas tus locuras.

Aquello era algo. No solo le daba carta blanca, sino que además anunciaba que estaría a su lado.

—¿Lo prometes?

—Sé que dirás que no soy un hombre de palabra porque no te enseñé a bailar, pero aún estoy a tiempo de enmendarme. Lo prometo.

—¿Solo hasta la primavera?

—Solo hasta la primavera.

—De acuerdo.

Por fin un respiro para el barón.

Arabella le ofreció su mano y él se la estrechó para sellar el pacto como si ella fuera un caballero, pero después, sin importarle la presencia de Melquisedec, se lanzó a devorar sus labios con desesperación.

Ya la echaba de menos y aún no se había marchado.

Pactar con Arabella no era nada fácil, sus habilidades negociadoras (y esos labios tan sensuales) acabarían con él intentando traerle la luna cuando ella se lo pidiera.

***

Los lobos llegaron al caer la noche y se las ingeniaron para meter aquel coche de caballos en el estrecho callejón.

El carruaje en sí no era grande —era una especie de *coupé*, más apropiado para callejear que para un viaje largo—, aunque sí intimidante. Su exterior era de color negro, sin ningún escudo ni insignia, y tenía las ventanas cegadas y protegidas con barrotes. También los caballos se veían enormes. Aquel atalaje de tiro de cuatro bestias era a todas luces excesivo; el coche, como mucho, tan solo necesitaba dos. Quizá el efecto se magnificaba porque apenas quedaba espacio para pasar, lo ocupaban todo, pero parecía que podrían arrastrar con ellos no un carruaje, sino una casa entera.

Arabella bajó a despedirlo y caminaba a su lado un tanto triste pero resignada a la separación. No deseaba verlo partir, habría dado cualquier cosa por viajar con él, pero al ver el transporte se aferró a su brazo para impedir que se metiera en su interior. Daba la impresión de que iban a llevarlo al manicomio o al patíbulo y no a una sencilla reunión.

—¡No subas ahí!

—Tranquila, ha de ser así, el viaje dura varios días y esta es la única forma de no parar y que yo vaya protegido del sol.

—¿No hay otra alternativa?

—En un ataúd. Un coche fúnebre es otro de los vehículos que nadie detiene, pero es bastante más incómodo.

—¡Brahn, no vayas!

—¡No es una trampa! Lo digo de verdad. Llevamos años viajando así. Ven, asómate al interior, verás que no es tan tétrico como aparenta.

Un cochero enorme, casi tanto como los caballos enganchados al tiro, abrió una de las puertas laterales y se quedó esperando a que Rheged subiera. El espacio era tan estrecho que Arabella tuvo que apretarse contra el barón para poder pasar. Tenía curiosidad por ver cómo era por dentro el vehículo, pero también se resistía a soltarle el brazo.

El interior, apenas iluminado con una lamparilla, era todo lo contrario a lo uno habría imaginado al verlo por fuera. Completamente tapizado en capitoné —todo, incluso el acolchado del techo de la caja, llevaba los típicos botones que tensan y hunden la tela para formar una retícula— en terciopelo de color púrpura. Era más que lujoso. Parecía el coche de un rey.

A pesar del confort, Arabella insistió:

—Pero ahí dentro, encerrado en esa oscuridad…

Él le besó la mano y tuvo que contenerse para no lanzarse a su boca. De hacerlo sabría que le costaría aún más partir.

—No me preocupa la oscuridad. —Se llevó la mano al pecho, a la altura del corazón,

mientras ponía un pie sobre el estribo para subir—. El amor que siento por mi ángel de luz me acompaña donde quiera que voy.

Aturdida por sus palabras lo soltó, y él, ya libre de su agarre, subió al coche. Arabella reaccionó tarde, cuando el licántropo ya había cerrado la puerta.

Golpeó con las palmas sobre ella.

—¿Qué significa eso que has dicho, Brahn?

Su voz se escuchó amortiguada y lejana.

—Qué te quiero tanto que me acompañas siempre, *mi ángel*. Te llevo en el corazón.

El coche arrancó y Arabella tuvo que pegarse a la fachada del edificio para que las ruedas no pasaran por encima de sus pies.

Qué te quiero tanto que me acompañas siempre, mi ángel.…

¿Significaba eso lo que parecía o era su corazón intentando tergiversar las palabras? ¿Estaba intentando decirle Rheged que se había enamorado de ella?

Un viaje muy largo

Mi querida niña, me ha dolido más que a ti la separación, pero creo que nos vendrá bien tomar algo de distancia.

Todo ha ocurrido demasiado rápido y los dos tenemos que asimilar y aclarar los sentimientos que nos devoran por dentro.

Londres, 8 de septiembre de 1888.
Carruaje propiedad del Consejo. Camino de Chartrettes, Francia.

En todos los años transcurridos desde aquel verano de 1879 nunca pude olvidarla, pero de forma curiosa, durante todo ese tiempo ella siempre permaneció en mis pensamientos con sus flamantes doce años. Con su espontaneidad y desparpajo, con su carita diminuta desbordada por unos ojos enormes, con su cuerpo menudo y huesudo, tan frágil qué daba lástima.

Estoy convencido de que la congelé en mis pensamientos para no sufrir. Mi subconsciente se negó a imaginarla crecida, casadera, comprometida, casada y con niños. Mientras la soñaba aún niña no había peligro de que se me metiera en la cabeza regresar.

La vida es a menudo cíclica. Yo, más que otros, por todos los años que llevo caminando sobre la tierra, lo sé, pero cuando llega el momento la muy puta siempre te pilla desprevenido. Y ese primer instante de nuestro reencuentro, cuando reconocí aquellos ojos verdes entre las sombras del carruaje, me dejó conmocionado en todos los sentidos, pero, sobre todo, porque no podía creer que la suerte se hubiera vuelto mi aliada: Huesos había vuelto a mi lado.

Minutos más tarde, cuando ella despertó en mi sofá, me di cuenta de que quedaba muy poco de la niña que yo recordaba. La mujer que tenía frente a frente me miraba con cautela, desconfianza, miedo… Emociones que nunca había visto en el rostro de aquella que fue mi inestimable compañera. Mi intrépida y huesuda amiga ya no estaba allí, había desaparecido.

Lejos de convertirse en una decepción, aquello fue un desafío. Mi cuerpo reaccionó ante la fascinante mujer en la que se había convertido y noté cómo me temblaba el pulso cuando la tuve entre mis brazos mientras Melquisedec apagaba sus faldas. Me sentí atrapado en sus ojos y creció en mí el deseo de redescubrirla a otro nivel. A ese que hace que sudes mientras deslizas piel sobre piel.

No contaba con que Arabella tendría un arma secreta escondida bajo todas aquellas capas. Allí, en el fondo de su ser, todavía estaba la niña que me hizo salir de entre las sombras. Su carácter indómito, su curiosidad por saber, su nobleza, su alegría… Y tan pronto como yo empecé a rascar, ella salió de su letargo y me bombardeó con recuerdos.

Y yo…, ¿qué podía hacer yo, sino recordar?

El regreso de mi pequeña Huesos fue como la niebla. Como cuando la ves bajar por las montañas despacio engullendo a su paso árboles y granjas, hasta que llega delante de ti y no se detiene, sino que te envuelve también entre su manto de lana. Una vez dentro de ella, no solo la sientes rodeándote; se convierte en parte de ti.

Así ha sido.

Cada gesto, cada palabra, todas y cada una de sus sonrisas, su dulce mirada y mil cosas más que se me escapan. Esa ha sido la tela de araña en la que estoy preso y en la que no me importaría quedarme para siempre. Y en este instante, mi corazón ilusionado empieza a planear un futuro y, al mismo tiempo, mi cerebro me pide algo de distancia para pensar en ello.

¿Qué pasará si ella no desea ser mi compañera de vida?

¿Podré volver a mi soledad como si no hubiera pasado nada?

— 30 —

Cumbria, 13 de septiembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Lo primero que hizo Arabella al llegar a Brimstone Hall después de saludar a todos fue deshacer su equipaje y sacar el estuche de cuero que contenía las notas que conservaba de Brahn. Las leyó de nuevo, aunque se las sabía de memoria. Eran cariñosas, divertidas, nada más.

No había nada que expusiera sus sentimientos. Pero claro, Rheged no estaba enamorado de aquella mocosa de doce años. En aquel momento no podía ser el ángel de luz que lo seguía a todas partes.

¿Cuándo había ocurrido entonces? ¿Al besarla en aquel callejón mientras vestía como un hombre? ¿O cuando la mordió y bebió su sangre?

La espera hasta su regreso iba a resultarle interminable.

La mansión estaba patas arriba. Charles, siguiendo las órdenes del barón, había contratado a un equipo de operarios que intentaban a marchas forzadas devolverle su esplendor. El viejo mayordomo parecía haber rejuvenecido y estaba en el vestíbulo dando órdenes. Había gente trabajando para darle brillo a la casa por todas partes.

En los últimos años Arabella se convirtió en un mueble más en Langdale House (se había resignado a su destino) y apenas había visitado la mansión, pero la sensación al volver a estar entre aquellos muros fue como si no hubiera pasado el tiempo. Como si ayer mismo hubiera sido el día de su última visita. ¡Cuántos recuerdos!

A la carrera subió las escaleras y abrió la doble puerta que daba al pasillo de los cuadros, y casi lloró al ver su bicicleta aún apoyada en la pared. No había vuelto a practicar desde entonces, casi seguro que ya no recordaría cómo mantener el equilibrio.

Fue recorriendo habitaciones hasta llegar al dormitorio del barón. Solo había estado allí una vez: la noche que escuchó las risas de Lucille. La noche de los amantes.

Entreabrió la puerta.

Un grupo de operarios estaba ocupado en entelar las paredes mientras que los muebles, cubiertos por unos protectores, se agolpaban en el centro de la estancia, pero ella vio a Lucille tan nítidamente como aquella noche.

Se apoyó en la pared del pasillo e intentó mantener la compostura.

Necesitaba un lugar tranquilo. Uno que no estuviera lleno de intrusos. Uno que le trajera buenos recuerdos… ¡La biblioteca! El sanctasanctórum del barón. Allí no se habrían atrevido a entrar.

La habitación estaba igual que ella recordaba salvo que habían quitado las gruesas cortinas de terciopelo granate para limpiarlas o colgar unas nuevas y, en ese instante, entraba el sol a raudales a través de las enormes ventanas.

No pudo evitar un ligero estremecimiento. Entrar en aquella habitación le traía docenas, centenares, miles de buenos recuerdos. Cómo echaba de menos aquellos días.

—¿Por qué lloras, Arabella? —Melquisedec se plantó en cuatro zancadas a su lado mientras ella se retiraba las lágrimas con el pulgar e intentaba disimular sus emociones—. ¿Qué ocurre?

Ella intentó sonreír.

—Estoy bien, Mel.

—¿Seguro?

Arabella asintió, pero su rostro estaba barrido por la nostalgia.

Melquisedec se colocó ante ella y a punto estuvo de tomarle las manos al verla temblar.

—Arabella, él está bien, puedo asegurártelo. La seguridad es primordial para el Consejo. No te apures, antes de lo que piensas lo tendrás de vuelta.

Arabella suspiró y se sentó en el silloncito que solía ocupar con un libro en las manos tardes enteras. Sentía que le fallaban las fuerzas.

En ese momento, Suke entró como un vendaval.

—Ha llegado un mensajero con una carta del amo. —Se dirigió a Melquisedec—. Dice que os la entregará en mano y esperará respuesta.

A Arabella se le paró el corazón.

—Hablando del «ruin» de Roma… —dijo Mel—. Si que se ha dado prisa. Ha debido de escribirla antes de cruzar el canal. Ve, Suke, hazlo pasar. —Después se dirigió a ella—. No te sorprendas cuando la leamos, Arabella. Todas las cartas que el barón envíe a través de la raza serán impersonales, como corresponde a un vampiro que le escribe a quienes están bajo su protección. Rheged no querrá que quien pueda interceptar el mensaje sepa en realidad que él no es como otros de su estirpe y que posee a una mascota que, en realidad, no lo es, a un mayordomo al que quiere como a un padre y a una amiga humana por la que daría su vida.

Ella lo miró extrañada y él disimuló una sonrisa.

Suke dejó pasar al mensajero. Era uno de los hombres que había ido a recoger a Rheged a Londres. Un licántropo.

Con cierta ceremonia le entregó el sobre al híbrido. Él lo abrió y leyó en voz alta la nota que había en su interior. Eran apenas cuatro frases que no desvelaban nada: unos encargos sobre

las gestiones de sus tierras y alguna que otra instrucción acerca de la reforma de la casa.

Melquisedec se acercó a la gran mesa de despacho y con una de las plumas que había sobre ella, garabateó una respuesta al dorso y volvió a meter la misiva en el sobre antes de devolverla al mensajero. El hombre se cuadró de hombros antes de hacer una leve inclinación de cabeza y desaparecer.

A pesar de lo que Mel le había advertido, a Arabella le causó cierta desilusión. Había esperado poder compartir con él alguna confesión a través de las cartas, pero si las comunicaciones tenían que ser en ese tono no iba a saber nada hasta que lo tuviera de nuevo delante.

La espera iba a ser muy larga.

No puedo soportar estar más tiempo lejos de él.

Llevo varios días dándole vueltas a todo lo que me ha pasado desde que salí corriendo de casa de María y he concluido que encontrarme con Rheged en Londres fue un milagro: si él no hubiera ido a llevarle esa carta yo no habría sabido que estaba en la ciudad y nunca lo habría vuelto a ver.
Nunca.

Cuando estoy triste o enfadada me digo que fue mala suerte encontrarlo de nuevo, pero ese pensamiento estúpido solo dura un instante. Inmediatamente rectifico y pienso que es una oportunidad que no voy a dejar pasar.

Mediados de octubre.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Ha pasado ya más de un mes desde que vi a Brahn por última vez, pero parece toda una vida. Me siento consumida y ya no sé en qué entretenerme. Quizá si me animase a pasear por el campo… pero tengo miedo a que alguien me reconozca y vaya con el cuento a mi tía.

¿A quién pretendo engañar? No tengo ganas de nada. Ni siquiera de ir al muro de Lingmoor Fell. Paso las horas en la biblioteca, pero ni siquiera eso consigue animarme; apenas leo.

Hemos recibido más cartas de Brahn y sé que está bien, pero son todas iguales y me cuesta mantener la compostura (y que no se note mi exasperación) cuando Melquisedec las lee delante del mensajero. Siempre es el mismo licántropo, debe odiarnos por obligarlo a recorrer el mismo camino una y otra vez.

¿Podrán venir los mensajeros desde Francia cuando empiece a nevar?

No hacer nada va a volverme loca.

Aquella tarde estaba tan embobada mirando por la ventana que, cuando Suke entró con el ímpetu de un escuadrón de caballería me asusté y salté sobre mi asiento.

—¡Señorita! ¡Hay carta del señor!

Los hombros se me hundieron un poco más.

—Dile al recadero del Consejo que tendrá que esperar. Melquisedec ha ido al pueblo.

Ella levantó el sobre que llevaba en la mano por encima de su cabeza.

—¿Y quién hay dicho que la ha traído *el malasombra de siempre*?

Se me cerró la garganta. Si no había sido el mensajero…, ¡la carta la había traído el servicio postal! Me levanté a toda prisa y se la arrebaté con más velocidad que la que toma un halcón cuando cae en picado para atrapar a su presa.

—No deberías hablar así de la gente. El hombre solo hace su trabajo —conseguí replicar, pero lo hice por inercia, poque estaba tan nerviosa que no sabía qué estaba diciendo.

Suke se encogió de hombros. Me había dicho muchas veces que aquel recadero le parecía insufrible por soso y desagradable, pero que lo disculpaba porque traía noticias del señor. Y aunque estoy segura de que hubiera querido quedarse para saber qué ponía en la carta, hizo una escueta reverencia y me dejó a solas para que leyera con tranquilidad.

Tardé en rasgar el sobre una eternidad. No podía dejar de admirar la letra elegante sobre el papel. Era de él, de mi barón.

Cuando conseguí desplegar el papel pulcramente doblado, necesité sentarme. Mis rodillas amenazaban con deshacerse y las lágrimas enturbiaban de tal forma mi mirada que los muebles a mi alrededor se convirtieron en bultos.

Tras respirar unas cuantas veces, leí con avidez.

Mi querida Huesos, mi amada Arabella.

Hubiera querido enviarte esta carta mucho antes, pero aquí las apariencias son importantes y mi correspondencia semanal ya suscita bastante interés. ¿Qué hombre de la raza está tan preocupado como yo por sus asalariados *humanos? Ya imaginarás que casi ninguno. Y quienes lo están lo disimulan tanto o más que yo. Por todo esto te pido disculpas de antemano: sé que he tardado muchísimo en escribirte —y también soy conocedor de la poca paciencia que tienes—, así que, perdóname, pero no he tenido más remedio que aguardar el momento propicio para hacerlo.*

Me gustaría poder darte la noticia de mi pronto regreso, pero ignoro cuánto tiempo más me retendrán aquí. La burocracia de mi raza es insufrible. Paso los días en reuniones interminables en las que se pretende valorar el comportamiento de María. Hay quien opina que, como seres superiores —en este punto imaginarás que pongo los ojos en blanco—, debemos tener libertad para actuar y hacer lo que nos venga en gana, y otros que quieren pasar desapercibidos para el mundo. Y como no encontramos un punto medio desde el que arrancar, a la noche siguiente volvemos a discutir sobre lo mismo.

Me conoces y sabes que haría las maletas y me marcharía sin ningún remordimiento, pero Salomé, la líder de nuestro Consejo, está en una difícil posición y mi conciencia me dicta que debo quedarme a apoyarla. Sin embargo, cada minuto que pasa se me hace más duro permanecer aquí; me diste de tiempo hasta la primavera y tengo la sensación de que los días se me escapan sin que yo pueda hacer nada.

¿Piensas en algún instante en un «nosotros»? Yo no dejo de hacerlo.

Soy consciente de que tú me ves como una mezcla entre amigo, figura paterna, mentor y maestro, y recuerdo, como si me lo hubiera tatuado a fuego, que dijiste que buscabas una relación de verdad. Que querías a un hombre que te amase con locura y sin condiciones… Llegado a este punto, solo puedo decirte que ese hombre podría ser yo.

Si me aceptas, claro.

Eres mi querida Huesos porque adoro la niña que fuiste, esa que me alegraba la vida y me hacía reír; esa que sentía una curiosidad insaciable y tiraba de mí para que le mostrase cómo era el mundo. Pero también eres mi amada Arabella porque la mujer en la que te has convertido se ha fijado en mi piel de una manera imborrable.

Las palabras que te dije al subir al coche antes de mi partida fueron ciertas: me acompañas allá donde voy. Estás en mi corazón y en mis pensamientos a todas horas.

Te quiero.

Sé que mi naturaleza te frena, pero quiero que sepas que podemos tener un futuro a pesar de ser de mundos tan diferentes. Espera mi regreso y dame la oportunidad de formar parte de tus sueños. Después, si para ti no soy el elegido, no pasará nada. Continuaré siendo tu profesor, tu mentor, tu amigo… Lo que tú quieras que sea. Dejaré que vivas tu vida, aunque me rompas el corazón.

No debería estar diciéndote estas cosas por carta. Menudo cobarde, ¿verdad? Pero no sé cuándo podré verte y necesito soltar todo esto antes de que me explote en la cara. No imaginas cómo desearía abrir la ventana y gritarle al viento que me lleve a tu lado.

¿Ha nevado ya en mis montañas? Espero que Mel te cuide como le pedí y no permita que salgas de paseo sin ir bien abrigada.

Brahn.

Arrugué el papel entre mis manos sin ser consciente de ello. Brahn… ¿me amaba?

Me mareé.

En los últimos días había soñado tantas veces que él y yo podíamos estar juntos de algún modo que, ahora que lo tenía al alcance de mi mano, necesitaba pellizcarme para confirmar que

era posible que se convirtiera en realidad.

Escuché un coche de caballos.

Melquisedec estaba de regreso y yo sentía la imperiosa necesidad de hablar con él.

—31—

Cumbria, mediados de octubre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Arabella llegó hasta el vestíbulo con tanto ímpetu que alarmó a Melquisedec. El pobre debió imaginarse lo peor cuando la vio bajar las escaleras con el rostro enloquecido y una carta de Brahn —su letra era reconocible incluso de lejos— arrugada entre las manos.

—¿Qué ocurre? —casi gritó Mel.

Arabella enrojeció cuando desde el pasillo que comunicaba la entrada de la casa con las dependencias del servicio aparecieron Suke, Bernie y Charles. El frenético impacto de sus tacones contra el suelo debía de haber llegado hasta la cocina.

—¿Ocurrir? —titubeó. Todos la miraban—. Nada importante. —Hizo el gesto de alisarse arrugas de las faldas y reparó en el papel. Levantó la vista y advirtió que los allí presentes lo contemplaban con ansiedad—. Brahn ha escrito a través del servicio postal. Dice que está aburrido porque las gestiones son muy lentas y no avanzan como él querría, pero nada más. —El silencio y las caras de poco convencimiento de sus amigos la obligó a añadir—: No me miréis así: todo va bien.

Melquisedec hizo un gesto con la mano para que volvieran a sus puestos y, cuando estuvieron solos, preguntó de nuevo:

—¿Qué ocurre, Arabella?

Ella aspiró todo el aire que pudo para llenar sus pulmones. Sin pretenderlo había puesto a media casa al borde de un ataque de nervios.

—No es nada, de verdad. Todo lo que he dicho es cierto.

Conocedora de la buena vista del híbrido, colocó la carta a su espalda. Confiaba en él. Lo apreciaba. Pero no quería contarle lo que había leído, primero tendría que asimilarlo ella.

—¿Y bien? ¿Por qué me buscabas?

—¿Damos un paseo?

Melquisedec arqueó una ceja. La que estaba partida por una gruesa cicatriz. Dejó el cartapacio que llevaba —venía del pueblo de enviar unos documentos— y le ofreció el brazo.

—Deberías ponerte algo encima. Está el sol fuera, pero hace bastante fresco.

Arabella sonrió.

Espero que Mel te cuide como le pedí y no permita que salgas de paseo sin ir bien

abrigada.

—¿He dicho algo gracioso?

Ella cogió un chal que había en una silla junto a la entrada y se colgó de su brazo.

—En realidad, mucho.

No hablaron hasta que se encontraron en el jardín. Estaba repleto de hojas caídas; el invierno estaba a la vuelta de la esquina.

—Mel…

El híbrido intentaba aparentar tranquilidad, pero no lo conseguía del todo. Cuando se alejaron lo suficiente de la casa miró a ambos lados por si había alguien escuchando y, al asegurarse de que no, la encaró y le preguntó con ansiedad.

—Dime, Arabella, ¿qué ocurre?

Había preocupación en su cara.

—No pasa nada, Mel. De verdad que no.

—Entonces…

—¿Puedo preguntarte algunas cosas sobre los vampiros?

La sorpresa barrió el rosto de Melquisedec. ¿Desde cuándo el híbrido era tan expresivo?

—¿Sobre la raza? —Ella asintió—. Reconocí la letra de Brahn en la carta que has guardado en tu bolsillo. Temía que hubiera malas noticias.

—Pues, no. Solo quiero saber.

Él se irguió en toda su altura y le ofreció el brazo para caminar a su lado. Ella lo aceptó.

—Pregunta —dijo ya más calmado—. Te responderé a todo.

Arabella reflexionó apenas un instante. Si quería tener un futuro con Rheged había cosas que necesitaba saber.

—¿Tu sangre o la de Brahn tiene garantías a la hora de transformar a un humano?

Melquisedec se detuvo en seco y su único ojo, más turquesa que nunca, la contempló con interés.

—Yo tengo prohibido concebir prole, pero —bajó la voz—, lo hice una vez. —Cerró el ojo como si hubiera hablado demasiado—. Brahn es un vampiro antiguo, él puede convertir a un humano con la seguridad de que todo irá bien. ¿Lo preguntas por lo que le sucedió a James?

James.

Lo cierto era que Arabella no había pensado en él.

—No me gustaría acabar así.

La ceja que el parche dejaba a la vista se arqueó de nuevo.

—¿Vas a pedirle a Brahn que te transforme?

—No… No lo sé. —El rubor cubrió sus mejillas. Realmente era encantadora.

—¿Le amas? —La pregunta era del todo retórica, de sobra sabía que sí.

Arabella intentó contenerse, no quería llorar.

—Sí —dijo con sinceridad.

Mel tuvo ganas de darle un abrazo. Un abrazo de amigo. Pero, aunque en esta casa no era un esclavo, él sentía que no podía permitirse esas familiaridades.

Empezaba a decaer la luz, pronto el sol se escondería tras las montañas y la oscuridad le ganaría la batalla al día. Si continuaban allí parados iban a quedarse congelados.

—¿Tienes frío? A estas horas el sol ya no calienta mucho.

Arabella miró hacia el cielo. Se arrebujó más con el chal y miró al hibrido. No estaban allí para hablar del tiempo; necesitaba saber más cosas sobre cómo ser un vampiro.

Empezó a seguir un sendero que circundaba la casa. Mel la siguió.

—Entonces, ¿Brahn podría transformarme? ¿Y qué se siente? ¿Tendría que morir? Yo no quiero morir, pero si no hay más remedio…

Melquisedec la observó con diversión. Tenía que contarle que todo eso no era necesario, pero no sabía por dónde empezar.

Ella se plantó ante él con los brazos en jarras.

—¿Qué es lo que sucede? ¿No puede transformarme?

Melquisedec no pudo evitar sonreír. Arabella era la viva imagen de un remolino de viento que amenazaba con convertirse en un huracán.

—¿Rheged te ha hablado alguna vez de los «compañeros de vida» o del vínculo?

Ella negó. No habían tenido tiempo de profundizar en temas de la raza.

—Bien, entonces lo haré yo. A ver, ¿cómo podría explicarlo? —El tirón del brazo que ella le dio fue suficiente para indicarle que su paciencia estaba al límite. Así que Melquisedec comenzó a hablar—. Si me has preguntado lo de la transformación es porque estás pensando en que tú y Brahn no tenéis futuro, y en eso te equivocas. No es necesario que te transforme en una vampira para que puedas vivir a junto a él durante *su* eternidad. Hay opciones mejores.

—¿En serio?

—En serio. Los seres como nosotros podemos enlazar nuestra existencia a la vida de un humano de forma que viva a nuestro lado hasta el verdadero final. Ese *compañero de vida* no tiene que morir, tan solo beber de su pareja.

Ella lo miraba con incredulidad.

—Pero…

—No hay «peros». Te digo la verdad.

—¡¿Cómo es eso posible?!

—Es difícil explicar un vínculo mágico. El humano nos da su humanidad. Nosotros, la inmortalidad. Es una especie de lazo de sangre que está por encima de las dos especies.

—Así que podéis emparejaros con humanos… ¿Con todos los que queráis?

Melquisedec habría dado cualquier cosa porque Brahn pudiera ver en ese instante la cara de Arabella.

—Sí. Pero hay varios tipos de vínculo. En la antigüedad se hacía sobre todo para tener un sirviente de por vida —la expresión de horror en la joven le hizo explicarse—. Para un vampiro durante el día los peligros son muchos y necesitaban a alguien fiel. Pero que yo sepa Brahn nunca ha creado ese tipo de lazo.

—¿Y tú?

—¿Yo? Arabella llevo mucho tiempo siendo una mascota. Nunca me he planteado tener a alguien a mi lado. Simplemente me estaba vedado.

Ella asintió al mismo tiempo que le daba un afectuoso apretón en el brazo. A partir de ahora Melquisedec podría tener la vida que quisiera, ya no era esclavo de nadie.

—Entonces, se puede vivir junto a tu amo si bebes de él.

—Si tu *amo* te convierte en su sirviente, sí. Pero estamos hablando de Rheged… Si él te pidiera que os vinculaseis no sería porque esté buscando una criada, ¿no crees? Él te ama.

Arabella se quedó pensativa.

Sé que mi naturaleza te frena, pero quiero que sepas que podemos tener un futuro a pesar de ser de mundos tan diferentes.

—Rheged es muy viejo, ¿ha tenido vínculos antes?

Melquisedec rio. La pregunta había sido formulada como si ella esperara encontrarse a alguna esposa celosa en alguna parte.

—Es tan viejo que podría haber creado a más de uno, pero Arabella, no lo ha hecho. No tiene compañera. Es muy sensato para tomarse esto a la ligera.

—Pero entonces cuando pasen los años yo…

—Ya te he dicho que no envejecerías —interrumpió Mel que iba por delante de sus pensamientos.

—¿No?

—No, Arabella, no. Mientras bebas de tu compañero te mantendrás joven.

El rostro de Arabella continuaba algo confuso, pero ya no parecía a punto de colapsar por verse abocada a la muerte y convertirse en un monstruo.

—¿Y si dejo de beber?

—Envejecerás y tendrás tu humano final.

—¿Y cómo se hace? ¿Cómo es el ritual?

Melquisedec se mordió el labio inferior divertido.

—¿No lo imaginas?

—¿Sangre?

—¡Exacto! El vínculo son unos votos reforzados por un pacto de sangre. Esos votos enlazan las almas por toda la eternidad.

—¿Y eso en qué me convertiría?

Mel amplió su sonrisa. Ella no terminaba de asimilarlo, volvían al principio.

—En el caso de Rheged serías su *compañera de vida*.

—¿Seguiría siendo humana?

Podían estar así toda la tarde, Arabella no parecía querer creerlo.

—Sí, continuarías siéndolo.

—¿Y qué saca él a cambio?

—Algo de felicidad.

—Mel, no me tomes el pelo. Estoy hablando en serio.

—¡Y yo! No hay nada comparable a encontrar compañero o compañera en el mundo de los vivos. Por algún extraño motivo, cuando es por amor, las parejas entre razas son felices y duraderas. Se complementan.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—El vínculo.

Arabella se quedó callada y Melquisedec esperó con paciencia el resto de preguntas.

No iban a tardar en llegar.

Cuando regresaron a la mansión, ya caída la noche, después de un largo paseo, Arabella creía tener todas las respuestas. O al menos, si no todas, sí las más acuciantes. Después de más de dos horas interrogando a Melquisedec, su corazón albergaba un sentimiento nuevo: la esperanza. Brahn la quería y, aunque no se lo había dicho, ella también lo amaba. Y había barajado la posibilidad de transformarse en vampira, pero si él la aceptaba como compañera, podrían vincularse.

Ahora solo le restaba esperar que aquella reunión con el Consejo acabase pronto y que Brahn volviera a Brimstone Hall.

Allí. Donde había empezado su historia.

Noviembre

Las horas de luz cada vez son menos, la nieve ha hecho acto de presencia. Empezó cubriendo los picos de las montañas y ahora ya se extiende por todo el valle.

Ya han pasado dos meses desde la última vez que vi a Brahn y me puede la impaciencia.

Cumbria, 16 de noviembre de 1888.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

No volví a recibir ninguna carta a través del servicio postal, pero gracias al ferrocarril el mensajero del Consejo nos traía puntualmente sus cartas lloviera, nevase o hiciera un frío infernal. Llegó a darme pena. El pobre hombre tenía que pasarse la vida yendo y viniendo de Francia.

La última de sus comunicaciones fue muy escueta. En ella solo decía que había viajado a Londres con el hermano de María, un tal Jean Jacques le Loup, para resolver un asunto y que no sabía el tiempo que pasaría allí.

El hermano de la baronesa… No acierto a imaginarme que hace ese vampiro con Brahn en Londres. Yo pensaba que ella había hecho las maletas, cerrado la casa y se había marchado a Francia, pero quizás había algún cabo suelto de sus andanzas.

La casa estuvo llena de operarios hasta finales de octubre. Todos aquellos cambios, obras y reparaciones me habían mantenido ocupada, pero si la carta de Brahn y la posterior conversación con Melquisedec me dieron alas durante unos días, después la espera y el apenas tener algo en lo que ocuparme empezó a convertirse en desesperación. No hay nada peor que combinar la inseguridad con ingentes cantidades de tiempo libre para pensar: en mi cabeza había momentos de euforia y otros en los que me decía que había malinterpretado sus palabras y que todo se debía a mi desbordante imaginación.

Era un cañón con la mecha prendida y a punto de explotar.

La compañía de Mel, de Charles, de Suke… *de todos*, fue inestimable, pero cada día que pasaba mi carácter iba tornándose más áspero e impaciente, y a pesar de saber que el reencuentro

estaba próximo, no conseguía relajarme: no dejaba de preguntarme qué sucedería cuando volviera Brahn. Con su regreso llegaría el temido momento en el que tendría que averiguar, de una vez por todas, qué iba a suceder con mi vida. Mi corazón iba a romperse en pedazos si todos los castillos que había construido se quedaban para siempre suspendidos en el aire.

Cuando me sentía así me pellizcaba, releía su carta y se me pasaba la tontuna: Brahn me quería. Él no era de esas personas que habla por hablar.

«Maldito barón. ¿Por qué no ha regresado ya? ¿Qué le habrá retenido en Londres?».

Aquel dieciséis de noviembre, perdida en unos pensamientos que no me daban tregua, no escuché que un carruaje se acercaba a la mansión.

—¡Señorita Arabella!

Las entradas de Suke siempre eran comparables al galope de un caballo de carreras.

—Dime, Suke.

—¡Está aquí! ¡Ha llegado!

Dejé de respirar.

—¿El barón?

—¿Pues quién va a ser? ¿Acaso espera a la reina Victoria?

A Suke no le afectó lo más mínimo mi mirada asesina, siguió desafiándome plantada junto a la puerta con los brazos en jarras. Me levanté y alisé las faldas de mi vestido porque no sabía qué otra cosa hacer. Sonreí al mirarlas. Definitivamente había desterrado el vestuario gris de tía Adelaida y llevaba uno de los que él había ordenado coser para mí.

—Claro que no. —Quise que el enfado se percibiese en mi voz, pero la ilusión truncó el efecto y las palabras me salieron en tropel—. ¿Cómo es que está aquí? Es pleno día.

—Viene en un coche de alquiler.

Me asomé a la ventana y estuve a punto de desmayarme cuando vi los caballos engalanados con penachos negros que tiraban de una carroza fúnebre construida en madera de caoba. Iba provista de gruesas cortinas de terciopelo y decorada con esculturas de pequeños ángeles alados.

—¡Santo Dios!

Suke se llevó las manos a la cabeza al ver mi reacción.

—¿Cómo quiere que venga? ¿En su tílburi?

A veces sus respuestas eran demasiado mordaces, pero en aquel momento no pude reprenderla; estaba demasiado ocupada sujetándome al marco de la ventana para no caer redonda.

Brahn había vuelto. Estaba dentro de aquel ataúd.

Los hombres del coche fúnebre, a las órdenes de Charles y ayudados por Bernie, descargaron el féretro, una elegante y pesada caja de madera también de caoba. Yo, aún en mi puesto de vigía junto a la ventana, me mareé hasta el punto de tener que apoyarme sobre el alféizar. Saber que estaba allí encerrado me dio una impresión horrible. Puede que para los vampiros aquella fuera una forma normal de viajar, pero yo no estaba aún acostumbrada a ese tipo de cosas.

Me quedé allí petrificada hasta que desaparecieron de mi vista porque ya habían entrado en la casa. Y para cuando llegué al vestíbulo ya habían dejado el ataúd en el salón sobre unos caballetes de madera y Charles se preparaba para darles una abultada propina.

El corazón me latía desordenado, nervioso. Tan pronto lo sentía exultante y palpitaba a toda velocidad, como daba la impresión de que se detenía para enmascarar su presencia.

El momento, temido y anhelado momento, había llegado: Brahn estaba en casa.

— 32 —

Et lux in tenebris lucet.

Cumbria, 16 de noviembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Todos esperaron en silencio a que los de la funeraria salieran por la puerta, subieran al carruaje, dieran la vuelta y se marcharan por donde habían venido. Parecía que nadie iba a atreverse a acercarse al féretro hasta que lo hizo Charles.

—¿Señor? —llamó mientras golpeaba con los nudillos en la caja.

Melquisedec se adelantó y separó al mayordomo del ataúd.

—Si no ha podido salir durante el viaje estará hambriento.

Charles asintió y dio dos pasos atrás dejando al híbrido en primera fila, pero Mel no se contentó con esa pequeña distancia. Ignoraba en qué condiciones llegaría Rheged —llevaba poco tiempo a su servicio—, pero sí había visto un par de veces a su anterior dueña y no era muy recomendable que hubiese humanos cerca.

—Será mejor que os marchéis —dijo en voz alta para todos los presentes—, os avisaré en cuanto él esté preparado para saludaros. Arabella, tú también —añadió al ver que ella permanecía en pie en mitad de la habitación.

—Yo me quedo.

No le hizo falta mirarla para comprobar si había determinación en su rostro, con esas tres palabras había sonado inflexible.

—De acuerdo, pero ya que estás aquí, cierra bien las cortinas.

Ella, sobreexcitada ante la proximidad de su reencuentro, corrió a ejecutar la orden sin percatarse de que lo que quería Mel era alejarla. Los rayos del sol de la tarde ya caían, la poca luz que entraba era débil y ni siquiera se acercaba al lugar donde habían colocado el ataúd. Rheged estaba fuera de peligro, poco habría importado que las ventanas hubieran estado abiertas de par en par.

—¿Brahn? —llamó Melquisedec. Arabella no escuchó nada, pero él sí debió hacerlo porque a continuación dijo—: Sí, puedes salir.

Se escuchó un cierre interior y la tapa comenzó a levantarse despacio.

Tan pronto como estuvo del todo abierta, Melquisedec, con la manga de la camisa bien

remangada, le ofreció su brazo, pero Rheged, aunque ya estaba transformado y preparado para alimentarse, se quedó un instante mirando a Arabella.

Aquellos no eran sus habituales iris pintados con las mil y una tonalidades que puede tener una tormenta, pero a ella le dio la impresión de que, aunque eran negros en su totalidad, tenían incluso más matices y fuerza. La mirada de Rheged fue tan intensa, tan penetrante, que Arabella se turbó y miró hacia el suelo.

—Definitivamente, no importa el tono: el rojo es tu color.

Arabella quiso decir algo —aparte de sonrojarse—, pero el barón se giró y clavó los dientes en el dorso de la muñeca de Melquisedec. Ella se quedó muy quieta mientras observaba la escena. Si Rheged estaba ansioso, no lo demostraba. Mordía la muñeca de su asistente con parsimonia, como si paladease su alimento. Al finalizar se limpió la boca con el pulgar. Pulgar que después lamió de forma muy sensual para retirar cualquier mínimo resto de sangre.

—Me alegro de verte —saludó Melquisedec con una amplia sonrisa.

—Y yo también, amigo —respondió Brahn—. Yo también. Gracias.

El barón le propinó dos palmadas en la espalda un tanto ruidosas y comenzó a incorporarse para salir del ataúd.

—Mel, ¿podrías dejarnos solos? —la voz de Arabella sonó firme.

El híbrido le dedicó una sonrisa cómplice antes de inclinar con respeto la cabeza hacia su señor.

—Y *tú* no te muevas de ahí —dijo ella desafiante al ver que Rheged ya estaba poniendo un pie en el suelo.

El barón la examinó de arriba abajo. Eso de que lo tutease, le encantaba.

Tenía muchas ganas de abrazar ese cuerpo menudo y llenar su boca de besos, pero aquella expresión grave en su cara anunciaba una tormenta que antes de nada tendría que apaciguarse. Respiró hondo, recuperó su aspecto más humano y se acomodó en el interior del ataúd. Ella ganaba esta vez. Aunque lejos de representar para él un fastidio —llevaba muchos días allí encerrado y estaba deseoso de espacio—, en sus ojos se distinguió el brillo de la diversión. No era ningún secreto que siempre le habían encantado esas batallas con Arabella.

Ella tuvo que echar mano de toda su determinación para no correr y lanzarse a sus brazos. Lo había echado tanto de menos… Pero antes de decirle que lo quería con locura y que se quedaría a su lado, necesitaban hablar.

Se mordió el labio. Tenía un discurso preparado desde hacía días, pero en ese instante las palabras la esquivaban. No sabía por dónde empezar.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó por romper el hielo de alguna forma.

—Ven aquí y te lo cuento al oído —ronroneó Rheged. Sensual y áspero, aunque también dulce. Deseoso de tenerla cerca.

Pero ella no se movió. Estaba tan concentrada que parecía no haber percibido siquiera el calor de su respuesta.

Él empezó a preocuparse.

—¿Va todo bien, Arabella?

Inmediatamente, hizo ademán de incorporarse de nuevo, pero ella asintió y lo frenó con un gesto de su mano.

—Es solo que necesito hacerte unas preguntas y no te quiero cerca. Estoy segura de que jugarás sucio y me distraerás.

—Menudo concepto tienes de mí.

—Necesito que te quedes quietecito ahí dentro.

Él estaba ansioso por abandonar aquella caja, pero, obediente, se tumbó de nuevo en su interior. Cerró los ojos y puso ambas manos, una sobre otra, encima de su pecho. Su rostro quedó enmarcado por el suntuoso acolchado interior de terciopelo rojo.

—¿Quieres dejar de hacer el ganso?

—Eres tú la que no me permite salir de aquí.

—Abre los ojos; me da escalofríos verte.

Rheged se incorporó sobre un codo y se recreó en contemplarla de la cabeza a los pies, pero al ver que Arabella solo reaccionaba mirándolo sin decir nada, se impacientó.

La seriedad regresó a su voz.

—Dime, amor, ¿ha ocurrido algo?

—No, no. Todo va bien. —Ella puso las manos atrás y comenzó a caminar por la habitación—. Es solo que necesito aclarar algunas cosas.

—¿Y bien? Sabes que ya no tengo secretos para ti.

—Quiero saber qué hiciste cuando mi tía salió de esta casa.

A bocajarro. Volvían a aquel 17 de febrero de 1879.

Él no tuvo que pensar mucho la respuesta.

—Despedí a Lucille, empaqueté mis cosas y me fui.

Arabella sintió curiosidad.

—¿La despediste?

—Entre nosotros solo había un acuerdo comercial y, después de lo que pasó, se rompió. No volví a verla hasta el pasado septiembre, cuando salió de aquel túnel de la mano de Balthazar.

¿Un acuerdo comercial…? Arabella arrugó el entrecejo.

—¿No la amabas?

—No. —Ella levantó los brazos con las palmas hacia arriba esperando algo más—. Huesos, dos personas no necesitan amarse para… —carraspeó— …mantener relaciones.

Arabella se puso más roja que la tela de su vestido.

—¡Ya lo sé! No soy tan ingenua.

—Yo no he dicho que lo seas, pero no quiero que intentes ver algo más. Lucille es hermosa y yo no estoy ciego, y con eso se pone fin a nuestra relación sentimental. —Tomó aire antes de seguir. Se había prometido que con ella no habría secretos, para bien o para mal—. Si he dicho que teníamos un trato es porque así era. Me la encontré en Inverness el verano antes de conocerte a ti y me ofreció algo que ningún vampiro en su sano juicio podría rechazar: poseer los poderes de una bruja. —La cara que puso Arabella le obligó a explicarse mejor—. Aunque Lucille rechazó la herencia de su madre, esos poderes están latentes en su interior.

—¿Los poderes de las brujas se heredan?

—Sí si son mujeres. Y son importantes para los vampiros: si las someten se verán beneficiados por su magia, aparte de otorgarles un estatus superior entre los de mi raza. —Ahora venía la parte difícil de confesar—. Lucille me ofreció a su primogénita, la futura heredera de su magia, y yo accedí.

A Arabella se le paró el corazón. ¡¿Cómo?! ¿Había oído bien? Aquel era un acto horrible. ¿Cómo podía haber aceptado él un trato así?

Sus pasos ligeros se convirtieron en zancadas y con solo dos llegó hasta la puerta. Allí apoyó la frente sobre la madera y soltó todo el aire que había retenido. ¿Y ella estaba enamorada de ese hombre? ¡Qué ciego era el amor! Lo que estaba era a punto de cometer el peor error de su vida.

Se dio media vuelta y lo enfrentó con coraje.

—¡¿Cómo pudiste comprar así a una niña?!

—¡Alto! —La voz de Rheged reverberó por toda la habitación. Inmediatamente se calmó y volvió a un tono sosegado—. Lucille le habría ofrecido su hija a cualquiera de mi raza solo por librarse de un marido al que no amaba y de una vida de trabajo y privaciones. Y yo acepté un poco por aburrimiento, es cierto, pero sobre todo porque si aquello era verdad, sabía lo que le ocurriría a esa niña de caer en malas manos. Yo no la habría sometido, Arabella. ¡Me conoces! La habría protegido de los demás vampiros, instruido como hice contigo y, por supuesto, ¡le habría dado a elegir!

Arabella se abrazó a sí misma para calmar el frío repentino que había cubierto su piel. Su cerebro iba a mil por hora. Conocía a Brahn y sabía que no mentía, pero odiaba que los secretos fueran una muralla entre ellos.

Se recompuso.

—Admitamos que en aquel momento querías ayudarla de forma altruista. Entonces, ¡¿por qué la abandonaste?! ¡Ahora esa niña está en manos de Balthazar!

Rheged contempló a Arabella. Se estaba enfureciendo por momentos. Y no era para menos. Él trató de mantener la compostura para que la conversación no derivase en una disputa.

—Después de que tu tía se fuera, Lucille y yo discutimos. Ella insinuó que su descendencia no merecía a un vampiro de segunda clase como yo, «tan blandengue con los humanos…» —Se frotó el puente de la nariz—. En realidad, solo quería pincharme para que la siguiera. Pero yo no lo hice: estaba muy preocupado por tu accidente. Iluso de mí, creí que sería dificilísimo que volviera a toparse con uno de nosotros y qué podría dejarla sin vigilancia unos meses. Le pedí que se marchara y le ofrecí mi casa de Whitechapel. La idea era que nos distanciáramos para que se enfriaran las ganas que teníamos de matarnos el uno al otro constantemente, pero cuando regresé a Londres ella se había ido. Me preocupó. Se había marchado con lo puesto; ya sabes que todas sus cosas estaban en su habitación. La busqué por todo Londres, pero tuvo que abandonar la ciudad con la ayuda de alguien porque si no la habría encontrado. —Respiró hondo antes de continuar—. Respecto a Balthazar, me consuela que sea él quien ha tomado mi relevo. Es un hombre íntegro, un viejo guerrero con honor. Erudito y de mente abierta. No dejará que esa niña caiga en manos de Jezabel y, por supuesto, no se aprovechará de sus poderes.

Cuando Rheged terminó de hablar estaba agotado; aquella era una mancha en su corazón que no terminaba de limpiarse. Había pensado tantas y tantas veces en esa niña que algún día nacería y que él había dejado a su suerte… Y, aunque no lo era porque quien en realidad la estaba vendiendo al mejor postor era su propia madre, se sentía responsable.

Lo peor de todo era que en ese instante, después de confesar, creía que acababa de construir un nuevo muro entre los dos. ¿Cómo podía convencerla de que siguiera confiando en él? Ella lo observaba como si aún tuviera que asimilar todo lo que había dicho; era imposible saber si creía sus palabras.

—Y cuando Lucille se marchó… ¿a dónde fuiste tú?

Con esa nueva pregunta Brahn volvió a ver una pizca de esperanza al final del túnel; Arabella quería llegar hasta el fondo del asunto. Lo que significaba que no lo crucificaba del todo. No de momento.

—No muy lejos de ti. Alquilé una granja en el valle, seguro que la conoces, se llama Wordsworth Farm.

Ella se dejó caer sobre el sofá y el vestido se arremolinó de cualquier manera a su alrededor. Rheged suspiró. Arabella era una belleza silvestre e imperfecta que encajaba a la perfección en aquellas tierras salvajes. La negrura de su pelo y el torbellino de seda escarlata a su alrededor le trajo a la mente un campo de amapolas y, en consecuencia, esbozó una sonrisa pequeña. Era afortunado, tenía flores en su salón en pleno mes de noviembre.

La voz trémula de Arabella lo sacó de aquella ensoñación.

—Estabas tan cerca…

—Lo más cerca que pude. Era consciente de que tenía que marcharme cuanto antes, pero

no fui capaz.

—¿Por qué? ¿Por qué te quedaste en el valle?

—Ya te lo dije. En parte porque me sentía responsable de tu caída —ella abrió la boca para replicar, pero Rheged la detuvo con un gesto—. No puedes imaginar lo que me costó no presentarme en Langdale House aquella noche para darte mi sangre y curarte en un chasquear de dedos. —Hizo el gesto y el sonido se quedó flotando en el aire. Después suspiró—. No podía irme sin más. Quizá arrastrarme tras Lucille habría sido lo más fácil porque fue una tortura estar tan cerca y no saber de ti más que lo que Bernie pudiera contarme, que no era mucho.

—Yo te eché muchísimo de menos.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Me sentía igual que tú, Arabella. Quizá incluso peor porque pensaba que había traicionado tu confianza.

Ella volvió a levantarse y dio una vuelta por la habitación en un intento de rehacerse. Tenía mucho en lo que pensar, pero sus recuerdos regresaban y habían tejido una pelota de lana en su garganta que hacía que le costara respirar.

—Entonces…, eras tú en persona quien dejaba las notas en la biblioteca.

—¿Aún dudas de eso? —Al ver su ceño fruncido dijo con sinceridad—: Sí. Por supuesto que sí.

—¿Por qué?

—Porque lo necesitaba. No quería perder la posibilidad de seguir mostrándote el mundo solo porque mi comportamiento había sido intolerable.

—Pero solo la perdiste porque saliste corriendo.

—¿En serio lo crees así? ¿No te enfadaste conmigo por lo que ocurrió aquella noche?

—¿A causa de Lucille? —Lo vio asentir apesadumbrado—. Lo miras desde la perspectiva de un adulto, Brahn. Lucille podía darte cosas que yo ni soñaba que pudieran existir. Y más ahora que sé lo de vuestro trato…

—¡Arabella! —la interrumpió—. ¡Jamás le habría hecho daño a esa niña!

Ella asintió, pero su cabeza estaba en otra parte.

—Me dolió verte a su lado, claro que sí, pero no sentí que hubieras traicionado nada. Tú eras un hombre, ella tu amante, yo solo tu alumna. Si salí huyendo de tu casa fue porque estaba asustada. No comprendía bien lo que… Lo que estabais haciendo.

Rheged suspiró. Debió ser una escena terrible para ella.

—Arabella… No eras solo mi alumna, también eras mi amiga. Los meses que compartí aquí contigo me hicieron amar la vida de nuevo. Por tu desparpajo y tus ansias de conocer el mundo salí de entre las sombras. Convertirme en tu tutor fue algo raro y precioso; me hizo ver la

vida de otro modo.

La bienvenida que le habían dado no era la que había imaginado Rheged, pero la conversación que estaban teniendo era algo que tarde o temprano tendría que ocurrir. Y ser sincero era la única forma de salir bien parado de aquello.

—¿Sigues viéndome como a una niña?

—Me parece que es muy evidente que no.

El silencio llenó la habitación. Y por miedo a que se solidificase y se convirtiera en un muro entre ellos, Rheged cambió de tema.

—¿Por qué nunca me contaste lo que tu tía había planeado para ti? Éramos amigos.

—Sentía vergüenza.

—¿Vergüenza de qué?

—No quería admitir que no era nada para ellos, que habían decidido mi futuro como si fuera una empleada.

Rheged sacó todo el aire que había en sus pulmones. Cuanto sufrimiento podría haberle evitado a Arabella con una simple conversación a tiempo.

—Debiste confiar en mí, pequeña. De haberlo sabido yo habría luchado por ti. Aunque ignoro qué hubiera ocurrido después. ¿Habrías aceptado mi oscuridad sin más? ¿Habría sido yo capaz de contártelo? El caso es que al creer que tu destino estaba sellado no pude quedarme. Solo pensaba en el tormento que sería verte crecer quedándome siempre al margen.

Los ojos de Arabella brillaron cargados de lágrimas.

—¿Y tu ausencia? ¿No pensaste que eso sería horrible para mí?

Brahn se quedó mirando un punto lejano en la pared. La realidad era que lo había pensado muchas veces, pero en aquel momento supo que era algo que tenía qué hacer.

—Tomar esa decisión fue difícil. Pero después del verano entendí que perpetuar esa situación no era justo para ti y me obligué a reunir el coraje necesario para decirte adiós. Cada día que pasaba los planes de tu tía pesaban un poco más y me convencí de que lo sensato era dejarte crecer en libertad. Así que, cuando vi que usabas mi casa como refugio y que te permitían entrar y salir de Langdale House a tu antojo, supuse que habrías llegado a un acuerdo con ella y que ya no me necesitabas.

—Mi tía fue muy lista —respondió Arabella mientras negaba con la cabeza—. Se dio cuenta de que con prohibiciones y castigos iba a ser complicado doblegarme. Y ella no quería amansarme sino quebrarme y cambiarme por completo. Así que dejó que fuera yo la que se diera cuenta de que no conseguiría nada comportándome como una rebelde. Tras tu partida me permitió salir, pasear, desaparecer durante horas… Ignoro si era consciente de que muchas de las tardes las pasaba aquí, en Brimstone Hall, pero si conocía mis andanzas no parecían importarle. —Aspiró profundamente, estaba haciendo verdaderos esfuerzos por contener las lágrimas—.

Supo hacerme ver que el destino estaba escrito y que yo solo era un peón del tablero. Supongo que me resigné.

A Rheged no le gustó verla así y no poder hacer nada por animarla.

—Arabella. Lo pasado, pasado está. Mírate. Has recorrido un largo camino y ahora estás aquí. —Ella asintió en silencio—. ¿Has ido a verla?

—No. Envié a Bernie para que averiguase qué tal estaba de salud y cuando volvió me informó de que había salido de viaje. Hacía pocos días que se había vuelto a casar. —Que él levantara las cejas con sorpresa le hizo esbozar una sonrisa triste—. Ya ves, yo preocupándome, y ella, sin haber terminado el periodo de luto por su cuñada, acabó casándose con el capataz. Ha sido un escándalo, el valle entero habla sobre ello, sobre todo porque él es diez años menor. En fin, la vida al final pone a cada uno en su lugar y, por lo que se ve, el mío no era Langdale House.

—Vicios privados, virtudes públicas. Todo el mundo tiene derecho a disfrutar de los placeres de la vida. ¡Ven, Huesos! Deja que te abrace.

Sus manos adelantadas de nuevo, sus ojos expresando una súplica silenciosa. Después de lo que acababa de contarle, aquella era una prueba de fuego para saber si aún tenía alguna oportunidad.

Ella no se movió de donde estaba.

—Han pasado diez años de aquello —susurró aún ensimismada en sus pensamientos— y, sí, nos hemos reencontrado, a veces el mundo parece demasiado pequeño, pero ¿por qué vuelves a atormentarme?

Aquello consiguió descolocarlo.

—¿Atormentarte? No te entiendo, Arabella.

—Me has devuelto la ilusión y ahora… —su garganta se convirtió en una bola de esparto.

Él la interrumpió saltando con agilidad del interior del ataúd y rodeándola con sus brazos antes de que ella fuera capaz de continuar hablando.

Cuando la tuvo donde quería, le habló al oído.

—*Et lux in tenebris lucet.* —Como ella lo miró extrañada, tradujo—: «Y la luz brilló entre las tinieblas». Arabella, yo no voy a ir a ninguna parte sin ti. Sigo siendo tu amigo y puedo ser mucho más: tu tutor, tu confidente, tu… familia. Lo que tú me permitas ser. Puede que las casualidades hayan hecho que todo rodara demasiado rápido y que de mi boca hayan salido las palabras en un contexto o de una forma inapropiada, pero sí quiero, sí deseo, continuar a tu lado. Y ser tu esposo si me aceptas.

—¿Mi esposo?

—Sí, Arabella. Y con todas las consecuencias. Cuando te lo pedí pusiste tal cara que dije

que no haría falta consumarlo porque no quiero obligarte a nada, pero vivir contigo de manera completa es algo que anhelo con toda mi alma. —Ella se derrumbó sobre él. No quería que la viera llorar. Él aprovechó para abrazarla más fuerte—. Y si lo quiero es porque te amo más que a nada en este mundo. No tienes que dar una respuesta ahora, pero me ofrezco a pasar una vida entera a tu lado, si la quieres.

Arabella apretó la mejilla sobre las solapas de su chaqueta y se dejó llevar. En ese momento no quería pensar en la conversación que acababan de tener. Necesitaba lo que estaba experimentando con ese abrazo; esa sensación de haber llegado a tierra después de un largo viaje en barco.

Rheged habría deseado que ella correspondiera su abrazo, pero tuvo que contentarse con que no lo rechazase.

¿Amor? ¿Qué es el amor?

Cómo he echado de menos sentirme en casa. Porque eso es él: mi hogar.

Entre sus brazos nada puede tocarme. Nada.

Podría permanecer entre ellos horas. Días. Meses. Si no me soltase, sería capaz de echar raíces y convertirme en parte de la tierra que hay bajo esta casa. Pero no me hacía falta tener poderes sobrenaturales para saber que, al otro lado de esta puerta, toda su *familia* lo estaba esperando. No puedo ser tan egoísta. Debo dejarlo ir.

Echar una ojeada por encima de su hombro y contemplar el ataúd en el que ha estado viajando durante varios días me dio el empujón definitivo. Tomé aire y di un paso atrás. Él me soltó despacio y al ver un interrogante en su mirada, sonreí para calmarlo.

—Te estoy acaparando.

—¿Me ves agobiado?

—No, pero puedo sentir la impaciencia de los demás. —Vi como sonreía con prudencia, como si estuviera calibrando mis palabras—. Seguiremos hablando después.

Asintió con cautela, como si no supiera qué pensar sobre mi retirada. Y para tranquilizarlo me puse de puntillas con la intención de darle un beso en la mejilla. Él giró la cara en el último instante y se lo estampé en los labios.

Me gustó.

—Haré que te preparen tu habitación —dije antes de batirme en retirada.

Abrí la puerta y me topé con Charles, Bernie, Suke y Melquisedec. El híbrido me tendió la mano, parecía intranquilo. La tomé y le di un apretón. A continuación, sonreí y él pareció serenarse, pero lo conocía lo suficiente como para ver que los interrogantes barrían su cara.

Corrí hacia la escalera. Ordené que hicieran su cama y que le preparasen un baño, y me retiré a mi dormitorio: una idea se estaba fraguando en mi mente y era necesario que reflexionase acerca de cómo iba a llevarla a cabo.

Quería sorprenderlo.

—33—

16 de noviembre de 1888.

Dormitorio de Rheged en Brimstone Hall.

Rheged habría deseado compartir algún tiempo con Arabella tras la cena, pero ella se retiró nada más terminar de comer alegando que estaba cansada.

Intentó retenerla con un gesto, pero al verla nerviosa y agitada decidió dejarlo pasar. Ya estaba en casa; tendrían tiempo de sobra para aclararlo todo.

Sin embargo, le embargó cierta inseguridad. «¿Esta va a ser ahora nuestra convivencia, Arabella? ¿Volvemos a un trato formal?». No lo creía realmente, pero su huida había sido demasiado evidente como para pasarla por alto. Algo le sucedía.

Un tanto abatido se quedó tomando una última copa con Melquisedec y aunque hubiera querido preguntar qué le había sucedido a Arabella en su ausencia, decidió llevar la conversación por temas menos personales. Pero no estaba demasiado concentrado —sus pensamientos volaban muy lejos de allí— y cuando se dio cuenta de que Mel lo miraba esperando respuesta y él no tenía ni idea de lo que le había preguntado, se despidió y subió a su dormitorio.

Justo cuando alcanzó el picaporte percibió el nervioso bombeo de un corazón y sintió como los nervios le atenazaban el estómago: ella estaba esperándolo dentro de su habitación.

Algo en su interior se agitó de emoción.

Durante la tarde, mientras Rheged tomaba ese baño, se afeitaba y se cambiaba de ropa, Arabella había estado dando vueltas por su habitación como un león de circo que ve la vida a través de los barrotes de una jaula. Ansiaba… Deseaba… Era estúpido pensarlo así, pero quería desprenderse de la ingenuidad y de la juventud de Huesos y ser una mujer de verdad para él. Recordó la desinhibición de María de Confranc montando a horcajadas sobre Chevigné y pensó en si ella sería capaz de mostrarse así: lujuriosa, libertina, poderosa… Concluyó que no. Que no se veía provocadora ni sensual. Pensó después en Lucille y en su hermosa cabellera negra, su piel tersa y sus movimientos elegantes y cerró los ojos; tampoco se veía sofisticada y mundana.

¿Por qué a las damas no se les hablaba nunca de lo que podían esperar del encuentro con un hombre? Aunque, pensándolo mejor, a ella solo podría haberla aleccionado su tía y casi con toda seguridad, le habría dicho que se abriera de piernas y le dejase todo el control a él.

Un par de horas más tarde, cuando Rheged se sentó a la mesa junto a Melquisedec y ella para acompañarlos mientras cenaban, Arabella había continuado igual de acelerada, nerviosa e impaciente. Y no había podido detener esa vocecita interna que se preguntaba a cada minuto si él se percataba de su inquietud.

Rheged era un sobrenatural y con disimulo había estado observándola todo el tiempo. Por supuesto que se había dado cuenta de que algo sucedía. Arabella apenas había probado bocado —había mareado la comida en su plato y parecía abstraída y distante— y, en cuanto vio que Mel y el barón se ponían en pie y le pedían a Suke que sirviera el té en el salón, aprovechó para huir.

Algo en su corazón se rompió al verla así. Era como si la confianza entre ellos hubiese dado marcha atrás. ¿Se debería a lo que le había contado sobre el trato con Lucille?

Pero ahora estaba tras aquella puerta. Había ido a buscarlo.

Rheged accionó la manivela y abrió. Y si su primera intención fue fingir asombro por encontrársela en su cuarto, la sorpresa fue genuina: Arabella llevaba el cabello suelto e iba en camisón.

—¿Me he equivocado de dormitorio? —preguntó al ver la mirada tensa de ella.

—No, claro que no. Te esperaba.

Tenía los ojos tan abiertos y se la veía tan rígida que él espetó:

—Respira, Huesos.

Ella cerró los ojos. Que Rheged se hubiera dado cuenta de su ansiedad y bromease con ello no iba a acobardarla. No esta vez.

Del bolsillo de su bata sacó la carta que él le había escrito desde París.

Mala idea. El papel se agitaba de forma exagerada debido al temblor de sus dedos.

Rheged llegó hasta el diván con rapidez y se sentó a su lado. Necesitaba romper la capa de hielo que se había creado con su llegada.

—¿Es mi carta? —preguntó con una sonrisa conciliadora.

—De sobra sabes que sí.

Con suavidad la tomó de entre sus dedos y la releyó.

—Quise escribirte más, pero siempre estaba demasiado acompañado. Además de que estos temas es mejor hablarlos cara a cara, ¿no te parece?

—En ella mencionas que… —no dijo que había escrito que la amaba, eso prefería que se lo repitiese de palabra— …que podemos tener un futuro juntos.

Para tomar una de sus manos, Rheged tuvo que soltarla de la tela de su bata. Primero un dedo, luego otro… Así hasta destensar su crispación.

—Y así es, Arabella. Pero quizá sea pronto hablar de todo esto. Primero quiero que estés

segura de mis intenciones. Ahora mismo parece que acabemos de conocernos.

»¿Por qué me parece que estás asustada? ¿Son imaginaciones mías o lo estás de verdad?

Ella suspiró. No era esa la imagen qué quería dar, pero estaba angustiada; no deseaba seguir siendo una niña para él y con todos esos nervios era lo que parecía. Destensó los hombros e intentó hablar con naturalidad.

—Me gustaría que me explicases qué querías decir, nada más.

—Nunca te pediría que cruzases el abismo que nos separa y abraces mi oscuridad. Existe una manera de que un humano y un sobrenatural puedan vivir juntos sin…

—¿El vínculo? —interrumpió impaciente Arabella.

Rheged arrugó el entrecejo.

—¿Qué sabes sobre él?

—Lo que le pude sonsacar a Mel.

Él tiró de su mano para besarle los nudillos.

—¿Tengo que matarlo o habló a favor?

Eso hizo reír a Arabella y su risa quebró el frío que había rodeado su corazón. Le encantaba verla feliz.

—Habló a favor.

—Vivirá un día más, entonces.

—Yo… Él me habló del vínculo porque le pregunté si podrías convertirme en vampira.

Rheged ladeó la cabeza y la observó por el rabillo del ojo.

—¿Qué si podía…? ¿Por lo que le ocurrió a James?

—Mel me preguntó lo mismo y lo cierto fue que no lo pensé, solo quería saber si tú accederías a transformarme.

—Accedería, claro, sabes que nunca te he negado nada. Pero ya te he dicho que nunca te lo pediría, ¿por qué querrías tú convertirte en un monstruo como yo?

—Si es el único modo de vivir contigo, lo haría sin dudar.

El rostro de Rheged se iluminó.

—¿Eso significa que vas a aceptar mi petición de matrimonio? Quiero una respuesta dicha con el corazón o me ofenderás.

La sonrisa que Rheged vio amanecer en los labios de Arabella le supuso una inyección de vida.

—Ya la he aceptado.

Brahn le acarició la mejilla con tanta dulzura que ella supo que estaba a punto de decirle algo importante.

—Antes de tomar una decisión deberías saber unas cuantas cosas sobre mi raza. Una importante, Huesos, es que no podré darte una familia normal, no tendremos hijos.

Ella lo miró con seriedad.

—Hay cientos de desarrapados en Whitechapel, niños sin hogar, huérfanos muertos de hambre con muy pocas opciones de salir adelante. Los adultos eligen sus vidas, pero ellos no pueden. Quisiera ayudarlos de algún modo, convertirlos en algo mío.

Él le besó la frente y la miró con admiración.

—Te lo prometo, amor. Eso sí puedo dártelo. Tendrás cientos de niños, entonces. Pero no te precipites, hablaremos un poco más sobre lo que significará unirte a mí antes de que me digas que quieres hacerme feliz.

—Yo… —Arabella se puso roja como la grana— …yo había pensado en otras cosas aparte de hablar.

Arabella habría jurado que Brahn se atragantó con su propia saliva. La cara que puso fue la misma como cuando ella le dijo que bajo *aquellos pantalones* no llevaba nada.

La calma en el ojo del huracán

Estar a su lado es comparable a la calma que dicen que existe en el ojo de un huracán. Es estar inmersa en una tormenta de sensaciones, como un barco entre las bravas olas de una tempestad, pero, al mismo tiempo, en un lugar donde nada puede hacerte daño.

Cumbria, noche del 16 de noviembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

—¿Te gusta? —me preguntó de sopetón.

Yo tardé en asimilar el cambio de tema.

—Me gusta…, ¿el qué? —Él abrió los brazos para mostrarme que se refería a la habitación—. ¿Tú dormitorio?

—*Nuestro* dormitorio. —Su semblante se tornó sombrío—. A pesar lo que debe de significar para ti por lo que viste, sigue siendo la mejor habitación de esta planta.

Le sonreí. Así que por eso había mandado remodelar su cuarto, porque quería que fuera algo para los dos. Nuevo y sin recuerdos de Lucille.

—Me gusta mucho lo que hay detrás de aquella puerta —señalé hacia un rincón.

—¿El nuevo baño?

—Sobre todo tu nueva bañera. Y que ahora haya agua corriente y que no sea necesario que la suban a cubos.

Él me miró frunciendo el ceño. Estaba a punto de regañarme.

—*Nuestra* bañera.

—¿Cabremos los dos? —pregunté para evitar que él continuara enfadado.

Sus cejas se dispararon hasta el nacimiento de su cabello. La sonrisa posterior le llegó hasta la mirada. Que tuviera que carraspear para que le saliera la voz me hizo reír a carcajadas.

—¡Arabella, para ya! No puedo comportarme como un caballero si tú no dejas de lanzarme indirectas.

Me puse en pie y con torpeza —mis manos estaban heladas y no me obedecían— empecé a deshacerme el lazo de la bata. Él me dejó hacer hasta que lo conseguí, pero cuando fui a quitármela me detuvo.

—¿No quieres? —pregunté un tanto abochornada.

Por toda respuesta se levantó y me la quitó él. Me levantó un brazo desnudo —el camisón no llevaba mangas— y lo acarició con la nariz desde la muñeca hasta la parte interna del codo. No dijo nada, pero yo estuve segura de que paladeaba el tropel de la sangre que corría por mis venas. Su rostro estaba transportado, extasiado… Feliz.

—Por supuesto que quiero, Arabella.

Estaba frente a mí, tan cerca que tenía que levantar la cabeza para verle la cara.

Escuché mi voz grave y ronca cuando recuperé el habla.

—¿No vas a quitarte nada?

La luz que irradiaba segundos antes se convirtió en una negrura intensa que parecía querer tragarme hasta desaparecer.

Llevó una mano hasta mi pecho y lo rozó con ligereza por encima de la tela. Sus dedos eran tan delicados con mi piel que apenas se sentían, pero cada uno de sus toques, aunque suaves, pulsaban teclas que espoleaban mí cuerpo hacia sensaciones que no sabía que pudieran existir.

Su voz se escuchó áspera, como si llevara horas sin hablar.

—Todo a su tiempo, amor, primero quiero disfrutar de las vistas.

—¿Y qué hay de mí? ¿Yo no puedo mirar? —fingí protestar.

Me sonrió de tal forma que tuve que apretar las rodillas para no caer redonda al suelo. Hasta sus sonrisas tenían ahora ese poder.

—Es verdad. ¿Qué hay de ti? —murmuró.

Me levantó a peso y me llevó hasta sentarme en el borde del colchón de su cama. Después, abrió sus brazos en cruz y esperó sin dejar de mirarme a los ojos.

Yo me cohibí al recordar aquella noche cuando me mostró su naturaleza. Él me había dejado hacer del mismo modo. Para mi vergüenza, otra sonrisa gamberra se desperezó en su boca. Se acercó despacio, sin tocarme, y al hablar me quemó con su aliento.

—No pienses, Arabella. Deja que sea tu cuerpo quien tome el mando.

Jadeé. Las mismas palabras. La misma elección. Él sabía que lo que me reconcomía era mi propia vergüenza y eso me aturullaba todavía más.

Sin embargo, tenía razón: «No tengo que pensar».

Cerré los ojos y respiré hondo.

Aunque parecía sencillo no lo era. ¿Cómo iba a conseguirlo? No podía desconectarme del mundo con él tan cerca. Su presencia lo llenaba todo. Para cuando los abrí, había sucedido sin yo darme cuenta; mis dedos, como si estuvieran poseídos, desabrochaban los botones de su chaleco.

—¿Y si me quito la chaqueta primero? —me susurró al oído cuando pasé a atacar sin recato la botonadura de su camisa.

Me abochornó parecer tan torpe, pero él se dio cuenta y poniéndome un dedo bajo el mentón, me obligó a levantar la cabeza.

—¿Sabes que aún no me has dado ni un solo beso desde mi llegada? El único roce que he tenido de tus labios te lo he robado yo.

Su voz me derritió por dentro fundiéndome el cerebro y licuando el centro de mi sexo, pero… bendita maniobra de distracción.

Me lancé a sus labios desesperada por calmar la sed que él despertaba en mi boca y mi cuerpo, y cuando me separé de ellos para respirar lo tenía desnudo de cintura para arriba y acariciaba su espalda.

En ese momento, una lágrima solitaria brotó y me recorrió la mejilla. Él se asustó.

—¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

—Tu piel. Su tacto. Es increíblemente suave.

Sonrió con cierta malicia.

—¡Ay, Huesos! ¿Creías que estaría recubierto de escamas?

Huesos.… Que me llamara así me derretía el corazón.

—Me seguiría pareciendo increíble poder tocarte —repliqué.

Su sonrisa cambió de forma imperceptible para tornarse aún más malvada y hambrienta, pero con una delicadeza que parecía fuera de lugar, me levantó con suavidad y me recostó sobre la cama. Él, aún a medio vestir, se recostó a mi lado.

—Dime qué deseas —dijo con la voz temblorosa.

Esa frase me hizo retroceder en el tiempo de nuevo a aquella noche. Cuando se transformó y yo me paralicé. Hoy no iba a suceder.

—Ya que he aceptado tu proposición de matrimonio, quiero esa segunda parte que la otra vez me negaste. Quiero amarte, Brahn.

Él se quedó demasiado serio para mi gusto. Y supe qué le preocupaba tan pronto como me puso una de sus manos delante y vi como sus nudillos se rompían y alargaban y crecían sus uñas, para un segundo después volver inmediatamente a ser normales.

—Creí que por haber bebido sangre de Melquisedec iba a ser capaz de mantenerme humano, pero el hambre que siento por ti es tan grande que no sé si estoy en condiciones de controlar mi transformación. —Sonrió con tristeza— Y no deseo que mi naturaleza vuelva a separarnos.

Rocé su mejilla con mis dedos y cerró los ojos, pero no se apartó.

—Ya no me asustas.

Me acerqué un poco más a él y le besé un hombro. Sentí como se estremecía de placer. Puse una de mis manos en su cintura y acaricié la piel suave y sedosa. Me apreté contra él y gemí al encontrarme con esa parte masculina que mi ingenuidad desconocía tanto como mi cuerpo

ansiaba. Y cuando escuché en respuesta tronar su pecho en un rugido animal y levanté los ojos para mirarlo. Brahn ya no era Brahn, sino el vampiro que llevaba dentro.

Lo que acababa de decirle era cierto. Ya no le tenía miedo.

Fue acariciarle la cara y toquetear sus labios (y rozar sus colmillos de paso) y se desató una tormenta a nuestro alrededor. Y, a partir de ese instante, ya no fui capaz de recordar cómo y qué sucedió ni el orden. Solo sé que me adoraron como a una divinidad, me trataron como a una dama y me hicieron sentir como una mujer casquivana y deseada.

Adiós sentimientos infantiles, adiós inseguridades… Adiós virginidad.

Él tenía razón a nuestra manera. La forma para poder amarme sin reservas era que Huesos, su curiosidad y su ansia por saber, salieran a la superficie. Y eso fue lo que ocurrió. ¡Adiós, Arabella! Soy y seré siempre Huesos. Mi yo auténtico.

Esa noche Brahn no solo se coló entre mis piernas mientras mimaba mis pechos y me mordisqueaba el cuello llevándome hasta el borde de la locura, también se vació por completo sin máscara alguna dejando que viera cómo podía ser todo su amor.

Aunque he de decir que se puso nervioso cuando llegó el momento crucial.

—¿Puedo? ¿Me permites?

Yo reí. Llevaba un buen rato excitándome con sus caricias, me había llevado hasta la luna ida y vuelta un par de veces, y estaba postrada y expuesta. No pensé que, ante esa muestra de desinhibición, él necesitase permiso para entrar en mi cuerpo. Así se lo dije.

—No me he explicado con corrección —respondió él frunciendo la boca de tal modo que la visión de aquellos labios casi me distrajo de todo lo demás—. Quiero *comerte* mientras me fundo contigo.

Jadeé ante lo que eso significaba, pero él no había terminado de hablar.

—Quiero hundir mis dientes en tu piel y beber tu sangre, al mismo tiempo que me hundo en ti para que formemos un todo.

Por toda respuesta, lo rodeé con mis brazos y con mis manos en su espalda empujé para que su boca se acercara a la base de mi cuello.

—¡Estoy lista!

Él se acercó y me acarició con su nariz, pero ladeó la cabeza y me habló en voz baja.

—Odio tener que hacerte daño, pero si queremos esto no hay otro modo. Prometo que el placer de mi mordida mitigará el dolor del allanamiento, ángel mío.

Reí. A veces tenía una forma de hablar peculiar. Yo no pensaba que él fuera a allanar nada, sino más bien a conquistar.

—¡Calla y muérdeme!

Casi no tuve tiempo de terminar la frase. Su boca y todo él se fundieron en mi piel como un golpe de mar. Y si hubo dolor, no lo recuerdo, fue barrido por el placer.

— 34 —

Cumbria, amanecer del 17 de noviembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

La pareja todavía estaba en la cama, abrazados y desnudos, con los cuerpos pegados el uno al otro como si continuaran con la necesidad de sentir piel contra piel. Arabella sonreía como si un espíritu demente la hubiera poseído; jamás se había sentido igual. Rheged no podía dejar de mirarla; aún dudaba de que aquella ventura fuese una realidad. Arabella y él juntos, por fin.

Ella lo vio tan serio y circunspecto que quiso hacerle reír.

—¡Qué marche a bordadas, a bordadas! ¡Desplegad las dos velas! ¡Virad de lado!

Rheged se carcajeó.

—Arabella, ¿citas a Shakespeare?

—¡Arriad la cofa de mesana!

—¿Te has trastornado, mi amor?

—Creo que sí, que no estoy en mis cabales. Tengo la sensación de que mi corazón ha explotado y que el riego sanguíneo no me llega hasta el cerebro. Me siento como un barco que zozobra en alta mar. La tormenta a la que mi cuerpo se ha enfrentado ha sido extraordinaria, pero, lejos de apocarme, me hace sentir más viva que nunca.

—Y todos esos términos marineros… ¿Has viajado alguna vez en barco?

Ella se sonrojó.

—No.

Entre carcajada y carcajada él se las apañó para, sin deshacer el abrazo, agachar la cabeza y llegar hasta apoyar la oreja sobre su pecho.

—Tu corazón está bien, late con implacable regularidad. —Se recreó acariciando un pezón con la lengua—. Ahora háblame en serio, dime, ¿estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Me siento agotada, pero al mismo tiempo fa-bu-lo-sa. —Ella besó su hombro hasta que lo vio cerrar los ojos con abandono—. ¿Y tú, estás bien?

Rheged abrió uno de ellos y la miró con curiosidad. Arabella parecía preocupada de verdad.

Su respuesta vino precedida de un nuevo beso.

—Nunca he estado mejor.

Arabella se mordió el labio, había algo más que quería saber.

—Brahn, ¿puedo preguntarte algo?

A Rheged le costó encontrar su voz, su cerebro continuaba allí y trataba de mantenerse consciente, pero cada vez que Arabella se movía tenía que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse y no volver a hacerle el amor —su cuerpecillo cálido lo llamaba a gritos—. Sabía que, a pesar de quitarle importancia, ella estaba dolorida.

—Contestaré, pero quietecita.

—¿Quietecita? —murmuró ella apretándose contra él.

Él soltó una carcajada.

—Y luego el demonio tenebroso soy yo.

Ella sonrió, pero no iba a distraerse, tenía algo en mente y no iba a dejarlo pasar.

—¿Qué ha pasado con Didier y María?

—Tras unas primeras semanas tediosas porque el juicio no parecía querer arrancar, se resolvió con rapidez. María se mostró teatralmente arrepentida y Jean Jacques le Loup, su hermano, presionado por sus padres, fue obligado a interceder consiguiendo que el castigo fuera mínimo. El Consejo aún es joven y tuvo que transigir. Didier quedará bajo su custodia, la de María; ella ha prometido educarlo en los asuntos de la raza.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto?

—Soy algo viejo y no sé a qué te refieres. He tardado en…, ¿declararme como es debido? ¿En regresar de París? —Hizo que sus labios ralentizasen la siguiente frase hasta tal punto, que pareció deletrear las palabras—. ¿En meterte en mi cama?

Ella suspiró.

—Me refería a tu viaje, pero ahora quiero saberlo todo.

—Para declararme no me lo pusiste fácil, Arabella. Querías un hombre que estuviera loco por ti y eso era una realidad, pero la segunda parte de tu condición era que tú también le correspondieras en su locura, y yo no veía indicios de que eso ocurriera. Siempre parecías estar con los pies sobre la tierra.

—¿Yo? ¿En serio hablas de mí? Si me sonrojaba cada vez que me mirabas y me pillabas observándote.

—Mi ángel, pero eso es algo normal: yo tengo mucha vida detrás y tú muy poca. Es lógico que te sintieras confundida al descubrir las necesidades de tu cuerpo. Y aquí respondo también a lo de meterte en mi cama, no sabía si querías realmente estar conmigo o solo buscabas una aventura que te descubriera si estar con un hombre es tan indecente como parece.

—¿Y París?

—Ya te dije que no estuve todo el tiempo en París.

Una punzada de inquietud recorrió el cuerpo de Arabella. Londres. Él había pasado un tiempo en Londres.

—No quiero secretos entre los dos.

Brahn rio.

—No he tenido tiempo de contártelo todo. Unos asuntos me obligaron a pasar un tiempo en Whitechapel. Pero no pude escribirte y contártelo, por orden del Consejo me acompañaba el hermano de María.

—¿Y qué asuntos eran esos?

—Con el permiso del Consejo regresé a Londres para ejecutar una misión.

Notó que se ponía tensa y, para relajarla, empezó a acariciarle la columna vertebral como si ella fuera un piano y él le arrancase una melodía con suavidad.

—¿Tiene algo que ver con Lucille y su hija?

—No. Nada de eso. Durante mi estancia allí pude hablar con Balthazar. Él cuida ahora de ella; es su responsabilidad. Ese asunto está solucionado.

—¿Y entonces?

—El treinta de septiembre, Jack el Destripador asesinó a dos mujeres en la misma noche. Expuse el caso ante el Consejo y objetando que los hechos habían ocurrido cerca de mi casa y que, por lo tanto, mi anonimato y el de la raza podía quedar en entredicho, Salomé accedió a que tomara cartas en el asunto. Cuando llegamos a Londres ya estaban enterradas y no encontramos ningún rastro qué seguir.

—No entiendo.

—Si hubiéramos llegado a tiempo de revisar los cadáveres quizá habríamos obtenido alguna pista que a los agentes se les hubiera pasado por alto. Los vampiros no tenemos el mismo olfato que los híbridos o los licántropos, pero nos desenvolvemos bastante bien.

—Eso sí lo he entendido, yo me refiero a que no comprendo para qué querías tú tener un rastro. ¿De verdad creías que la policía iba a registrar tu casa y culparte?

—No.

—Y entonces, ¿por qué querías llegar hasta el asesino?

Él le rozó la punta de la nariz con el dedo índice.

—Me pediste justicia. —Ella abrió mucho los ojos, antes de que continuara hablando ya era consciente de lo que él le iba a contar—. Nadie lo sabrá nunca, salvo tú, Jean Jaques le Loup y la líder del Consejo, Salomé de la Gravière. La gente pensará que el Destripador se ha desvanecido misteriosamente, pero lo que ha sucedido es ha sido ajusticiado y que ya no podrá matar, degollar ni destripar a ninguna mujer indefensa nunca más.

—¿Lo ejecutaste tú? —la voz estuvo acompañada de unos ojos abiertos como platos.

—¿Ejecutar?... —Rheged no iba a contarle cómo fue la muerte del Destripador a manos de dos vampiros, mejor que pensara que había sido rápido y sin dolor—. Hicimos justicia, Arabella, actuamos en defensa del resto de las mujeres que recorren las calles de Whitechapel. Lo que siento es que llegáramos tarde a la última. Estábamos realizando una ronda, como todas las noches, buscando algún indicio que nos indicase que iba a actuar, pero contrariamente a lo que el asesino había hecho hasta entonces, cometió el crimen dentro de una casa y solo percibimos el olor de la sangre cuando abrió la puerta para marcharse.

El abrazo lo pilló desprevenido.

—¡Tienes que contárselo a Suke!

Él se relajó. Por un momento había temido que ella reaccionara de otro modo y lo mirase con otros ojos. Con los ojos del miedo.

—De acuerdo, pero a ella y a nadie más.

Se miraron al menos durante diez minutos sin pronunciar palabra. Cada uno pensando en el camino que los había llevado hasta aquella cama. El tiempo transcurrido, las frases dichas, los secretos, la necesidad. Se sentían eufóricos por el solo hecho de estar juntos, por tener el cuerpo del otro tan cerca y olerse, acariciarse y usar la boca incluso más que las manos… Estaban en una burbuja en la que no había espacio para nadie más.

—¿Puedo llevarte a un sitio? —preguntó de repente Arabella.

Brahn estuvo a punto de protestar porque romper ese momento le parecía impensable, pero el rostro de ella irradiaba tanta ilusión que secundó al instante la aventura.

—Claro, ¿dónde quieres ir?

—Al muro de Lingmoor Fell. Al lugar donde me sentaba a soñar con mi vida aquí. —Lo siguiente que dijo lo añadió con algo de miedo, como si por aquel capricho él pudiera tomarla por loca—. Solo pretendo que nos sentemos juntos a ver las montañas y que me leas poemas, como cuando era pequeña.

—¿Ahora mismo? ¿Bajo el sol y en mitad de la nieve?

Arabella se desinfló y buscó con la mirada un lugar donde esconderse. La felicidad era tanta que había olvidado que estaban en el norte de Inglaterra y a mediados de noviembre, y que él era un vampiro y no podía aventurarse a salir a la calle con el sol fuera.

Él puso un dedo bajo su mentón para que aquellos ojos verdes volvieran a mirarlo.

—No hará falta que vayamos hasta allí solo para leértelos, podría hacerlo aquí, ahora mismo. Incluso no hará falta que bajes a la biblioteca a por ningún libro, tengo buena memoria. —Con gran delicadeza, le retiró una suave guedeja de la cara—. Y en caso de olvidar algún verso, creo que hasta podría improvisar. Realmente, me siento tan ligero que creo que podría escribirte los míos propios.

Ella escuchó cascabeles en su corazón.

—¿Me escribirías un poema?

El rio.

—Por supuesto.

—¿Ahora?

Brahn tuvo que reírse ante aquel «¿ahora?» por el tono de impaciencia con el que salió de su boca.

—¿Y por qué no?

Arabella se levantó con decisión y tiró del cobertor hasta envolverse en él; aún sentía pudor en su presencia. Pero cuando comenzó a caminar para dirigirse al escritorio a por papel y lápiz, notó que la tela estaba enganchada a algo. Se giró y vio como él tenía bien agarrado el extremo y la miraba con vehemencia. Sus ojos decían: «si quieres ir hasta allí, no puedes llevarte la colcha».

Arabella aceptó el desafío y la soltó, pero sufrió un temblor de piernas que le impidió caminar con cierta majestad, como realmente le hubiera gustado, debido a la intensa mirada que había dejado a su espalda.

—A la derecha tienes plumillas y arriba está el tintero. —Brahn la vio tan nerviosa que añadió con desenfado—. ¿Sabías que en Nueva York ya hay plumas que llevan su propio depósito de tinta? Tengo que hacerme con una, odio mancharme los dedos.

Ella sonrió. La calidez de su voz, su sonrisa… Verlo tumbado allí en aquella cama, esperándola, prendió una llamita en su pecho. No tenía que tener miedo ni mucho menos vergüenza, aquella era la primera vez de muchas.

Respiró hondo para alejar de sí las ganas de llorar. Aunque fuera por felicidad, él no merecía sus lágrimas.

—¿Y papel? ¿Dónde hay papel?

—Si te pones boca abajo puedo escribírtelo en el trasero.

¡Maldito gamberro! Le sacó la lengua y se hizo la ofendida.

Él rio. A carcajadas.

—En el segundo cajón.

Y mientras ella rebuscaba en el escritorio, él se incorporó para no perderse nada. Si de unos versos dependiera prologar aquella sensación de felicidad, estaba dispuesto a escribirlos con su propia sangre.

Por fin iba a poder ver esos cabellos desparramados sobre sus hombros a diario, su piel blanca, su cuerpo suave. Por fin había puesto punto y final a sus tinieblas. Ya no tendría que volver a esconderse del mundo y observarlo *desde las sombras*.

Epílogo

Han pasado veintiséis años, pero cada vez que regreso de la calle y traspaso la puerta de nuestro hogar, obtengo el mismo recibimiento: me sujetan la cara con las dos manos ahuecando las palmas en mis mejillas y besan mis labios.

París, 29 de junio de 1914.
Residencia del barón lord Brahn Rheged y su esposa.

Brahn ya era un especialista en besar antes de conocerme y no es que ahora lo haga mejor que entonces, es solo que parece que necesite enamorarme cada vez que me ve. Su beso consiste en arrancarme un suspiro al primer toque y un jadeo tras el último.

Siempre lo consigue.

Lo miro y al verlo sonreír, mi pecho se llena de amor. Ha vuelto a dejarse el pelo largo y está igual que cuando lo conocí. Igual de guapo. ¿Qué digo igual? Más. Mucho más. Ahora lo veo con los ojos del amor que siento por él.

He dejado mi bicicleta en la entrada, pasear todas las tardes se ha convertido en mi vicio particular; Paris es una ciudad dolorosamente hermosa. Pero cuando consigo volver en mí tras el beso de bienvenida de Brahn, miro a mí alrededor y veo que nos estamos movilizando. Hay cajas por todas partes y algunos muebles ya están cubiertos con sábanas. «¿Qué sucede?», le pregunto. «Nos mudamos», contesta él con tristeza. Ante mi mirada de incomprensión me dice que ayer asesinaron al Archiduque Francisco Fernando de Austria y a su esposa, la duquesa Sofía Chotek, en Sarajevo y que ese hecho no va a traer nada bueno.

Me dice que viajaremos hasta Bélgica, de ahí pasaremos a Holanda y embarcaremos para trasladarnos a Dinamarca. No quiere pisar suelo alemán, tenemos pasaporte inglés y no se fía de que puedan llegar a retenernos.

—El mundo está a punto de estallar, amor.

Asiento y me quedo pensativa. Después, quizá porque aún ve escepticismo en mi rostro me dice que el Consejo está también de traslado y que nos encontremos con ellos en Noruega.

Me parece perfecto, mientras esté a su lado no me importa el lugar. Mi casa está entre sus brazos.

Me quito los guantes de crochet y me miro al espejo para quitar los alfileres que me sujetan el canotier. Sonrío. No me pongo otro sombrero desde que vi a Coco Chanel en el hipódromo con él puesto. —Las señoras de la alta sociedad llevan grandes sombreros de plumas, yo uno hecho de paja con un único adorno de una cinta azul. Adoro su sencillez—. Cuando ya lo tengo en la mano, lo hago girar entre mis dedos, pero mis ojos se van de nuevo al espejo y, al contemplar mi reflejo, mi mente se evade y se llena de recuerdos.

Rheged y yo nos vinculamos seis meses más tarde de aquella nuestra primera vez y mi rostro y mi cuerpo siguen teniendo veintitrés años a pesar de que ya he cumplido cuarenta y nueve. También nos casamos —Brahn me recordaba a menudo que se lo había prometido y no descansó hasta conseguirlo—, así que me convertí en baronesa.

A mí me emocionó que lo hiciéramos, fue un bonito día a pesar de que parecía que el cielo iba a caer sobre nosotros; llovía a cántaros. Pero tengo que reconocer que él estaba exultante. Tanto, que insistió en que fuéramos a mostrarle nuestro flamante compromiso (y el preciosísimo anillo de oro y zafiros que llevo en el dedo) a tía Adelaida, que ya había regresado al valle de su largo viaje.

Ese día, el de la boda, fue el único en el que volví a pisar Langdale House. Primero obtuve de mi tía una mirada reprobatoria, pero cuando la desafié en silencio sin apartar mis ojos de los suyos, claudicó e inclinó la cabeza.

Apenas hablé, —el nudo que tenía en la garganta solo me permitió darle la enhorabuena por su reciente enlace—, dejé que Brahn llevara todo el peso de la conversación; no tenía fuerzas para nada más. Pero cuando ya nos íbamos, ella me llamó. Me giré y me dio un escueto abrazo, el único en todos aquellos años que pasé en su casa, y que, por lo sorprendente, apenas correspondí. Tan solo me encogí y dejé que pasara.

Al romperse el contacto, vi un rostro sin máscara y repleto de un sinfín de emociones. Me acarició la mejilla con el dorso de los dedos y con lágrimas en los ojos y una sonrisa triste, dio media vuelta y desapareció escaleras arriba.

Brahn tuvo que sacarme de allí. Yo me había transformado en un poste en mitad de aquel salón y corría el riesgo de echar raíces.

Mi tía Adelaida falleció de pena dos años más tarde, pocos días después de que un accidente segase la vida de su joven esposo. Sorprendentemente, me legó toda su fortuna y el negocio de la mina, y yo, a mi vez, les regalé la casa a Suke y a Bernie para que formaran su propio hogar.

Durante un tiempo regresamos a Londres y allí cumplí una de las promesas que me había hecho a mí misma: hacer algo de provecho con mi vida. Con las veinte mil libras que Brahn había dejado para mí escondidas en su casa de Cumbria, remodelé uno de los edificios de aquel callejón oscuro propiedad al completo de lord Brahn Rheged —ahora duodécimo barón de

Ravenstonedale—, y puse en marcha un orfanato y una escuela. Como dice mi esposo: «Una persona sola no puede arreglar el mundo, pero toda piedra hace pared», así que yo puse la mía para hacer de aquellas calles un lugar algo mejor y darles la oportunidad a aquellos chiquillos de encontrar una forma de ganarse la vida. Espero y deseo que quienes pasaron por allí hayan tenido su oportunidad.

No volví a ver a mi padre, murió en El Cairo, pero me dolió más no estar presente el día que Charles nos dejó. ¡Qué Dios lo tenga en su gloria!

Melquisedec sale de la cocina y me distrae. Lleva un pan recién hecho entre las manos y le va arrancando trozos y comiendo. Me ofrece uno. Está caliente y sabroso. Miro a Brahn, miro a Mel y, de repente, me entran ganas de llorar de alegría; después de todo este tiempo, además de que el híbrido se ha convertido en el mejor de los amigos, aún sigue con nosotros.

Vivo feliz, sigo aprendiendo y me he integrado a la perfección en las costumbres de la raza de mi esposo. Podría decirse que lo he conseguido todo en la vida: he encontrado el amor, soy una mujer independiente, tengo una familia de verdad y me siento la persona más dichosa del mundo. Y solo deseo que esto que tengo dure lo suficiente —sueño que podamos mantenernos juntos en un mundo que cada día parece más loco y menos civilizado—, aunque sé que *suficiente* nunca será lo bastante.

Fin.

Notas de la autora y agradecimientos.

Siempre he sido una enamorada de la novela histórica, aunque de ahí a pensar que yo podría escribir algo decente ambientado en el pasado había un mundo; me parecía dificilísimo pillarle el tono a la época y escribir sin cometer errores de bulto. Pero el aprendizaje como escritor es precisamente eso: ir poniéndote retos y crecer a base de equivocarte.

En 2017 decidí que, para superar los miedos, lo mejor que se puede hacer es enfrentarse a ellos y, como la novela romántica histórica era para mí una espinita clavada, me lancé a documentarme, planificar, apuntar ideas y empecé a escribir *Desde las sombras*. Mi primera novela ambientada en la Inglaterra victoriana, en el viejo y oscuro Londres de finales de siglo XIX. El tiempo y el lugar perfecto donde mis vampiros pudieran campar a sus anchas. Más tarde, la editora María José Losada aceptó la historia y se publicó en formato *ebook* a finales de 2019 con el desaparecido sello eTerciopelo de Roca Editorial.

Los años pasaron y casi al mismo tiempo que Roca fue absorbida por Penguin Randon House se cumplió mi contrato. Yo aproveché ese momento de cambio para recuperar sus derechos y también solicité los de la segunda novela de esta serie: *También recuerdo la lluvia*. Mi intención era revisarlas y volver a compartirlas a través de la autopublicación.

La revisión de *Desde las sombras* ha sido más profunda de lo que creí que iba a ser en un principio y casi se ha convertido en una reescritura completa. Pero si hay por aquí algún lector que ya la disfrutó en su momento, aparte de darle las gracias y esperar que le haya gustado tanto o más que la primera vez, quiero animarlo a que me den su opinión al respecto sobre ambas versiones. Ese *feedback* es importante: los lectores sois el motor que hace que los escritores publiquemos.

En 2019 le di las gracias por su apoyo a Clara, a Pepa y a Mercedes. La tarea de escribir fue solitaria y lenta, y contar con ellas para casi cualquier cosa fue una inyección de moral en horas bajas. He de volver a citarlas y darles las gracias de nuevo porque cuando el manuscrito estuvo terminado, me leyeron y aconsejaron. En esta tanda de agradecimientos, el que dedico a las lectoras cero, he de añadir también a Toñi Hernández y a Isabel Guijosa, que se sumaron al grupo en aquel momento y me dieron su visión sincera del proyecto.

Gracias a todas ellas esta historia es aún como es. Todas contribuyeron a que le diera forma y a que hiciera cambios o no. Hablar de algunas escenas da pie a rechazar ideas o a reforzarlas.

Pero el tiempo ha pasado y con él mi forma de ver la historia y volver a reinterpretarla.

En esta nueva edición tengo que agradecerle a una compañera de letras, Clara —vosotros la conocéis como Blanca Santoro—, que llegue de nuevo a vuestras manos. Sin las charlas que mantenemos, las dudas que solventamos, las risas que nos echamos y los ánimos no sé qué habría pasado con esta novela. Quizá se hubiera quedado en un cajón, la verdad es que no lo sé. Pero ella ha continuado conmigo hasta el final empujándome a seguir puliendo sus páginas y, en parte, es la culpable de que tú, lector, hayas podido leerla.

Tras esta reedición habrá relectores y lectores nuevos que a lo mejor ni siquiera conocían que esta historia ya existió. A todos ellos quiero agradecerles la oportunidad que me han dado. Cada persona que te dedica su tiempo lo merece, gracias a ellos se cumplen los sueños.

Gracias. Espero y deseo que la hayáis disfrutado.

Otras novelas de la autora.

SAGA SANGRE, FUEGO Y CENIZAS.



Enlace de compra Amazon.es